

N. S. Luna



TE HACE
FALTA
UN
peso



Sinopsis:

Delfina es una famosa youtuber que se gana la vida haciendo videos en

Internet, donde es más conocida como #FiniMoon.

Máximo es un periodista que lucha por hacerse un lugar en el mundo editorial, sin poder encontrar todavía un trabajo fijo.

Una entrevista, será el punto de encuentro de estos dos personajes que a primera vista, no tienen nada en común.

De mundos opuestos, y opuestas maneras de pensar, se ven compartiendo de repente más tiempo juntos del que se imaginaban, poniendo a prueba muchas veces la paciencia de él.

Y es que Máximo realmente no la soporta, no la puede ni ver. Y Delfina...

Bueno, ahí está el detalle.

Delfina está perdidamente enamorada de Máximo.

Prólogo

Máximo

El miedo a la página en blanco, era algo a lo que estaba bastante acostumbrado. Pero esta vez, al estar a dos días de la fecha límite de entrega, tenía –por decirlo de alguna manera– un condimento extra.

Pasé una mano por mi cabello, despeinándolo más aún y volví a mirar la pantalla de mi ordenador.

Pero qué porquería...

No tenía nada.

Me puse de pie y fui caminando hacia la cocina para servirme el tercer café de la noche. Estaba seco de ideas, y si seguía así, el mes siguiente tendría serios problemas para pagar la renta.

Como periodista *freelance*, nunca tenía un salario fijo.

Más bien dependía de los trabajos que fuera consiguiéndome, mientras me quemaba las pestañas escribiendo sobre bobadas. Este era un excelente ejemplo.

“Famosos parecidos a sus padres famosos.”

¿A quién podría importarle esta nota? ¿Alguien la leería o el texto que fuera a escribir, serviría como relleno para la diapositiva de fotos que el diario digital me había facilitado?

Y aun así, no tenía ni una palabra.

¿Qué me pasaba?

Había escrito sobre temas trascendentales como ataques terroristas, el premio Nobel de la Paz, las relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos, el avance de la ciencia y la tecnología en la medicina... había hecho investigaciones exhaustivas sobre el impacto medioambiental de las empresas locales, que después habían servido como disparadores para que las organizaciones encargadas, realizaran denuncias.

Había escrito incluso sobre temas que no me interesaban, como era el deporte en épocas de torneos y copas importantes en diferentes disciplinas.

Me sentía capaz de aprender acerca de cualquier asignatura, me gustaba estudiar, y creía que era una persona curiosa y de mente abierta a nuevos conocimientos.

Leía como un loco, libros de todos los géneros, y a cada uno le encontraba algo interesante.

Entonces ¿Qué pasaba?

La situación me superaba.

Después de años de haberme recibido con excelente promedio en la Universidad como Comunicador Social, no podía encontrar un puesto estable, contrato de por medio, que diera una seguridad económica.

Ya hacía tiempo, había dejado las exigencias, y estaba escribiendo sobre cualquier cosa. Cualquiera, de verdad. Lo que fuera que me encargaran, y no tenía vergüenza. Tenía que mantenerme.

Por más que me doliera el hecho de que mi padre había sido uno de los periodistas más reconocidos del país, y que de estar vivo, me estaría dando coscorriones por escribir sobre semejantes trivialidades.

El cuervo, como era llamado por sus pares por su fanatismo por San Lorenzo y también por el color moreno de su cabello y su piel, había sido un corresponsal de noticias internacionales durante treinta años, y había ganado tantos premios por su escritura que aun era bien recordado.

Era la razón por la cual había escogido mi carrera, y era mi modelo a seguir en todos los aspectos. Yo quería llegar a ser todo lo que él había sido.

Soñaba con recorrer el mundo escribiendo, y por supuesto también con ser un autor publicado. Pero no sobre chorradas como los parecidos de las celebridades.

Quería escribir y que significara algo para alguien...

Vaya heredero de su apellido había dejado. – pensé con amargura.

Pero tenía que ser realista.

Bebí de mi taza recién servida y tan perdido como estaba en mis pensamientos, me quemé la boca, soltando todo tipo de maldiciones. Tanto que no escuché el teléfono sonar, y después de un par de tonos, saltó el contestador.

—Hola, habla Gallardo. – genial. Era Jorge Gallardo, mi contacto en el diario digital para el que escribía, que seguro llamaba para presionarme a que le entregara la nota antes de tiempo. ¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba bloqueado?

¿Qué clase de comunicador era si no podía hacer ese maldito artículo? Nunca se le ocurriría volver a contratarme para otras cosas. —Acabo de enviarte un

correo

electrónico con tu próximo encargo.— dijo con voz agitada, apenas audible en el lío de autos y bocinazos de fondo. —Estamos hablando, Maxi.

Ignoré lo mucho que me molestaba que me llamaran de esa manera, y sorprendido, dejé mi taza en el escritorio para poder leer el mensaje.

Como siempre, la información del encargo era bastante escueta, en forma de ítems con los puntos más importantes sobre los que tendría que trabajar.

*“El diario quiere una nota en la sección **Ricos e infames** de la nueva estrella de Internet #FiniMoon a modo de entrevista divertida para que sus seguidores puedan conocerla mejor. La idea es promocionar el lanzamiento de su nuevo libro “El universo de #FiniMoon” que se llevará a cabo dentro de dos meses y ya está agotado en preventa.*

Nos interesa saber cosas como:

Su signo del zodiaco

Su color favorito

Su comida favorita

Película, música

Qué hace en su tiempo libre

Cómo se le ocurren las ideas para sus videos Si tiene estudios profesionales de algún tipo Nunca habla de su vida romántica, así que cualquier pregunta sobre eso, podría sumar. Su representante me lo prohibió, así que cuidado.

Su público es adolescente, y la sigue en todas sus redes sociales.

No debería llevarte mucho tiempo, y la verdad es que lo necesitamos de urgencia. No hay límite de cantidad de palabras, cuánto más material, mejor.

El encuentro es este viernes a las seis de la tarde, y el lugar todavía queda

por definir.

Saludos.”

¿#FiniMoon? Puse los ojos en blanco.

Genial.

Era otro artículo vacío sobre celebridades de medio pelo, justo lo que me hacía falta.

Abrí una nueva pestaña en el buscador y tipeé el nombre de esta supuesta estrella para saber sobre quién escribiría, y me encogí en la silla con horror.

Una niña de cabellos rosa, rodeada de lunitas y estrellitas, ponía caras a la cámara, y enseñaba en un paso a paso como aplicar el maquillaje exagerado que traía puesto.

La definían, y se definía ella misma como “Youtuber”, y estaba entre las personalidades más influyentes del público joven del país, hoy por hoy.

Según lo que había encontrado en Google, el término Youtuber se refería a los usuarios activos de la plataforma que se encargaban de crear y producir material propio. Y había tenido que buscarlo para enterarme, porque antes de eso, para mí eran esos chicos con demasiado tiempo libre, que se ponían frente a una cámara a hablar pavadas y ya.

Pero aparentemente, había todo tipo de gente, que hacía videos de todo tipo de cosas. De los temas más variados, de mucha o de poca calidad. Claramente mi futura entrevistada, estaba en el segundo grupo.

Algo sorprendida por esta repentina fama, se la pasaba hablando sobre sus videos, su “universo” como ella le decía, y siempre, sin excepción, llevaba a su gata Moona.

Tremendamente infantil, había contado una vez que no había querido seguir sus estudios tras la escuela secundaria, porque eso de leer no le gustaba nada.

Prefería hacer otras cosas, entre ellas, exponer su vida en un blog y en un canal de YouTube, donde sus fans se desvivían en elogios.

Y todos querían ser como ella.

¡Pero que pedazo de tonta! – pensé.

Cerré los ojos con fuerza y sentí el impulso de tirar todo, renunciar, y dedicarme a hacer malabares en las esquinas.

De repente escribir sobre los parecidos de los hijos de los famosos ya no me parecía tan terrible...

Capítulo 1

Delfina

Me despertó el sonido insistente del celular sobre mi mesita de noche. La canción, esa que tanto me gustaba de Melanie Martinez, sonaba anunciando una llamada, seguramente de mi representante Paul.

Con un ojo abierto, intenté tolerar el brillo de la pantalla, que se sentía igual que estar mirando directamente al sol, y leí. Estaba en lo cierto.

—¡Fini! – gritó y me encogí. De fondo se escuchaban bocinazos, así que me imaginé que estaría en la calle y por eso es que en lugar de hablar como una persona normal, se ponía a darme gritos. —Tenés una entrevista pactada para esta tarde. Yo voy a estar presente, y va a ser corta. Te prometo.

—¿Una entrevista? – pregunté con voz rasposa.

Por más que mi trabajo consistiera en estar frente una cámara gran parte del día, había algo del contacto con gente que no conocía, que me ponía bastante nerviosa. Irónicamente no era la más sociable, y podía costarme mucho eso de hablar en público sin el resguardo de mis videos, en donde estaba cómoda.

—Si, y le dije que fuera a tu casa. – agregó, para mi horror. Genial. Tenía que recibir a un total desconocido en mi hogar. —Ya le dije sobre qué cosas puede hablar, así que no te hagas problema. Está todo arreglado. – quiso

tranquilizarme al escucharme gemir, llena de angustia.

—Paul, no sé si es una buena idea. – discutí. —No soy buena para esas cosas, siempre me pongo nerviosa.

—¿Y cómo pensás hacer en tu gira? – me recordó. —Ahí vas a tener varias por día, eso sin contar con todos los programas de televisión en los que tenés que presentarte, y las firmas con tus fans.

—Ellos son distintos. – acoté. —Ellos me entienden, y siempre me hacen sentir como si estuviera rodeada de amigos. Lo otro... lo otro no sé cómo voy a hacer para manejarlo. – dije con sinceridad.

—Bueno, entonces va a ser mejor que lo vayas pensando. – advirtió. —Y que uses lo de hoy como práctica. Tu libro sale en un par de semanas, y el tour de promoción es fundamental.

—Ya sé. – dije entre dientes, aceptando que tenía razón. —Pero ¿tenía que ser en mi casa?

—Fini... – dijo en el mismo tono de voz, que hubiera utilizado para hablarle a un niño en pleno berrinche. —...gracias a los últimos videos, has alcanzado una fama que ya no te permite presentarte en cualquier lugar sin armar revuelo.

Hubiera requerido organización, seguridad, y estamos jugados de tiempo.

Vamos, son unas preguntas, y se va. – agregó para convencerme.

Suspiré y terminé diciendo que si.

No se equivocaba.

De tener dos millones de suscriptores, había pasado a tener diez. Y ahora ya no podía ni salir a la calle. Motivo por el cual, todos los medios querían entrevistarme. Y si bien, era algo que aun me abrumaba y no sabía cómo manejar, tenía que decir que a mi próximo libro, le venía excelente la exposición.

Habría que lidiar con ello si no quedaba otra.

Me parecía increíble.

Mi sueño, nunca había sido ser autora, pero allí estaba. Lista para el lanzamiento de mi primera obra, una autobiográfica, que había escrito contando mi trayectoria en el mundo de YouTube.

El libro también incluía fotografías nunca antes vistas de mis detrás de escena, de otras giras, y de colaboraciones que había hecho con algunos colegas, que también famosos, aparecían en mis videos. Era también una guía para todos aquellos jóvenes que quisieran empezar a incursionar en el mundo del vlogging^[1], con mis consejos y mis vivencias para ayudarlos.

YouTube era una parte importante de mi vida. Me arriesgaría a decir que la más importante. Junto con mis amigos, mi familia y mi gata Moona, por supuesto.

No era ambiciosa, y aunque mis padres me habían criado para ser feliz, y no para perseguir la riqueza, tenía que decir que actualmente, poseía una pequeña fortuna.

Con eso en mente, me estiré por última vez, y manoteando la bata que tenía a mi lado, me arrastré hasta el baño para darme un buen baño que me despertara.

No tenía ganas de dar ninguna entrevista, pero si la hacía, que por lo menos pudiera lucir decente por si me tomaban fotos ¿no?

Dos horas más tarde, estaba lista.

Me había puesto uno de mis atuendos preferidos, que consistía en un top con estampado de gatitos, y una faldita no muy corta en línea A. En los pies, unas zapatillas con plataforma rosadas, haciendo juego con mi cabello.

Me miré en el espejo.

Mñé... podría ser peor... – me dije.

El timbre interrumpió mis pensamientos, así que me apresuré en abrir.

Paul, llegaba temprano, y temprano también se ponía a dar órdenes. Quería iluminar toda mi sala con las luces de estudio y sacar los sillones pequeños para que diera impresión de más espacio.

—No vas a cambiar mi living. – dije poniéndome firme. Lo Había decorado a consciencia, y había tardado meses en quedar como yo lo quería. Inspirado en algunas fotos que tenía en mi tablero de Pinterest, era uno de los espacios, después de mi estudio, que más me gustaba de mi hogar.

En rosa, blanco y tenía detalles y acentos en negro y dorado. Me encantaba, y estaba en sintonía con todo lo que me rodeaba.

—Bueno, pero traigamos la mesa chica del estudio con varios ejemplares de tu libro para que queden visibles. – dijo sin rendirse, y yo quise poner los ojos en blanco.

Viendo que lo más sencillo era hacerle caso, cedí y fui a buscar lo que me pedía. Mi libro había llegado algunos días atrás, y si bien no estaba aun a la venta, ya se lo había mostrado a mis seguidores para que lo conocieran.

Sonreí mirando la portada que quedaba perfecta con el color rosado de mi cabello, y que relucía como las piedras y cristales que tanto me encantaban usar, y sujeté conmigo un par para llevarlos al living.

Justo cuando estaba regresando, escuché que la puerta volvía a abrirse.

Tomé aire por la nariz, y salí con mi mejor sonrisa para presentarme.

Mi representante estaba de espaldas, y solo podía ver su silueta, pero de todas maneras no era a él a quien estaba mirando ahora. No, señor.

Me había quedado sin aire. No podía moverme.

—Fini, él es Máximo Echeverría, de la columna Ricos e Infames. – lo presentó Paul.

El aludido desvió la mirada hasta dar con mis ojos y sentí que las rodillas

iban a fallarme en cualquier momento, y el corazón me daba un vuelco... por más dramático que suene, lo juro. *Oh por...*

No era muy buena para calcular la estatura de una persona, pero él me pareció altísimo. Debía medir un metro noventa por lo menos. Moreno, de impresionantes ojos marrones grisáceos, nariz recta, una boca perfectamente dibujada y rellena que sonreía con algo de altanería. Pómulos altos y muy bien perfilados, con esa sombrita oscura que dejaba una barba que se adivinaba creciendo en su mandíbula, y seguían hasta unas patillas muy a lo James Dean.

Me estaba dando un repaso, y yo, no me quedaba atrás.

No era musculoso, pero imponía presencia. No sabría decir por qué, tal vez fuera su actitud, o esa manera de analizarlo todo en detalle y el toque justo de ...

fastidio.

¡Me gustaba el chico!

Y no era algo típico en mí, para nada.

Normalmente no solía sentirme atraída por una persona con solo verla.

Pensaba que ese tipo de atracciones eran superficiales, si solo se basaban en lo físico... no es que tuviera tanta experiencia tampoco.

Como fuera, me hacía cargo de algo: a Máximo no lo conocía de nada, ni siquiera habíamos cruzado una palabra, y me había encantado.

Contrariada por esos pensamientos, me presenté.

—Hola, soy Fini. – le sonreí tensa, sintiendo que las manos comenzaban a sudarme.

—Mucho gusto. – respondió él, bastante seco, con un asentimiento. —

¿Empezamos? – preguntó, y me desconcertó ver que no se dirigía

directamente a mí, si no que hablaba con Paul.

—Si, claro. – contestó este. —Tomemos asiento.

Solté los libros en un rincón y me acomodé en un extremo del sillón de la sala, con un almohadón sobre mis rodillas, como si necesitara protegerme de algo. O de alguien.

—Ok, Fini. – dijo levantando las cejas con un gesto burlón. Unas cejas, por cierto, muy bonitas y expresivas. Gruesas y llenas de personalidad. —La primera es fácil. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Miré inquieta a mi representante.

—Ella prefiere no ser conocida por su verdadero nombre. – explicó él. —

Tiene un nombre artístico, que es Fini Moon.

Máximo entornó los ojos.

—No tiene sentido que no me conteste eso. Para mí sería muy fácil averiguarlo y... – tuve que interrumpirlo. Su tono empezaba a alterarme. No era tanto lo que decía, si no cómo. Yo no le caía bien, era evidente. Seguía ignorándome y comunicándose con Paul como si yo no existiera.

—Si, podés averiguar y te vas a enterar que me llamo Delfina Acosta. – dije tratando de que la voz no me saliera temblorosa. Quería hacerme respetar, pero la verdad es que en ese momento me sentía tan incómoda, que no me veía capaz de nada. —Pero para mis seguidores soy Fini.

—¿Por qué usas un seudónimo? ¿No te gusta tu nombre? – preguntó con cara de hastío. Vaya... Ni siquiera disimulaba lo mucho que estaba juzgándome.

—No quiero hablar de eso. – respondí sintiendo que me encogía entre los almohadones.

—Está bien, Delfina, Fini. Da igual. – dijo acomodándose en su asiento. —

Contame de tu carrera. ¿Fuiste a la universidad? ¿Tenés *algún* estudio?

Negué tímidamente con la cabeza mientras él resoplaba. Me sentía extraña.

Cualquiera podría haberse puesto a llorar por la frialdad del entrevistador, pero yo, a pesar de sentirme en un interrogatorio, no podía ni moverme de mi sitio.

Estaba hipnotizada... Había algo en él que encontraba sumamente atractivo.

Máximo me atraía como un imán.

—Pero terminaste la escuela por lo menos ¿no? – insistió frotándose el mentón con la yema de los dedos.

Pues a decir verdad no, pero no pensaba decírselo. Después de un episodio bastante doloroso en mi adolescencia, me había visto obligada a dejarla, y ahora estaba terminando quinto año con una tutora en mi tiempo libre. No es que eso me diera vergüenza, podría haberle contestado, pero no me daba la gana. No cuando me miraba con ese desprecio.

—Esto no tiene nada que ver con mi canal, ni con mi trabajo. – murmuré, y él solo puso los ojos en blanco.

—¿Y Delfina, cómo aprendiste todo eso que haces en tus videos? – leyó desde su lista de pregunta, con menos interés, pero haciendo hincapié en mi nombre real.

—Lo aprendí haciéndolo. – comenté, ahora esforzándome en sonreír. —Me gustan las cosas lindas, y me intereso en lo que encuentro bello... El maquillaje, la decoración, son cosas que se aprenden. Pero en mi canal, también me gusta mostrar cosas que amo. Como los gatos.

—¿Los gatos? – preguntó arrugando el gesto.

—Si, me encantan. – señalé a Moona, que acababa de entrar en escena, mirando al extraño y sentándose a su lado como la dueña de casa que era. — Ella se llama Moona. Hola, Moona. – la saludé.

—Mmm... – se sobresaltó y la espantó con su anotador. —Soy alérgico a los

gatos. – se tapó la boca y se alejó todo lo posible de la pobre gatita que lo miraba sin comprender qué le pasaba.

—Ups. – me reí y rápidamente la cargué para llevármela de ahí. —Disculpa.

—Está bien. – dijo aclarando la garganta y esperando desde lejos hasta que Moona estuviera fuera de la habitación, para volver a sentarse.

Tal vez por eso es que había estado tan fastidioso desde un principio. A lo mejor se sentía mal por la alergia. A mí me encantaba limpiar, pero era inevitable que en el ambiente hubiera algún que otro pelito de gato volando por ahí.

—Contame, qué haces en tu tiempo libre, Delfina. – *otra vez con mi nombre... ¡Lo hacía para provocarme!*

—Me gusta pasar el tiempo con mis amigos, cocinar, viajar y visitar a mi familia. – enumeré, ignorando sus intentos de molestarme. —No sé, me gusta cantar... aunque no en público. Y también escribo.

—Ajam. – asintió sin levantar la mirada de su anotador. Qué bonitas manos tenía también. Eran grandes, y sus venas estaban marcadas... me gustaban. Me las imaginaba sobre las cuerdas de una guitarra...

—Ahora con la gira voy a viajar mucho más, y conocer otras culturas. – comenté tratando de concentrarme solo en la entrevista.

—¿Vas a viajar? – preguntó interesado de repente.

—Si. Por todo el país con la publicación de mi libro. – sonreí entusiasmada.

Por más que yo estuviera cayéndole terrible, no sabía por qué, pero me gustaba haber atraído su atención. —Y después si todo sale bien, hay una gira internacional.

—¿Internacional? – se sorprendió y yo asentí. —¿Y todo lo que hacés es sentarte frente a tu cámara a hablar de... tu vida? Maquillajes y esas cosas...

—

hizo un gesto despectivo con una mano.

—Es mucho más trabajo del que parece. — acoté esquivando su mirada. Sus ojos eran dos dardos envenenados. No sabía qué le había hecho a este chico que recién conocía, pero me odiaba.

—Qué increíble... — masculló por lo bajo, y no me pareció que lo dijera precisamente como un halago. Más bien todo lo contrario. Siguió hablando entre murmullos, pero no llegué a escucharlo.

—Bueno, creo que es suficiente. — dijo Paul que hasta entonces había estado en silencio. —Ya tenés las respuestas que necesitas. — también lo había escuchado, y no le había gustado que me tratara de esa manera.

—Seguro, tengo como para escribir un libro sobre *Fini*. — se mofó. —A tus seguidores les va a encantar.

—Eso espero. — sonreí yo. Sabiendo que no había mejor respuesta para alguien que quería pelear, que la indiferencia.. Lo había aprendido de la peor manera. —Fue un gusto conocerte, Máximo.

Todo su gesto soberbio se descompuso por un instante y me miró desconcertado. Seguramente no entendía que yo fuera tan amable, cuando él claramente quería picarme... Solía tener ese efecto en algunas personas. Los confundía con mi sonrisa ensayada.

—Ehm, si. — dijo poniéndose de pie y caminando hacia la puerta. —Un gusto.

Caminé con él hasta la entrada, y sorprendiéndolo otra vez, lo despedí con un beso en esa mejilla rasposa, con barba de un par de días. Olía a un perfume masculino y fresco, que me hacía pensar en un bosque verde y frío. *Mmm...* —

hice un esfuerzo por no suspirar. *Qué hombre...*

La puerta se había cerrado, pero no pude resistir la tentación.

Miré por la mirilla y vi que se volvía hacia mi departamento curioso, y después negaba con la cabeza fastidiado y confuso.

De verdad acababa de caerle pésimo.

¿Y él a mí?

Máximo me había encantado. Si, tal vez estaba loca de remate.

—Creo que me acabo de enamorar. – le confesé a mi representante, llevándome una mano al pecho.

Y él solo puso los ojos en blanco y se rio pensando que bromeaba, pero no.

Por primera vez en mi vida, había sentido lo que era eso del flechazo.

Capítulo 2

Un día después, yo no podía dejar de pensar en él.

Tati y Franco estaban de visita, y estábamos comiendo un postre que había cocinado para uno de mis videos.

Tati era mi mejor amiga en el mundo, y había venido a estudiar actuación tras terminar el colegio, en el que habíamos sido compañeras.

Éramos del sur. De Esquel en la provincia de Chubut, para ser más precisos, y para mí había sido una ayuda muy grande tener a quien era casi mi hermana en la capital, para adaptarme.

Franco, era mi hermano de verdad.

Era tenista, así que además de estar en muy buena forma, también era competitivo, y le gustaba ganar. En todo lo que hacía, y desde pequeño, su energía arrasaba a cualquiera que se le pusiera en frente. Con una sonrisa encantadora que le daba un toque de dulzura, y su melena rubia, no había chica que se le resistiera.

Era un mujeriego empedernido...

No sabía cuántas chicas habían estado con él solo este año, era increíble. Y

si bien no presumía de aquello, era algo que tampoco podía disimular mucho aunque quisiera.

Yo, como su hermana, lo dejaba ser. Obviamente no me gustaba que jugara con los sentimientos de las personas, pero sabía en el fondo que esa nunca era su intención. Las chicas que estaban con él, sabían desde un principio a lo que se estaban exponiendo.

Y de verdad es que nunca me hubiera entrometido, porque el chico ya era grande y estaba a punto de cumplir los treinta y dos.

Aunque una tarde... Una tarde sí que tuve que hablar con él.

No era un secreto a estas alturas que Tatiana, mi mejor amiga, no había sido la excepción y había caído en sus redes. Estábamos siempre los tres juntos de un lado al otro, y era inevitable que tarde o temprano pasara. Me rompía el corazón verla sufrir cada vez que mi hermano se iba con una nueva conquista.

Había tratado de que no se le notara, pero aunque era una excelente actriz, él había terminado por darse cuenta.

Esa tarde, tuve que rogarle que no hiciera el tonto con ella. Que era una muy buena persona, muy sensible, y aunque a él le divertiera el jueguito y el histeriqueo que había habido siempre entre ellos, tenía que ponerle un punto final antes de que saliera lastimada.

Franco, que reconocía que siempre había existido una conexión especial entre ellos, me dio la razón. No estaba interesado en ella como más que una amiga, y no quería arruinar las cosas, porque nuestro grupo era inseparable.

Así que de a poco, fue poniendo paños fríos a esa relación.

Si algo tenía mi hermano, es que era la persona más sincera que conocía. Se pasaba de hiriente algunas veces, pero podías contar con él para que te dijera cómo eran las cosas. Porque rara vez mentiría, así que confié en su palabra como siempre había hecho.

Sin que fuera evidente, hizo lo posible para hacerle entender que para él, ella era una amiga muy importante, pero nada más. Se empezó a mostrar con otras mujeres, y esa también fue la época en que todo lo de Érica había ocurrido...

pero a eso voy a contarle más adelante.

Lo que importa, es que ella se decepcionó un poco, y pareció perder el interés.

Todavía le gustaba, podía verlo... pero ya no tenía ese enamoramiento tan fuerte que le había dado antes, y yo ya me sentía más tranquila de que no terminaría llorando por el picaflor de mi hermano.

No iba a criticarlo, lo amaba. Los dos teníamos además nuestras peculiaridades, y por eso quizá nos llevábamos tan bien desde chicos.

Salvando la diferencia de que él era super popular, y nunca le había costado hacer amigos, y yo...

Bueno, yo me sentaba al fondo del aula, sin encajar en ningún grupo ni estereotipo. No me gustaban los deportes, ni la moda, ni siquiera es que se me daban muy bien las materias. Reprobaba todas y me costaba muchísimo estudiar.

Si no hubiera sido por Tati, que me aceptaba tal cual era, me hubiera pasado todos esos años, sola.

Sola en un rincón, con mi cabello de colores, mis locuras y mis tatuajes.

Otra de las cosas que me había hecho diferenciar del resto de mis compañeros en la escuela. Mis padres, desde muy pequeña, me habían enseñado a expresarme y a tener una personalidad. Y eso, a veces se traducía en dibujos en tinta que surcaban mis piernas, mis brazos, parte de mi abdomen, y uno pequeñito en la nuca.

Claro, que otros chicos de mi edad, no veían tan bien el hecho de que fuera tan joven y tuviera ya tantas libertades. Decían que yo era rara, mis tatuajes lo

eran, y nadie quería acercarse a mí. Nunca se habían querido acercar... – menos antes de los tatuajes–.

Tampoco ayudaba que sus padres, no vieran con buenos ojos a los míos, y jamás le permitieran a sus hijos acercarse a los locos de los Acosta. Tal vez – decían– más peligrosos que los mismos Adams. Sonreí recordando a mi familia.

No eran peligrosos, pero seguramente si más hippies.

Mi padre, Hugo, era Ingeniero forestal, y en Chubut tenía un cargo público en medio ambiente, aunque ahora, se dedicara más a asesorar a empresas privadas. Y Mailen, mi mamá –cuyo nombre amaba porque en Mapuche significaba princesa o mujer poderosa, noble e inteligente– era artista plástica.

Mientras los otros niños recibían juguetes cada navidad, yo recibía hermosas artesanías que mi mamá me fabricaba. Algunas con acrílicos, otras con vidrios y espejitos, y siempre con muchos, muchísimos colores. Créanme que ni por un segundo envidié a mis amigos.

Los míos eran originales, y estaban hechos con tanto cariño, que eran los mejores.

Mailen y Hugo eran especiales, sin dudas. Y yo los extrañaba cada día.

Ellos me habían apoyado para que persiguiera mis sueños, y aunque les hubiera encantado que me dedicara a otra cosa que no fuera exponer mi vida públicamente, me aceptaban. Sabían que era lo que yo quería hacer, lo único que me sentía capaz de hacer y lo que mejor se me daba.

Si hubiera sido por mamá, ahora estaría cantando, o estudiando canto, porque siempre decía que amaba mi voz, y que tenía un talento oculto...

En realidad, yo no lo veía así. El canto siempre había sido un desahogo.

Cada vez que una situación se volvía demasiado, contaba con que al llegar a

casa, pondría la música fuerte, y cantaría hasta que los pulmones me dejaran.

Era genial... pero algunas veces se me volvía en contra.

Tan bien me sentía, que en algún momento, comencé a hacerlo en cualquier lugar, y casi sin darme cuenta.

Y si creen que eso no es para tanto, imagínense a una nena de trece años, a la que le está hablando el chico lindo de la clase para pedirle la tarea de Lengua, y ella se pone a murmurar para sí una canción de Soda Stereo en el aula.

O una chica de quince, que se va a un rincón sola, y se pone a tararear “Bajo la Guerra” de El Otro yo ...en el velorio de su abuela.

No, ser cantante no era lo mío. Cantar era otra de mis rarezas. Y con el tiempo, hasta había dejado de hacerlo. No es que me volviera más normal, si no que sumé otras rarezas nuevas a mi conducta.

Prefería ser youtuber, me encantaba, y para ser sincera, además era mil veces más rentable. Ganaba montones de dinero por pocas horas de trabajo... pero ese argumento nunca lo usaba con mis padres, porque sabía que me reprocharían que no eran esos los valores que ellos habían querido inculcarme.

Y yo estaba de acuerdo, el bienestar económico no lo era todo. Pero tras dos años de mudarme a Buenos Aires, sabía perfectamente que no se podía vivir de sueños y convicciones.

—No entiendo cómo te dejaste tratar así. – decía mi amiga de brazos cruzados, y gesto indignado.

—Tendrías que habernos avisado así estábamos presentes también. – dijo Franco enojado y Tati asintió, estando de acuerdo. —Y ¿cómo es que Paul no lo sacó a patadas?

—Supongo que porque necesitamos la promoción. – contesté desanimada.

—Tampoco es para tanto. Bueno, no le caí bien, ya está. Hablemos de otra cosa.

– rogué.

—¿Cuándo sale la nota? – quiso saber mi hermano, pero se exasperó cuando vió que me encogía de hombros. Ni se me había ocurrido preguntar ese detalle.

No tenía idea de cuándo saldría publicada. —Fini, eso es lo primero que tendrías que haber preguntado. – reprochó y yo resoplé.

Ya me estaba cansando de que me regañaran, así que cambié de tema, y amenacé con dejar de cocinarles cosas ricas los fines de semana si se ponían en

ese plan.

Está bien, y lo reconocía. Yo era la más chica de los tres, y a veces tomaba decisiones apresuradas que no terminaban bien, pero tampoco era una niña.

No desde hacía años. No desde que me había independizado, dejando atrás a mis padres.

No desde que mi vida había cambiado de un día para el otro.

Al menos yo no me sentía una niña.

Habiendo terminado de trabajar por ese día, incluyendo dos videos editados, uno grabado y miles de comentarios contestados, ahora me disponía a descansar un rato.

Mis amigos se habían marchado un rato antes, y ahora solo quería apagar las luces, elegir una serie o película, y comer tantas latas de Pringles como me diera el cuerpo.

Feliz con mis planes de sábado por la noche, sonreí mientras me ataba el cabello en un moño alto y relajado, y me calzaba el pijama para estar acurrucada en el sillón de la sala que tenía la tele más grande.

Estaba a punto de dar play en la comedia romántica que había seleccionado,

cuando el timbre comenzó a sonar a lo loco.

Alguien se había prendido de él, y resonaba aturdiéndome sin descanso.

Miré el reloj, y me pareció muy temprano para que algún vecino borracho estuviera molestando, así que extrañada fui a atender.

—¡Abrime, Fini! – dijo mi representante a los gritos. —Tengo que mostrarte algo urgente.

—Ehm, ok. – contesté arrugando el gesto. Ya podía ir diciéndole adiós a mi noche de relax. Mierda... ¿es que no podía mostrarme lo que tuviera que mostrarme por mensaje o correo electrónico?

Abrí el portón a regañadientes, y encendí las luces porque ya no tenía sentido tanta preparación. Las reuniones con mi agente nunca duraban poco... y cuando se fuera, seguramente lo único que me apeteciera hacer, sería dormir.

—Tenés que leer esto. – dijo mi representante apenas entró a mi casa con mala cara. En sus manos sostenía su Tablet y señalaba la pantalla.

Extrañada, pensando que podía deberse a algún comentario negativo de esos que siempre aparecían en mi canal de YouTube, me acerqué y vi qué era lo que tanto lo había alterado.

Las letras en color anaranjado fuerte del diario digital con el título “Ricos e Infames”, me puso enseguida el vello de punta. *Oh, Dios*. El artículo de Máximo había salido, y eso, a juzgar por cómo le había caído al entrevistador, no podía significar nada bueno.

Me armé de valor y comencé a leer.

Fini Moon, el nuevo “fenómeno” de YouTube

Debajo, una gran foto mía, captura de uno de mis videos con más visitas, en la que no salía para nada favorecida. Tenía una peluca verde y estaba haciendo un tutorial de depilación... así que imagínense.

Sube videos a Internet casi todos los días, para contarle a sus seguidores

acerca de su apasionante vida, y de paso, para compartir lecciones valiosas como la mejor manera para aplicar unas pestañas postizas, un delineado felino o una decoración en tonos rosados para el escritorio, entre otras enseñanzas trascendentales y fundamentales, solo pidiendo a cambio que le den un pulgar arriba y se suscriban a su canal.

Me mordí los labios, reprimiendo una sonrisa. Si, estaba destrozándome, pero aun así, su tono irónico me hacía gracia. Seguramente si no hubiera estado hablando de mi, y si no estuviera mi representante mirándome con gesto indignado, ya hubiera soltado una carcajada.

Ella junto a otros de su tipo, son quienes hoy lideran las listas de las personas más influyentes del país, obnubilados por una fama repentina y masiva que no todos saben gestionar, son quienes están siendo tomados como ejemplos del público joven que los ve.

Más allá de la apología al consumo, y la frivolidad, también cuentan con cualidades como saber encantar a sus espectadores con notas de humor y caras bonitas, haciendo de este combo, uno irresistible para el adolescente promedio.

¿Caras bonitas? ¿Pensaba que tenía una cara bonita? – sonreí.

Películas, nuevos libros entre los Best Sellers mundiales, y hasta contratos musicales, son algunos de los logros que se pueden enumerar conseguidos por estas recientes estrellas, que poco a poco copan el mercado actual.

Es una moda, pero también un fenómeno social que impacta de lleno creando nuevos ídolos, parecido a lo que sucedía con las tribus urbanas, y que sin dudas dará mucho que hablar.

Lo que seguía era un montón de datos sobre mi persona. Donde había nacido, mi color favorito, mi signo y otras cosas que habría averiguado al ver mis videos, y algunos enlaces en los que se podía encontrar lo que yo hacía.

Miré nerviosa a Paul, y como me imaginaba, estaba que echaba humo por la nariz.

—¿Quién se cree este ...Máximo Echeverría? – dijo leyendo bien el nombre.
—Los de ese diario me van a escuchar.

—No es para tanto, Paul. – contesté para tranquilizarlo. —¿Cuántos de mis seguidores pensás que van a leer la nota? Ellos me conocen...

—Hace menos de media hora que la nota está en la página, y ya tiene ciento cincuenta comentarios, y tu nombre es Trending Topic en Twitter. – dijo haciendo referencia a lo que más se estaba hablando en estos momentos en esa red social.

—Ups. – me cubrí la boca con las dos manos. —¿Y qué dice la gente?

—Tus fans salieron a defenderte, por suerte. – resopló. —Pero hay muchos otros que están criticándote. Esto no es buena publicidad, Fini.

—No creo que haya sido tan malo lo que dijo... – quise quitarle importancia.

—¿Que no es tan malo? Te trata de tonta, de superficial... ¡de fenómeno! – dijo exasperado. —¿Es que no entendiste lo que estabas leyendo?

—Claro que lo entendí. – contesté tranquila. —Pero esa es su opinión, yo sé que no es así.

No era la primera vez que me juzgaban o me señalaban por algo, y aunque no era bonito, se podía decir que estaba curada de espanto. Las críticas no me dolían tanto ya.

O al menos, me costaba menos afrontarlas.

—Lo que más me molesta – siguió diciendo, rabioso —Es que ese tal

Máximo, ahora es conocido. Todos quieren saber del hombre que escribió el artículo. ¡Se está haciendo famoso gracias a vos!

Sonreí recordando al gruñón del periodista y me imaginé su reacción.

—La nota es graciosa. – admití. —Hay que tener sentido del humor también.

A mí no me importa lo que dijo, lo importante es que salió toda la información de mi libro y que la promoción está hecha.

—Esto no se va a quedar así. – siguió mascullando él en voz baja mientras escribía a alguien frenéticamente en el celular.

Yo puse los ojos en blanco, tomando aire con fuerza, mientras pensaba en los cautivantes ojos grisáceos de Máximo... ¿Qué estaría haciendo ahora?

Máximo

Después de una noche en vela, viendo videos de la youtuber, había podido terminar la nota a tiempo para poder entregarla al diario. Y apenas me comunicaron que la aprobaban, como un zombie me acosté a dormir.

Por eso es que algunas horas después, me sorprendía el sonido de mi propio celular que no paraba de sonar.

Extrañado, me revolví el cabello y miré la pantalla con medio ojo abierto, bostezando del sueño que aun tenía.

¡Mierda! Ya habían colgado.

Deslicé el dedo para desbloquear, y me encontré con montones de notificaciones.

Tenía quince llamadas perdidas de Jorge Gallardo, mi contacto con el diario.

Asustado, marqué su número y me aclaré la garganta con un carraspeo...

que no se notara que eran las diez de la noche, y yo estaba durmiendo la siesta.

—¡Maxi! – gritó el hombre, atendiendo después de un tono.

—Jorge ¿todo bien? – pregunté preocupado. —No vi tus llamadas, disculpa.

—Eso no importa. – dijo, quitándole importancia. —¿Ya viste las repercusiones del artículo? ¿Leíste los mensajes? En menos de dos horas, ya

tenemos más de trescientos mensajes y somos Trending Topic. Me están llamando de otros medios. ¡Es una locura!

Fruncí el ceño confundido, y abrí la tapa de mi laptop para ver de lo que me estaba hablando.

Efectivamente, mi Twitter había explotado también. Había triplicado el número de mis seguidores, y no paraban de llegarme mensajes y menciones en tuits.

Hay que decir que los comentarios que me dejaban en el diario, no eran los más lindos precisamente, pero era algo que sabía que podía pasar.

Fini Moon, tenía montones de seguidores, era obvio que saldrían a defenderla.

—Qué locura... – susurré mientras seguía leyendo.

—Tenemos que conseguir más. – dijo Jorge, decidido. —Mañana mismo pienso hablar con su representante... es obvio que esta chica vende, pero lo que más llamó la atención fue tu opinión. Necesitamos más de esto.

—¿Más? – me reí. —¿Y qué más se supone que tiene esta chiquita para decir? En dos preguntas ya nos habíamos quedado sin temas, te puedo asegurar que ahí no hay nada más.

—Entonces algo vamos a tener que inventar. – comentó por lo bajo, y no supe si pretendía que yo lo escuchara. —Una columna que salga todas las semanas con actualizaciones de la artista. O cada quince días... – siguió pensando en voz alta.

—¿Actualizaciones de la artista? – arrugué el gesto. —¿Estás seguro que querés que la sección se convierta en eso? Que se le de ese espacio a una ridícula que lo más interesante que tiene para contar es como ponerse cremas en la cara para parecer un payaso, y de la vida de su gata... que pobrecita, tiene que soportarla las veinticuatro horas.

Jorge soltó una carcajada.

—Eso... – dijo recobrando el aliento. —Eso es justamente lo que necesitamos. Tu opinión sincera, porque cuando surgen estas superestrellas de la nada, son pocos los que se animan a darla. Por lo menos en los medios.

—Su representante nunca aceptaría una cosa así. – dije recordando al hombre que acompañaba a la chica en la entrevista.

—Vos no te preocupes. – contestó Jorge, muy seguro. —Puedo ofrecerle algún trato publicitario que lo deje conforme. Ya vas a ver. Conozco a los tipos como él...

Resoplé.

No tenía ganas de seguir escribiendo sobre una chica que representaba todo lo que me molestaba de la sociedad actual, pero tenía que admitirlo. Esto me garantizaba trabajo seguro y probablemente un contrato con el diario, que de

otro modo no podría conseguir. Después de todo me querían a mí, y no a otro periodista.

Tocaba resignarme y hacer mi trabajo lo mejor que me fuera posible.

Delfina

—Yo creo que es una propuesta excelente. – opinó Paul tras explicarme lo que se traía entre manos.

Resulta que desde el diario digital que había publicado el artículo sobre mi, había llegado un proyecto esa misma mañana. Querían dedicarme una columna semanal en la que contarán cosas sobre mi persona, mi canal, mis giras, novedades... en fin. Me querían a mí, porque había tenido una gran repercusión y veían potencial en todo el asunto.

—Yo... no puedo creerlo. – dije con sinceridad, desconcertada y con los ojos como dos platos.

—Yo sí que lo creo. – rio con sarcasmo. —Seguramente nunca habían tenido tantas visitas en el sitio, era obvio que iban a querer más.

—Pensé que estabas indignado con ellos. – dije confundida.

—Mirá, Fini. – contestó con una sonrisa condescendiente —No me caen bien. Y lo que dijeron de vos, eso ...eso no estuvo bien. – bajó la mirada haciéndose el afectado. —Pero tengo que dejar de lado mis subjetividades, y verle el lado provechoso a todo esto.

Alcé una ceja.

—Y entonces pensas aceptar una columna que se va a burlar de mí una vez por semana. – dije, incrédula. —No te entiendo.

—Nadie se va a burlar de vos. Eso se acabó. – sentenció. —Se han comprometido a bajar el tono. Quieren si, mantener la opinión de este chiquito que vino a entrevistarte, pero convertirlo en algo más. Quieren que vos después respondas a lo que te diga en tus videos.

—¿Quieren que nos peleemos? – me reí. —Eso es patético, y además imposible. Porque yo no me enojé por lo que escribió, para nada. – dije y estaba siendo muy sincera.

—Pero podrías hacer como que si... – sugirió y yo lo miré sorprendida.

—Yo no le miento a mis seguidores. – dije, tajante.

—No digo que te enojés. – quiso retractarse y poniendo los ojos en blanco.

Sonrió y siguió diciendo. —Pero que te prendas en un ida y vuelta. Si tiene que ser en tono de broma, que sea así. Tus seguidores también están indignados, y esperan que digas algo del tema.

Me mordí los labios, porque en eso último tenía razón.

Todos estaban esperando para saber qué iba a hacer al respecto de lo ocurrido. Ninguno estaba feliz con las palabras del entrevistador, y querían venganza. Muchos, incluso, habían tomado su cuenta de Twitter, y lo habían llenado de insultos.

—No sé... – dudé. —No es mi estilo.

—Pensalo así – dijo mi representante, cada vez más desesperado en convencerme. —A ellos les alcanza con una simple mención de lo que se escribe en el diario. Y él, que se despache criticando. Toda publicidad nos beneficia a estas alturas.

—Y eso querría decir que... – dije, queriendo disimular mi interés. —que tendría que seguir viendo a Máximo.

—¿Máximo? – preguntó Paul frunciendo el ceño. —Ah, si, ese periodista odioso de la última vez. Si. Las entrevistas serían con ese...

Me mordí los labios nerviosa y sentí como el estómago me daba un vuelco.

Volver a ver a Máximo...

Ni siquiera me iba molestar en negar que la posibilidad me intrigaba. Mucho más que eso... Me llenaba de ansiedad. ¡Obviamente quería verlo! Sabía que seguramente me esperarían horas de muchas miradas filosas y más comentarios hirientes y despectivos por su parte, pero no me importaba.

Yo quería seguir deleitándome con sus penetrantes ojos grisáceos y con el dibujo de su boca perfecta mientras hablaba... de lo que fuera.

—Lo voy a pensar. – contesté finalmente.

Ya vería qué se me ocurría para estar a la altura de todo lo que el periodista había dicho. Y tratando de mantenerme fiel a mi esencia, encontraría el modo de contestarle para que mi representante, el diario y mis seguidores estuvieran conformes.

Y así fue, que una semana después, aquí me encontraba...

En mi estudio de grabación, mirando fijo el reloj que tenía en el escritorio, reprimiendo las ganas que tenía de morderme las uñas. En solo unos minutos, él tocaría el timbre, y yo estaba que trepaba las paredes.

Me había arreglado a consciencia, estrenando uno de mis vestiditos de gasa fina color rosa palo, que tenía un lazo a la cintura negro haciendo contraste.

Mi cabello, de un rosado mucho más fuerte, brillaba, sujeto en una colita relajada que dejaba algún mechón suelto cerca del rostro y me había puesto mi mejor colgante de cuarzo rosa.

Uno de los cristales con energía más positiva, y que era conocido también por atraer el amor. No es que estuviera pensando en nada raro, ¿eh? No.

Pero supuse que podía ayudar a que le pareciera más simpática al chico...

La falda era un poco corta, y dejaba a la vista el tatuaje que tenía hecho en un muslo, que subía hasta mi cadera, enroscándose como una enredadera de flores en blanco y negro.

Me sentía bonita... por lo menos, hasta hacía dos minutos.

—Estás muy... muy producida, ¿no? — notó mi representante ladeando la cabeza.

—¿Qué? — quise reírme, pero no me salió. —Si estoy como siempre. — agité un poco las mechas que tenía a mano para despeinarme, sintiendo que me sonrojaba con violencia. Ups. Si él lo había notado, puede que Máximo lo notara también.

Paul entrecerró los ojos, pero por suerte no tuvo tiempo a responder, porque en ese preciso instante, sonaba el timbre y toda mi confianza se esfumaba, junto con el color de mis mejillas.

Máximo había llegado.

Capítulo 3

Había entrado hacía unos minutos, y se había ubicado en uno de los sillones de mi estudio, con el mismo anotador que había traído la última vez, y ahora me miraba impaciente. No habíamos cruzado más que un saludo, pero al parecer, desde la entrevista, seguía cayéndole igual de mal.

Mi representante se había quedado en la sala, para no estorbar, y porque según decía, estaba esperando mil llamadas, así que estábamos solos. Si. Solos.

Él y yo.

Tenía que hacer como si no estuviera allí, y grabar lo que tenía previsto para ese día, dejando que él fuera testigo de mi trabajo. Pero mierda... me estaba costando como nunca antes.

Ni siquiera al principio, cuando había comenzado, me había sentido tan cohibida.

Parecía increíble que no me importara nada que me vieran miles de personas desde sus casas, pero que me viera él, me ponía de los nervios.

Estaba usando una camisa a cuadros arremangada hasta los codos, y un jean desgastado que le sentaba perfecto. Sus manos, que cada vez me gustaban más, hacían garabatos en el papel, mientras yo no podía sacarles los ojos de encima.

Tenía una pulsera de cuero y en la otra, un reloj.

Parecía antiguo y valioso. Sonreí. Le iba perfecto.

En algún momento el silencio se volvió de verdad violento, y lo oí carraspear, así que me dije que era hora de ponerse en marcha.

Asentí, y con las manos algo temblorosas, encendí la cámara y saludé a mi público para explicarles de qué se trataría el vlog del día.

—Hoy voy a mostrarles cómo crear un look natural para la playa. – sonreí y miré por el rabillo a Máximo, que acababa de poner los ojos en blanco.

Ya me había dicho que no quería participar del video, pero por lo poco que lo conocía y por lo rojo que se estaba poniendo, me preguntaba si lograría ser capaz de quedarse callado.

—Para preparar el cabello, les recomiendo que lo trencen para crear ondas suaves que sean manejables y no alisarlo, porque con el agua y el viento, no tiene ningún sentido. – expliqué mientras hacía exactamente lo que acababa

de decir. —Y en el rostro, vamos a usar todos productos que sean resistentes al agua para que no se nos mueva el maquillaje del lugar aunque nos metamos a nadar al mar.

Vi que Máximo mascullaba algo entre dientes y negaba con la cabeza.

Divertida, seguí con lo mío como si no lo hubiera visto.

—La base debe tener algo de protección solar, y ser del tono exacto de nuestra piel. — comenté y vi que se removía en su asiento.

—Pero entonces ¿para qué ponerse maquillaje? No va a cambiar nada. ¿Del tono exacto? No tiene sentido. — y casi parecía que hablaba solo.

—La base empareja la piel del rostro, disimula rojezes y le da un acabado suave y terso. — expliqué con paciencia, mientras me esfumaba el producto con una esponja.

Me parecía que decía algo más, pero como no podía escucharlo, seguí con lo mío.

—Vamos a contornear y crear claroscuros corrigiendo e iluminando con esta paleta de correctores. — dije alzando el envase a donde la cámara pudiera tomarlo haciendo foco. —Afinamos la nariz, hacemos sobresalir los pómulos y creamos la ilusión de un rostro más delgado.

—¿Por qué querías hacer algo así? — volvió a saltar, ahora un poco molesto.

—Es una mentira. Básicamente es dibujarte otro rostro sobre el que te tocó.

—Seguidoras, él es Máximo. — señalé, obligada a esas alturas a incluirlo, porque se lo había escuchado. —Viene a conocer un poco más de mi trabajo y tiene algunas consultas porque es nuevo en el mundo de los videos tutoriales. —

sonreí y giré la cámara, a pesar de que el periodista se desvivía en gestos con las manos para que no lo enfocara.

Si no quería salir en el video, no hubiera abierto la boca y listo. — pensé con

una sonrisa irónica.

—Decile *hola* a mis seguidoras “las lunitas”. – dije refiriéndome a como ellas mismas se hacían llamar, relacionado claro a mi nombre artístico.

Máximo me clavó la mirada. Una llena de odio que me hizo estremecer, pero no del todo de una mala manera, y después soltó el aire y movió la mano en forma de saludo.

Me reí por lo bajo.

El próximo artículo tampoco sería uno amable, lo veía venir.

Continué con mi tarea, hasta que tuve la sombra de ojos y la máscara de pestañas perfectas, y un labial suave que apenas se notaba, pero que dibujaba mi boca de manera seductora.

Era hasta ahora, el maquillaje más natural que había hecho, pero aun así, a Máximo le había parecido un exceso.

—¿Todo eso para ir a la playa? – dijo arrugando la nariz mientras me estudiaba en detalle. Sus ojos grisáceos, me dejaban petrificada, totalmente incapaz de decir o hacer nada más que seguirlos con atención. —Es muchísimo, y una pérdida de tiempo. Estás dos horas poniéndote todas esas cosas, para que apenas te de un poco el sol, y el agua, se te vaya todo.

—Ah, pero esa es la gracia de estos productos. – señalé sonriendo. —No se van a salir ni con el sol, ni con el agua.

—¿Y cómo vas a hacer para sacártelo? – se preguntó algo horrorizado. —

Son dos centímetros de capas y capas de revoque.

Me reí de su comentario de manera discreta, y alcé una botellita que tenía a mi lado.

—Con algodón y mi agua micelar preferida – la mostré a cámara, porque era uno de los patrocinadores de mi canal —Sale rapidísimo.

Me miró sin entender de qué estaba hablándole y empezó a manotear los productos, analizándolos y después anotando con dedicación en su cuaderno.

—Bueno, lunitas, eso ha sido todo por hoy. – miré al periodista reprimiendo una sonrisa. —Máximo, ¿te quedó alguna otra pregunta? – dije alzando una ceja.

Volví a enfocarlo, haciendo que volviera a tensar su mandíbula y que se quedara medio congelado porque no lo esperaba. Había dejado la mano a mitad de camino por su cabello y tras aclararse la garganta, pudo contestar.

—No, no. – negó con la cabeza. —Me quedó clarísimo cómo tengo que hacer el día que me canse de verme esta cara al espejo y quiera elegir una nueva para ir a la playa.

Sonrió con ese gesto socarrón al que me estaba acostumbrando y luego guiñó el ojo a la cámara con picardía.

Me reí en respuesta, y tras despedirme avisando a mis seguidoras que una nueva nota sobre mí saldría en el diario digital, corté la grabación pidiendo a mis suscriptores que dieran pulgar arriba si les había gustado el video.

Un segundo después de apagada la lucecita de la filmadora, el silencio se hizo inmenso.

Miré disimuladamente al chico, esperando que dijera algo, pero no decía nada. Se había quedado callado, mirándome algo desconcertado. Casi el mismo gesto que tenía después de que le diera el beso en la mejilla la última vez.

No lo conocía, pero podía adivinar que le seguía pareciendo extraño el hecho de que no respondiera nunca a sus intentos de provocarme.

Y hablando de eso... ¡Mierda! Se suponía que teníamos que pelear o algo.

Ups. Paul no estaría feliz...

—¿Y ahora qué? – preguntó, en un tono más conciliador. —¿Subís el video y te quedas a esperar a que lo comenten y se haga viral?

—No. – contesté sorprendida de que no hubiera ni pizca de sarcasmo en su voz. Era una pregunta genuina, así que me esmeré en darle una respuesta que estuviera a la altura. —Ahora me toca ver lo que grabé, editarlo, y crear una imagen y un título que atraiga. También tengo que reunir en los enlaces de descripción todos los auspiciantes... Son un par de horas de trabajo. – me encogí de hombros.

Asintió y volvió a su cuaderno agregando eso último que acababa de decirle.

—Creo que yo ya tengo todo lo que necesito para la columna de esta semana. – dijo poniéndose de pie de repente.

¿Ya se iba? – pensé desanimada.

—¿No querés quedarte a ver cómo es el proceso de edición? – ofrecí en un patético intento de que se quedara por un rato más.

—La próxima. – contestó, estirándose tras haber estado casi una hora en la misma posición. —No quiero quedarme sin material tan rápido. Dejemos algo para hablar para más adelante. – se acomodó las mangas arremangadas mirándome desde arriba con poco interés, y a mí se me escapó un suspiro.

—Está bien. – acepté algo decepcionada. —¿Cuándo vuelves?

—Probablemente la semana que viene, a la misma hora. – dijo rascándose la nuca. —O vos me decís cuando te quede bien. La nota sale mañana a la noche. –

comentó y me alegraba que lo hubiera hecho, porque otra vez estaba por olvidarme de preguntar.

Asentí sin saber qué decir, totalmente abrumada por el color pardo de sus ojos, y por el fastidio que veía en ellos. Frunciendo las cejas, tan serio que su boca, que era normalmente grande cuando sonreía, ahora quedaba atrapada en un

gesto sexi y lleno de irritación.

—Y... — enrosqué un mechón de cabello entre mis dedos y lo retorcí nerviosa. —¿Tenés hambre? ¿Te gustaría tomar un té? Tengo de hierbas, té verde, o de frutos rojos. No comiste nada desde que llegaste. Ayer hice cupcakes.

— recordé entusiasmada.

—Eh... — dudó, haciendo que miraba su reloj, cuando evidentemente ni se había fijado qué hora era. —En realidad tengo que irme. Tengo un... un trabajo ahora. — casi podía ver cómo su cabeza funcionaba a toda velocidad, intentando encontrar una excusa que lo librara de la situación. —De hecho, ya se me hizo tarde.

—No hay problema. — sonreí simpática, fingiendo que no me había desinflado como un globo por su rechazo. —Otro día, entonces. — dije optimista.

—Mmm, es que a esta hora suelo estar muy ocupado. — contestó con un carraspeo. —Gracias, de todas formas.

Oh.

Ya me había quedado del todo claro.

El chico no tenía ni el más mínimo interés de pasar tiempo conmigo que no involucrara el trabajo que teníamos que hacer en conjunto. ¿Patada en el orgullo?

Puede ser, me había dolido bastante.

—¿Ya terminaron? — preguntó mi mánager que había entrado hacía un segundo, y hablaba al ver que la cámara estaba apagada.

—Si, ya terminamos. — contesté agradecida por su interrupción.

—Me estaba yendo. — confirmó el periodista, que después de haberme rechazado, no podía ni mirarme a los ojos. Agh, me sentía ridícula. ¿Cómo se me ocurría?

—Ok, entonces te acompaño hasta la puerta. – le dijo mi agente, y yo quise darle un abrazo ahí mismo.

Gracias, Paul... yo no quería hacerlo. Quería quedarme en mi estudio y esconderme hasta olvidar el papelón que acababa de protagonizar. Quería hacerme una bolita y que nadie me mirara por un rato.

Quería meterme en mi culo y no salir por unos días. Eso quería.

—Nos vemos. – dijo a modo de despedida, y yo solo pude asentir como una boba sin levantar la cabeza. Las mejillas me ardían y me sentía físicamente enferma. Capaz de vomitar de un momento a otro.

Máximo

¿Qué había sido eso?

La chica me había invitado a tomar un té de la nada, poniéndome en una situación de lo más incómoda.

Era siempre amable, aun cuando yo me comportaba como un idiota con ella, no lo entendía. No es que lo hiciera a propósito, no era tan antipático por naturaleza. Bueno, tal vez un poco, pero la chica no me había hecho nada.

Es que no podía evitarlo. Ese tonito infantil con el que hablaba, y esas tonterías que decía...

Tenía casi diez años menos que yo, pero aun así, no lo veía como excusa para parecer una colegiala.

Me sentaba fatal tener que rechazarla porque me sentía un maleducado, pero si tenía que ser del todo sincero, no había ningún motivo por el que quisiera aceptar.

Ya era insoportable tener que entrevistarla todas las semanas. Una o más horas de las mismas conversaciones vacías sobre maquillaje, y esas bobadas, era demasiado para mí.

Además, era rara.

Fini era... –mierda, si hasta me parecía bobo llamarla así– Delfina era muy extraña.

Y no me refería a sus excentricidades más evidentes, como el cabello de color, los disfraces que se ponía, o como trataba a su mascota como un miembro más de la familia.

Había algo en ella que no lograba descifrar, como si hasta ahora sólo hubiera conocido un personaje, y no una persona. Todo en ella me extrañaba.

Por ejemplo, su invitación.

¿Había sido otro de sus desconcertantes gestos de simpatía como ese beso en la mejilla cuando nos despedimos la primera vez? Me había pasado todo el camino a casa pensando en ese bendito beso, tenía que reconocerlo.

No parecía estar interesada en mí, más allá de su buena onda característica.

Se la notaba una persona positiva, y todo eso... pero no creo que su intención hubiese sido expresar que yo le ...gustaba. ¿O sí?

Pero ¿en qué estaba pensando? – me dije sacudiendo la cabeza. No podíamos ser más diferentes, una total ridiculez.

La chica solo había sido educada, y me había ofrecido algo para comer y beber después de trabajar. Tal y como lo hubiera hecho con cualquier otra persona, no tenía dudas.

Me subí al asiento del micro casi vacío, contento de tener asientos disponibles para poder ponerme cómodo y escuchar algo de música camino a casa. “Naive” de The Kooks sonaba en mi lista de reproducción, esos últimos días...

Reconocía ese hormigueo. Las ganas de sentarme en el ordenador y dejarme llevar por las palabras... si.

El bloqueo de a poco me estaba abandonando, ¿y todo gracias a quién?

Había llenado cinco páginas del cuaderno, y ya tenía una idea de lo que sería

la columna que aparecería publicada el día siguiente sobre Fini Moon.

Ahora solo me faltaba escribirla...

Capítulo 4

Delfina

Como era de suponer, las repercusiones del video no se hicieron esperar.

Hacía apenas unos minutos que lo había subido en línea, y ya tenía cerca de ochenta mensajes.

Todos estaban desconcertados por el hecho de que el periodista apareciera, y se preguntaban si sería una colaboración permanente o cosa de una vez.

Porque no era el primer vlog que hacía con alguien más.

En alguna ocasión había tenido algún invitado. Por lo general, eran amigos que había hecho al asistir a eventos de youtubers y era gente que se dedicaba a lo mismo que yo. Amigos que me encantaba ver de tanto en tanto...

Pero Máximo no tenía nada que ver con este mundo, y por eso es que había tanta curiosidad.

Los comentarios iban desde lo más agradable como:

“¿Quién es ese morocho tan lindo, Fini?” “¡Qué ojazos, ese Máximo!” “¿El chico del video tiene canal de YouTube? O Instagram... es que está muy bueno.”

Hasta lo menos agradables:

“¿Y este quién es, que te cuestiona así?” “No sabe nada de maquillaje, así que no sé por qué opina.” “Si, seguro que a él no le gustan las chicas lindas y maquilladas... ¡qué ridículo!” “Este es el boludo que escribe en Ricos e Infames y habló mal de Fini.” Y otros insultos que no valía la pena reproducir.

Lo que no se podía negar, es que atención estaba atrayendo, y de paso, también había expectativa por leer lo que luego él escribiría. No podía mentir, yo también estaba ansiosa por saber qué sería lo que pondría esta vez.

A Paul le había asegurado que no se pasarían de agresivos, y que a pesar de que el entrevistador tuviera una opinión, esta jamás sería expresada faltándome el respeto, así que supongo, por ese lado, podíamos quedarnos tranquilos.

Pero yo tranquila no estaba.

No podía dejar de pensar en él y en cómo había hecho el ridículo pidiéndole que se quedara a tomar un té.

Quería darme con algo en la cabeza. “Un té”...uff, ahora me parecía tan tonto.

Después de lo sucedido, sentía otro respeto por mi hermano Franco, que al parecer había dominado el arte del chamuyo y la seducción. Me reí al pensar lo que él me diría de mis patéticos intentos.

Un té... – recordé resoplando y cubriéndome el rostro con las dos manos.

En medio de mis lamentos, mi celular comenzó a vibrar con la llegada de un mensaje.

Paul había recibido el artículo antes de ser publicado, y había tenido oportunidad de aprobarlo. Fruncí el ceño al darme cuenta de que él ya lo había hecho sin consultarme si quiera. Solo me avisaba que lo había visto y estaba bien, y saldría en unas horas. No más detalles. Ni un adelanto de lo que la nota decía, nada.

Se las había arreglado solo con el editor de Ricos e Infames.

Y si, él era mi representante. Se suponía que ese era su trabajo, y yo confiaba en él. O al menos tendría que hacerlo, porque como esa decisión, tomaba montones a diario. Pero no lo tenía muy claro.

Intentando pensar en otra cosa, abrí las canillas para prepararme un baño de

espuma, con las nuevas bombas perfumadas que acababa de enviarme la empresa que me auspiciaba. Tenía que hablar de ellas, haciendo una reseña en mi próximo video, y era importante que probara antes el producto para poder ser sincera y poder contarles a mis seguidoras de mi experiencia.

Escogí una que se llamaba coctel de fresa, y esperé a que su efervescencia me envolviera, y su perfume inundara el ambiente mientras yo cerraba los ojos y me dejaba llevar por la música.

“Soap” de Melanie Martinez, me parecía más que adecuada para ese momento. Definitivamente quería lavarme la boca con jabón después de invitar a Máximo a tomarse un té conmigo...

Esta vez, el artículo no había sido tan malo conmigo como el anterior.

Por supuesto, no se había callado todas sus opiniones con respecto al uso del maquillaje en la playa, pero ya no se metía tanto conmigo y mi forma de ser.

Incluso, si uno se ponía a leer entre líneas, hasta parecía que en un momento se reconocía mi talento en eso de la “transformación absoluta del rostro”.

Sonreí en varias oportunidades porque, aunque en persona mucho no se notaba, al escribir, era evidente que el periodista tenía un buen sentido del humor.

Me lo imaginé enfurruñado, con ese gesto que iba desde la concentración al hastío y que tanto me gustaba aunque no podía encontrarle una explicación...

Seguramente pasaría todas sus notas en su ordenador, mientras se acomodaba el cabello pensativo. Y sus manos, esas tan bonitas que tenía, se moverían veloces en el teclado, como si estuviera componiendo una melodía en un piano.

Mmm... me encantaba imaginármelo. Me encantaba él. No tenía remedio.

Aún faltaban unos días, pero ya tenía ganas de volverlo a ver...

Y eso era nuevo para mí.

Máximo

Bebí de mi copa de vino, y miré sonriente a mi compañera de mesa. Estaba siempre ocupada, así que había sido una suerte que nuestras agendas coincidieran por primera vez. Sin perder tiempo, le había enviado un mensaje para que nos viéramos, y después de ponernos de acuerdo, decidimos ir a cenar.

Era la tercera vez que salíamos, y solo podía esperar que fuera tan buena como las otras dos.

Josefina era una colega que había conocido en un congreso de periodismo digital hacía menos de un año, y aunque ninguno quería algo serio por el momento, los dos disfrutábamos y la pasábamos bien sin compromisos. No estaba diciendo con esto que nunca quisiera algo serio, pero no era mi prioridad.

Tal vez por la naturaleza de mi profesión como escritor, tenía una filosofía un tanto romántica, y seguía esperando por algo que fuera lo suficientemente especial para sentar cabeza.

O quizá fuera el matrimonio ejemplar que habían tenido mis padres, como fuera, hasta que esa persona apareciera, yo estaba cómodo con mi soltería. Y

Jose era preciosa, pero...

Sonrió también, haciendo hacia un costado su corta melena rubia dejando a la vista unos pendientes discretos de perlititas que siempre llevaba puestos.

—Me alegro de que me hayas escrito hoy. – comentó. —Estoy por trasladarme a Chile por una temporada, y si no nos veíamos ahora, podían pasar

meses.

—¿A Chile? – pregunté, curioso.

—Una propuesta muy buena de trabajo, pero ya sabés... – hizo como si se cerrara la boca con un cierre invisible y asentí.

Si, esas informaciones no solíamos compartirlas con nadie, por más confianza que tuviéramos, y menos si los contratos requerían discreción.

Además, conociéndola, tampoco querría quemarlo antes de tiempo, por supersticiosa.

—Bueno, entonces brindemos por el encuentro. – propuse, impaciente por terminar de comer el postre y marcharnos de una vez.

—Eso, brindemos. – rio y chocó su copa con la mía con suavidad.

Acercándose con gracia, rozó mi pierna con la otra mano y susurró en mi oído.

—Y no perdamos más tiempo, que dentro de un par de horas tengo que estar en el aeropuerto. ¿Tu casa o la mía?

—La tuya. – contesté con la voz un poco ronca, pero sin dudar. Mi departamento era un caos, y además si tenía que irse, era más cómodo para los dos que fuera en el suyo.

Nos levantamos después de pagar la cuenta, y nos acercamos a la vereda para tomar el primer taxi que pasara por allí.

Mientras esperábamos, ella se inclinó hacia mí y me besó el cuello de manera seductora, haciendo que la piel se me erizara.

Cerré los ojos, abrazándola por la cintura, y justo cuando estaba por abalanzarme y tomar su boca con ansias, una voz muy finita nos interrumpió.

—¿Máximo? – preguntó. —¿Vos sos Máximo?

Solté a Josefina a regañadientes, y me volví para ver a una jovencita que no tendría más de dieciséis años y a dos de sus amigas que murmuraban algo por lo bajo mientras me miraban con los ojos muy abiertos.

—Ehm, si. – dije confundido. —Disculpa ¿nos conocemos?

Las tres ahogaron un gritito y se pusieron a hacer comentarios entre ellas, dedicándome cada tanto alguna mirada llena de sorpresa.

Josefina miraba la escena tan confundida como yo, pero también un poco incómoda.

—Nosotras somos del club de fans oficial de Fini Moon, y te vimos en uno de sus videos. – me explicó la que me había abordado. —¿Vas a seguir apareciendo en su canal? – preguntó con los ojos brillantes.

—Yo... yo... no sé. – contesté algo paralizado. “Club de fans oficial de Fini Moon”, qué fuerte.

—¿Videos? – me preguntó Josefina al oído, sin entender.

Pero tampoco a ella podía contestarle, así que me quedé allí, tartamudeando una explicación que sonara coherente, mientras las tres adolescentes, seguían hablándome sin parar.

—¿Nos podés firmar un autógrafo? – preguntó una.

—¡Sí! Y yo quiero una selfie con vos.

—¡Yo también!

Las miré aterrado antes de que comenzaran a amontonarse a mi lado y haciendo a un lado a mi acompañante, sacaran sus teléfonos y dispararan una, dos, treinta fotografías, con mi cara de susto.

Y así como aparecieron de la nada, de la nada se fueron también. Riéndose a carcajadas y comentando entre gritos lo que acababa de pasar.

—¿Max? – preguntó Josefina que todavía esperaba una respuesta, con los ojos abiertos de par en par.

¿Qué había sido toda esa locura?

Delfina

Ese jueves, cuando esperaba al periodista, se me ocurrió ponerme a responder algunos comentarios de Twitter.

El tema del que más se había hablado, era justamente la aparición de él en mis videos. Nadie entendía por qué le daba ese espacio cuando no había sido nada amable conmigo, ni por qué tenía que opinar sobre lo que yo hacía en una columna de su diario.

Nadie entendía las razones, pero aun así, había quienes querían más. Tras el último video, habían comenzado a pedir por él. Otras también se habían preguntado si entre nosotros había algo, y hasta les gustaba la pareja.

Y eso, aunque me hiciera algo de ilusión, para qué negarlo, también sabía que era sumamente funcional para lo que queríamos hacer.

Me hacía sentir un poco mal por mis seguidoras... Como si estuviera mintiéndoles, así que ya estaba ideando una manera de confesarles la verdad de su presencia, sin que los intereses del diario, ni los de mi representante se vieran perjudicados.

Paul, que ya se había asegurado que todo estaba saliendo como él quería, ya no se presentaba a las grabaciones, así que ahora tenía que lidiar con todo solita.

Mierda, estaba que me moría de nervios otra vez.

El timbre sonó, sobresaltándome, y me apresuré para abrirle al periodista y dar comienzo al nuevo vlog de esta semana. Totalmente consciente de que volvería a verlo por primera vez después de ...de su rechazo, y que lo mejor, iba a ser hacer como si nunca hubiera ocurrido.

Capítulo 5

Abrí la puerta algo temblorosa, y la boca se me secó apenas lo vi.

Con sus casi dos metros de estatura y esa mirada ardiente que me intimidaba por completo, apenas si podía saludarlo cuando él lo hizo.

¿Por qué me gustaba tanto su cara de culo?

—Hoy vamos a salir. – le anuncié. —Una vez por mes, visito el negocio donde venden los productos que me regalan, y trasmito desde allí, mostrando novedades y probando cosas con las chicas que atienden el local.

—¿Vamos a salir? – preguntó y en su voz me pareció oír algo de alarma. —

¿Juntos, a la calle?

Parecía horrorizado ante la idea, y eso un poco me ofendió.

—Si no querés, puedes volver mañana que grabo en mi estudio otra vez. –

sugerí mirando el piso, sonrojándome de vergüenza. Tal vez pensara que le estaba pidiendo una cita, pero no. Era parte de mi trabajo.

—No, no. – negó rápido con la cabeza. —No es que no quiera, es que el otro día me pasó algo cuando estaba cenando con ...con una amiga. Me reconocieron por tus videos, y me pidieron fotos, y que les firmara autógrafos. Una locura, yo no estoy acostumbrado...

—Ups. Perdón. – me mordí el labio para no sonreír. Me imaginaba que para él habría sido muy difícil tener que enfrentarse a algo así, porque para mí también lo había sido la primera vez. Y más, con la cara de pocos amigos que siempre cargaba el chico... —No tenía idea.

—Supongo que después del primer artículo, tendría que haberme imaginado que una cosa así podía pasar. – se encogió de hombros. —Y más cuando ya se me vio la cara... De verdad no quiero ser conocido por aparecer en tus videos.

No te ofendas, pero...

Alzó una ceja y se rascó el mentón algo nervioso.

—Entiendo. – asentí todavía dolida. Claramente no iba a querer que lo relacionaran conmigo. —Bueno, yo tengo que ir porque me están esperando y me comprometí. Pero vos si querés puedes ir a tu casa, y lo dejamos para la próxima.

Pareció dudarlo. Juro que pareció planteárselo por un segundo, pero después se enderezó y volvió a negar con la cabeza.

—Vamos. – accedió. —Tengo que terminar la columna y tenerla lista esta noche, así que no hay tiempo que perder.

Asentí desviando rápido la mirada, y lo conduje al ascensor con una seña incómoda.

Mierda. Iba a ser una tarde larguísima.

Habíamos ido en mi auto, y por suerte el lugar quedaba a poca distancia, porque de verdad, no hubiera podido estar más tiempo a solas en un espacio tan pequeño con Máximo y su cara de incomodidad. La mía tampoco ayudaba mucho que digamos.

Estábamos raros, y el ambiente estaba de lo más tenso, así que no había dudado en encender la música para tapan el silencio terrorífico que nos envolvió.

Y estaba además el hecho de que mi vehículo, era un Mini Cooper rosa pastel, y al parecer al periodista mucho no le gustó porque murmuró algo que sonó como “el puto auto de Barbie”...

En Fiorbella Spa, nos estaban esperando.

Antonia, que era quien siempre me atendía, nos recibió con su mejor sonrisa, y nos invitó a ponernos cómodos en uno de los salones VIP mientras ella iba a buscar los productos.

Yo aproveché ese tiempo para preparar mi cámara sobre su trípode, y chequear que la toma fuera buena.

Máximo, miraba todo con desconfianza, y cuando creía que no lo estaba viendo, se acomodaba la camisa y el cabello, seguramente para salir favorecido en escena.

Hice un esfuerzo para no sonreír. Al final, él también se preocupaba por su apariencia... y terminaría por agarrarle el gustito a todo esto.

—¿Vos también vas a probar la máscara de miel? – preguntó Antonia al periodista, cuando volvió.

—¡No! – se apuró en decir, alzando las manos como si pudieran servirle de escudo. —Yo solo veo y escribo. – señaló su cuaderno.

—Ya que yo le voy a colocar la máscara a Fini, sería bueno que ella hiciera una demostración también con alguien más. – dijo abriendo el frasco. —Y ya que te tenemos acá...

Solté una risita por lo bajo y Máximo me miró espantado.

—No es tan mala idea. – reconocí, encantada al ver su reacción.

—Puede hacerla con vos. – contestó él, cada vez más alterado.

—No, tesoro. – dijo con una risa. —Yo soy la cosmetóloga, y Fini la especialista en videos de belleza. Te toca.

—Pero, pero... – quiso negarse.

—Ay hombre, no es para tanto. – se rio Antonia, poniendo los ojos en blanco.

—No te estoy sugiriendo que te hagas una depilación con cera, es una mascarita de nada. ¿O es que no te animas? – preguntó y la amé con todas mis fuerzas.

No estaba bien decirlo, pero después del mal momento que me había hecho pasar al rechazarme, me daba gracia que ahora sufriera un poquito él.

Imaginármelo sentado en la camilla, me parecía lo más cómico.

El periodista me clavó la mirada, fulminándome con esos ojos grisáceos tan bonitos que tenía y apretó la mandíbula hasta que un músculo en la mejilla lo delató. Me odiaba. En este momento, me estaba odiando con todo su ser.

Cuando estuvimos listos, Antonia, me limpió el rostro con un producto liviano para después aplicar un sérum que potenciaría el efecto de la máscara,

y mientras tanto, habló a la cámara para dar el paso a paso a mis seguidores.

Ya estábamos acostumbradas a trabajar juntas, así que se nos daba de manera natural, y yo ya sabía cuándo tenía que cortar para enjuagar o para cambiar el ángulo de la toma.

En una de esas pausas, se me ocurrió mirar a Máximo, que desde la esquina, nos miraba con atención y miedo, tal vez pensando en cómo salir del centro de belleza sin que lo notáramos.

—Bueno chicas, si quieren conseguir este producto, pueden hacerlo con el código de promoción #FiniMoon, – expliqué a cámara cuando Antonia terminó.

—Por ser mis seguidoras, tienen un 20% de descuento. Si les gustó el video y tienen ganas de que probemos la misma mascarilla en Máximo – agregué enfocándolo de repente. —no se olviden de dar pulgar arriba.

—Eso. – comentó Antonia. —Si llegamos a los cuarenta mil “me gusta” le hacemos el tratamiento a él también. – se rio.

—Nos vemos la próxima, lunitas. – soplé un beso junto a la cosmetóloga y apagué el aparato.

Máximo se puso de pie enseguida, pensando que ya se había librado, pero pobrecillo... no tenía idea.

—Ah no, tesoro. – se rio Antonia. —Ahora es tu turno.

—Pero si ya se despidió. – discutió mirándome y esperando que le diera la razón. —¿No tenías que llegar a los cuarenta mil pulgares arriba o algo? –

preguntó desesperado.

—Si, pero el video se graba igual. – le expliqué. —Si después no llego a ese número, solo no lo subo. Además... – lo miré alzando una ceja. —Si no lo hacemos ahora, nunca más te vas a dejar.

Apretó los labios porque sabía que no me equivocaba. No había chance que

volviera a traerlo a este centro de estética otra vez, y después sería imposible cumplir con mis seguidoras. Le tocaba.

—Mmm... – dudó. —Si el video queda muy mal, igual no lo subas. – pidió, perdiendo del todo ese gesto soberbio que siempre lo acompañaba. Ahora parecía hasta asustado.

—¿Y por qué va a quedar mal el video? – pregunté confundida.

—Porque no quiero seguir haciendo el ridículo. – masculló mientras se sentaba en la camilla y yo sonreí.

Oh, de hacer el ridículo yo sabía y bastante.

—Vos no te preocupes que no voy a dejar que quedes mal. – prometí y me pareció que maldecía por lo bajo.

Cerró los ojos con fuerza y se recostó contra el respaldo como si estuviera en el dentista –o en la silla eléctrica– y yo hice todo lo posible por no soltar una carcajada.

—No seas exagerado, que no es para tanto. – se burló Antonia. —Después vas a querer ponerte esta máscara todos los días, es buenísima.

—No puedo creer que esté haciendo esto. – dijo juntando las cejas y resoplando con ganas.

Me acerqué a él y admiré su rostro por primera vez tan cerca, que se me secaba la boca.

Su mandíbula era firme y angulosa, dándole ese rasgo masculino que junto con la barba de algunos días, lo hacía guapísimo. Sus pómulos eran altos, y bien esculpidos... todos sus rasgos lo eran, pero había algo que opacaba al resto, y era su boca. Sus labios... por dios esos labios.

Rosados oscuros y perfectamente dibujados, parecían suaves y aunque siempre se los había visto apretados en un gesto serio, ahora relajados, eran un imán.

Totalmente comestibles... – pensé y reprimí un suspiro.

Estaba ahí, totalmente vulnerable, esperando a que comenzara, y a mí me temblaban tanto las manos que rogaba que no se notara en cámara. ¡Ah, eso! La cámara. No me podía olvidar de encenderla.

Hice la introducción otra vez con mis seguidoras, como si se tratara de otro día de filmación y mostré lo que estaba por hacer, haciendo también que Máximo saludara y sonriera a mis lunitas.

Estaba enojado. Podía sentir las oleadas de pura ira dirigidas a mi persona, y juro que si hubiese podido matarme, en ese momento lo hubiera hecho sin importar los testigos.

—Voy a retirarte un poco el pelo hacia atrás para que no se te manche. – le avisé antes de colocar una horquilla sobre su frente.

—Oh, por dios. – dijo quejoso.

—Empezamos limpiando el rostro – indiqué, rozando el algodón cargado de producto por toda su piel, mientras Máximo gruñía como un perro a punto de atacar... o morderme la mano.

No me convenía reírme, pero cada vez me costaba más aguantar las ganas.

—Ahora, unas gotitas del sérum, que vamos a desparramar con la punta de los dedos. – indiqué. —Dando pequeños golpecitos.

—¿Golpecitos? – preguntó, sobresaltándose y llevándose como consecuencia, un golpe de mi índice en su ojo abierto. —¡Au! – frunció el rostro.

—Ups. – me reí. —Tenés que quedarte quieto, porque si no, pasan estas cosas.

—¿Por qué no me hace el tratamiento Antonia que sabe? – dijo provocándome. —Ella al menos no va a dejarme ciego.

—No fue para tanto. – me reí. —Y yo también sé lo que estoy haciendo. Los

pacientes no suelen ser tan desobedientes. – me defendí.

—¿Paciente? – alzó una ceja. —Lo que soy es una víctima. Grabá eso, que se enteren tus seguidores.

Volví a reírme, porque por primera vez desde que nos conocíamos, parecía que bromeaba... y eso hacía el ambiente un poco más relajado a comparación con cómo estábamos antes.

Con una brocha sintética, empecé a esparcir la mascarilla sobre su frente, y debe haber estado más fría de lo que se esperaba, porque dio un pequeño saltito y se volvió a quejar.

—Mmm... ya no estoy tan seguro de todo esto. – dijo arrugando la nariz. —

Esto no huele a miel.

Me reí porque tenía razón. El aroma no era parecido a la miel ni de cerca.

Podía tener sus propiedades, pero eso era todo. Aun así, eran mis auspiciantes, así que no era correcto hablar mal de sus productos.

—¡Shhh! – lo hice callar, acercándome a su oído por el costado contrario de la camilla, donde la cámara no me tomaba bien. —No se supone que hables mal del producto.

Se giró al sentirme al lado de su cara y abrió los ojos, haciendo que me sorprendiera.

—Es mejor que tus seguidores sepan que tiene olor a insecticida antes de ponerse esta mierda en toda la cara. – susurró con gesto serio y ya no pude seguir resistiendo.

Solté la carcajada que venía reprimiendo desde hacía un rato, haciendo que él se contagiara y también riera, manchándolo todo con la mascarilla que tenía en el rostro.

—¡No te muevas! Estás haciendo un enchastre. – le avisé, pero ya era tarde.

Al querer arreglar el lío que había hecho, se terminó ensuciando más. Una de sus manos se había rascado el mentón, y ahora tenía la camisa llena de máscara, y la camilla era un solo manchurrón.

Antonia había puesto los ojos en blanco, y se había retirado rápido a buscar algo para limpiar todo.

—Creo que de ahora en más ya no me van a invitar a probar productos al local – dije mientras le alcanzaba paños de papel para que se pusiera en el cuello de la camisa. —Espero que la mascarilla de miel salga de la ropa. – comenté en voz alta mirándole el pecho y sonriendo a modo de disculpas.

—Esto de la belleza, tiene sus peligros. – asintió, resignado. —Y vos estás muy limpia. – gruñó, y tomando producto entre sus dedos, chasqueó y me salpicó unas gotitas en el rostro, cuello y vestido.

—¡No! – me quejé, pero riendo porque él también lo hacía. —No sabés con quién te metiste. – amenacé y tomé el frasco de la mascarilla para llenarme la mano.

—Ni se te ocurra. – quiso frenarme, con gesto severo, que solo me causó más risa.

Tarde.

A los dos minutos, los dos estábamos bañados en mascarilla de miel, pegajosos y aunque se había tratado de una batalla en toda regla, muertos de risa porque lucíamos ridículos.

No me esperaba este aspecto juguetón del periodista, y tenía que decir que me había encantado.

Si antes me gustaba, ahora, después de haber visto lo bonita que podía ser su sonrisa; grande, blanca, llena de arruguitas y dos preciosos hoyuelos, ya no tenía remedio.

Me había cautivado.

Ninguno pudo explicarle bien a Antonia lo que había ocurrido cuando

regresó, y si bien Máximo me había culpado a mí de todo, la cosmetóloga no parecía nada enojada.

En todo caso, tenía un gesto divertido, y nos ofreció las instalaciones del spa para lavarnos.

Y media hora después, ya limpios, nos despedíamos en la puerta. Cada uno se marchaba a hacer su trabajo.

Él tendría mucho que escribir, y yo, tenía como cuatro horas de grabación para editar. Y dos videos por preparar.

¿Cómo se tomarían mis seguidores lo que acababa de ocurrir?

Capítulo 6

Estaba que no podía creerlo.

Si, me imaginaba que después de que mis seguidoras estuvieran pidiendo volver a ver a Máximo, estarían felices al ver el video que habíamos hecho, pero no creía que fuera a tener semejante repercusión.

¿Cuántos pulgares arriba había pedido? Porque no hacía ni cinco horas que estaba subido el primero, que ya había duplicado los “me gusta” y las visitas de todos mis vlogs anteriores.

Querían que subiera uno haciéndole el tratamiento a él. Me lo rogaban, así que no las hice esperar.

Todas se morían de risa por la cara de odioso que el periodista tenía, y les encantaba después ir a leer sus artículos, porque el chico por más cascarrabias que fuera, tenía un sentido del humor especial. Fueran mis fans o no, las hacía reír.

Sonreí porque ese era más o menos el efecto que había tenido conmigo desde que lo había conocido.

¿Qué pensaría Paul, o el editor del diario, que supuestamente quería vernos peleando y enfrentándonos en una guerra mediática?

Porque claramente no estábamos generando una lucha polémica. Más bien todo lo contrario.

Estábamos ganando fanáticos del diario y de mi canal, que ahora exigían más material de los dos juntos. ¡Era una locura!

Acababa de subir el segundo y las notificaciones no paraban de llegar.

Tenía que admitir que hasta para mí que lo había vivido en primera persona, me parecía uno de los mejores que había publicado hasta la fecha. Y es que no solo era que nuestra batalla de mascarilla había sido de lo más graciosa, si no que además se notaba algo...

Era algo que los ojos pardos de Máximo trasmitían.

Un magnetismo irresistible que te hacía, sin ser consciente, sonreír con cada cosa que hacía o decía. Y justamente hablando de sonrisas... la suya era... No tenía palabras.

Sus carcajadas masculinas y roncas, y ese gesto pícaro que lo hacían tan guapo ¿cómo no entender a mis *lunitas*? Todas habían caído bajo sus encantos.

Todas estaban enamoradas del chico, y yo era una fan más.

¡Qué lindo era!

Atontada como estaba, no tenía la cabeza para ponerme a contestar a los comentarios que me dejaban, así que me recosté en mi cama, y todavía sonriendo, busqué al periodista en todas las redes sociales.

En Facebook tenía un perfil, pero parecía estar inactivo desde hacía mucho, así que no me molesté en mirarlo. En Twitter, solía compartir artículos de prensa o escribir algunas frases de actualidad relacionadas con noticias, pero nada personal... así que me fui a la última opción. La que más me interesaba en realidad, porque lo que quería era ver sus fotos.

Instagram.

Había muchas opciones para su nombre, pero solo una tenía una foto que podría haber reconocido sin problemas. Era él. Era Máximo y tenía perfil público.

Reprimí las ganas de dar saltos de alegría, y me arrebujé en el acolchado blanco de peluche, preparándome para ver más del chico que me tenía tan cautivada. Para conocer al verdadero Máximo Echeverría. *Max*, como decía su perfil.

A primera vista, se notaba que era un aficionado a la fotografía, porque todas tenían buen gusto, y parecían de muy buena calidad.

Algunos viajes, podía adivinar, o simplemente una captura urbana tomada desde algún ángulo inesperado. Personas, detalle... grafittis callejeros, algunas en blanco y negro. Algunos retratos de personas...

¿Qué era eso...?

El aire se me quedó atrapado en los pulmones cuando divisé una que me había llamado la atención en la multitud. Una mano.

Una mano grande, fuerte, con venas marcadas y que ya tenía tan bien vista, aferrándose a una cintura femenina que sugería desnudez, sin llegar a ser vulgar.

Con la boca seca, seguí mirando y me encontré más iguales.

En otra, la espalda de una chica a contraluz, y otra vez su mano, apoyada en la base. Casi como si estuviera inclinándola hacia delante y la fotografía fuera tomada desde arriba. Era... erótica, sin dudas. No era difícil adivinar lo que esas

dos personas estaban haciendo, y no sabía cómo me hacía sentir estar viéndolos.

Otra foto más.

Esta tomada desde abajo, retrataba el pecho y el cuello de un hombre al que no se llegaba a divisar el rostro completo.

No, solo se veía la boca. Unos labios rellenos y sensuales que quedaban atrapados entre sus dientes, porque se los estaba mordiendo y con ganas.

¡Mierda! Ese era Máximo, en un gesto que no podía ser otro que no fuera de puro placer.

Sentí que el calor me subía desde el estómago y me enrojecía la cara casi quemándome.

Ahora sí que sabía lo que me hacía sentir.

Lo deseaba – pensé sorprendida.

Me hacía sentir celosa de esa chica que había podido ser testigo de ese momento en vivo y en directo.

Me hacía sentir envidiosa.

Yo quería ser esa chica y estar ahí con él, para verlo poner esa cara.

¡Uf, qué calor!

Tampoco conocía este costado casi exhibicionista del periodista, y así como su lado juguetón me había encantado, este otro, me había dejado fuera de juego.

Tanto, que me había puesto nerviosa. Y yo cuando me pongo nerviosa, me mando alguna cagada.

Una monumental, por cierto, porque con mis manos temblorosas, hice doble click sobre una de esas fotos, y un corazón rojo apareció enorme, anunciándome que acababa de ponerle un “me gusta”.

Juro que la sangre abandonó mi cabeza y se me fue de golpe hasta los pies.

Un escalofrío helado me recorrió la columna, y a la vez un calor maligno me envolvió, dejándome petrificada.

—¡No! – grité con ganas de arrojar el teléfono por la ventana. Ni que eso hubiera solucionado el error que acababa de cometer. ¡Mierda, qué vergüenza!

Era una foto vieja además. ¡Me quería morir! Ya no podía sacárselo, porque aun así, él se enteraría de que me había gustado, y sería peor.

La única salida hubiera sido volver atrás en el tiempo.

¡Qué torpe! – me quejé frustrada, mientras me tapaba la cara con la almohada. *Delfina, Delfina ¡Pero qué pelotuda que sos!*

Y ahí estaba, en medio de un ataque de arrepentimiento, cuando mi celular comenzó a sonar. Identifiqué el tono que le había adjudicado a mi representante, y descolgué distraída, con las pulsaciones todavía a mil.

—¿Estás leyendo los comentarios del último video? – preguntó entusiasmado.

—No, todavía no. – contesté, porque desde que había subido ese material, solo me había dedicado a investigar las redes sociales del periodista y sus fotos... eso y a mandarme cagadas grandes como una casa.

—Están como locos con ustedes dos juntos. – dijo entre risas. —Se los imaginan juntos, los shipean^[2].

—¿Qué? – me reí también, abriendo una pestaña en mi ordenador con el video para ver lo que me estaba contando Paul.

Efectivamente, muchas de las seguidoras estaban encantadas con la supuesta pareja que hacíamos y ya nos habían dado un nombre. Éramos “Mini”. La combinación de la primera letra de su nombre y el resto del mío, y era especialmente gracioso, porque era exactamente el contrario a lo que el sobrenombre de Máximo significaba. *Máximo – Mínimo... ¿Lo entienden? Ok, tanto internet estaba haciéndome mal.*

Bueno, como sea.

Al bautizarnos, le estaban dando entidad al “ship” y ahora era de lo único que

se hablaba en los comentarios.

No podía creerlo, pero a la vez, me llenaba de cosquillas la panza.

¿Hacíamos buena pareja? ¿Él me miraba de alguna manera especial?

No sé qué le contesté a mi representante, o si es que le contesté si quiera, porque tenía la cabeza en cualquier parte, pero para cuando cortó, yo tenía una sonrisa enorme dibujada en el rostro.

Una notificación me volvió a la realidad, anunciándome que Máximo ahora me seguía en Instagram.

Seguramente acababa de ver mi “me gusta” en su foto, y ahora estaría viendo las mías. Sin saber por qué, me puse roja como un tomate.

Fini, pero qué ridícula sos. ¡No está acá, no puede verte! – me dije apoyando el dorso de mi mano fresca sobre una de mis mejillas.

Bueno, ya no tiene sentido hacerse la distraída. Era más que evidente que estaba mirando su perfil, él lo sabía, no quedaba otra. Empecé a seguirlo

también, sintiendo que el corazón se me salía del pecho, y de paso haciendo un recuento mental de las fotos que tenía en mi cuenta. Me encogí recordando que había algunas bastante vergonzosas con mis amigos.
¡Mierda!

Pero probablemente si había visto todos mis videos, a estas alturas ya habría visto cosas peores.

Máximo

—Si Jorge, entiendo pero... – mi editor no me dejaba hablar. Estaba como loco, y desde hacía quince minutos reloj, no paraba.

—Yo sé que es una locura y esto que te estoy pidiendo, no se lo pediría a cualquiera. – agregó ahora, con voz más suave. Quería convencerme. —Sos un profesional como los de antes, y tenemos confianza. ¿Hace cuánto que nos conocemos?

—No sé, de toda la vida. – respondí poniendo los ojos en blanco, porque esa también era su excusa para no tenerme contratado en blanco en su periódico.

“Había confianza”, nos hacíamos favores porque éramos familia. Siempre me pagaba, eso no podía negarlo... pero lo que necesitaba yo era un puesto fijo.

—Trabajé treinta años con tu viejo... – recordó nostálgico, y a mí se me puso un nudo en la garganta. —Estaría orgulloso de que su hijo llegara tan lejos como él.

Si, sabía jugar sucio y conocía mis puntos débiles. Maldito Jorge.

—Ok, ok. – me escuché decir. —Pero no voy a hacer nada para alimentar esos rumores. Que crean lo que tengan ganas.

La charla siguió, y giró básicamente en torno a lo mismo. El mánager de Fini, la youtuber, estaba encantado con la respuesta que sus últimos videos habían tenido. Videos con mi participación.

Y según él, había visto potencial en vender el rumor que habían comenzado sus propios fans. Ellos creían haber percibido química entre nosotros, y se divertían al vernos.

En otras palabras, pensaban que hacíamos buena pareja.

Algunos iban más lejos todavía, asegurando desvergonzadamente que tenían la certeza de que teníamos algo. Que tenían pruebas, decían.

Yo hacía años trabajaba en los medios. Sabía cómo funcionaban estas cosas, solo que nunca me había tocado ser el protagonista. Nunca hubiera querido serlo en realidad.

Mi carrera consistía en escribir sobre estas cosas, no vivirlas. Y mucho menos ayudar a inventarlas cuando no existían.

Porque por ahí venía el pedido de mi editor. Él pretendía que yo no desmintiera el chisme que había surgido. Y aunque aun no había tenido la osadía de pedírmelo, comprendí que también estaba sugiriéndome que les

siguiera el juego. Porque un romance podía ser más beneficioso para la columna que una pelea entre nosotros. Había que reconocer que esas cosas, vendían.

Pero ahí es donde yo dibujaba la línea y diría que no.

Ese era mi límite.

Yo no era una celebridad mediática, ni un inútil de esos que abundan en los programas de la tarde, salidos de algún reality show, desesperados por la fama.

No me interesaba dar esa imagen en lo absoluto.

Respetaba a Jorge, y el recuerdo que tenía de mi padre, así que para complacerlo, solo no lo desmentiría.

No haría declaraciones y eso sería todo.

Resoplé resignado, mientras leía los comentarios en el último video, lleno de bronca por no haber sabido negarme a semejante ridiculez. Yo quería ser un periodista serio... Yo que había crecido con mi padre, apasionado con su profesión, contándome cómo lo que escribíamos podía cambiar el mundo. El poder de los medios de comunicación, su impacto, y el rol importante que cumplía en la sociedad.

Eso quería hacer yo. Quería escribir sobre cosas que importaran, que pudieran hacer una diferencia. *Una causa más noble que los tratamientos nutritivos para la piel en verano o el gloss de labios con glitter.* – pensé con amargura.

El video comenzó, y me concentré en nuestros gestos, nuestra actitud, esforzándome en ver qué era eso que les resultaba atractivo de nosotros.

El rostro de la chica se ponía rojo como un tomate y los ojos le brillaban de tanto reírse, de las pavadas que estábamos haciendo. Casi sin dejarme respirar, me había dado un manotazo lleno de mascarilla de miel en toda la nariz, haciéndome reír también.

Ok, podía ver que lo encontrarán divertido... – pensé, objetivo. Como

venganza, yo había arremetido contra ella, desparramándole el producto en el cabello, dejándoselo hecho un desastre.

Su gesto de sorpresa, tal y como lo había hecho el día en que lo grabamos, me hizo reír a carcajadas.

Era un video gracioso, si.

Pero de ahí a pensar que nosotros dos... no... – negué con la cabeza, sacudiéndome esos pensamientos porque simplemente no lo veía. Éramos demasiado diferentes, no pegábamos nada.

Una notificación en el móvil me distrajo, y cuando vi qué era, me quedé por un instante muy quieto, sin saber cómo proceder.

La chica del video, acababa de darle “me gusta” a una de mis fotos en Instagram.

Miles de preguntas se amontonaron en mi mente.

¿Cómo sabía cuál era mi cuenta? Yo no era un personaje público, para dar con ella, tendría que haberla buscado. ¿Desde cuándo estaba mirándola? Le había gustado una foto del 2014, así que suponía, un buen rato. Me gustaba la fotografía, así que tenía montones. Después de la escritura, era la actividad que más me gustaba. Y la pregunta más importante de todas ¿qué quería decir su actitud? ¿Era un guiño amistoso?

Delfina me confundía como siempre.

Me resultaba imposible adivinar sus intenciones.

Recordé de repente su espontánea invitación a tomar algo y arrugué el ceño.

¿Qué es lo que quería?

Entré a su perfil, pensativo, y después de ver seis fotos iguales, llenas de color, ya no pude ver una séptima. Era demasiado. Demasiados emojis[3],

demasiado brillo, era demasiado infantil. Yo no parecía su tipo.

No se conocía nada de su vida personal, pero después de tener una breve idea de la gente con la que se rodeaba o hacía videos, podía decir que yo le resultaría igual de insoportable a ella.

Pero entonces se me ocurrió, y lo vi todo claro.

Lo que ella quería era alimentar los rumores. ¡Claro! ¿Cómo no lo había visto antes? Después de todo, su representante había sido el de la idea.

Seguramente ya lo habrían hablado desde hacía tiempo entre ellos. Y ese “me gusta” o su invitación tan salida de la nada, habían sido solo partes de la estrategia.

Por un momento me sentí utilizado e ingenuo y no voy a mentir. No me gustó.

Yo tenía mi orgullo, y eso de ser manipulado, no me agradaba para nada.

Demasiado tenía con el chantajista emocional que era mi propio editor.

Fini, Fini... tan dulce e inocente que parecías... – me dije.

Me rasqué el mentón y pensé que ya que iba a seguir adelante con esta locura, jugaría yo también a su altura aunque fuera un poco.

Sin perder tiempo, hice click en “seguir” a su perfil, y sonreí imaginando que a sus seguidores les iba a gustar aquello.

Esa chica de dulce e inocente no tenía nada...

Capítulo 7

Delfina:

Me había reunido con Paul esa mañana, porque según decía, quería hablarme

sobre una nueva propuesta para mi canal.

Empezaba a irritarme, no voy a mentir, porque sus intervenciones solían ser relacionadas con la promoción y las relaciones públicas, y no con el contenido en sí. No quería que eso cambiara, y sabía que me traería problemas con él.

Emi, mi tutora, se había ido más temprano y me había dejado montones de cosas para estudiar. Si comenzaba con mi gira pronto, tendría que dar todos los módulos de manera intensiva, y eso estaba dejándome exhausta. Pero tenía que terminar el colegio como fuera de una vez.

Por otro lado estaban mis videos, que consumían casi todo mi tiempo entre planificación, grabación, y edición. Y en esa semana, tenía una agenda especialmente ocupada.

Me tocaba grabar material para que en esos días en los que estuviera viajando, mi canal no quedara inactivo. Mis seguidores esperaban novedades a diario, y no podía fallarles.

Casi siempre esos videos extras, eran colaboraciones con otros colegas, por lo que sabía que mis fans lejos de sentirse defraudados, estarían felices.

Yo no era una persona sociable por lo general, pero con mis compañeros de trabajo –bueno, se dedicaban a lo mismo, eran como compañeros– sí que me sentía a gusto. Tal vez porque eran tan raros como yo, o porque en esos últimos dos años, nos habíamos hecho íntimos amigos, y me encantaba hacer videos con ellos.

Además, era siempre beneficioso, porque quienes me veían a mí, luego también los veían a ellos, y viceversa. Todos ganábamos y era súper divertido.

Era más gente que hablaba mi mismo idioma. Y aunque me generaba entusiasmo, y expectativa, también sabía que tendría muchísimo trabajo por hacer.

Así que esta reunión inesperada con Paul, me trastocaba los planes. Por eso a

lo mejor, no me había maquillado como de costumbre, y llevaba indumentaria

de hacer ejercicio. Cosa que llevaba ya una temporada sin hacer, justamente por falta de tiempo.

Estábamos en su oficina, que quedaba a cinco cuerdas de mi casa, esperando a que nos sirvieran un “desayuno saludable”, como lo llamaba él. A base de té de hierbas, tostadas integrales y algunas frutas cortadas en cubitos.

—Quiero que me escuches con la mente abierta, Fini.— dijo y supe que iba a odiar lo que seguía. —Pero antes de darte explicaciones, mirá los números.

Hablan por si solos. – me tendió una carpeta con algunos folios que contenían mis últimas publicaciones en YouTube y mis otras redes sociales.

Ahí estaban las repercusiones que estas habían logrado, en números, estadísticas, y cuadros de cosas que yo no entendía.

Una línea de tiempo se podía divisar con un claro ascenso, y me imaginé que sería un reflejo de mis visitas.

Lo miré confundida y él se explicó.

—Necesitamos a ese chico, Máximo, en tu canal. No va a ser algo permanente, las tendencias no suelen durar mucho, pero por ahora, funciona. Tu público los quiere juntos en tus videos. – dijo con seguridad.

—O...Ok. – contesté dudando. Sin terminar de entender a qué se refería. —

Esto ya lo habíamos hablado la última vez. Querés que nos enfrentemos más...

¿Es eso? ¿Me tengo que pelear con él en cámara?

Mi representante dudó por un instante, y respiró profundo como queriendo reunir valor para decir lo que quería.

—Tus fans están “comprando” el rumor de que están juntos. De que entre

ustedes hay algo. – insinuó, alzando una ceja.

Creo que me puse roja como un tomate.

—Si, si. – me reí, nerviosa. —Hasta nos pusieron un nombre. Son así, les gusta imaginarse cosas. – más lo pensaba y más me sonrojaba. ¿Estaría tan roja como me sentía? Mierda. Me cubrí el rostro con el cabello, mirándome el regazo mientras rogaba que mi representante no estuviera notando lo abochornada que me sentía. —Seguro se olvidan. – dije como pude, casi entre dientes.

—¡No! – gritó sorprendiéndome de repente. —Nosotros no queremos que se olviden.

—¿No queremos? – lo miré descolocada.

—No. El rumor nos está dando vuelo, Fini. Estás sumando una cantidad de seguidores sin precedente. Nunca habías tenido este crecimiento y tenemos que mantenerlo. Sobre todo antes de una gira.

—¿Qué estás insinuando, Paul? – mi intuición no se había equivocado, y ahora podía ver la codicia en sus ojos... no me gustaba hacia donde se dirigía la conversación.

—Si quieren “Mini”, tenemos que venderles ese romance. – sentenció.

Hubo un minuto de absoluto silencio.

Uno en el que no voy a mentir, la palabra “romance”, hizo que mi estómago se llenara de burbujas y que el corazón me diera un pequeño galope en el pecho.

Romance con Máximo... mi imaginación ya iba a mil por hora, y solo había transcurrido un minuto.

Pero tuve que obligarme a reaccionar.

Nada de eso era real. Era una locura. Yo no le mentía a mis seguidores.

¿Cómo podía sugerirme algo así?

¿Y qué pensaría el mismo Máximo? No. De ninguna manera. Y eso mismo fue lo que le dije a Paul en la reunión cuando rompí ese silencio.

Había sido tajante y no iba a admitir discusión. Además no era mi estilo.

Yo no vendía mi vida personal, mi vida privada era algo mío. No hubiera hablado nunca de esas cosas. Menos aún me las inventaría.

—Pero Fini, no te estoy pidiendo que se besen, que digan mentiras, o se declaren amor eterno en tus videos. — dijo algo nervioso. Tal vez viendo como los billetes se le escapaban de las manos. —Solo que graben juntos, tonteen como en el spa, o que se dejen ver por ahí en los mismos lugares. Que los demás aten cabos y saquen sus propias conclusiones. El “ship” ya existe.

—Estás loco si pensás que voy a aceptar una cosa así. ¿Y Máximo? ¿Te imaginás lo que va a decir él? Va a pensar que somos dos embusteros, que no tenemos escrúpulos. Va a...

—Él ya aceptó. — me interrumpió, y a mí la boca se me cerró de golpe.

¿Qué?

No podía creer que quisiera ser parte de aquello. No sabía cómo sentirme.

—De hecho, nos está esperando con su editor en la sala de reuniones. —

anunció y yo solo atiné a boquear en busca de una respuesta para darle.

Nada. No tenía nada. ¿Estaba de acuerdo con toda esa farsa? ¿Quería hacerse pasar por mi... novio o lo que fuera?

La panza me dio mil vueltas y me pregunté si sería capaz de llegar a la sala sin vomitar antes.

Efectivamente.

En la sala de reuniones, –que era una manera bonita de decirle a la habitación que tenía una pequeña cocina con cafetera, una mesa para seis sillas y unas florecitas lindas adornando– estaba un señor mayor, canoso, con aspecto bonachón y él. Él.

Paul me indicó con una mano que fuera a sentarme junto a su asiento, y yo arrastré los pies con todas las miradas fijas en mí.

Máximo levantó apenas la cabeza, con ese gesto tan suyo, como de quien no quiere estar allí. Como de quien no soporta a nadie, ni a si mismo, pero no le queda otra...

De remera cuello en V, y un jean roto que había visto mejores días, estaba que quitaba el hipo. Juro que no exagero ni un poquito.

Cuando la secretaria de Paul entró por fin con los desayunos, por poco tira las bandejas, la pobre. Él la había agradecido con una mueca. Ni siquiera una sonrisa, y ya la tenía como quería. A ella y a mí, porque de la impresión se me había secado la boca.

¿Sería consciente de la atracción que ejercía?

Se despeinó con una mano de esas enormes que tenía, y se reclinó en el respaldo, despreocupado. *Oh, si. Él los sabía.*

Apenas la chica se fue, mi agente, se apresuró a hablar de su plan, encantado. Sin tener en cuenta que yo en ningún momento le había dicho que aceptaba. Todo lo contrario.

—No necesitamos mucho en realidad. Jorge sabe cómo son estas cosas, seguro. – dijo regalándole los oídos al editor. —Con que aparezcan unas fotos de ellos fuera, y que él siga manteniéndose como figura invitada en los videos...

—¿Todos los videos? – preguntó Máximo, frunciendo el ceño.

—Si, todos. – respondió Paul con una sonrisa falsa.

¿Dónde se había ido todo ese resentimiento que sentía por el periodista?

Puse los ojos en blanco sin darme cuenta.

—No te ofendas. – dijo Máximo al verme hacerlo, seguramente pensando que mi gesto iba dirigido a él y a lo que había dicho.—Es que tengo otros trabajos, y tengo que preguntar si de ahora en más, aparentemente voy a tener que convertirme en tu sombra. – agregó de mala manera.

¿Cómo?

Lo miré sin entender.

¿No era que había aceptado? Porque yo no lo veía muy contento con el trato.

Paul carraspeó.

—Fini graba todos los días, pero supongo que pueden organizarse para que no tengas que ir siempre. Con que todos los días salgo un video de los dos juntos, no importa cuándo lo graben. – explicó. —Ella está acostumbrada a preparar todo el contenido de una semana en unas pocas horas.

—Yo por mi parte, además de la columna de Maxi, puedo ofrecerles algunas portadas con fotos “robadas” – dijo Jorge poniendo comillas en el aire con los dedos. —Y exponemos el romance cuando sea oportuno.

Todo me parecía una locura.

—Fotos de nosotros saliendo de un cine, o un restaurante. – dijo Máximo, levantando las manos. —Más de eso, no.

Los miré sorprendida.

—Con eso es suficiente. – contestó mi representante y todos asintieron estando de acuerdo. Comenzaron a hablar de la logística de esas fotografías, y yo tuve que interrumpirlos porque ya no podía seguir escuchándolos.

—¿Qué están diciendo? ¿Fotos falsas? ¿Vender un romance? ¿Están locos?

¡Me niego! – dije. —Esto me parece estúpido y no voy a prestarme a ser

parte de un engaño. ¿A quién puede importarle con quién estoy saliendo? – la sangre se me había concentrado en las mejillas mientras hablaba, pero esta vez no era timidez. Era puro enojo.

¿Era la única que no veía lo raro de la situación?

—Pero cómo... – dijo Máximo, mirándome. —¿Esto no fue idea tuya y de tu mánager?

Se lo veía tan sorprendido, que me decepcionó un poco que pudiera pensar algo así de mí. No sé por qué, porque no nos conocíamos nada, pero me dolió.

—No. – respondí bajito, centrando mi mirada en la suya, deseando que pudiera leerme la mente. ¿De verdad creía que podía ser ese tipo de persona?

¿Estaba dando esa imagen a los demás?

Por lo visto, aunque quisiera hacerme la superada, las opiniones de la gente aun me podían escocer.

Bueno, no de toda la gente...

—Pensé que... – dijo algo descolocado, mientras se acomodaba de nuevo en su asiento haciéndolo rechinar. —Entonces ese “me gusta” en mi foto de Instagram, o esa invitación a tomar el té... – enumeró casi para si mismo, y yo abrí los ojos como platos.

OH-POR-DIOS.

Quise esconderme. Que la silla tuviera un botón eyector para salir despedida de ahí, dejando un agujero en el techo, y no parar hasta la luna. Uf.

Su editor no lo había escuchado, y mi representante, por suerte parecía más concentrado en su celular... pero yo no sabía qué cara poner.

Me había pillado.

No era ninguna estrategia comercial ni nada parecido, él me gustaba. Por eso es que había querido que se quedara conmigo un rato más y que tomáramos algo... o por eso es que le había estado mirando las fotos en su perfil por horas.

Ups.

Otra vez Fini, quedaste expuesta frente al chico como una imbécil.

Y ya no podían quedarle dudas. No parecían quedarle dudas, por cómo me miraba... Se estaba dando cuenta.

—Y-yo... – creo que dije con la voz algo temblorosa, y la cara ardiéndome de vergüenza. —Disculpá, no quería... Que no era mi intención...

¿Por qué no podía ser un poquito como mi amiga Tati? Más descarada, ocurrente, con un comentario inteligente siempre listo ante los momentos incómodos.

—¿Invitación? – preguntó Paul distraído, dejando el celular en la mesa y mirándonos con el ceño fruncido.

—Un malentendido. – se apuró en aclarar Máximo mirándome, y a lo mejor dándose cuenta de que me había dejado en una posición incómoda. —Una... una broma en los comentarios de un video. – agregé improvisando, quitándole

importancia, y yo solté un poquito el aire que venía conteniendo, desinflándome como un globo.

Al menos había quedado como una desesperada solo con él, y no con su editor y mi representante también.

Ellos no tenían por qué saber lo patética que era.

Miré al periodista agradecida, pero él esquivó mis ojos, antipático como siempre.

—Creo que podemos encontrar la manera de que lleguemos a un acuerdo que

nos satisfaga a todos. Sea como sea, el objetivo que tenemos es el mismo.

Que esto funcione y beneficie a todas las partes. – dijo Jorge con una sonrisa cálida. —Que Maxi pueda darse a conocer, para luego poder aspirar al puesto que quiera, y que vos, Fini, puedas vender y promocionar tu producto.

Miré nerviosa a mi representante que también sonreía.

—No hagan declaraciones, y dejen que saquemos unas fotos de ustedes saliendo de un restaurante. – propuso ahora. —Eso es todo. Los rumores ya están instalados, y nosotros solo queremos que no se apaguen.

—Eso. – dijo Paul, interrumpiéndolo. —Porque así ustedes salieran a decir que es mentira, ahora no les creerían. No funciona así. – se encogió de hombros.

—No es poco lo que están pidiendo. – dijo Máximo, apoyando los codos en la mesa. —En todo este tiempo, en el que sostengamos esta mentira, ninguno va a poder dejarse ver con una pareja. No vamos a poder hacer vida normal.

—Mi representada de todas formas nunca lo hacía antes. – dijo Paul y yo lo fulminé con la mirada. *Oh, gracias Paul.* Gracias por decir que nunca tenía citas, ni me invitaban a salir. —Siempre fue muy cuidadosa de su vida privada.

Si, esa era una linda manera de decirlo... Mejor que decir que no tenía una.

—Maxi, vamos... solo sería un tiempo. – susurró Jorge, intentando convencerlo. —Si querés ver a una chica, podes hacerlo, siempre y cuando seas discreto. Sabes de prensa, y vas a poder manejarte perfectamente...

Todos lo miramos, pero todavía no parecía conforme. Y a decir verdad, yo tampoco lo estaba, pero por cuestiones totalmente diferentes. *¿Quería salir con otras mujeres?* – me preguntaba sintiendo una punzada aguda en el estómago de celos, mientras mi cerebro me regañaba por idiota.

—Hablemos de incentivos. – dijo Paul, abriendo una carpeta de folios. —

Me contaba Jorge que te gusta escribir. – Máximo frunció el ceño y sus

facciones cobraron aun más dureza.

—Si.. ¿Por? – preguntó con desconfianza.

—Porque la editorial que trabaja con nosotros y que va a publicar la obra de Fini, quiere conocer tu material también. – respondió.

—Les interesa este dúo que se formó. – bromeó Jorge. —Y si querés publicar la biografía de tu padre en la que has estado trabajando, este sería el momento, Maxi.

—¿Me ofrecen un contrato editorial? – preguntó incrédulo.

—Por el momento, te ofrezco el contacto y una muy buena recomendación.

Ellos tienen que evaluar el manuscrito. – se atajó Paul.

Máximo, se había quedado con la boca abierta. Habían encontrado su punto débil, podía notarlo.

Y a mí, no me sorprendía para nada. La editorial, había sacado ya varios libros de mis colegas más famosos, y sabía que iban en busca de personalidades mediáticas de las que se estuviera hablando. Ni por un momento me creía que me habían ofrecido un contrato por mis excelentes cualidades narrativas...

—Creo que te serviría de experiencia la gira de Fini, para ir entrenándote...

y nosotros correríamos con todos los gastos. Irías de acompañante, claro. No a trabajar. – dijo mi mánager.

—¿Él va a ir a mi gira? – ok, puede que en mi cabeza, la pregunta sonara mucho mejor de lo que sonó una vez que la dije en voz alta.

—¡Claro! No podemos desaprovechar el crecimiento que está teniendo el canal. Te vas semanas enteras, no queremos que la gente se olvide de esos rumores. – comentó Paul, y Jorge aunque fruncía el ceño apenas, se sumó a su discurso.

—A cambio, Fini, el diario te pondría en contacto con una de las marcas que compran nuestra publicidad. Quieren proveerte con sus productos y patrocinarte.

– dijo tranquilo, mostrándome una carpeta en donde el logo de mi marca de maquillajes favoritos ocupaba toda la carátula. Ellos también querían ser parte de este... ¿cómo había dicho el editor? ¿ *Dúo*?

—No puedo creerlo. – dije mirando la información. —Estuvimos insistiéndoles por meses para que me dejaran dar un código de descuentos en mi nombre, y ahora de la nada me ofrecen todo esto...

—Y ser la primera en probar sus productos cuando salgan novedades al mercado. – agregó.

Miré a mi representante que se frotaba las manos ansioso, y después a Máximo, que inseguro ahora si me miraba a los ojos.

Después de lo que pareció un silencio eterno, él fue quien se animó a hablar, con la seriedad de siempre, claro.

—Antes de decidir, quiero hablar con ella. Los dos solos. – propuso y me miró esperando que dijera algo, pero solo pude asentir.

Jorge se inclinó para susurrarle algo que no escuché, antes de ponerse de pie e instar a Paul a que hiciera lo mismo. Este, lo siguió a regañadientes, evidentemente contrariado al saber que no sería parte de la conversación.

Seguramente estaba que se lo llevaban los nervios...

Era mucho lo que había en juego.

Pero por alguna extraña razón, a mí lo único que me importaba es que me estaba por quedar a solas con él. Él.

Capítulo 8

Si antes estaba mortalmente serio, ahora, al menos que estábamos solos,

había relajado un poco los hombros. Eso era una buena señal. ¿No?

—Se nota que quieren convencernos – comenté con una risita histérica, para llenar el silencio antes de darle un largo trago a mi jugo, y él ni se inmutó.

—Y yo estoy tentado a aceptar, pero esto nos afecta a los dos. – se llevó dos dedos al puente de la nariz y tomo aire con la cabeza hacia atrás. En su cuello, su nuez de Adán subía y bajaba de manera hipnótica... —No voy a decidir esto solo. Yo... yo creía que había sido tu idea.

Negué con la cabeza.

—A mí tampoco me cierra. Nunca mentiría a mis seguidores. – dije.

—Yo todavía no puedo creer que piensen que estamos juntos. O sea, miranos. Somos tan distintos. ¿Cómo se les va a ocurrir?

Fruncí el ceño ofendida. ¿No se les podía ocurrir aquello? ¿Por qué no?

—No sé por qué es tan raro. – mascullé acomodándome el cabello detrás de las orejas, y escondiendo un poco la carita en el vaso. —Tampoco me parece tan ridículo.

—A ver, Fini. – dijo Máximo sentándose más derecho. —¿De verdad no ves que no pegamos con nada? – bajé la mirada instantáneamente. Si, puede ser, éramos distintos... pero es que aun así él me gustaba, y en mi cabeza estábamos hechos el uno para el otro. —Llevo años en los medios, y a veces no entiendo cómo se arman algunos rumores de la nada. Es una locura.

—De la nada, no. Fue por los videos. – discutí un poco molesta por su tonito condescendiente. Por mucho que me gustara, yo en el fondos seguía teniendo mi orgullo... muy en el fondo.

Máximo entornó los ojos y se rascó el mentón, nervioso.

—Vamos a dejar las cosas claras de una vez, porque por lo visto nos vamos a tener que seguir viendo. Y mucho. – dijo. —Yo te gusto ¿no? ¿Es eso? Si no es así, y malinterpreté la situación, te pido disculpas. Pero prefiero preguntártelo sin vueltas.

Ay.

Tosí el jugo, sintiendo que parte de él se me iba a los pulmones y me quemaba hasta la nariz mientras salía expulsado hacia fuera de manera aparatosa. ¡Mierda!

—¿Qué? – dije con la voz rota y los ojos llorosos, secándome con una servilletita de papel que me había tendido.

—Digo lo que me parece. – se encogió de hombros. —Y si me equivoco, vas a pensar que soy un presumido pero prefiero eso. Mira... – se cuadró de hombros, mientras su mirada me atravesaba sin piedad y yo...

Yo me hacía chiquita en el asiento.

No podía soltarme una bomba así de la nada.

—Sos muy simpática, linda y todo eso... – me señaló. —Pero no estoy interesado.

Auch. ¿Escucharon eso? Bueno, eso fue lo último que quedaba de mi pequeño orgullo, ese que estaba tan en el fondo, estrellándose contra el piso.

Junto a mi corazón, que también estaba algo maltratado.

¿Cómo se salía de esta?

Respira profundo, Fini. – me dije.

—Está bien. – asentí. No tenía sentido negarlo, mejor seguir su ejemplo e ir de frente, así ya no teníamos que seguir hablando del tema. Cuanto antes se acabara esta conversación, más posibilidades tenía de salir entera de ella. —

Gracias por dejarme todo claro.

Él abrió un poco más los ojos y asintió también.

Quizá guardaba alguna esperanza de estar errado, y de que le dijera que todo

estaba en su imaginación, pero no.

Yo no solía mentir, era una costumbre con la que había crecido. Por algo esto del romance de mentira, no me gustaba. No me salía, o es que así me había educado mis padres. Sin ser hiriente como a veces si lo era mi hermano, siempre trataba de decir lo que pensaba.

Con los años, había tenido que desarrollar algún mecanismo de defensa para protegerme de los comentarios dañinos de la gente, pero ese no había sido inventarme cosas, no.

No podía engañar si los sentimientos se me notaban en la cara, pero los podía minimizar hasta quitarles importancia. A veces había tenido que disimular más que otras, pero era parte de este acto.

Casi como minimizar una ventanita en el ordenador, y después de tanto ignorarla, cerrarla por completo. Y siempre me salía a la perfección. Al menos, hasta que cierto periodista había aparecido en escena, para dejarme expuesta con mis intenciones como si fuera capaz de controlar mi mente, y lograr que siempre quedara como una idiota cuando estaba cerca.

Así que puse una linda sonrisa y seguí hablando.

—No pasa nada. – le aclaré. —De todas formas, me di cuenta desde el primer momento de que no te caigo bien. – ya que estábamos, todas las cartas sobre la mesa.

Si me iba a poner incómoda, sonrojar, y sentir que vomitaría de un instante a otro, que se dijera todo lo que hacía falta decir.

—No es que no me caigas bien. – dijo, aunque torciendo la boca un poco. —

Sos muy joven, yo muy viejo... somos distintos, lo dejemos ahí. – quiso bromear.

—Y qué piensas entonces de lo que nos proponen, ¿vas a aceptar? –

pregunté, sin prestar atención a esa sensación tan fea que tenía en el estómago, como si un bicho se lo estuviera comiendo de adentro hacia fuera.

—Supongo. – contestó de nuevo recostado en el respaldo. —Pero tenemos que establecer un límite. Un punto para que estos dos no se pasen. – señaló la puerta, en referencia a mi representante y su editor.

—Yo tengo clarísimos mis límites. – dije muy segura. —No pienso mentir.

—Y yo no voy a dejar de hacer mi vida en el tiempo en el que no estemos grabando videos. – continuó diciendo él. —Nada de besos, abrazos, ni esas cosas. – enumeró como si hiciera falta seguir dejándome en claro, que no le apetecía tocarme pero ni con la rama de un árbol.

Asentí conforme, inconscientemente pensando cómo sería besarlo o abrazarlo, porque ¡ey!, podía ser muy buena disimulando, pero mi imaginación era libre. Y tengan por seguro que no entendía de límites.

—Si a vos te parece bien, a mí también. – sonreí tirante. —Pongamos estas condiciones cuando vuelvan, y esperemos que las cosas salgan bien para los dos.

—Y entre nosotros, *las cosas* ¿están bien? No quiero que haya mala onda si tenemos que trabajar juntos tanto tiempo. – quiso asegurarse y yo asentí para que supiera que no había broncas.

No iba a ser la primera vez que alguien se colgaba de otro alguien y no era correspondido... no era el fin del mundo.

Después de que terminara la reunión, me levanté de mi silla rauda, antes de darle a alguien la posibilidad de hablarme a solas. No quería, ya había tenido suficiente.

Sabía que Paul me buscaba con la mirada, ansioso por que le contara lo que había discutido con Máximo, pero tendría que quedarse con las ganas, porque no le daría más detalles de los que le habíamos dado cuando él y Jorge habían regresado a la sala.

Concentrada ya en el trabajo, repasé mi itinerario y conduje hacia la casa de Roxy, mi amiga youtuber para grabar la colaboración que teníamos

programada.

Lo demás tendría que esperar.

Máximo

—Paul te va a pasar en unas el itinerario completo de la gira, para que sepamos el recorrido. Tenemos que pedirle también los datos de los lugares en los que se van a hospedar, porque ellos corren con todos los gastos. Y por lo poco que conozco de este tipo, quiero quedarme con todos los comprobantes posibles... Máximo, ¿me estás escuchando? —preguntó Jorge levantando la voz y me sobresalté.

Hacia unos minutos que habíamos llegado a la cafetería de la esquina de casa donde solíamos juntarnos, y se ve que llevaba otros tantos hablándome, sin que yo fuera capaz de enterarme de lo que decía.

—Ehm, no. Disculpa, Jorge. — dije frotándome la frente. —Es que esto es una locura, no estoy acostumbrado a tener que estar pensando en estas cosas.

Como mentira había sonado bastante convincente, me pareció. Porque la verdad, es que desde la reunión, no podía pensar en nada. Tenía la mente totalmente en blanco.

Delfina seguía pareciéndome desconcertante.

Le había soltado aquello de que me parecía que yo le gustaba, y me había contestado sin problemas que sí. No me lo esperaba. Si tengo que ser sincero, esperaba intimidarla lo suficiente para que sola tomara distancia y se olvidara del tema.

Pero no.

Habíamos aclarado los tantos, y ahora los dos sabíamos lo que había.

Y yo le había dicho que no me interesaba, creo que era la primera vez que me sucedía algo así. ¿Que yo no le interesara a una chica? Eso si me había pasado, y un par de veces...

Aun no sabía cómo sentirme, o es que no quería darle vueltas al asunto. La chica era rara, y tal vez mucho más madura de lo que había creído.

Y... bastante más bonita así, con ropa normal y sin tanto maquillaje. Tenía pecas sobre la nariz, y una boca de un natural color rosado que la hacía parecer un dibujo animado con ese cabello que tenía.

Como un personaje de animé.

Sacudí la cabeza, negándome a seguir con esa línea de pensamiento, y escuché lo que Jorge me estaba diciendo. La gira empezaba en nada, y me convenía estar preparado.

¿Cómo sería estar tantos días con ella después de la conversación que habíamos tenido hoy? ¿Incómodo? ¿Normal? Con ella no podía adivinarlo. ¿Se comportaría diferente o se sonrojaría como ya lo había hecho tantas veces antes?

¿Seguiría gustándole, aun después de confesarle que ella a mí no?

Por más bonita que fuera, seguía siendo una mocosa insoportable a la que estaba atado laboralmente por bastante tiempo. Casi mejor dejar de pensar en el tema mientras mi editor me hablaba de cosas que de verdad importaban.

Mejor lo guardaba para después, cuando estuviera frente a la pantalla de mi ordenador, y tuviera que escribir sobre ella. Si.

Ya tenía material

El próximo artículo ya iba tomando forma en mi mente, sin esfuerzo...

Delfina

Para cuando esa semana terminó, tenía tantos videos grabados, que si los administraba bien, podría rellenar cualquier inconveniente que tuviera de aquí a que terminara el año.

Había hecho tutoriales de peinado, de maquillaje, un juego con mi pareja de amigos Feli y Dani en el que respondíamos preguntas de cultura general o

cumplíamos prendas divertidas, y hasta uno con Geek Boy, o Benjamín, como se llamaba mi amigo, jugando al Minecraft en línea.

Pensaba que mientras estuviera en ruta hacia los destinos que me esperaban, tendría tiempo de sobra para editarlos. Así que podía estar contenta porque habían sido jornadas muy productivas.

Había podido evadir a Máximo por unos cuantos días, y eso también me había hecho las cosas fáciles, no voy a mentir.

Pero ahora que estábamos prontos a viajar, teníamos que reunirnos obligadamente a grabar al menos dos videos y aunque por lo general solían sobrarme las ideas, ahora no tenía nada.

¿Qué podíamos hacer? Porque el público quería vernos juntos, esperaba que él participase en todo... y ya no bastaría un tutorial de maquillaje.

Pero después me acordé. Tenía algo guardado, que un amigo me había enviado desde Estados Unidos, y estaba esperando una oportunidad para usarlo.

Era perfecto.

Sabía que a Máximo no le iba a hacer mucha gracia la idea, pero era lo más inofensivo que se me ocurría.

Los demás retos o propuestas, ahora me parecían raros para hacer con él. No podía ser nada que involucrara contacto físico ni que fuera sugerente. Nada que le hiciera pensar que yo estaba buscando excusas para acercarme a él, o...

seducirlo.

Esto era potencialmente divertido. Sonreí imaginándome su cara y preparé las cosas antes de enviarle un mensaje para que viniera.

Algo tenía que aceptar. Si, era un antipático, y si, también era un poco arrogante y pretencioso. Pero nunca llegaba ni un minuto tarde. Era un profesional, y se tomaba su trabajo bien en serio. Aun cuando su trabajo fuera

probar dulces, como tenía planeado para ese día.

Corrí hasta la puerta, y lo hice pasar a mi estudio sin ceremonias.

Respirando profundo para no alterarme, y sin clavarle la mirada para que no pensara cosas extrañas.

Él, que ya iba conociendo mi casa, se sentó en el sillón que siempre ocupaba cuando venía.

—Hoy los dos vamos a estar en el escritorio, delante de la cámara. —

expliqué como si nada.

—¿Y eso? — preguntó con desconfianza. —No me vas a maquillar o poner otra de esas mascarillas ¿no?

—No. — me reí... pero dejé esa idea anotada en mi mente para una próxima vez. —Vamos a hacer un challenge.

—¿Un...?

—Un reto.

—Sé inglés. — me cortó levantando una ceja, rancio como siempre. —Pero a qué te referís con challenge.

Y yo pasé a explicarle brevemente de qué se trataba, reprimiendo las risas al ver las caras que hacía.

—Son como las de Harry Potter. — señalé la cajita de grageas de todos los sabores. Y para el que sabe algo del mundo mágico de J. K. Rowling, podían tocarte literalmente de cualquier sabor. Hasta de huevo podrido, o peor... de moco.

—Y el reto es, ver quién vomita primero. — al parecer él también las conocía.

—¡Nadie va a vomitar! — volví a reírme con ganas. —Si te toca uno que no te gusta, podés escupirlo. — agregué señalando un cubo rosado que tenía para

eso.

Máximo arrugó la nariz con asco y negó con la cabeza, resignado.

Otra regla que habíamos establecido para que todo esto funcionara, era que él tenía que aceptar mis propuestas y no interponerse en mis decisiones en cuanto a contenido, mientras que yo nunca tenía que enojarme, ofenderme o censurar cualquier cosa que pudiera escribir de mí en sus artículos. Lo justo, bah.

—Ya veremos. – dijo estirándose en el lugar, tronándose los dedos y el cuello en un gesto enérgico que me hizo estremecer.

Estábamos sentados tan cerca, que podía sentir el calor de su cuerpo sobre mi costado...

Me obligué a no reparar en su perfume tan masculino, y en cómo ese día su sweater se le pegaba sin dificultad marcando sus hombros torneados, de manera tan deliciosa. Y es que la prenda gris, parecía tan liviana y tan suavecita, que podía apostar lo que fuera a que se sentiría de muerte que él te envolviera en un

abrazo fuerte. Y todo olería a fresco. A un bosque verde y fresco, como su perfume.

—¿Empezamos? – preguntó despeinándose con los dedos, algo incómodo por como me le había quedado mirando.

Mierda. Otra vez, Fini...

—Empezamos. – sonreí con una naturalidad que no me llegué a creer, mientras encendía la cámara y nos enfocaba en plano para que se nos viera.

Esa cámara que siempre me protegía, y tras la que me escondía también, reconfortada por la autoconfianza que me había dado YouTube.

Era Fini, y le hablaba a mis seguidoras... a mis lunitas.

Suspiré.

Capítulo 9

Máximo, que había esperado callado a que terminara de explicarle a la cámara lo que estábamos a punto de hacer, ahora seguía cada uno de mis movimientos con desconfianza. Tenía dispuesta una bandeja con las grageas a la vista, y una botella con agua por si necesitábamos quitarnos el mal sabor de boca, junto con el cubo para escupir, y la caja en donde estaban develados los sabores verdaderos que probaríamos.

—¿Qué es esto? – preguntó alzando la botella con mala cara.

—Agua. – contesté con paciencia, porque sabía que tarde o temprano encontraría algo para quejarse.

—Dice “agua de unicornios” en inglés. – masculló. —Y es rosa.

—Es agua normal. – sonreí. —Con unas gotitas de colorante. No hace mal, es comestible.

—No tiene sentido... ¿por qué...? – negaba con la cabeza de mal humor, mientras analizaba la botella desaprobatoriamente.

—Porque me parecía bonita, y porque una botella de agua transparente era muy aburrida. – volví a contestar sin inmutarme.

Si no pensaba que era rara a estas alturas, bueno, que se fuera acostumbrando porque todavía no había visto nada.

—Pero es una botella de agua... no se supone que tiene que ser bonita o divertida. – argumentó cada vez más molesto. Sus cejas pobladas estaban juntas, y todo en su gesto irradiaba una energía casi violenta.

Y ahí estaban de nuevo esa mezcla de sentimientos en mí. El sentirme intimidada y con ganas de salir corriendo, y a la vez, esa atracción... Ese magnetismo que me hacía querer seguir picándolo para verlo reaccionar.

—¿Y quién dice que no puede ser bonito y divertido además de cumplir su función?

Abrió la boca para contestarme, pero volvió a cerrarla un segundo después, un poco contrariado. No tenía una respuesta odiosa para darme como quería, y eso lo había fastidiado más.

Triunfal, sonreí y me encogí de hombros porque aunque fuera tonto ponerlo de esta manera, había sido una pequeña batalla, y la había ganado yo. Por primera vez en un intercambio con el periodista, no me sentía una completa imbécil.

—Y esto del challenge... – siguió diciendo, con ganas de seguir protestando, lejos de rendirse. —Me parece absurdo. ¿Cuál es el reto? ¿Quién gana? ¿Quién pierde? ¿Vamos a estar los dos mirándonos poner cara de asco y ahí se acaba todo? Es aburrido.

Fruncí el ceño y pausé el video.

—Ya sé, ya sé- – se atajó levantando las manos. —Me vas a decir que no me meta con tu contenido, que vos sabés lo que funciona con tu público, después de todo tenés millones de seguidores. Pero de verdad, me parece poco original.

—No te voy a decir nada de eso, porque creo que tenés razón. – asentí, con una idea en mente. —Le podemos dar algún giro interesante al reto. Esperame.

Corrí en busca de hojas, dos copas de vidrio y dos marcadores de colores que estaban siempre en mi escritorio, y volví al lado de Máximo, que si hubiese podido asesinarme con una mirada, hubiera sido con esa que me estaba dedicando. ¿Cómo es que éste era el mismo que se había reído relajado en el video de la mascarilla de miel? ¿Dónde quedaba esa persona que ahora se ocultaba tras ese gesto tan severo? Si hasta parecía mayor de lo que me imaginaba que era...

¿Sería así siempre, o solo yo lo pondría de mal humor?

—El que no aguante el sabor de una gragea, y tenga que escupirla, pierde. – señalé una copa. —Y tiene que cumplir alguna de las prendas que van a estar

escritas en estos papelitos mezclados en la copa.

—Prendas. – asintió. —Y nosotros las elegimos.

—Yo escribo las tuyas, vos las mías. – agregué.

—Ok. – asintió, pensándose. —Eso ya lo hace más interesante. Pero que sean pruebas que podamos hacer acá, y que... no vayan demasiado lejos.

Puse los ojos en blanco. *No, Max. No voy a forzarte a tener sexo conmigo si eso es lo que te preocupa.* – pensé.

—No te hagas problema, las mías van a ser inofensivas. – fue lo que dije.

Volvió a asentir, y en unos segundos, nos pusimos los dos a escribir las posibles prendas que cumpliría el otro en caso de perder. Quedamos en hacer tres cada uno, y en que por más que pudiéramos tolerar el sabor de los dulces, al menos tendríamos que cumplir una, para que el video funcionara.

Un video que tuve que empezar de nuevo, con la nueva explicación, para poner al corriente a mi público de este juego que se nos había ocurrido.

Tengo que decir a favor de Máximo, que por más que siempre era negativo y antipático, había estado bien predispuesto a escribir las prendas, y ahora hasta parecía emocionado ante la perspectiva de jugar.

Me pareció también captar en su sonrisa torcida, lo mucho que le gustaba la competencia. Estaba entusiasmado. Quería ganar.

Otro lado del periodista que salía a flote.

Creando toda la anticipación necesaria, comenzamos a probar las golosinas, los dos sentados frente a la cámara en mi sillón, apenas rozando el costado del otro, en una pose casual, que al vernos, cualquiera hubiera dicho que estábamos de lo más cómodos.

Él no quería asesinarme, y yo, no me estaba muriendo de nervios por tenerlo tan cerquita. Respirando su perfume, y totalmente hechizada con la visión de

su boca.

No.

¡Qué va!

Max masticaba concentrado, saboreando y tratando de adivinar lo que le había tocado.

—Esta es cereza. – sentenció muy convencido.

—Tuviste suerte. – me reí mientras comía la mía, que tampoco era una desagradable. —La mía parece... canela.

El periodista tomó la caja y asintió.

—Cereza y canela. – informó, tragando ya la suya, y pasándose la lengua por el labio inferior. Recordé que la cámara estaba encendida y miré hacia otra dirección, para no quedar en evidencia, pero... ¡por dios!

Al menos habíamos comenzado con unas fáciles para ir entrando en calor.

Si... calor era precisamente lo que sentía.

Estiramos la mano para tomar la siguiente, y ambos comimos confiados, casi masticando al mismo tiempo.

Pude ver como se crispaba toda su cara y sus cejas se juntaban de golpe.

—La mía es de mora. – anuncié. Pero no obtuve una respuesta de su parte.

Seguía masticando, pero más lento, y cada tanto abría la boca y se la abanicaba.

—¿Estás bien? – pregunté porque se empezaba a poner colorado.

Él negó con la cabeza, y tomó el cubo para escupir la gragea, con la que no había podido, haciendo además mil gestos de asco y mascullando maldiciones.

No estuvo bien de mi parte, pero un poco la risa se me escapó.

Estaba siendo muy dramático. ¿Qué tan mala podía ser?

—Esa mierda era pimienta negra. – dijo después de dar un buen trago de mi agua de unicornios. —Agh. – se quejó.

—Tenés que cumplir una prenda. – le sonreí inocente alzando la copa con mis papelitos.

Todavía resoplando, tomó uno con la punta de los dedos y lo leyó con atención.

—¿Tengo que subir una selfie a Instagram usando uno de tus remeras? – se aseguró mostrándome lo que yo había escrito.

—Una de las que vendo. – me reí. —Voy a ver qué tengo de tu talle.

Cuando volví, su cara era un poema.

Tenía los ojos abiertos como platos, y se había quedado quieto en su asiento con los puños muy apretados.

Todos mis productos eran rosados, por supuesto, y tenían algún gatito o ... como en el caso de esta remera en particular, un estampado lleno de ellos.

En el medio, ponía, “El universo de #Fini” en letras llamativas, para colmo.

—Me estás jodiendo. – se rió con sarcasmo, haciendo un sonido ronco con la nariz de lo más sexy. —Vos me estás diciendo que hay gente que paga,... que paga dinero por tener esto.

—De hecho, este modelo está agotado. – respondí con orgullo, disfrutando de su expresión espantada.

—Dame, terminemos con esto de una vez. – dijo, poniéndose de pie y tirando del ruedo del sweater.

Sin ningún tipo de pudor o vergüenza, quedó con el torso desnudo frente a mis ojos encandilados, y se vistió con lo que yo le había alcanzado.

Ya se había tomado la foto, y ya la había subido a su red social, y creo que yo aun no había terminado de reaccionar del todo.

Su pecho moreno estaba grabado en mis córneas para siempre. Tenía un poco de vello oscuro, disperso en las áreas justas, y aunque no parecía un cuerpo de esos que se pasan todo el día en el gimnasio, sí se lo veía atlético. Por favor...

sus hombros marcados se veían mucho más bonitos al desnudo. Su abdomen era plano, y parecía más masculino y trabajado que en las fotos que había visto en su

perfil.

Seguramente se habían tomado hacía un tiempo.

¿Está muy mal que diga que quería recorrerlo con mis manos y dejarle mil besos hasta llegar a su cuello, abrazándome a su espalda con fuerza?

Sacudí la cabeza, porque yo no era así. Yo veía más allá cuando se trataba de las personas... Lo físico no era lo trascendente ni me importaba.

Yo no reducía al hombre en un objeto sexual. No.

Yo...

...Yo... no podía dejar de pensar en ese caminito de vello que comenzaba bajo su ombligo y se perdía en el elástico visible de su ropa interior, prometiendo tanto...

No me reconocía.

—Vamos con la próxima. — dije turbada, ocultando el rostro tras una cortina de cabello rosado, mientras él volvía a desvestirse para colocarse el sweater.

Mordí la pequeña gragea, y su sabor se desplegó por todo mi paladar de

manera desagradable. ¡Qué asco! Horrible. Esto era horrible.

Parecía detergente para lavar los platos. – no me pregunten por qué sé cómo sabe el detergente para platos. Solo digamos que cuando una es distraída, la vida cotidiana nunca es algo aburrido.

—Uf... – dije estirando la mano para dar con el cubo rosado. —Esto es detergente o algo así.

Máximo soltó una carcajada mientras leía la cajita y asintió.

—En realidad es jabón, pero es lo mismo. – señaló y yo bebí agua desesperada.

—Por más que el perfume del jabón es rico en la piel, en la boca, es otra cosa. – aseguré asqueada.

—Te toca. – me alcanzó la copa, alzando su ceja, y por un instante sentí algo de miedo por lo que pudiera haber escrito.

Saqué un papelito y lo leí con atención.

Hizo falta que repasara la oración dos o tres veces y no es que no entendiera lo que ponía. Es que no podía creer que lo hubiera escrito. ¿De verdad quería que hiciera eso? ¿Por qué?

—Tengo que... – dudé. —Tengo que maquillarte. Hacer una de mis rutinas diarias en tu rostro. ¿Estás seguro?

—Totalmente. – asintió. —Porque es con una pequeña trampa. – sonrió con maldad. —No podés usar las manos.

—¿Qué? – pregunté sorprendida. —Y cómo se supone que...

—No sé, te la vas a tener que ingeniar. – me interrumpió. —Y si no podés, ya gané yo. – se jactó lo más orgulloso.

Me la había jugado – pensé frunciendo el ceño. Si me daba por vencida no

solo sería él el ganador, también tendría que pensar en otra idea para video, porque este no iba a durar ni tres minutos, y sería un completo fracaso.

Contrariada, tomé mi estuche de maquillajes y lo miré intentando concentrarme. Tenía que existir una manera...

Máximo

Estaba disfrutando.

Podía ver en su rostro que no tenía idea de cómo hacer para cumplir con la prenda. *¿Y ahora, Fini?*

Estaba haciendo esfuerzo por no ponerme a reír a carcajadas de su gesto concentrado mirando sus brochas y pinceles. ¿Qué esperaba? ¿Moverlas con la mente? Porque si podía, sí que me leería ese libro suyo...

Ese día, su cabello rosado brillaba estridente, bajos las luces blancas de su estudio, y en sus ojos ardía una emoción que no reconocía. Quería ganar... Era competitiva, y eso no me lo esperaba.

Ya había dejado claro en la reunión del otro día, que no era una chica a la que se pudiera manipular así como así. Y aunque conmigo siempre se había mostrado amable y pacífica, —a pesar de mis pullas— ahora estaba haciéndome ver que si quería, podía ponerse a la altura del desafío.

Ok. Podía aceptar que en algunas cosas me había equivocado al juzgarla...

¿Qué estaba haciendo? Estaba sacándose los pequeños zapatos que traía puestos, y de paso las medias que le cubrían hasta el muslo. Debajo, la piel pálida, estaba totalmente decorada con tatuajes que aunque no eran mi estilo, tenía que admitir, eran muy sexys.

De hecho, tuve que desviar la mirada dos o tres veces... porque por todo lo profesional que quisiera creer que era, por mis venas corría sangre. Como en las de cualquier otro hombre.

—Las manos no puedo usar, pero sí los pies. — dijo riendo antes de colocar uno de los pinceles entre... *Oh por Dios*. Entre los dedos de sus pies. Cargó

su herramienta en una especie de crema color piel y me miró muy seria, calculando su próximo movimiento.

Me dio tiempo a balbucear algo que se quedó entre una expresión de sorpresa y un relincho de caballo, antes de sentir como con total comodidad, apoyaba uno de sus talones en mi pecho para hacer equilibrio, y luego trepar un poquito hacia arriba, hasta donde tenía mi rostro.

—Pero ¿qué estás haciendo? – me reí sin poder evitarlo. Y ella, lejos de responderme, se reía también a carcajadas, mientras se sostenía con las manos al sillón para no caerse, intentando maquillarme.

Por supuesto, aunque tenía una flexibilidad que me había dejado impresionado, ni eso había bastado para la maniobra imposible que intentaba.

Así que en un mal movimiento, se balanceó hacia un costado, y la punta del maldito pincel me dio de lleno en un ojo, cerrándomelo.

—¡Delfina, mi ojo! ¡Otra vez me diste en un ojo!– me quejé recordando el numerito con la mascarilla de miel, y ella que todavía no podía recobrar el aliento de tanta risa, gritó algo parecido a “sujetame”. Medio ciego como había quedado, apenas pude atinar a atraerla de la cadera y de milagro, no nos fuimos los dos al piso.

Dejó de sacudirse casi al instante y sus manos se aferraron a las mías de manera tan precipitada que me asusté y terminé de abrir los ojos como pude.

Su rostro era de alarma, y creo que algo de susto, pero a la vez... sus mejillas se habían sonrojado hasta parecer dos tomates.

Tardé unos segundos, en lo que mi visión dejó de ser borrosa, en darme cuenta de que habíamos quedado en una postura... bastante comprometida.

Con su pierna sobre mí, y mis manos aferradas por encima de sus muslos.

Esos que por cierto, ahora habían quedado casi al desnudo, porque la faldita que se había puesto, poco tapaba a estas alturas.

Era un caballero y no pensaba mencionarlo, pero... en cámara no llegaría a

verse la panorámica que tenía yo en ese momento de su ropa interior. Lila, con encajes en lila pálido en los bordes, y un lacito más oscuro del lado izquierdo. Si, con ese detalle había podido verla.

Carraspeé, incómodo y molesto conmigo mismo por estar mirándola de esa manera, y la solté. Delicadamente, para que no se cayera, pero también de prisa, para poner distancia cuanto antes.

Ella fingió que dejaba el pincel en el piso, y se acomodó la ropa, igual o más incómoda.

Mierda.

Y yo que creí haber escrito retos que nos evitarían momentos extraños tras esa charla tan particular que habíamos tenido en la reunión...

De repente le decía que no estaba para nada interesado en ella, y no era mi tipo, y después proponía un desafío en donde terminaba medio desnuda, enredada en mi cuerpo, y yo mirándola entre los muslos como un perverso.

No ayudaba para nada a mi argumento de que sus seguidores no tenían por qué pensar que entre nosotros podía llegar a existir algo. Si es que era probable que a partir de esto, los rumores aumentarían y todos los medios se hicieran eco.

Sabía cómo funcionaban esas cosas, mierda.

Sacudí la cabeza contrariado y enseguida le pedí que continuáramos con el challenge. ¿Por qué no podía vestirse como una persona normal? ¿Tanto le costaba ponerse un par de jeans?

Capítulo 10

Delfina

Como era de esperarse, el video del challenge, había sido uno de los que más visitas había tenido.

Con una cantidad impresionante de “me gustas” y comentarios de lo más

variados que iban desde la revelación de mi verdadero nombre –porque Máximo se empeñaba en llamarme Delfina–, hasta comentar esa supuesta química sexual que existía entre nosotros...

Vamos, que todos coincidían en que el incidente del pincelazo en el ojo, había sido super sexy.

Seguían creyendo en “Mini”, en Máximo y Fini, y ahora insistían en ver esa atracción entre nosotros que aparentemente era obvia. ¡Por favor!

Si yo lo hubiera visto todo desde afuera, probablemente pensaría lo mismo.

Si yo no hubiese tenido con él esa charla en la que me dejaba clarito como el agua que yo no le gustaba en lo más mínimo, lo hubiera creído. Pero no.

Yo sabía que las cosas no siempre son como se las muestra en cámara.

¿Y qué había ocurrido realmente?

Que yo había vuelto a quedar en ridículo.

Si me acuerdo de cómo casi nos caemos del sillón y Máximo tuvo que sujetarme –y lo recuerdo dos o tres veces al día solo para torturarme– me pongo enferma.

Se lo veía tan incómodo. ¡Qué desastre!

Él que ya no sabía cómo hacer para poner más distancia entre nosotros, y yo que voy y por poco me le tiro encima, mostrándole las piernas... uff. Sentía náuseas de solo imaginarme lo que habrá pensado en ese momento de mí.

En serio, Fini. ¡Qué desastre!

Y lo peor de todo, es que me había puesto a mil.

La forma en que sus manos se habían aferrado a mi piel, y el poder de su mirada, me habían desarmado.

Sin exagerar, me había faltado nada para tomarlo del cuello y comerme esa

boca tan bonita que tenía, y que me tenía cautivada desde el principio.

Y claro, esos pensamientos, solo hacían que sintiera más vergüenza.

Durante esos días, había vuelto a hacer videos que lo tenían a él de fondo.

Videos de tutoriales, o algunos en donde cruzábamos pocas palabras no comprometedoras en las que se palpaba el ambiente extraño que había quedado entre nosotros.

Y esto recién comenzaba. ¡Genial!

Ese mañana, empezábamos a prepararnos para la gira y teníamos que reunirnos con mi representante para que nos diera el itinerario, las reservas, los tickets, y todo eso antes de... embarcarnos dos semanas en una gira por parte del país.

En realidad, una de tres, que realizaría con el lanzamiento del libro.

—Comenzamos en Buenos Aires, y después hacemos Córdoba y Mendoza.

– dijo Paul, leyendo lo que tenía anotado.

—¿Qué son todos esos puntos rojos en los días? – preguntó Máximo, rascándose la nuca en un gesto de concentración. Verlo así, mirando esas hojas y haciendo sus propias anotaciones, lo hacían parecer un estudiante. Como un universitario de Filosofía. Algo bohemio, que tal vez se quedaría hasta tarde entre libros, cigarrillo tras otro y bebiendo café. Se despeinaría con los dedos, pensativo y con el ceño siempre fruncido.

Sonreí sin ninguna razón y él justo me pescó. Claro, desvió su mirada, tal vez reafirmando una vez más que estaba completamente loca.

—Esos son todos los compromisos de Fini. – contestó mi mánager sin mirarlo. —No es necesario que la acompañes siempre. Lo vamos viendo. –

agregó quitándole importancia, y luego se giró para dirigirse a mí. — Tenemos que hacerte unas fotos antes, para el diario. Jorge las pidió.

—Está bien. – contesté. —¿Cuándo las hacemos? – quise saber, para empezar a planear mi atuendo.

—En una hora. – informó y lo miré sorprendida. Lo peor, es que empezaba a acostumbrarme a su manera de avisarme las cosas dos segundos antes. Vaya...

tendrían que conformarse con lo que llevaba puesto, que no estaba tan mal, pero tampoco lo que yo hubiera querido. —Y vos, Máximo, vas también.

—¿Fotos? A mí nadie me habló de fotos. – se sobresaltó en su asiento. —¿Y cómo me van a avisar ahora? Con tan poco tiempo de anticipación.

—Tranquilo, Echeverría, que acá la estrella es Fini, y vos sos el “plus one”, y solo se te quiere en la producción porque tu jefe necesita una portada. –

puntualizó con muy mala cara. Tanta, que hasta el periodista se había quedado calladito en su lugar. —Es algo casual, nada comprometido. Un auto los está esperando en la puerta para trasladarlos ahora.

Y sin más explicaciones, cerró su carpeta y se despidió de nosotros.

Estaba clarísimo que seguía sin poder tragarse a Máximo, y ahora que ya había conseguido que este hiciera lo que él pretendía, no se preocupaba por ser amable.

Camino al estudio, miré al periodista y sonreí incómoda ante el silencio mortal que estábamos compartiendo. ¿Que no tenía radio el auto en el que estábamos viajando?

—¿Alguna vez te hicieron una sesión de fotos? – pregunté fingiendo estar relajada, aunque en realidad me sentía chiquita y torpe en ese asiento trasero.

—Cuando era chico, en una nota que le hacían a mi papá. – contestó

asintiendo. —Un homenaje a su carrera periodística.

Asentí también, porque recordaba haber escuchado algo de él en la reunión con su editor. Y Max quería publicar una biografía también, si no me equivocaba.

—¿Trabaja también en el diario para el que escribís? – pregunté para sacar conversación.

—Falleció hace dos años. – respondió él, cortante y con un gesto serio que me heló por dentro.

Ok.

Después de golpearme en la cabeza mentalmente, miré por la ventanilla sin saber qué más decir.

Con eso, se iban mis ganas de charla. *Fini, Fini... por Dios*. Tendría que haberme imaginado que si su hijo quería escribir su biografía, era muy probable que el señor ya no estuviera entre nosotros.

Balbuocé un “lo siento mucho”, que no sé si contestó porque estaba demasiado avergonzada como para darme cuenta.

Qué desastre...

Cuando llegamos, el estudio ya estaba listo para nosotros. Solo faltaba que pasáramos por peinado y maquillaje, cosa que no tardamos en hacer, porque las chicas que allí trabajaban, corrían de un lado hacia otro con eficacia.

Las fotos al principio fueron individuales, con un fondo blanco, en el que no teníamos que posar ni nada parecido.

Al periodista, le habían cambiado la camisa que llevaba porque no estaba a la moda y no lucía en las tomas... pero si me preguntan a mí, le quedaba perfecta. El tono grisáceo iba con sus ojos, y el hecho de que tuviera un aspecto vintage, solo le daba un toque más interesante.

A mí, me habían maquillado exageradamente, y me habían cambiado el

sweater gigante y tan cómodo que tenía, por un top de crochet cortito —que lucía como una de esas prendas que a mi mamá le gustaban en su juventud— y me recomendaron que me quitara las medias que usaba bajo el short para mostrar aun más piel.

Estaba más sexy, eso seguro... pero ¿Me sentía identificada? No tanto.

Unas pulseras con lunitas y estrellas completaban el look, aunque me veía sobrecargada, no era mi primera producción, y sabía que tenía que ser vistosa.

Nos juntaron para unas fotos, y por supuesto... él no quiso acercarse mucho.

Tenía, literalmente, las manos en los bolsillos y se miraba la punta de los zapatos, parado a dos metros de donde yo estaba.

Era incómodo. Incómodo y horrible. ¿Tanto rechazo le provocaba?

—A ver, probemos espalda con espalda. — dije suspirando bajito, y rogando que todo acabara pronto.

Y lo intentamos. Pero los fotógrafos, parecían resignados. Resoplaban e intercambiaban algún comentario mirándose entre si de manera reprobatoria.

Siguieron haciéndonos propuestas, como que Max me abrazara por los hombros, o que me mirara, pero estábamos tan rígidos, que resultaba espantoso.

—A lo mejor si recreamos uno de los videos de Fini. — dijo uno. —Como esos en donde ella te maquilla.

—No. — se negó rápidamente el periodista. —Es la única imagen que se tiene de mí y me niego a aparecer de esa manera en el diario.

Si bien el tono de la negativa, no les había gustado nada, lo aceptaron y con caras largas nos dejaron ir, aliviados de que la sesión hubiera llegado a su fin.

Había sido la peor sesión de fotos que había hecho. Sin lugar a dudas.

Era temprano, y ya que estábamos juntos, decidimos que mejor aprovechar y grabar algún material para tener nuevo. Le comenté que pensaba hacer uno en donde empacara para el viaje, y a él le pareció una buena idea que estuviera presente, ya que era una forma de contarle a los seguidores que también participaría de la gira.

Estábamos volviendo, en el mismo auto que nos había recogido por la puerta de la oficina de Paul, cuando mi celular comenzó a sonar.

Y justamente, se trataba de mi representante.

—Fini, ¿qué pasó? – preguntó preocupado. —¿Ese Máximo no quiso cooperar? ¿No se dejó sacar fotos?

—No, para nada Paul. Recién salimos de la sesión. – contesté desconcertada.

—Es que acabo de recibir una llamada de uno de los fotógrafos y me dijo que había sido un desastre. Que no sabían si iban a poder usar si quiera una de las tomas que les han hecho. – dijo en tono nervioso.

—¿Eso dijo? – me encogí en el asiento. Uff...

—Dijo un par de cosas más, pero te las ahorro. – resopló. —Jorge va a tener que conformarse con lo que haya, porque ya no hay tiempo para volver a hacerlas. – hizo silencio por un momento. —Así que... ¿todavía están juntos?

¿Con Echeverría?

—Si, vamos a grabar un video en casa. – dije.

—Perfecto. Ok, ya hablamos más tarde. – dijo él, despidiéndose repentinamente. Podría haberme parecido extraño, pero no era la primera vez que tenía esas actitudes.

Y de seguro lo hubiera pasado por alto, de no ser porque quince minutos después de esa llamada, justo cuando estábamos por estacionar, vimos que la puerta de casa estaba llena de fotógrafos esperándonos.

Por supuesto.

Máximo me fulminó con la mirada mientras bajábamos del vehículo y tratábamos de entrar a mi edificio.

—¿De dónde vienen? – preguntó uno. —¿Están juntos? ¿Ya se puede confirmar el noviazgo?

Bueno, al menos ellos se habían llevado una mirada peor.

Sin contestar, seguimos caminando como si no existieran.

—Fini, Fini, Fini. – chilló uno a mi lado y me giré para mirarlo, apurada en encontrar las llaves dentro de mi bolsillo. —¿Es tu novio?

—No hablo de mi vida privada. – le respondí con una sonrisa, abriendo la puerta y entrando, seguida por Max que gruñía por lo bajo.

Y es que era ridículo.

Ni siquiera sabía que podía interesar tanto con quién saliera. Había tenido que cerrar las cortinas y disculparme dos veces con vecinos que me tocaban el timbre enojados con la guardia periodística que se había montado allí afuera.

Yo también estaba molesta. Estaba indignada, pero no con ellos, porque sabía que hacían su trabajo...

—No me atiende el teléfono. – mascullé con furia, intentando por décima vez al celular de mi representante. Pero claro, Paul no contestaba.

—Jorge acaba de decirme que va a mover algunos contactos, y que en cuarenta minutos, no va a quedar ningún fotógrafo en la puerta. – aseguró Máximo, que acababa de conversar con su editor.

—Esto tuvo que armarlo Paul. – dije ensimismada, intentando comunicarme con él, pero nada. Siempre saltaba su contestador. ¡Era tan evidente!

Entre tanta cosa, y aunque quisimos distraernos, no habíamos podido grabar nada. Nos habíamos quedado en casa, espiando cada tanto por las ventanas para ver si ya se habían ido, y pensando en qué diríamos si volvían a atacarnos de esa manera alguna vez.

Y me hubiera gustado poder decir que después de pasadas unas horas, todo mejoró, y se olvidaron de nosotros. Pero no. Y aunque los fotógrafos que estaban en mi puerta se habían marchado para que Max pudiera volver a su casa, al otro día nos estaban esperando en la librería en donde comenzaba mi gira.

Esta vez eran el doble, y estaban también más preparados.

Había camionetas con el logo de los canales a los que pertenecían, y había copado las primeras filas, dejando por detrás a mis seguidores, que los miraban con mala cara.

Por supuesto, tampoco dimos declaraciones. Solo pasamos apurados, escoltados por los empleados de seguridad del lugar.

—¿Cómo podes vivir así? – preguntó Max cuando nos retiramos a la sala que tenían para almorzar, al mediodía.

—No estoy acostumbrada, y lo odio. – comenté. —Pero nunca es así... – me quedé pensando por un instante. —Bueno, hace mucho, cuando se filtró una foto mía de cuando era más go... Más chica. – aclaré mi garganta para disimular que había querido decir otra cosa. —Se empeñaban en hacer un antes y después con mi apariencia. – sacudí la cabeza, mortificada recordando aquella época tan oscura.

—No vi nada de eso cuando te busqué en Internet. – comentó el periodista, pensativo.

—Paul y mi abogado lograron sacarlas, porque eran fotos de cuando yo era menor de edad. – contesté encogiéndome de hombros.

—Qué mierda. – opinó. —Esa es la parte que menos me gusta de mi carrera.

Pero es en la única que encontré trabajo. – agregó con resignación y yo asentí porque lo entendía.

Le conté lo difícil que había sido ese tiempo, porque no conocía a nadie en Buenos Aires, y todavía no sabía nada del mundo de la fama, y él... para mi

sorpresa, asintió con atención mientras comía tranquilo.

Era la primera vez que genuinamente me escuchaba y me miraba así. Sin juzgarme. Todo lo contrario, hasta parecía que sentía algo de empatía por mi situación.

De hecho, tenía una casi imperceptible sonrisa escapando de sus comisuras, entre comentario y comentario, cuando la conversación se tornó más divertida.

Me sentía más cómoda de lo que había estado nunca con él. Me estaba soltando, y me sentía más yo, que en mucho tiempo.

Máximo tenía ese poder en mí. Podía hacerme sentir pequeñita e inadecuada... o así como ahora.

¿Sería su talento como entrevistador, o simplemente sus enormes ojos marrones grisáceos que podían conmigo?

Como fuera, caía en su hechizo y ya no podía ir en la dirección contraria.

Me tenía ahí. Mirándolo embobada, como se acomodaba el cabello, para despeinárselo después, mientras su boca hacía mil muecas al hablar. Una más sensual que la anterior, con esos labios llenos y oscuros que eran pura tentación.

Eran... de esos que cualquier chica envidiaría al estar tan perfectamente delineados. Unos de esos a los que se le dibujaban pequeñas arruguitas, porque estirados en una sonrisa eran imponentes.

Unos a los que no sentía el impulso de maquillar, como me pasaba al ver otros. *Si, a veces me pasaban esas cosas cuando veía rostros bonitos, sentía el impulso de maquillarlos.*

Pero con los labios de Máximo, me pasaban otras cosas. Eran masculinos.

¿Puede una boca ser masculina?

Suspiré. *Ay Fini...*

De alguna manera, lo que habíamos vivido con la prensa en las últimas horas, nos había unido, aunque fuera una experiencia desagradable. Nos había dejado cierta complicidad.

El momento tan agradable que estábamos viviendo, se terminó de golpe cuando Paul llegó como si nada, y nos saludó sonriendo conforme al ver el escándalo que había armado.

Capítulo 11

—Ok, ok. – había dicho después de que lo atacáramos a los gritos. —Estuvo mal de mi parte, pero sirvió. Los tomó por sorpresa, y eso se vio natural. No como las fotos de la sesión, si tengo que ser sincero... – alzó una ceja, y juro que tuve que sostener del hombro a Máximo para que no se le echara encima.

Todavía tenía la cara para reprocharnos algo. Era increíble.

Finalmente, –y sobre todo porque yo tenía mucho trabajo por hacer ese día y no podía quedarme discutiendo por horas– habíamos llegado a un acuerdo. No volverían a tomarnos desprevenidos. Si se armaba algo así otra vez, estaríamos avisados y sabríamos cómo reaccionar.

Discutiendo eso, habíamos vuelto a la sala principal de la librería, y me había acomodado en el escritorio que habían dispuesto para mí, lista para firmar dos mil ejemplares. Sonreí.

Todo fuera por mis seguidores.

Todo por mis “lunitas”.

Máximo

Me había quedado a un costado.

Estaba lleno de gente, y mis opciones eran irme atrás, a la sala de almuerzo de los empleados y aburrirme como una ostra por horas, o ir con Paul. Pero por su bien, mejor manteníamos las distancias.

Cada vez me caía peor ese tipo. Me parecía un sinvergüenza. Había algo en él

que me generaba desconfianza. Eran sus camisas siempre al borde de estallar, o ese tono falso en su cabello rubio, que tanto contrastaba con ese intento de bigote que tenía sobre el labio superior... o tal vez era esa mirada calculadora...

me olía mal.

Y no literalmente, porque no olía mal en realidad.

Bueno, usaba demasiado perfume, pero no era desagradable. Solo excesivo.

Era él quien me caía mal. Muy mal.

Miré a Fini, que estaba rodeada de personas que le daban órdenes, que le sonreían poniéndole buena cara... Cara que cambiaba una vez que ella se volteaba, y lo entendí.

Podía ver que esto era parte del circo. Esto venía con esa fama inesperada, y había que soportarlo.

No sé, honestamente, si yo hubiera podido con aquello siendo más joven. Y no me creía una persona débil, para nada.

Pero esto era demasiado.

Me preguntaba cómo había afectado realmente a Delfina que se burlaran de las fotos de su pasado. Porque era evidente que era buena disimulando. Si bastaba solo con verla ahora, pura sonrisas con sus fans, pero masajeándose las muñecas cuando nadie la veía. Cansada y adolorida de tanta firma, pero sin quejarse. Ni una sola vez.

Seguían dándole libros, y ella los autografiaba con emoción. Sonriendo para las fotos, como si se tratara del primero.

No era una diva.

No era la chiquilla que yo había pensado que era, y sin dudas, su trabajo era más que sentarse y maquillarse para que un par de adolescentes le dieran

pulgar arriba.

—Sería bueno que grabaras esto para tu vlog. — dijo Paul, ignorando el hecho de que hacía dos horas que la chica no tenía ni un descanso. —Tus seguidoras van a querer ver el detrás de escena de la gira.

—Si, tenés razón. — respondió ella, tomando la cámara.

—Yo puedo grabar. — me escuché decir, sorprendiendo a Delfina, a su mánager, y ya que estamos, a mí mismo. —Así podés seguir conociendo a tus fans. — me encogí de hombros, como si no fuera gran cosa, y tomé la cámara para comenzar.

Quería pensar que el ofrecimiento se había debido a querer sentirme útil, ya que todos los que me rodeaban parecían ocupados... Quería pensar que lo había hecho para ya no seguir aburriéndome por horas... pero la verdad era otra, y a mi orgullo le costaría admitirlo en voz alta.

La verdad es que un poco me compadecía de la mocosa, y me sentía culpable de haber creído que su trabajo era tan sencillo. Porque me había

equivocado totalmente.

Fini me había mirado agradecida, dedicándome una bonita sonrisa que me había hecho sentir calidez por dentro, de nuevo con esa simpatía que me desconcertaba.

La chica era agradable a veces.

Pocas veces...

Esas veces en que no parecía un dibujo animado sacado de mis pesadillas, hablando pavadas, ni atacándome con brochas y pinceles en los ojos. Solo esas veces en las que parecía... soltarse.

Esas veces en las que dejaba al personaje y era una chica normal.

Las horas pasaban, y yo entre grabación y grabación, miraba mi reloj impresionado.

¿Hasta que hora la tendrían?

La fila de fans seguía creciendo allí afuera, y a ella no se le había movido ni un cabello del lugar. No parecía cansada, pero sabía que lo estaba.

Podía no tener ojeras, ni estar despeinada, pero yo sabía que necesitaría frenar pronto. Mierda, yo lo necesitaba, y no había hecho nada.

—Bien, en cinco cerramos las puertas. – anunció Paul, alcanzándole a Fini una taza enorme, que debía ser café. Ella solo asintió, y le hizo señas al siguiente fan para que pasara y se tomara fotos con ella, antes de ponerse a charlar.

La misma conversación que había mantenido con cada uno de los que se le habían acercado. ¿De dónde sacaba la paciencia?

Y eso no era nada.

Apenas salimos, los empleados llenaron ocho bolsas de residuos de las grandes, con los regalos que le habían dejado, y nos subimos a un auto camino al aeropuerto.

Y yo que pensaba al menos tendríamos tiempo para respirar antes. Pero no.

Cenamos en el avión, y de allí, salimos corriendo al hotel que nos esperaba en Córdoba para que durmiéramos cuatro horas. Si, cuatro.

Mierda.

Creo que me había despertado todavía más exhausto de lo que había estado antes de acostarme.

Y para terminar de completarla, teníamos que soportar a Paul, hablando sin parar como un puto loro, a esas horas de la mañana mientras desayunábamos.

—Una presentación en una hora en el canal de radio más importante, de ahí nos vamos a conocer la capital, donde te vas a sacar fotos... y tenés un programa de cable. – enumeró. —A la tarde, firma de libros hasta la noche. – levantó apenas la mirada. —Y Maxi, tratá de ser amable con la prensa así nos

reivindicamos por su comportamiento de estos días. – insinuó.

—No me digas Maxi. – lo corté. —¿Nuestro comportamiento? – pregunté listo para saltarle al cuello.

—Mirá, yo entiendo. – quiso calmarme. —Pero ellos no. Y en todas las notas que se hicieron, sacando tu diario, nos destrozaron.

Dio vuelta la Tablet en la que estaba trabajando, y nos hizo ver los titulares.

Vaya...

Había de todo un poco. Medios que garantizaban que lo nuestro era una relación verdadera, y otros que decían saber de fuentes cercanas a nosotros, que queríamos resguardar lo que teníamos, pero que claro, estábamos enamorados y felices de habernos conocido.

Puras mentiras ¡Era pura mierda!

Pero no era eso lo que el representante quería que viera, no.

Porque de última, ese rumor era exactamente lo que él había buscado. Lo que estaba mostrándome, era la cantidad de críticas que habíamos recibido por no haber parado a dar notas.

Se la criticaba a Fini, por ser una estrella desde hacía cinco minutos y ya creerse en la posición de poder rechazar a la prensa, cuando en realidad la necesitaba para hacerse promoción. Y se me juzgaba a mí, por pertenecer al rubro periodístico, y no tener consideración del trabajo que hacían mis compañeros. Si hasta se había mencionado a mi padre, diciendo que yo venía de familia de comunicadores... Por dios...

Mi padre nunca había hecho nada parecido. Él si que era una eminencia en lo suyo.

Me froté la frente, lamentándome. ¿Qué estaba haciendo? Era una desgracia para mi apellido.

—Tenemos que hacer algo para volver a llamar la atención de los medios y

que se vuelvan a enfocar en el romance. – dijo Paul.

—Que se enfoquen mejor en sus videos ¿no? – retruqué, señalando a Delfina.

—Claro, por supuesto. – se apuró en contestar, nervioso. —Lo del romance es lo que los hace ir luego a ver los videos y aumentar las visitas de YouTube.

Bueno, eso y el contenido, obviamente.

—Todo esto es una locura. – dijo la chica con las dos manos sobre su frente.

—No sé si quiero este tipo de atención.

—También podrían declarar públicamente que están juntos. – propuso Paul.

—Eso detendría el asedio y la persecución. De a poco dejarían de ser novedad.

Ahora todos se pelean por tener la primicia.

—¿Primicia? – se rio ella por lo bajo. —Esto está mal, no es en lo que quedamos. No íbamos a mentir.

—Solo estoy intentando buscar soluciones. – se atajó el mánager, levantando las manos.

—No tendríamos que estar buscando soluciones si no hubieras llamado a todos os medios para que nos sacaran fotos juntos. – masculló muy acertada, y tuve que darle la razón.

—Ok, yo no soy el malo de la película. – dijo el otro, ajustándose las mangas de la camisa. —Veo que al menos ustedes se están llevando mejor, ahora que se unen en mi contra. Sobre todo él, que parece dispuesto a hacerme la vida imposible. – agregó poniendo los ojos en blanco.

—No sigas por ahí. – lo frené, sonriendo con ironía. —¿Sabes qué? Ni hables de mí, ni me des órdenes. Yo no soy tu cliente. Y como bien me dijiste una vez, ella es la estrella. ¿Ok? – dije bruscamente, todavía irritado por lo que

había leído en los artículos.

—Ok, Maxi. – dijo el otro picándome.

—¡Que no me digas Maxi! – grité.

—Como sea. – se rio y tuve que reprimir mis ganas de golpearlo.

No era una persona violenta, pero este tipo...

Delfina

Los ojos de Max ardían de enojo, y temí que hicieran una escena en pleno comedor del hotel, así que intenté cambiar de tema para que no sucediera.

Y es que Paul a mí tampoco me caía genial, pero era un buen profesional, al que necesitaba en la gira, así que nos convenía mantener la paz.

Y así fue como transcurrieron los siguientes días de esa semana. Yendo de un lado al otro, y evitando que esos dos se quedaran solos, para que no fueran a pelearse.

De a poco, el cansancio empezaba a ganarme, y la falta de horas de sueño, se traducía en mal humor y decaimiento.

Por las mañanas no tenía fuerzas, y las precisaba más que nunca, así que Paul, se esforzó en darme un recreo.

Estábamos todavía en Córdoba, y en lugar de viajar a Mendoza de noche, como estaba programado, nos quedamos un día más para tenerlo libre.

No suponía ningún retraso en mis compromisos, y podía darme el gusto de salir a pasear un rato como quería, así que aproveché.

Máximo, que dijo tenía ganas de quedarse durmiendo hasta tarde, rápidamente cambió de opinión al ver el día que hacía fuera. El sol había salido calentando la tierra con ganas, y el recepcionista nos había dicho que en veinte minutos partía un paseo guiado al Lago San Roque... y no lo dudamos.

Quedaba a un poco menos de una hora de la capital, y nos aseguraba una jornada alejada de fotógrafos, multitudes y de la ciudad. No sé a él pero a mí eso mismo era lo que me hacía falta.

El micro estaba casi vacío, porque no estábamos en temporada alta, así que íbamos cómodos, y a una temperatura agradable gracias al aire acondicionado.

Y justo cuando empezaba a devanarme los sesos en busca de temas de conversación para llenar esos silencios tan horribles que solían atacarnos, Max se sentó a mi lado, reclinó su asiento y tras ponerse auriculares, cerró los ojos sin decir ni “mu”.

Oh... Ok.

Divertida de que aun pudiera sorprenderme con su antipatía, descorrí las cortinas y me concentré en disfrutar de los paisajes, que eran sin dudas, lo mejor de todo el viaje.

Capítulo 12

Las Sierras, nos dieron la bienvenida, verdes como siempre, y tan llenas de vida, que no pude evitar sonreír. Se me taparon los oídos unos segundos por la altura, y antes de que pudiera darme cuenta, ya habíamos llegado.

Un hotel de cinco estrellas, tenía un bonito parador en donde uno podía alquilar elementos de deportes acuáticos, o solo quedarse en el bar disfrutando de unos tragos en la sombra de las sombrillas, con musiquita de fondo. Sonreí.

El lago, de un color azul fuerte, se veía imponente ante nosotros, tan pero tan bonito, que me traía recuerdos de mi infancia en el Sur.

Una infancia llena de montañas, lagos, ríos, glaciares y costas de mares cálidos con ballenas que migraban todos los años.

—¡Qué lindo! – dije entusiasmada, bajando del micro, y sacando mi móvil para capturar el momento en una foto.

—Si, es precioso. – contestó Max tapándose los ojos, que de a poco se acostumbraban al brillo del sol. —El día está espectacular. – comentó relajado, y si, agárrense fuerte... ¡estaba sonriendo!

Una sonrisa enorme, de esas que encandilaban, marcando hoyuelos y arruguitas alrededor de los ojos, y enseñaban todos los dientes.

Se me secó la boca.

Se me secó hasta el cerebro... y claro, me tropecé ruidosamente con mis propios pies, levantando tierra del suelo, mientras nos encaminábamos a nuestra mesa. Mierda. Otra de esas sonrisas, y me dejaba la dentadura en el piso. Tenía que tener cuidado.

Acalorada, até mi cabello en un nudo desprolijo bien alto, y me quité la camisa que llevaba arremangada.

Llevaba un pequeño overall de denim con corte de short, mostrando un poco de piel, ya que no me había puesto ninguna camiseta debajo. No había tenido ganas, y además... mi sujetador era hermoso para mostrarlo en todo su esplendor. Era transparente, pero la parte delantera quedaba cubierta por la pechera del overall, así que tampoco era para tanto.

Era solo... sugerente.

No solía importarme lo que otros pensarán de mi estilo, pero lo cierto es que nunca solía rodearme de gente que se vistiera de manera demasiado... normal.

Vamos, que los youtubers éramos una raza de lo más peculiar.

Así que podía entender que un tipo tan clásico como Max ahora se me quedara mirando un poco, aunque quisiera disimular.

Y ya lo había pescado varias veces...

¿Me tenía que sentir halagada? – me pregunté tomando la gaseosa que acababan de traernos.

¿O me estaría mirando como siempre pensando que era una loca, y tenía que sentirme ridícula? – dudé y me encogí en la silla, insegura de repente.

Me sentía rara allí, a solas con él, sentados en aquella mesita.

¿Y ahora qué se suponía que haríamos? ¿A qué hora pasaba a buscarnos el micro?

Apoyé los pies en la silla y me abracé a las rodillas.

—Creo que deberías ponerle un freno a Paul. – dijo entonces, sacándome del trance. —¿No te parece que se está pasando?

—Ehm... – pensé bien en la respuesta que quería darle. Una que calmara de paso el raro ambiente que se había formado entre ellos. Todavía quedaba mucha gira por delante. —Si, pero no quiero problemas. Es bueno en lo que hace, aunque no lo parezca a simple vista... Tendrías que tenerle más paciencia. –

opiné.

—Es que vos tenés demasiada. – contestó y yo sonreí. Eso mismo me habían dicho mil veces.

—Si, tengo mucha. – asentí. —Eso y fe en las personas. Algo que mis amigos siempre critican.

Él entornó los ojos, y torció apenas la boca en una sonrisa.

—Conmigo tenés mucha paciencia también. – dijo alzando una ceja. —No siempre soy así de... rancio.

—Claro, soy yo. Que saco lo peor de la gente. – bromeé y se rió.

—No, para nada. – se acomodó en la silla, acercándose como para hacerme una confidencia, y a mí el corazón por poco se me da vuelta en el pecho. —Si te tengo que ser totalmente sincero, no tengo ningún problema con vos. No es personal. – aclaró. —Es que todo esto – hizo una seña con las manos. —... todo

este trabajo, no es lo que yo quería para mí. No me gusta escribir en la columna de Ricos e Infames. – confesó. —Pero si no lo hago, no pago el alquiler de mi departamento, ni los impuestos, ni... la comida.

Se encogió de hombros con una sonrisa triste, y lo entendí.

—Ups. – dije yo, arrugando la nariz. —Lo siento. Espero que esta gira no termine siendo una tortura. Y todo esto de los medios, los rumores y los fotógrafos. – suspiré. —Sabes que tampoco es lo que yo quería para mí, ¿no?

Él asintió.

Tomó de su vaso mirando el lago y después de un silencio enorme, dijo.

—La gira hasta ahora, está muy bien. – y sonrió con algo parecido a la timidez, que me descolocó. —Si hay algo que me gusta, es viajar.

Sonreí contenta de que quisiera contarme sobre él.

Es más, aproveché que estaba con ganas de hablar, para preguntarle cosas.

Entré en confianza de a poquito, y viendo que no me rechazaba como lo había hecho hasta entonces, me dejé llevar.

¿Y sobre qué te gustaría escribir? ¿Te gusta viajar? ¿Qué lugares conoces?

Y él me contó que siempre había querido ser corresponsal internacional, y escribir libros de sus viajes. Que conocía parte del país, pero que nunca había podido viajar demasiado por cuestiones económicas.

Y yo, le conté que también conocía parte del país ya. Que había nacido en el Sur, y eso lo desvió a una charla sobre lo bonita que era la Patagonia y los lugares que los dos habíamos visto.

Con una puesta de sol anaranjada preciosa, iluminada de más por la sonrisa de Máximo, que encantado escuchaba mis locas anécdotas de gira, bromeando como si hubiéramos sido amigos desde siempre.

Hasta me preguntó por mi gata Moona, que ahora se estaba quedando con mi

hermano, hasta que regresara a casa.

Le conté de mis días en la escuela, de cuando era la rara de mi sala, y muchos incluso bromeaban diciendo que venía de otro planeta. Le conté que a veces me gustaba usar un zapato de cada color, y que asustaba a mis compañeros inventándome historias de fantasmas.

Que en una época siempre llevaba flores en el cabello, y que mientras todos contaban que con sus padres iban al parque o al cine, los míos me llevaban a recitales y festivales de música.

Y él me contó que había crecido con sus dos mejores amigos, quienes aun lo eran después de tanto tiempo. Que aunque era un excelente alumno, en muchas oportunidades había tenido problemas por su mala conducta. A lo que no pude evitar reírme. ¿Mala conducta? Y ahora parecía tan correcto...

De su adolescencia, que guardaba otros recuerdos igual de emocionantes, y de su paso por la universidad, que era hasta ahora el mejor momento de su vida.

De sus profesores y todo lo que le habían dejado, y sobre todo de su padre. Al que sentía, le debía todo.

Entendía por qué había elegido esta carrera, teniendo como ejemplo a una personalidad tan importante como lo había sido Patricio “El Cuervo” Echeverría, y temía que se sintiera presionado, teniendo que demostrarle a todo el mundo que era digno de su apellido. Me daba la impresión de que era lo que más lo atormentaba.

Me hubiera gustado sacarle ese peso de encima de sus hombros, diciéndole que aunque no estuviera escribiendo sobre lo que él quería, su material era realmente bueno. Y que su padre estaría orgulloso al ver la repercusión de sus artículos en los medios, pero no quería sacar un tema que lo pusiera nostálgico o triste.

Conversamos.

La pasamos bien.

Parecía un chico de su edad, uno muy guapo, que me volvía loca, pero por primera vez, en un muy buen sentido. Estábamos a gusto con el otro, nos reíamos, y las horas, se nos pasaron volando.

Se nos hizo de noche, y ninguno quería perder el micro de vuelta, así que regresamos al punto de encuentro que era ese bar al aire libre.

El sitio estaba a pleno, con Maroon 5 y Future sonando en los parlantes y el tema “Cold”, que era lo que más sonaba ultimamente en la radio... y me pareció gracioso porque justamente era la primera vez que Max no era frío conmigo. Si no, todo lo contrario.

Sin mucho más que hacer, y el clima tan agradable que hacía –y el que se había creado entre nosotros– dijimos que unos traguitos, nos sentarían bien.

Flojitos y relajados ya estábamos desde hacía rato.

Estábamos en lo cierto. Todo era delicioso, y entraba tan bien, que tengo que decirlo... perdimos un poco los papeles.

Y si las carcajadas de ambos no fueron señal suficiente, el viaje movido en micro, tuvo que hacernos conscientes de la borrachera alegre con la que cargábamos. No podía parar de reír.

Es que a Máximo ya casi no se le veían los ojos, y por alguna razón, eso me parecía de lo más chistoso.

Eran dos medialunas con arruguitas alrededor... como ese emoji, ese que tiene las lagrimitas en los costados. Porque hasta lloraba de la risa.

Y yo...

Yo estaba en un estado desastroso. Me había vuelto a tropezar, y esta vez, no podía culparlo al chico por encandilarme con una de sus sonrisas.

Había sido mi culpa, me hago cargo.

Estaba oscuro cuando llegamos al hotel, o demasiado alto el escalón de entrada... como fuera, había sido una mala combinación, que había terminado conmigo pisando en falso, y descendiendo lo poco que había trepado con las rodillas, las caderas, las manos y otras partes de mi ahora golpeada anatomía.

Recuerdo que Max gritó mi nombre, y también lo recuerdo desternillándose a mi lado, cuando pudo alzarme del suelo.

Porque cuando se tiene gracia, elegancia y coordinación... son estas cosas las que suceden.

Podría haberme avergonzado por mi torpeza, pero la verdad es que verlo de tan buen humor, y pasándosela tan bien, hacía que todo lo demás pareciera insignificante.

¿Y qué si casi me había bajado los dientes en las escaleras? Máximo estaba guapísimo a mi lado riéndose conmigo. Tan diferente a su permanente antipatía.

Tan diferente al chico que me había dicho sin vueltas que yo no le gustaba ni un poquito... *Que nos dieran de tomar esos tragos todos los días...* – pensé.

Y así nos encontró Paul. Al pie de la escalera, despeinados, borrachos, y como si un camión nos hubiera pasado por encima.

—Fini, ¿qué te pasó? ¿Estás bien? – preguntó con los ojos como platos.

Como sola no pude, entre los dos le explicamos de mi caída... y él preocupado, ayudó a Max a cargarme hasta la sala de estar, y pidió en recepción que nos trajeran hielo.

—Solo son un par de raspones. – dije todavía muerta de risa.

—¿Raspones? Tenés golpes por todas partes y la ropa llena de tierra.

Era cierto, me miré con atención, y estallé en carcajadas, mientras Max se mordía el labio para no hacer lo mismo.

—No se puede creer. – se quejó mi representante, mirándome a los ojos tal vez para chequearme los reflejos. —Llamaría a un médico, pero está claro que estás demasiado borracha. De verdad, Fini, nunca te habías comportado así.

Menos en una gira. Qué irresponsable...

—¡Bueno! – saltó Max sorprendiéndome a mitad de la reprimenda, haciendo que volviera a levantar la cabeza. —Estaba en su tiempo libre ¿no? Y se cayó sin querer, no se tiró por las escaleras por gusto. A cualquiera le puede pasar.

Y no me malinterpreten. Me emocionaba que me defendiera, claro. Me encantaba. Pero la manera en que sus consonantes salían todas enredadas de su boca, no nos estaba ayudando para nada.

—¿Estuvieron tomando los dos, no? – preguntó Paul, ahora más tranquilo.

—No quiero ser el profesor amargado del viaje de egresados, no me pongan en ese lugar. Este es un viaje de trabajo, seamos serios.

Vi que el periodista tensaba la mandíbula y me sobresalté. Ups. Mejor los frenaba ahora.

—Ya está, Paul. Te entendimos. – dije poniéndome de pie, y estratégicamente en el medio de los dos. —Hasta mañana no tenemos nada que hacer, así que no importa. Me voy a dar un baño. – agregué en voz alta, tratando de caminar en línea recta hacia el ascensor, pero mi mánager me frenó.

—Lo del baño me parece una buena idea, pero te aviso que sí tienen cosas que hacer. Tienen reservada una mesa en Johnny B. Good del Cerro de las Rosas a las nueve.

—¿Qué? – gritó Máximo, y yo me encogí. Teníamos apenas unos minutos para estar listos.

—La prensa quiere fotos, ese es un lugar público, y es nuestro último día en Córdoba. No digan que esta vez los agarré desprevenidos, porque les estoy

avisando.

Si, media hora antes. – pensé, pero en lugar de discutirle, que hubiera sido perder el poco tiempo que teníamos, tomé a Max, que parecía a punto de explotar, y lo llevé del brazo al ascensor.

—¿Es una joda? – me preguntó cuando nos quedamos solos.

—Estas cosas forman parte de las giras. – dije y suspiró echando la cabeza hacia atrás. Se me cruzaron los ojitos.

¿Por qué tenía que ser tan guapo cuando se ponía así? ¿Por qué teníamos que quedarnos solos en un espacio tan pequeño?

¿Por qué tenía yo que ponerme así?

—No tendría que estar quejándome, porque no pinto nada en este viaje, y me están pagando todo. ¿Cierto? – volvió a resoplar, y esta vez, se apoyó contra la pared. —No tendríamos que haber tomado tanto.

Iba a pedirle disculpas, aunque no las sintiera del todo porque yo no me arrepentía, pero vi que él comenzaba a reírse con los ojos aun cerrados. Eso me desconcertó, pero inevitablemente también me hizo sonreír.

—Hacía años que no tomaba así. – dijo.

—Yo igual. – confesé.

—Mmm... – se despeinó el jopo, como si con ese movimiento fuera a aclararse la cabeza. —Te pido disculpas, esta es tu gira y no corresponde... – empezó a decir, pero lo frené.

—También me estaba divirtiendo. – dije.

Por un instante, me miró en silencio y sus labios dibujaron una preciosa sonrisa. Breve. Muy breve, porque ya habíamos llegado a nuestro piso, pero que a mí me había puesto toda la piel de gallina.

Nos fuimos a preparar a nuestras habitaciones, para encontrarnos luego en la entrada del hotel cuando estuviéramos listos.

Rogaba haber hecho un buen trabajo en mi maquillaje si nos tomaban fotos, porque ni la ducha me había devuelto del todo la lucidez. Pero al menos, sabía que mi atuendo estaba muy bien.

Con un vestido de los que ya eran una marca registrada en mí, cortito al muslo y con algo de vuelo en el ruedo, esta vez de color negro, me sentía bonita.

Me había planchado el cabello y me lo había peinado de lado, dejando a la vista unos pendientes con lunitas que subían por toda la oreja.

Unos tacones discretos, con los que podía caminar, considerando la nebulosa de alcohol de la que estaba saliendo, y un bolsito de mano con forma de unicornio.

Si, me sentía bonita... Bonita y segura. Si me apuran, hasta sexy, con tanto tatuaje haciendo juego con la tela de mi prenda, en contraste con la piel pálida

apenas sonrojada por el sol.

Pero luego lo vi a él. Oh por...

Camisa blanca ceñida al cuerpo, pantalón negro estrecho, zapatos de vestir y ese reloj antiguo que ya le había visto en la muñeca otras veces. Ese que parecía valioso, de los que ya no se fabricaban, y que sumaba al look clásico y elegante que llevaba esa noche.

Estaba...

Parecía un modelo.

Su cabello despeinado, pero acomodado de lado –como si nos hubiéramos puesto de acuerdo–, y sus patillas de James Dean...

Uff.

Fini por favor, esta noche nada de papelones. – me prometí.

Capítulo 13

—Ya tienen el auto afuera. – nos indicó Paul sin mirarnos demasiado. —

Van, comen, sonrían para las fotos y vuelven. Eso es todo. – enumeró para quitarle importancia. —Y Maxi, traten de no seguir tomando...

Máximo estaba por contestarle, pero se quedó a medio camino cuando me vio.

Al principio, pensé que se debía a que preocupada, le había dirigido una mirada desesperada para que se mantuviera calmo, pero después cambié de opinión al ver que sus ojos no se detenían en los míos, si no que seguían de largo. Paseándose por mi cuerpo, por mis piernas, para después volver a subir.

Un “repasso”, en toda regla.

Tal vez fuera por los tragos de antes, o que le parecía mal que enseñara tanta piel, pero me había encantado su descaro.

¿Acaso yo no acababa de mirarlo igual?

Y entonces, sucedió.

Algo que ni en mis sueños más locos me hubiera imaginado.

Máximo me hizo señas para que pasara mientras mantenía la puerta abierta del auto para mí, y apenas me senté, comentó.

—Estás muy linda.

Creo que ahogué un jadeo.

Había evitado mirarme a los ojos, y a lo mejor era por pura educación, pero

¡Ey! Yo lo aceptaría igual.

Me agarraría a eso con fuerzas, para seguir sintiendo las mariposas que tenía en el estómago, revoloteándome y haciéndome sentir en las nubes.

—Gracias. – contesté. —Vos también estás muy lindo. – y él aceptó el cumplido como yo hice. Con apenas un imperceptible asentimiento, y cambiando de tema inmediatamente, pero algo era algo. Y yo lo veía como un avance increíble.

El restaurante era bonito.

Había un buen ambiente y se notaba que la temática era musical. Nosotros estábamos sentados fuera, en uno de las mejores mesas, rodeados de luces y estructuras metálicas que hacían pensar en escenarios gigantes de festivales de rock.

Tenía onda, no se podía negar.

No habíamos visto a ningún fotógrafo todavía, así que relajados, ordenamos un menú mexicano, y unas cervezas para acompañar. Ya no tenía mucho sentido pedir gaseosa, y yo todavía quería disfrutar de mi día libre, así que eso hicimos.

Tampoco pensábamos emborracharnos, pero si tener una cena divertida, y por algún motivo, creía que el periodista hubiera hecho cualquier cosa para contradecir a Paul, lo que me hacía gracia.

Estaba encantada de que nadie pareciera conocerme, y si lo hacían, estaban siendo demasiado respetuosos, porque no me habían interrumpido para pedirme fotos o autógrafos. Y esto era lo que estaba diciéndole mientras comíamos.

Amaba conocer a mis fans en persona, sacarme fotos con ellos y conversar, nunca les negaba esas cosas, pero cuando salía a comer con amigos, no siempre era agradable para mí.

Era un tema mío y lo llevaba bastante arraigado. No me gustaba que me vieran comer. Y no hablaba de probar dulces para un video, o de vez en

cuando hacer un bocadito de algún postre que cocinaba para las cámaras. Comer de verdad.

Max me preguntó por qué, y yo le confesé haber tenido una experiencia rara con la comida y mi peso toda la vida.

—Pero si sos... tan flaca. – dijo tras hacerme otro repaso.

—No siempre lo fui. – sonreí con amargura. —Y me costó estar al borde de enfermarme para llegar a mi peso ideal. También estuve mucho más delgada, y eso tampoco es bueno. – agregué, y justo cuando vi que quería decir algo, lo corté porque no era mi tema favorito a tratar. —En fin. Hoy me parece que se olvidaron de nosotros, o Paul se olvidó de llamarlos para que vinieran. No hay ningún fotógrafo.

—A veces se esconden para lograr fotos más candidas. – dijo poniendo los ojos en blanco. —Por las dudas actuemos un poco, así tu representante no se queja.

Levantó su copa para brindar y sonreímos ante la escena que estábamos armando.

Se acercó un poco más, y en lo que pudo parecer un susurro romántico al oído, me dijo que nos convenía ir yendo al hotel, porque teníamos que madrugar para no perder el vuelo. Si, había sido algo actuado, pero no por eso menos sensual. El calor de su aliento hormigueaba en la piel, y su voz ronca en mi oído, me había puesto todo el vello de punta.

Asentí disimuladamente, y nos pusimos de pie tranquilos, encaminándonos a la salida.

Todo iba perfecto, y ya podíamos divisar el auto al que teníamos que subirnos, cuando un tropel de fotógrafos se agolpó en la puerta, cegándonos con las luces de sus flashes, y empujando a todo aquel que quisiera escaparse de la multitud ruidosa. Algunos incluso se cayeron al suelo, y se golpearon de verdad... Esto empezaba a descontrolarse.

—Es muy fuerte. – susurró Max a mi lado, intentando que no se nos echaran

encima.

Si nos estaban haciendo preguntas, no lo sé, porque era tal el griterío y el caos, que era imposible escuchar.

Logramos subirnos al auto, si. Después de mucho empujón, tirones e insultos... y de Max haciendo de escudo humano para que no me aplastaran para obtener una exclusiva.

Pero ahí no acabó todo.

Nos estaban siguiendo.

Un auto y dos motocicletas con fotógrafos encima, nos escoltaban camino al hotel, haciendo peligrosas maniobras en la autopista, y yo entré en pánico.

Temía por mí, por Max, por nuestro chofer, por aquellos que nos perseguían, y por los otros vehículos que circulaban en medio de esta locura.

—¡Cuidado! – grité cuando nos encerraron y tuvimos que dar una vuelta cerrada, y tomar otro camino para despistarlos.

—¡Se van a matar! – dijo Max mirando por las ventanillas, igual de asustado.

—Voy a ir por otro lado, aunque vamos a tardar más. – anunció el chofer, nervioso, y con ambas manos fijadas en el volante.

Pero nos encontraron, y a mí volvió a darme un ataque de angustia. Estaba muerta de miedo. Tanto que ni tararear para mí una canción iba a lograr calmarme. De hecho, ni siquiera podía pensar en ello. No podía ponerme a respirar contando tranquila como me había enseñado mi terapeuta, ya nada servía.

—Haría cualquier cosa para que nos dejaran de perseguir. – dije con ambas manos en los oídos para no escuchar las aceleradas, ni los frenazos de golpe de los otros autos. —¿Qué quieren? ¿Qué esperan ver? – dije ahora al borde del llanto. —No quiero esto.

Máximo, que hasta el momento había estado concentrado en la ventanilla, me enfrentó.

—Tengo una idea. – dijo pensativo. —¿Confías en mí?

Asentí sin dudar, con los ojos llenos de lágrimas, y él se acercó un poco más en el asiento trasero del auto y me rodeó con los brazos. *¿Qué...?*

Temblorosa como estaba, apenas me di cuenta de que una de sus manos, me tomaba la barbilla cuando nos separamos de esa especie de abrazo. Y ahora que lo pienso, menos mal, porque de haberlo notado entonces, es probable que comenzara a hiperventilar.

—Máximo ¿qué haces? – atiné a preguntar, atontada, antes de que me hiciera callar apoyando sus labios en los míos.

No nos movimos.

El auto lo hacía, y mucho, pero nosotros estábamos totalmente quietos.

En un reflejo había cerrado los ojos, así que no podía ver su expresión, pero sí podía sentir otras cosas. Podía sentir su mano, todavía sosteniéndome que comenzaba a acariciarme despacio, mientras su boca, se entreabría en busca de la mía, que la recibía ansiosa.

Podía sentir sus suaves labios, haciendo reaccionar hasta la última célula de mi ser.

Podía sentir mis propias manos, rodeándole el cuello, acercándolo más, para profundizar ese beso que... no se parecía a nada de lo que había vivido antes.

Uno que había comenzado como una actuación para las cámaras, lo comprendía.

Pero que aun no terminaba... ni siquiera cuando llegamos, y el ascensor nos dejó en nuestro piso.

Ya nadie nos veía.

Ya no era para los demás. Era para nosotros.

Máximo

Se nos había ido la cabeza. ¿Qué estábamos haciendo?

La idea había sido mía, esto... esto lo había empezado yo mismo, y ahora no podía parar.

Los labios de Delfina eran adictivos. Toda ella, sabía dulce y era tan suave...

Como algodón de azúcar.

Hay cosas que no muchas veces se dan. Y eso es conectar. Uno puede morir de ganas de besar unos labios, y que la magia se rompa cuando sucede porque, simplemente, no funciona.

Bueno, con ella me estaba pasando exactamente lo contrario. No me había muerto de ganas de besarla. No había sido un impulso nacido del deseo, aunque a decir verdad, esa noche sí que me había sorprendido por lo bonita que estaba.

Ni siquiera me imaginaba que iría más lejos de un piquito para las fotos, como pretendía en un principio. Pero aquí estábamos, y ¿qué era esto?

Ahora que había probado sus besos, el cuerpo seguía pidiéndome más, y más de ellos.

Quería pensar en las consecuencias, en el lío en el que no estaba metiendo.

Quería pensar en que le llevaba casi ...¿diez años? ¿siete? Mi cabeza no podía ponerse a hacer matemáticas, eso seguro. Quería pensar en mil cosas, pero lo único que lograba, era sostenernos de pie contra la puerta de su habitación.

Acorralada entre mis brazos, con los suyos entre los dos, y sus manos tirando de mi camisa.

¿Cómo es que sabía exactamente cómo tocarme? Y el momento justo en el

que morder mi labio inferior, dejando que un suspiro calentara mis mejillas.

Dios...

Me había puesto... como una moto.

No sé si había notado el gruñido que había nacido en mi pecho cuando rodeó mi cadera con una de sus piernas. Esperaba que no, porque me estaba pasando de bruto. Pero un poco eso definía mi arranque. Era algo puramente animal. No tenía explicación más que sentir que me quemaba la piel de necesidad. Tenía que hacerla mía. Ahora.

Estábamos en un pasillo en el que en cualquier momento alguien podría sorprendernos. Mierda, hasta su representante podría habernos visto... pero no.

Tampoco podía pensar en aquello, cuando ella recorría mi cuello con sus uñas de

esa forma.

—Máximo, esperá. – dijo cuando yo ya estaba arrastrándola a mi puerta, intentando abrirla con una mano.

La quería en mi cama, estaríamos más cómodos. – era todo lo que podía procesar. Hasta ahí llegaba mi razonamiento.

—Máximo. – volvió a decir, y reaccioné.

Abrí los párpados y con la respiración agitada, la miré. Tenía las mejillas y los labios rosados, y los ojos algo empañados de deseo. *¿Siempre me había parecido tan hermosa? ¿Cómo había hecho para no besarla antes?*

—Perdón, pero creo que sería mejor que frenáramos. – siguió diciendo, y yo pestañeé.

Muchos pensamientos, tal vez todos aquellos que hacía segundos no podía gestionar, vinieron a mí de golpe. Con cuidado, la solté como para darle aire, y suspiré profundo yo también en busca de aliento.

—Yo... – balbuceé, de a poco recobrando la circulación de la sangre en otros lugares, como en el cerebro por ejemplo.

—No digas nada. – me pidió, y de repente parecía que se moría de vergüenza. Esquivaba mi mirada, y sus mejillas estaban al rojo vivo. —Yo tampoco quería frenar, pero... hay cosas que tenés que saber de mí.

—No, no, Fini. – dije usando su apodo, porque de alguna manera, creí que suavizaría la situación. Estaba tan arrepentido de lo que acababa de pasar, que no podía ni conmigo. —Perdón, esto no tiene nada que ver. Me dejé llevar.

Y su rostro, lleno de decepción, me golpeó como una ola de culpabilidad horrible.

—¿Qué? ¿Te-te arrepentís? – tartamudeó, mordiéndose el labio que hubiera jurado, había visto que comenzaba a temblar.

La miré serio, y no fui capaz de contestarle con la verdad.

Si, si que me arrepentía.

—No te arrepientas, no le des vueltas. – me pidió y me tapó los labios con sus dedos cuando quise replicar. —Por favor, dejemos esto acá, pero no te arrepientas.

—Delfina, esto no puede ir a ningún lado. – le advertí.

—Shhh. Por hoy fue demasiado. Ya vamos a hablar. – y con estas últimas palabras, entró a trompicones a su habitación, y me dejó a mí, parado mirando su puerta como un idiota. Con ambas manos tapando mi boca, porque sabía.

Sabía perfectamente que acababa de mandarme una cagada enorme.

Y aunque no quisiera pensar en ellas ahora, habría consecuencias, y nos complicarían la vida.

Delfina

Cerré mi puerta y di saltos en círculo, hasta que di con el borde de la cama por supuesto, y me caí de culo al piso. Máximo me había besado.

Nos habíamos besado, y por poco había pasado mucho más. Yo no quería frenar, ni siquiera sabía cómo había podido hacerlo, pero debía.

Con él me olvidaba del mundo. Me olvidaba de mi pasado, de mi futuro, de todo. Pero tenía que pensar.

Y en un segundo de lucidez,... *Máximo, esperá*, le había dicho.

Me acosté entre las sábanas en ropa interior y busqué los auriculares para escuchar música. “Waiting for you” de Ben Harper me parecía apropiada...

¿Qué hubiera pasado si no lo frenaba? – me pregunté.

Que hubiera entrado a su cuarto, y probablemente como ya me había sucedido un par de veces, hubiera entrado en pánico, y además de hacer el ridículo, hubiera arruinado del todo las cosas con él.

Porque siempre lo hacía. Porque llegado al momento de dar el siguiente paso, siempre me frenaba y me quedaba congelada.

Porque aun con veinticinco años, seguía siendo virgen.

Capítulo 14

Mis inseguridades. Puf...

Desde la adolescencia cargaba con montones. Había pasado de ser la chica gordita, a la que ningún chico quería besar, a la chica delgada –casi en los huesos– a la que los chicos tampoco querían besar. Ya fuera porque les asustaba mi delgadez, o lo loca que estaba. Rumores había miles, y desde que había comenzado a hacer terapia para superar mis problemas, todos asumieron que me faltaban un par de tornillos.

Mi personalidad siempre había destacado, y en vez de ocultarme, como hubiera hecho cualquier chica en mi lugar, había optado por hacer exactamente lo contrario.

Tapé las marcas que me había dejado el sobrepeso en la piel con tatuajes, pinté mi cabello de colores, y me obligué a cambiar. Así nació “Fini”, la versión mejorada de Delfina. La que no temía hacer el ridículo frente a su cámara, y darse a conocer a miles de personas. La que se aceptaba tal y como era sin importar lo que otros pudieran pensar de ella. Había sido difícil a veces, pero Internet me había ayudado. Había creado una coraza, y tenía mis mecanismos de defensa.

Supongo que cuando lo digo así, sí que sueno loca. No es que ahora tuviera otra identidad, que se entienda. Fini era un personaje y lo tenía claro. Delfina seguía existiendo bajo las capas de maquillaje y detrás de las luces de los flashes. No me olvidaba de donde venía, ni quiénes eran los que de verdad me querían... No había dejado de sentirme a veces inadecuada o extraña, porque esa parte de mí, me acompañaría siempre. Pero a veces era mucho más sencillo solo ser Fini, la youtuber, querida por tantos, aceptada por todos... y dejar que mi vida girara en torno a las visitas en mis videos.

Pasé por mucho. Me había mudado a Buenos Aires, había conocido a gente nueva... yo era una nueva persona. Ni siquiera usaba mi nombre real, y aun así, no podía conectar con nadie de manera amorosa. No me sentía a gusto.

Pensé que tal vez me gustaban las mujeres. Llegué a cuestionar mi

sexualidad, porque de verdad, no es que hubiera salido con muchos hombres, pero con ninguno había podido tener nada.

Y tras darme un par de besos con una que otra chica, y obtener los mismos resultados, me resigné.

Tenía veinticinco años, y era virgen. Nunca había pasado de los besos y un par de roces.

Era irónico. Parecía que después de tanto rechazo, ahora era yo la que no quería besar a nadie, y esa era otra de las rarezas por las que me conocían mis amigos.

Mi abstinencia voluntaria.

Mi extraño celibato autoimpuesto que pocos entendían. En realidad, nadie.

Y quisiera que quedara claro que no era una condición médica que me impedía sentir deseo. No es que esas sensaciones no existieran en mí, o que me fueran totalmente extrañas. Existían. Pero en un plano de la fantasía, que nunca se manifestaban ni se volvían reales cuando estaba con alguien.

Era capaz de sentir algo de atracción, supongo. Pero a la hora de estar a solas con una persona, estar en ese momento justo... justo antes, sentía como si me vaciaran un balde de agua helada. Me congelaba.

Y por eso es que vivía lo que estaba pasándome con Máximo con esta intensidad. Por primera vez quería ir más allá, y eso me despertaba curiosidad y otras sensaciones que no quería dejar de sentir. Mi psicóloga había dicho que esto pasaría, no debería estarme extrañando tanto. Cuando encontrara a la persona adecuada, estos sentimientos aparecerían y ya.

¿Tenía miedo? Tal vez el normal que se tiene en estos casos. Pero quería experimentarlo. Después de ese beso, me había dado cuenta de que quería dejarme llevar.

Tenía que ser él.

No me daría por vencida tan fácilmente por más que él pensara que nunca funcionaríamos por lo diferentes que éramos. Máximo me gustaba, pero también entendía que la gente podía tener relaciones sin que aquello significara nada más. Yo no lo había vivido en primera persona, pero ocurría ¿no?

Mi hermano Franco era un ejemplo de que se podía pasarla bien, divertirse, sin atarse más de lo necesario. Sin complicarse la vida. Y yo no pretendía complicarme la mía.

Sonreí, cerrando los ojos, rememorando aquel beso que aun hormigueaba en mi boca, y de a poco, me dormí.

Convencida de que iba a soñar con Máximo, y sus labios rellenos,

perfectamente dibujados y especialmente diseñados para besar como nadie.

En esas fotos que tenía en su cuenta de Instagram y que ahora recreaba en mi imaginación conmigo como protagonista.

Tenía que ser él.

Me desperté con golpes en la puerta y los gritos frenéticos de Paul que decía algo de un avión... ¡Mierda!

Pegué un salto y me precipité por la habitación, manoteando mi valija en un solo movimiento, solo para darme cuenta un segundo después –y a punto de abrir la puerta– de que seguía en ropa interior.

Me vestí con un jean lleno de agujeros que me quedaba cómodo y una camiseta blanca de mangas cortas. Encima de mi corpiño negro, si. Mátenme.

Sin una gota de maquillaje, con un gorro de lana que ocultaba mi melena salvaje y con zapatillas sin medias, es que me encontraron mis dos compañeros de viaje. Me hubiera encantado decir que me había dado el tiempo para lavarme la cara o los dientes... pero lo cierto es que no. Y quería hacerme un bollito en el asiento trasero del taxi.

Porque claro, Max estaba impecable. Hasta el cabello húmedo tenía, evidencia de que se había dado una ducha y todo.

Fini, Fini...

Por suerte, tuvimos veinte minutos en el aeropuerto, así que pude cepillarme y verme en un espejo... pero no es que fuera a ayudar demasiado. *Este sería el peor momento para que algún fotógrafo fuera a encontrarme – pensé.*

Estaba por ir a buscarme un café que me hiciera ver la vida a color otra vez, cuando Máximo me encontró y tomándome del hombro, me llevó a un lugar apartado.

—¿Podemos hablar? – había preguntado, nervioso.

Asentí, tímida, sintiéndome de nuevo chiquita a su lado, y desastrosa por las

pintas que llevaba esa mañana.

Lo convencí de tomarnos un café en una cafetería bonita que quedaba en ese piso, y nos quedamos mirándonos por un buen rato en silencio hasta que nos sirvieron.

—Lo de anoche fue un error. – dijo él, rompiendo el hielo, y de paso, mi corazón. —Entre la adrenalina de la persecución, los tragos, tu... vestido negro.

– me señaló contrariado. —Se me fue la cabeza y me siento mal. No pude pegar un ojo anoche.

—Máximo, no hace falta. – no me gustaba esto. No se suponía que tenía que verse tan culpable. Me había dado un beso, no había matado a nadie.

—Si, hace falta porque nosotros lo hablamos y yo te dije que no estaba interesado. – me discutió con vehemencia. —Y más allá del *episodio* de anoche, eso no cambió. Ni vos sos mi tipo, ni yo el tuyo. No funcionaría, metimos la pata. – se corrigió. —Yo en realidad, porque fui el que empezó.

“¿El episodio?” ¿Así lo llamaríamos? Desvié la mirada hacia mis manos, que sostenían la taza de café. Se fuerte, Fini. Vos podés contestarle.

—Tu tipo. ¿Cómo es tu tipo de chica, si se puede saber? – ok. No era la respuesta que tenía en mente, pero fue lo que me salió.

—Ese no es el tema. – dijo sin mirarme.

—Máximo, somos grandes. Yo no te gusto... aunque ya me dijiste varias veces que soy linda, y que no te caigo tan mal. Decime entonces cómo tendría que ser una chica para que te guste. – dije sin titubear. —Ahorrarnos el “no sos vos, soy yo” y háblame de frente, porque no creo que te haga falta encontrar a tu alma gemela para darle un par de besos ¿no? – pregunté valiente, incrédula de que todo aquello hubiera salido de mi boca.

—No. – respondió él, estando de acuerdo. —Claro que no. Y sí pienso que sos linda, y que seguramente ...podría hacer mucho más que solo darte un

par de besos – agregó con los ojos fijos en mi boca. —Pero no tendría sentido. No te conozco mucho, y en este momento de mi vida no estoy buscando nada.

—Yo no busco compromisos ni complicaciones. – me adelanté en decir, pero él negó con la cabeza.

—Yo tampoco pero, de todas formas...

—¿Es por mi edad? – insistí, prometiéndome que sería mi último intento.

—En parte si. – reconoció. —Me gustan las mujeres de mi edad, que comparten mis intereses. – entrecerró los ojos, como buscando las palabras que fueran a lastimar menos. —Más intelectuales, tal vez.

Si, había sido políticamente correcto, y para nada ofensivo... pero lo mismo terminó lastimándome.

Me encogí en la silla y asentí, derrotada.

Claro que podía verlo con ese tipo de mujer. Una con un estilo más elegante, de una belleza clásica, que fuera profesional, con estudios universitarios. Que olera a perfume caro y no a velas de vainilla como mi estudio de grabación o a shampoo de manzana como el que yo usaba desde que tenía cinco años, porque me encantaba.

Y a mí me gustaba mi forma de ser, me sentía cómoda, pero me entristecía que no fuera bien con lo que él buscaba.

—¿Me perdonás? – preguntó tomando mi mano con suavidad. —No era mi intención confundirte, o hacerte creer una cosa que no...

—Está bien. – acepté, todavía triste al darme cuenta de que el contacto con su piel me hacía suspirar. —Tenés razón. Es más fácil así. – se lo dije a él, y me lo dije a mí.

¿Sin ataduras? ¿A quién quería engañar? No sabía cómo hacía Franco, pero yo ya estaba demasiado involucrada como para no salir afectada si llegaba a pasar algo entre nosotros. Me lo decían sus ojos.

Máximo tenía el poder de hacerme sentir todo este conjunto de emociones desconocidas, de hacerme flotar entre las nubes... pero también podría destrozarme.

Traer todos esos fantasmas de la Delfina insegura que no quería ser. De la que se cuestionaba su apariencia o personalidad.

No, así era mejor.

Sonreí, a duras penas, ignorando cómo me escocían los sueños que había soñado la noche anterior, y lo mucho que costaba soltar ese puñado de ilusiones, para protegerme. Estaba decepcionada de mi ingenuidad...

Le dije que fuéramos a buscar nuestro equipaje a donde se había quedado Paul, porque en nada tendríamos que embarcar.

Mendoza, nos recibía con un hermoso sol, y una comitiva de fans que habían venido a darme una calurosa bienvenida.

Aproveché para sacar mi cámara y grabar un poco de aquello, porque sabía que les encantaría verse luego en mis videos, y aunque yo no lucía como me hubiera gustado, igual valía la pena por la emoción de esas chicas. Hasta habían hecho una bandera que tenía mi rostro dibujado entre montones de gatitos y cosas bonitas.

Paul les había recordado de mi firma de libros ese día más tarde, cumpliendo con su obligación, sin olvidarse ni por un segundo de vender su producto. Yo. Yo era su producto.

Y Máximo, había salido unos metros más lejos de donde estaba la fila de taxis, para fumarse un cigarrillo. Lejos de todo y de todos.

Mmm... volvía a ser tan simpático como siempre.

Pero pensé que después de las veinticuatro horas intensas que habíamos tenido, era mejor así.

El hotel, era parte de una cadena importantísima, y aunque no veía la

necesidad porque solo pasaríamos una noche, era de cinco estrellas.

Mi habitación hasta tenía un balcón con una mesa y sillas fuera. ¿Para qué?

No lo disfrutaríamos.

En eso estaba pensando, cuando Paul tocó mi puerta y pidió que nos reuniéramos en mi sala de estar –si, tenía una sala de estar– porque quería discutir unas cosas con nosotros. Y lo primero que se me vino a la mente, fue el evento que teníamos esa tarde. Tal vez habían cambiado la hora, o algo en la organización. Después de todo, yo no era la única youtuber que estaría presente.

Roxy estaría allí también, y se suponía que cada una tendría unos minutos en el escenario para hablar de lo suyo, antes de que nos sentáramos a firmar libros, en su caso autógrafos, y sacarnos mil fotos con nuestros seguidores.

Yo estaba entusiasmada, porque me encantaba cuando mi agenda coincidía con alguno de mis amigos. Ellos que se encontraban en las mismas circunstancias que yo, y que también tenían a sus representantes a su lado a toda hora.

Y lo que más me gustaba es que junto a ellos, nunca me sentía rara. Porque si pensaban que yo era un poco loca, esperen a conocer a mi amiga...

En uno de sus videos, le había diseñado una habitación a su chanchito mascota. Si, chancho. No uno pigmeo de esos tan tiernos que se ven en las fotos, este era un chancho de granja de toda la vida... peludo y tan grande como uno de sus guardaespaldas probablemente. Pero se había esmerado, y le había conseguido muebles y decoración en miniatura...¿y todo para qué?

Para que el animalito lo oliera todo con desconfianza, y se fuera de nuevo a su rincón del garaje que más le gustaba, ignorando su esfuerzo. Había sido una de las cosas más graciosas que había visto en YouTube.

Era genial. Tenía un sentido del humor que siempre me hacía sentir mejor.

Ese creo que era el principal motivo por el que la gente veía sus videos.

Si, aprender sobre peinados y maquillaje era otro, pero sobre todo, la seguían por la buena energía que siempre tenía y contagiaba.

Esperaba que lo que Paul tuviera que decirnos, no tuviera que ver con su ausencia, porque tenía muchas ganas de verla.

Un rato después Máximo y mi mánager tocaban a mi puerta, y se ubicaban en los sillones color crema de la sala. Yo, que ya me había puesto cómoda, y caminaba descalza sobre la preciosa alfombra, me senté sobre un almohadón en el piso, mientras chequeaba las redes sociales a las que no podía dejar abandonadas.

...Y de paso no me quemaban tanto las miradas disimuladas del periodista, que se me clavaban en los costados sin piedad, recordando nuestra charla.

—Es mejor que lo vean ahora, antes del evento y sepan a qué atenerse con la prensa. — dijo Paul interrumpiendo mis pensamientos, mientras se movía inquieto en su lugar.

Apoyó su Tablet con un sitio de noticias en pantalla y se mordió el interior de su mejilla ansioso.

Mierda.

¿Y ahora qué?

Capítulo 15

Curiosa, me incliné para mirar en la Tablet, al mismo tiempo que Max, y automáticamente los dos retrocedimos.

—Leé vos primero. — dijo y yo asentí incómoda.

Dios, qué cerca habíamos estado de rozarnos. Tan cerca que ahí mismo donde nuestros brazos se hubieran encontrado, ahora se me erizaba la piel. Como una electricidad que había quedado en el aire. ¿Alguien más la sentiría?

Mientras tanto, mi representante nos estudiaba meticulosamente con una ceja alzada... Era imposible que no notara que allí ocurría o había ocurrido *algo*, pero poco me importaba lo que creyera él en esos momentos.

El primer titular contaba de mi gira, y pasaba casi por alto que nos habían perseguido para lograr las fotos que luego mostraban más abajo. ¡Mierda! Todas de nosotros besándonos, y vaya cómo nos besábamos...

Miré de reojo a Max, pero no me estaba mirando, si no a la punta de sus zapatos.

“La conocida estrella local de YouTube, Fini (25) con el periodista de espectáculos Máximo Echeverría (32) a los besos en la parte trasera de un auto, de paseo por Córdoba, donde también habrían disfrutado de una cena romántica.”

¿Por qué tendrían que especificar nuestras edades de esa manera? Esto no le gustaría a Max, estaba segura.

Oh, mierda.

Después de eso, seguían insistiendo con el tema de la edad con montones de indirectas, y otro portal de noticias, incluso había ido más lejos, diciendo que yo parecía una chiquilla a su lado. Además, claro, de ser dos maleducados por no frenar a dar nota.

Otros, se metían con nuestra apariencia física, dando a entender que yo había subido de peso “¿O sería eso un intento de ocultar un embarazo?”—

sugerían los malditos.

Y el último y más brutal, decía que Max se estaba aprovechando de mi fama.

¡Y los comentarios de los lectores!

Todos, aparentemente no solo estaban de acuerdo, si no que agregaban que a mi lado, parecía un viejo ridículo. ¡Por Dios, si apenas tenía treinta y dos años!

Dejé el aparato en la mesita ratona, y me crucé de brazos, contrariada.

¿Qué más querían de nosotros? Nos habían perseguido para obtener una foto, y les dimos una foto. Les dimos LA foto... y seguían arrastrándonos en el barro. ¿Qué se esperaba que hiciéramos entonces?

Paul comenzó a hablar de estrategias y palabras que teníamos que usar en entrevistas, para ayudar a nuestra imagen, pero yo estaba molesta y no lo escuchaba. Me sentía frustrada, y con ganas de ignorarlos hasta que se cansaran de seguirnos, y que la gira saliera como tuviera que salir. Y que a mi libro le fuera, como tuviera que irle... No le debería nada a la prensa.

Máximo, mientras, leía en silencio con el ceño fruncido, y una expresión de concentración. No parecía enojado, si no... preocupado. Y entonces, dejó el aparato con un golpe seco y se puso de pie.

—Me voy. – anunció. —Perdón Delfina, pero esto es mucho para mí.

—Max – empecé a decir, pero parecían determinado.

—No, esto se acabó. Es exactamente lo que no quería que pasara.

—Echeverría. – intercedió Paul. —No te precipites, pensá en tu trabajo, en el libro que querías publicar. No pierdas de vista tus objetivos ahora, por un pequeño traspié.

—¿Pequeño traspié? ¡Esto va a terminar arruinando mi carrera! – gritó.

—¿Carrera? ¿Qué carrera? – se mofó mi representante. —¿Esos artículos de medio pelo que hacías freelance? Por favor... Si no fuera por Fini, tu editor no recordaría ni tu nombre completo.

Max apretó las mandíbulas, pero no contestó. En el fondo, tenía que estar pensando que las pavadas que Paul acababa de soltarle eran verdad, y eso me hizo reaccionar.

—Basta, Paul. Vos no estás en su lugar, ni en el mío, y no entendés lo que se siente. – dije molesta. —Y Max no quería nada de todo esto. No estás siendo justo.

El mánager resopló, poniendo los ojos en blanco, y por primera vez, no me importó no saber medir ni disimular mi enojo. Esa paciencia de la que me gustaba presumir, se había ido al diablo.

—Pablo, dejanos solos. – le pedí, usando su verdadero nombre para su sorpresa ...y disgusto, porque lo odiaba. —No tengo ganas de verte hasta que sea la hora del evento. – agregué señalando la salida. Comportándome como su jefa, para variar.

El aludido se puso de pie ofendido, y se retiró muy digno, con el mentón en alto, intentando tardarse todo lo que le había sido posible, para ver si así escuchaba algo de lo que fuéramos a hablar.

Pero no le di con el gusto, porque no abrí la boca hasta que escuché que la puerta se cerraba.

—Máximo, estas cosas pasan – dije. – y después se olvidan como si nada.

No tenés que tomártelo como algo personal, esa gente no te conoce. – agregué para que se calmara, y dejara de pasearse por toda la habitación con una mano entre sus cabellos, peinándolo y despeinándolo de esa manera que empezaba a ponerme nerviosa.

—Esto va a arruinar mi carrera. – repitió como si no me hubiera escuchado.

—Y va a arruinar la tuya también. Las cosas que están diciendo...

—Podrían decir cosas peores, creeme. – dije y tomé aire, porque estaba por contarle cosas que eran difíciles de tratar para mí. Casi imposibles. —Cuando tenía diecinueve años y empecé a hacerme conocida, encontraron unas fotos de cuando era más chica. Doce años, más o menos y tenía mucho sobrepeso. – solté esperando alguna reacción de su parte, pero nada. —Yo era joven, vulnerable, y eso me ...hizo muy mal. Me criticaban, se burlaban de mí y yo empecé a hacer dietas estúpidas ...otra vez. – dije avergonzada. —Ya no las necesitaba, pero me hicieron pensar que odiaba como me veía antes, y temía que volvieran a verme así.

Máximo desvió un poco los ojos hacia donde estaba, y se frenó en el lugar, escuchándome.

—A los quince tuve problemas... trastornos alimenticios – seguí diciendo —

tuvieron que internarme porque no comía. Estaba flaquísima y eso los medios nunca supieron, porque mi familia se encargó de protegerme... pero al no saberlo, no tuvieron piedad conmigo y por poco me arrastran a cometer las mismas estupideces. Ya era más grande, si, y estaba curada, pero esas inseguridades seguían ahí, y quienes me querían tuvieron miedo de una recaída.

Yo también tenía miedo. Fue una pesadilla.

Max ahora se acercó un poco más y me gustó que no intentara interrumpir

mi relato. No quiso suavizarlo con nada, no lo rellenoó con palabras vacías para hacerme sentir mejor. Solo me escuchó, y no tenía ni idea de lo mucho que eso me hacía falta. Hacía tanto que no hablaba de esto...

—Fue una pesadilla. – repetí. —Una que terminó conmigo mudándome de Chubut a Buenos Aires, contratando un abogado que pudo deshacerse de esas fotos por suerte, y porque yo era menor en ellas. – sonreí con tristeza. — Terminó conmigo cambiando hasta mi nombre, y refugiándome en lo único que me hacía feliz. Mi carrera y mis amigos.

Él asintió, comprensivo y en sus ojos no encontré nada que me hiciera dejar de hablar. Si me hubiera mirado con lástima, creo que no hubiera podido soportarlo.

Pero no.

Me miró exactamente como siempre quise que me miraran. Con...

paciencia. Con algo cálido que se sintió como un abrazo, aunque nos separaban un par de pasos.

—Me llevó tiempo y terapia superarlo todo. – comenté. —Pero por fin encontré mi lugar. Y ahora ya esos comentarios no me afectan tanto. Uno se

acostumbra... – entorné los ojos, pensativa. —O se acostumbra a disimular, y aceptar que esa gente no puede hacerme daño si no los dejo.

—No tenía idea. – dijo sorprendido. —Tampoco encontré nada de esto cuando leí sobre vos.

—Hay cosas que ya no existen en Internet, y otras que no le conté a mucha gente. – sonreí, tímida.

—Gracias por contarme. – dijo, y también sonrió. Una sonrisa pequeña, torcida, pero que me reconfortó como una taza de café caliente en un día lluvioso de invierno. —Debes pensar que soy un imbécil por quejarme. Al lado de lo que te pasó, lo mío son puras pavadas.

—No, para nada. – contesté. —Yo elegí esta vida, y la exposición. Siento que vos no, y esto que estás viviendo ahora es por mi culpa.

—Los dos aceptamos las condiciones. – me discutió. —Y si vos pudiste siendo tan chica, yo... – negó con la cabeza, ensimismado. —Me siento un tarado. – suspiró. —Lo único que me preocupa es que mi vieja lea estas cosas y crea...

—Paul puede llamarla y dejarla tranquila. – sugerí, pero me arrepentí en el mismo momento en que lo dije.

—Que Paul ni se acerque a mi mamá. – me cortó, rotundo. —La voy a llamar yo, no te hagas problema. – se hizo un silencio en el que aproveché para ir hacia la puerta. Y justo cuando estaba por salir, volvió a girarse y me miró.

—

Gracias.

Sonreí y me quedé quietita incapaz de contestarle, porque si lo hacía, tal vez volvería a quedar expuesta. Él se acercó y me dejó un besito en la mejilla, y yo solo me quedé hecha una estatua. Quería devolvérselo con tantas ganas... Quería tomarlo del rostro y darle un beso de verdad...

Quería decirle que podía contar conmigo, que lo entendía y sabía por lo que

estaba pasando, ...que estábamos en esto juntos.

Pero en vez de eso, solo me quedé callada y lo dejé ir.

Máximo

Tenía mi orgullo, y por supuesto no me gustaba equivocarme, pero tenía que admitirlo. Con Delfina, me había equivocado muchísimo.

La chica había pasado por cosas que nunca hubiera imaginado. Y tenía que reprochármelo un poco, porque si tan buen periodista me creía, cómo es que no sabía de todo esto. Cómo es que entre tantos encuentros y entrevistas, no había podido ver nada de su pasado.

Todos sus videos eran coloridos, como su personalidad. Optimista y algo ridícula para expresarse, tan parecida a un dibujo animado, era difícil pensar que pudiera tener algún problema real como cualquier otro ser humano.

No voy a mentir, el hecho de que me contara todas estas cosas en confianza, me hizo sentir cosas, no soy un robot. Me hizo sentir extraño, pero a la vez, como si hubiera llegado a verla realmente. A la Delfina que sabía que había debajo del maquillaje, porque ahora sabía que existía, y no tenía nada que ver con la que mostraba a los demás.

También estaba el hecho de que me sintiera un poco culpable.

No estaba interesado en ella. Me parecía atractiva, pero no quería tener nada con ella, así de simple. Y se lo había dejado claro en nuestra charla en el aeropuerto de la mejor manera que había podido, pero ahora me parecía que tal vez había sido muy duro. Después de todo lo que Delfina había pasado.

Mierda.

Si, un poco así me sentía.

De haberlo sabido antes, nunca hubiera tomado tan a la ligera lo del beso.

No era un adolescente, no era mi intención jugar con la chica, ni con sus sentimientos. Y tampoco andaba por la vida besando chicas porque si.

Yo no era así.

¿Qué es lo que tenía Delfina, que siempre me hacía perder los papeles? Si no perdía paciencia con sus videos infantiles, perdía el control... como anoche.

¿Qué es lo que sentía ahora en el pecho tan horrible, que hasta hacía que el café que me estaba bebiendo fuera más amargo de que de costumbre? ¿Era lástima?

¿Era culpa? ¿Me estaba compadeciendo de todo lo que mis colegas periodistas le habían hecho vivir?

No tenía ni puta idea, pero cada vez me gustaba menos el lío en que me había metido. Fingir que teníamos algo, aunque fuera todo una mentira, nos perjudicaría, me daba cuenta.

¿Cómo me había metido en esto?

Delfina

El evento había sido una locura.

La gente hacía días que estaba haciendo fila en la puerta para entrar, y aun así, después me había enterado que algunos se habían quedado afuera.

Mi momento en el escenario, había sido como siempre todo un desafío porque no era mi fuerte, pero por suerte, mis seguidoras me habían recibido con tanto cariño, que había podido hablar de mi libro y sonreír, sin entrar en pánico ni querer salir huyendo del lugar.

Había firmado ejemplares, me había sacado fotos, me habían dado un micrófono para hablar, y solo había tenido la sensación de vomitar en mi boca dos veces. Nada más.

Si me preguntan, todo un triunfo.

Paul, después de la pequeña discusión que habíamos tenido en mi habitación, mantuvo distancia, cosa que agradecí, porque ya tenía suficiente

estrés como para agregarle encima su cara de culo, o sus reproches ridículos.

Me había puesto uno de mis vestidos más llamativos.

Uno que tenía un estampado de estrellas y nebulosas en colores violeta, azul y magenta, y una vincha con orejas de gatito que quedaban preciosas.

Además, había rizado un poco mi cabello y me había maquillado con especial esmero. Pestañas postizas y todo.

Roxy, con quien había estado un rato largo hablando y riendo en el back, se había encargado de que no nos faltaran cosas ricas para comer. No sabía esto de ella, pero a cada sitio que iba, ponía como exigencia que hubiera montones de gomitas y dulces esperándola. Y es que después de horas de firmar, y fotos, un poquito de azúcar... nos venía genial.

Y su compañía, también me había ayudado, porque con todo lo que había sucedido con Máximo, de verdad necesitaba con quien hablar.

—Es ese chico que sale en tus videos, lo reconocí. — dijo asomada detrás del escenario, donde podíamos espiar la cantidad de gente que nos esperaba para que volviéramos a salir y firmar autógrafos.

—Si, si. Es ese. — comenté mordiéndome el labio. —Es que nunca me había pasado nada parecido.

—A lo mejor porque a diferencia de cualquiera de los chicos que podés encontrarte a diario, este no besa el suelo por el que caminás. — se encogió de hombros. —Que de tanto fan una se aburre.

—Nunca estuve con un fan. — me reí.

—Entonces tal vez sea el hecho de que sea más grande. — aventuró, torciendo la cabeza. —¿Cómo te llevás con tu papá? A lo mejor es algo que no tenés resuelto.

—¿Ahora sos psicóloga? — nos reímos las dos. —Con mi papá me llevo genial, no tiene nada que ver.

—Lo que pasa es que Máximo es una bomba, no le quieras encontrar más explicaciones. – volvió a mirar entre las cortinas.

—Es lindo, si. – me mordí una uñita.

—¿Y cómo lo hace? Porque tiene cara de que... – sugirió alzando una ceja y dándome un codazo en las costillas.

—No hicimos nada. – me reí. —Solo fue un beso, pero...

—Uh, Fini. – puso los ojos en blanco. —Tanto lío por un simple beso... – se rio. —¿Y pensás que eso es incómodo? Contame cómo puede llegar a ser para

mí el “Click Con” de noviembre, que se me juntan todos... – dijo haciendo referencia a la convención de youtubers y otras personalidades de Internet, en donde se reunirían entre otros, chicos con los que ella había estado.

Y es que no todos lo hacíamos, pero era algo común que entre tanto videíto y colaboración, algunos colegas terminaran... ehm, *conectando*...

—No es lo mismo. Vos a ellos tenés que verlos un rato. – le discutí. —Yo voy a estar de gira con él por meses.

—Bueno, entonces te digo que es una suerte que no se hayan acostado. –

comentó mientras se acomodaba el peinado y se hacía un par de selfies con la cámara de su móvil. —De un beso cualquiera se olvida. – agregó convencida, y yo asentí solo para no parecer una tonta...

¿De un beso cualquiera se olvida? ¿De ese beso?

Yo no estaba tan segura...

Capítulo 16

Máximo, se había pasado las cinco horas que duraba el evento, ayudando con la organización, haciendo fotos, consiguiéndonos botellas de agua, o la cena cuando paramos a comer, en fin. Haciendo cualquier cosa para sentirse útil,

pienso yo, para no aburrirse tanto y de paso, para mantenerse lejos de mí.

Por lo menos hasta que fue hora de regresar y nos subimos al taxi que nos llevaría al hotel. Ahí estábamos de nuevo los dos, relativamente solos.

Solos, si no se tiene en cuenta al chofer, y a Paul, que venía pendiente de la pantalla de su celular en el asiento del copiloto.

Cada tanto no podía evitar mirarlo por el rabillo de mi ojo, atenta a sus movimientos. Parecía incómodo, y se frotaba las manos en las perneras de sus jeans, algo nervioso.

—¿Estás cansado? – pregunté.

—No, no tanto. – dijo ensimismado. —Seguramente vos estás agotada, hoy no paraste.

—Un poco. – admití encogiéndome de hombros. —Ahora quiero llegar, darme un baño y acostarme a dormir un buen par de horas.

—Si, también me vendría bien un descanso. – acotó. Estaba por decir algo más, pero Paul, nos interrumpió sin levantar la mirada de su móvil.

—Y a mí también me haría falta descansar, pero como no vinimos a hacer turismo, tengo que seguir trabajando. – se aclaró la garganta. —Y ustedes también. Ahora tenemos cena y tragos con la gente que organiza el evento.

—Si, claro. – se rio Max, apoyando la cabeza en el asiento.

—¿Es broma? – miré a mi representante y quise llorar.

—Ninguna broma. – respondió este. —Y va a estar la gente de la editorial también, porque tu libro llegó al primer puesto en el ranking de los best sellers. –

ahora sí levantó un poquito la vista y me miró por el espejo retrovisor. —

Felicitaciones. – agregó y yo resoplé.

Estaba exhausta, y aunque me emocionaba lo de mi libro, ya me había hecho a la idea de meterme en la mullida cama del cinco estrellas y dormir hasta el día siguiente.

Máximo maldijo por lo bajo y me sentí mal por él. Lo estábamos obligando a tanto, que no me parecía justo para nada.

—¿Max tiene que venir? Él puede quedarse descansando en el hotel. —

propuse una vez que llegamos, y me quedé a solas con Paul en la entrada. — Fue un día largo para todos.

—Le conviene venir. — contestó. — Los de la editorial querían conocerlo, hablar de su manuscrito. Es una oportunidad importante para él.

Asentí resignada y me fui a preparar.

Otra ducha relámpago, y un buen rato frente al espejo maquillándome para que no se notara el cansancio, pero pensaba que lo había logrado.

Mi cabello atado en una colita alta, un vestido ajustado y cortito color fucsia tendrían que ser suficiente porque entre la ropa que había traído, me quedaban pocas opciones ya.

Me retoqué el labial una vez más antes de salir, me hice una selfie para colgarla luego a Instagram, y suspiré.

Tocaba seguir trabajando.

Máximo

Estaba reventado.

Las firmas y los eventos, aunque no hiciera mucho, consumían siempre mi energía. ¿Cómo hacía Delfina para mantener el ritmo? Era la multitud de personas, el estrés por que todo saliera como se suponía, cumplir horarios y estar todo el bendito día de un lado al otro.

Si bien era cierto que hoy yo me había mantenido más o menos ocupado, no era de los que más había trabajado.

Me froté el cabello bajo el chorro de agua caliente de esa ducha impresionante, intentando aflojar de paso los músculos del cuello. Estaba tan cansado...

Seguir alimentando los rumores de ese supuesto romance, aun me parecía un suicidio. Todas las cosas que se habían dicho de nosotros, de nuestra relación...

todo lo que se había dicho de mí.

Mierda.

Y lo peor es que ninguna de esas personas me conocía. Yo era un total desconocido y no tenía cómo defenderme cuando se me acusaba de estarme

“colgando” de la exitosa youtuber y sacar provecho de la situación. ¿Cómo iba a defenderme?

La impotencia que me daba que nadie supiera la verdad, me ponía de los nervios.

Cerré el agua y envolví y una toalla a mi cintura distraído, pensando que tendría que usar la misma camisa que ya me había puesto tres veces en la gira.

¿Tendría que comprarme más ropa ahora que tenía tantos eventos? Mi vida hasta ahora, como periodista o escritor, no había requerido un guardarropas demasiado extenso.

Puse los ojos en blanco y saqué con bronca la camisa de la percha, planchándola con las manos y a fuerza de golpes. Si no les gustaba mi estilo, se podían joder.

El teléfono interrumpió mis pensamientos, y como todavía me duraba un poquito el enojo, contesté con pocas ganas.

—¿Echeverría? – dijeron del otro lado.

—Jorge, hola. ¿Cómo estás? – respondí a mi editor.

—Bien, tengo muy buenas noticias para vos. – levanté las cejas intrigado. —

Me llamaron de varios diarios y dos programas de tele preguntando por vos.

—¿Por mí? – dije sorprendido.

—Por supuesto, les dije que tenías exclusividad con El Informante, pero eso de que todos quieran tenerte, siempre es positivo para nuestro diario. No sabés cuánto...

—¿Nuestro diario? ¿Exclusividad? ¿De qué estás hablando? Nunca tuve ningún contrato firmado con nadie. – me reí con ironía. Lo único que me faltaba.

—¿Qué diario quería saber de mí?

—Todos, Max. – contestó. —Y perdón, tenés razón. No te lo tomes como algo personal, sabés de la situación económica por la que estamos pasando, sumar a alguien nuevo para que esté fijo en el equipo no es fácil, entendé.

—¿Nuevo? Me conocés desde que nací, Jorge. – discutí yo. —No soy un estudiante inexperto. Toda mi vida giró en torno al diario, me merezco ese lugar.

—Bueno, por eso mismo. Ahora estás en tu mejor momento, y justamente por esta relación de cariño que nos une, te voy a cuidar. – explicó y yo reprimí la risa. —Ofertas de trabajo vas a tener millones a partir de ahora, ya vas a ver. Vas a ser famoso.

Cerré los ojos apretándolos con fuerza.

Yo no quería ser famoso, esa palabra me daba urticaria. Pero evidentemente, todos estos medios estaban interesados en mí por Fini y sus videos. Mi promedio en la universidad, o mi dedicado labor como periodista y escritor, a nadie le importaba.

¿Ese era el camino que quería seguir?

Quería trabajo, quería las oportunidades, quería cumplir mis sueños, pero tenía claro que el fin no siempre justificaba los medios...

Me despedí de mi editor con un saludo escueto, y terminé de prepararme para la cena de esa noche.

Por suerte, al menos, no tendría que ir muy lejos, ni soportar otra persecución de autos como había ocurrido en Córdoba, porque aprovechando que la mayoría había elegido el mismo hotel para alojarse, el evento era en la sala de fiestas del segundo piso.

El comedor estaba dispuesto especialmente para nosotros, con personal que nos atendía ofreciéndonos copas y bocadillos hasta que fuera momento de sentarnos a la mesa.

Todo el mundo iba bien vestido, como si de un cóctel se tratara, y yo sonreí recordando que de la bronca, ni me había afeitado.

Delfina y Paul, habían llegado casi al mismo tiempo, y montones de personas se habían amontonado en la entrada para saludarla.

No era de extrañar.

Si ella ya era “famosilla” en la calle, aquí en el mundo de los freaks y youtubers, era algo así como de la realeza. Sonreí para mis adentros. *Mierda, tenía que usar esa última frase para uno de mis artículos.* – pensé.

—Maxi, ellos son Gustavo y Beatriz, representantes de la editorial Galaxia Azul. – dijo Paul distrayéndome, mientras se acercaba con una pareja de mediana edad que vestía igual de elegante que el resto, con grandes y forzadas sonrisas que ni ellos mismos se creían.

—Un gusto. – dije amablemente, apretando sus manos.

—Él es Maxi, el escritor del que estuvimos hablando. – siguió diciendo el mánager.

—Máximo. – le corregí con un ladrido.

—Eso, Máximo. – contestó este, haciendo un gesto despectivo con las manos.

Tensé la mandíbula, pero intenté enfriar mi enojo, pensando en mi futuro y en el libro de mi padre que quería publicar.

Todo eso era más importante que el idiota de Paul, y que este circo que tenían montado.

Después de una charla con los de la editorial, seguí dando vueltas por el lugar conociendo gente, mientras Delfina, cámara en mano, grababa un video con otra youtuber conocida llamada Roxy... Roxy Foxy o alguna chorrada por el estilo.

Daba gracia porque las dos parecían cortadas por la misma tijera.

Pelos coloridos, atuendos sensuales pero aniñados, y la misma estupidez para hablar en sus videos. Vaya originalidad...

Lo peor es que había gente que perdía el tiempo haciendo click para ver como estas dos, conversaban, mostraban sus uñas recién hechas o probaban la comida que nos estaban sirviendo. Puse los ojos en blanco. Si, en plena cena, ambas estaban grabando sus respectivos vlogs para YouTube.

Y yo, sabedor de que si me quedaba allí para presenciarlo, me estallaría la cabeza, había optado por salir un instante a la terraza y fumarme un cigarrillo.

Fuera, una atractiva mujer rubia, parecía haber tenido la misma idea. Una que a medida que pasaban los minutos, me parecía cada vez más acertada.

Fumaba mirando el horizonte, dejando ver de manera distraída, la pierna que asomaba del tajo del vestido.

—¿No es tu fiesta favorita, no? – se rio cómplice, con un guiño seductor.

—No, la verdad es que no. – contesté sonriendo mientras encendía mi cigarrillo y la miraba con detenimiento.

¿Qué hacía una chica como ella aquí? No tenía aspecto de youtuber, ni nada parecido.

Era preciosa, eso sí.

Alta con algunas curvas, refinada... como una modelo de pasarela. Y me estaba sonriendo de manera desvergonzada, pero yo no estaba precisamente en ese lugar en busca de una conquista. No me olvidaba. Según había quedado con Paul y mi editor, no podía tener nada público con nadie. Tenía que ser prolijo, y esta fiesta era exactamente lo contrario.

—La mía tampoco. Todo este mundo de estrellitas de internet... — puso los ojos en blanco.

—Mmm... sí. — contesté pensativo. *¿La conocía de algún sitio?* Intenté recordar. Su rostro se me hacía muy familiar.

—Ah, perdón. Vos sos el novio de Fini Moon, y yo acá hablando así... — se disculpó, sobreactuando su arrepentimiento, y ahí todo terminó de cerrar. —

Porque son novios ¿no? — preguntó acercándose más, dejando caer

“accidentalmente” el bretel de su vestido, exponiendo uno de sus bonitos hombros.

Era periodista.

No sabía cómo, pero se había colado en la fiesta, y ahora me acordaba de dónde la conocía. Trabajaba para un programa de chimentos de la tarde, que se llamaba Indiscretos, y quería sacarme información.

—No me gusta hablar de mi vida privada. — contesté apagando mi cigarrillo rápidamente. —Mejor vuelvo porque me están esperando.

Pero claro. Era obvio que iban a meter a alguien... — me dije.

Volví al salón y ocupé mi lugar en la mesa, algo enfadado por casi dejarme engañar por la cronista rubia. Tenía que avisar a Fini antes de que metiera la pata.

Miré a mi alrededor, buscándola y cuando dí con ella, reprimí las ganas de poner los ojos en blanco.

Muerta de risa con esa tal Roxy, estaba que no se podía ni sostener en pie de la borrachera que cargaba.

—¡Max! No te vi en toda la noche. – dijo y me saludó con un beso en la mejilla, como si recién nos viéramos ese día. Además del olor a alcohol que se percibía a la distancia, también me llegaba otro. Otro muy dulce, que en contra de mi voluntad me aflojó y me obligó a suavizar el gesto. El mismo perfume que había usado la otra noche...

—Estabas ocupada. – contesté y asintió aguantando la risa mientras Roxy hacía gestos poco disimulados, señalándome. Mierda, estaban las dos igual.

A la segunda trastabillada, decidí que era mejor dar por terminada la velada.

La chica podía ser insoportable a veces, pero por alguna extraña razón, me sentía con el deber de cuidarla en el estado en que se encontraba. Se la veía vulnerable, y así, con tanta prensa acechándola, era una presa fácil.

Tomándola de la mano, la pegué a mi cuerpo para que tuviera más estabilidad y no se desmoronara, y nos despedimos de su amiga a las apuradas.

En el ascensor, el alcohol terminó de hacer efecto y los ojos comenzaron a pesarle. Maldije viendo que se estaba quedando dormida.

Pasé un brazo alrededor de su cintura y apoyé su cabeza en mi pecho, antes de que fuera a desmayarse y encima, lastimarse en ese espacio tan reducido.

—Hoy no me dijiste que estaba linda. – susurró con dificultad.

—¿Qué? – pregunté sin entender.

—En Córdoba, me dijiste que estaba linda. – contestó forcejeando para soltarse de mi agarre. —Y hoy también estoy linda. ¿No te gusta el vestido fucsia? *Fuccc-siaa*. – repitió con una risilla.

—Si, claro que me gusta. – le seguí la corriente. —Sos la Barbie youtuber. – bromeé y se rio.

—Más parecida a Barbie, la periodista con la que estabas hablando en la terraza. – puntualizó alzando una ceja, suspicaz.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabías que era periodista? – quise saber.

—Uff, se le notaba de lejos. Creo que tenía un micrófono escondido entre las... – se señaló el escote muy seria, solo para reírse a carcajadas segundos después.

—Yo no me había dado cuenta. – confesé sorprendido.

—¿De sus tetas? – se rio.

—De que era periodista. – contesté poniendo los ojos en blanco, mientras también me reía.

De lo otro, puede que sí me hubiera percatado... Y es que ese vestido mostraba bastante sus atributos.

—La estabas pasando bien con la chica. – resopló tocándose el cabello, y despeinándose sin darse cuenta de manera graciosa. —Perdón si te arruiné la noche. – dijo muy arrepentida y con los ojos brillantes de la borrachera. Y yo sonreí porque la imagen además de chistosa, era algo tierna.

—Me quiso sacar información y saber si nosotros estábamos juntos. No creo que yo le interesara demasiado. – me encogí de hombros.

—Era una de esas chicas que te gustan. – señaló. —Con estilo, inteligente, de tu edad...

—¿Todo eso supiste con solo mirarla? – pregunté con ironía, ayudándola a bajar del ascensor y acompañándola a su puerta.

—Es que soy muy buena analizando a la gente. – respondió, entornando los

ojos. Una de sus pestañas postizas comenzaba a despegarse, y tenía el aspecto de una araña sobre su párpado, pero a pesar de todo, había que admitir que la chica era bonita. Mucho más que eso, de hecho...

Sacudí la cabeza y seguí hablando, para no pensar más esas cosas.

—Me puedo imaginar lo que pensás de mí, y no debe ser nada bueno. – me reí.

Ella también se rio, con la mirada puesta en su pequeña cartera, revolviendo todo en su interior hasta dar con las llaves.

—Te sorprenderías. – dijo enigmática. —Creo que sos muy responsable, ...

terco y que tenés poca paciencia. – enumeró tambaleándose y la sostuve para que no se cayera. —Pero también sos muy protector y caballero.

Sonreí ayudándola y ella me devolvió la sonrisa, encantada.

Si, era mucho más que bonita. Era preciosa. Y estaba tan ebria que temía que fuera a pasarle algo. Le saqué las llaves de la mano, y abrí para que entrara.

Por más que no me gustara todo este ambiente al que pertenecía de celebridades de plástico, tampoco me sentía bien dejándola tirada. Resoplé.

Lo único que me faltaba... ahora sentía culpa. Porque era culpa ¿no?

Al final iba a tener razón en eso de que era protector.

Delfina

La cabeza me daba vueltas, y tenía la vista tan borrosa, que sentía como si mi habitación de hotel se hubiera rellenado de nubes. O es que yo estaba en ellas porque Max estaba conmigo.

Era de madrugada, y él se había quedado dormido a los pies de mi cama, después de haberse asegurado que estaba bien.

Vaya borrachera... – pensé, rascándome la nuca.

Recordaba la mitad de las cosas. Pero había otras, que las tenía más que presentes.

Y la preocupación de Max era una de ellas.

Me acerqué con sigilo y lo observé mientras dormía, embobada. Le había crecido un poco la barba y estaba rasposa, pero su boca se sentía suave y mullida bajo el tacto de mis dedos.

¡Delfina! ¿Qué estás haciendo? – me reprendí, avergonzada, sacando la mano de donde la tenía. Es que no había podido evitarlo.

Estaba por alejarme cuando me pareció que entre sueños decía algo. Si, estaba hablando.

Casi pegué mi cara a la suya para escuchar , y justo cuando decía la primera palabra que había podido distinguir, sus ojos se abrieron y me sorprendieron acechándolo.

“Fini”.

Había dicho mi nombre, clarito.

Con la respiración entrecortada, dejé atrás esos centímetros que aun nos separaban y sin poder creerme lo que hacía, lo besé.

Despacio, pero decidida.

Y él, había atrapado mis labios entre los suyos casi instintivamente sin perder el tiempo, con hambre. Tomé aire, acalorada, y me sujeté a él abrazándolo, pero para mi sorpresa, a los pocos segundos se soltó.

Delicadamente se sacó de encima mis manos, y muy lentamente separó su rostro del mío, negando contrariado.

—¿Qué...? ¿Qué pasa? – pregunté desconcertada. —¿Tengo mal aliento? –

por supuesto que lo primero que diría, sería la cosa más ridícula que se había

cruzado por mi mente.

—No. – contestó aclarándose la garganta. —No es eso, Delfina. Estás haciendo cualquier cosa.

—Me devolviste el beso. – le discutí ofendida.

—Estaba más dormido que despierto. – respondió avergonzándose. —No compliquemos más las cosas. – dijo y se levantó rápidamente de la cama. — Te veo en un rato en el desayuno. – agregó antes de irse.

Antes de ver como yo me tapaba el rostro con las dos manos y me hundía en mi propio pozo de humillación personal.

¡Qué estúpida! – me dije molesta. ¿Cómo había podido besarlo después de todo lo que habíamos hablado? *A Máximo no le gustas.* – me regañé.

Ya iba siendo tiempo que lo aceptara.

Capítulo 17

Hacía dos días que habíamos regresado a Buenos Aires, y todavía no podía conmigo misma de la vergüenza que sentía. Era curioso pensar que podía enfrentarme a que medio país, o gente de otras partes del mundo, pudieran verme aplicándome cera en el rostro en un tutorial de depilación, y que no me importara demasiado... pero un par de palabras de Máximo me hundieran de esa manera.

Desde esa mañana, no habíamos vuelto a hablar ni para decirnos buenos días.

En el avión habíamos estado rarísimos, y una vez que nos separamos en el aeropuerto, creo que los dos respiramos de alivio. Qué situación más violenta.

Esta vez la había cagado en serio. – pensé dándome en la frente con toda la palma.

Era una suerte que material me sobrara de la gira, así que no habíamos tenido necesidad de reunirnos para grabar videos, pero tarde o temprano tendría que

volver a enfrentármelo.

Si es que no renunciaba y me dejaba colgada, claro...

Mientras tanto, los rumores de nuestra relación seguían creciendo. Habían aparecido algunas fotos de la fiesta de Mendoza en las que solo se nos veía hablando, pero como era de imaginar, los medios se habían encargado de potenciarlo todo, y hacerlo parecer algo que no era.

Una simple foto de Max acompañándome a un ascensor tomada de la cintura, para ellos hablaba de una “apasionante y fogosa velada que habíamos compartido lejos de todas las miradas”. ¡Ja! De esa noche me acordaba poco, pero de pasión y fuego, no había habido nada.

De solo pensar en su rechazo la mañana siguiente, me quería morir.

Pero supongo que no todo eran malas noticias.

Habían vuelto los resultados de los exámenes que había dado antes de irme de gira, y habían sido excelentes.

Emi, mi profesora, estaba orgullosa de mi nivel y estaba decidida a convencerme de que siguiera con estudios superiores. Y yo... si bien no sabía en qué momento los encajaría, ganas tenía.

Para festejar mis calificaciones, mi hermano y mi amiga Tati, habían venido a visitarme y habían traído la cena esa misma noche.

Mi pequeña Moona, había entrado a casa como la reina que era, y claramente quien mandaba en este hogar. Se había paseado por la sala oliendo y frotándose con el sillón como si quisiera dejar pelos por todas partes, marcando su territorio. Cosa que hizo, por supuesto. Dejándome saber el momento justo en que quería mis caricias de bienvenida.

Franco, había conocido una chica rosarina que vivía en Chile porque estaba trabajando de modelo allí, pero que pensaba venir a verlo, y quedarse unos días para conocer la ciudad. Aunque él, con un guiño y un gesto desagradable, nos había confesado que tenía otros planes para ella. Y que si

todo salía bien, de Buenos Aires solo conocería el techo de su habitación.

Con Tati, lo habíamos mirado asqueadas, pero sabíamos lo poco que le importaba lo que pudiéramos opinar.

—¿Y cómo la conociste? – pregunté.

—Eso es lo de menos. – respondió esquivo, y las dos lo entendimos.

—Fran, no... – empezó a decir mi amiga.

—Ok, la conocí en Instagram. – terminó confesando. —Pero esta vez es distinto. – se atajó molesto. Y es que no tenía lo que se dice una buena experiencia con sus citas de Internet... —Ella no es como Érica. – dijo refiriéndose a la chica a la que había visto por un tiempo, y que se había vuelto –

sin exageraciones– totalmente loca.

Había perdido la cabeza por él.

Las cosas entre ellos, claro, no habían funcionado. Y no solo porque ella fuera un tanto intensa, si no porque mi hermano... tenía sus particularidades. Se cansaba de sus conquistas cinco minutos después de haberse metido entre sus sábanas. Lo adoro, pero también podía reconocer sus defectos.

La chica no había encajado bien la ruptura y había entrado en crisis.

Y no creo que todo haya sido su culpa. Si, ella tenía algún problema no resuelto en su cabecita, pero es que Franco podría haberse manejado mejor.

Averiguar con quién estaba saliendo, y ya que estábamos, podría haberla tratado con más delicadeza cuando cortaron.

Resulta que Érica, sin decirle, hacía años que lo seguía en las redes sociales,

y que iba a cada uno de sus encuentros de tenis. Él era jugador profesional, y era normal que tuviera sus seguidores... pero ella, era mucho más.

Estaba obsesionada.

Por supuesto era preciosa, y eso fue suficiente para que el bobo de mi hermano perdiera la prudencia, y empezara algo con ella, más basado en sexo que otra cosa por su parte. Y cuando terminaron, ella estalló.

Publicó todo tipo de cosas en las redes, haciéndolo quedar mal, lo llamaba a toda hora, y hasta se le aparecía donde fuera, llorando como una desquiciada.

Las cosas se habían salido de control, y terminaron con ella, amenazándolo y amenazándome a mí por Twitter, para luego destruir el auto de Franco a los golpes con una raqueta, hasta hacerse daño.

Dos órdenes de restricción perimetral incumplidas, habían hecho que se la llevaran detenida una tarde, y que fuera luego a parar a un instituto cuando se determinó que no estaba sana, y necesitaba ayuda profesional.

Y por esta razón es que comprenderán que al menos nos preocupáramos, y que quisiéramos saber más detalles. Franco era mi hermano mayor, me llevaba siete años, pero eso no quería decir que fuera mucho más maduro que yo.

A veces, él parecía el hermano menor, vamos a ser sinceros... Era un poco caprichoso, orgulloso y no aceptaba los consejos de nadie.

—¿Qué sabés de ella? ¿Es otra de tus fans? – pregunté alzando una ceja.

—Primero, sé todo lo que me hace falta saber. Es soltera, es modelo –

enumeró alzando dos dedos. —Y lo más importante, vive lejos, así que no hay peligros. Y segundo, no sé por qué me haces vos tanto escándalo, cuando venís de una gira y de conocer a montones de fans. – dijo cada vez más alterado.

— *Primiri* – me burlé, remedándolo, y me dedicó una mirada asesina. —Yo iba con mi mánager y me seguía un equipo de personal de seguridad. Segundo, conocí a mis fans en lugares públicos ¡y no vas a comparar! Yo no pienso llevarme a ninguno a la cama.

—No, claro que no voy a comparar. Porque a vos nunca se te ocurriría llevarte a la cama a nadie. – me señaló. —Pero yo no soy un robot, ni una ...

muñeca de plástico – agregó, burlándose de mi vestimenta, supongo. —Me paso la vida entrenando, viajando, y de torneo en torneo. Necesito de vez en cuando...

ya saben... – miró a Tati, y después me miró a mí. —Bueno, tu amiga sabe. Vos no.

Puse los ojos en blanco.

—Para tu información, no soy ninguna muñeca de plástico. – dije. —Y si sé de lo que estás hablando, de hecho, mucho más de lo que te imaginas.

Quise tragarme eso último después de decirlo, pero ya era tarde. Me había enojado su provocación, y había querido contestarle, pero ahora me arrepentía, porque los dos me miraban con los ojos como platos. Mierda.

—¿De qué nos perdimos? – preguntó Tati. —¿Estuviste con un fan?

—¡No! – grité.

—¿Una fan? – se aventuró mi hermano, porque me conocían demasiado.

—No, tampoco. – suspiré, y me até el cabello rosa en un nudo desordenado.

—No me acosté con nadie, pero estuve a punto, y por favor no digan nada. Yo se los cuento, pero ustedes no pueden decirme nada. – les rogué.

—Mientras no digas que fue con ese estúpido que tenés como representante... – empezó a decir Fran, acomodándose en el sillón y quitándose los zapatos. —O el idiota del periodista con el que viajaste...

Ah.

Me tapé la cara con ambas manos.

—¡Delfina! – gritó mi amiga, mientras esquivaba los apestosos pies que mi

hermano le había apoyado en el regazo.

—Si, con Max. – confesé. —Pero no me digan nada... – no pude ni terminar la frase.

—Ese imbécil se está haciendo famoso mientras habla mierda de vos, y no conforme con eso ¿te seduce? – ahora Franco se había sentado derecho y me miraba esperando una respuesta. Como si después de tenerla fuera a salir escopetado del sillón, buscarlo, y quién sabe qué más. —¿Cuántos años tiene?

¿No es un tipo grande?

—Tiene tu edad. – me defendí, pero fue en vano, porque siguió pareciéndole muy mayor para mí, que siempre sería su pequeña hermanita. —Y no me sedujo, fue un beso. Nos perseguían en auto, fue para distraer a los fotógrafos. Un beso y nada más.

Tati me miraba con el ceño fruncido, y una expresión que no me gustaba nada.

—Un beso, claro. – se rio, Fran. —Es un aprovechado, y lo voy a agarrar a patadas cuando lo vea. Pensé que era todo para la prensa. – me dijo en tono acusatorio.

—Si, y así empezó. Pero después lo seguimos cuando llegamos al hotel. –

admití. —Me gusta, y él no es como vos pensas. Tati, vos sabés lo mucho que a

mí me cuesta sentir estas cosas, y Max... – la miré desesperada en busca de ayuda, pero ella solo seguía mirándome.

De más está decir que aunque a Franco le contaba casi todo, seguía siendo mi hermano y no tenía detalles de mi vida sexual. O mi vida no-sexual, mejor dicho. Y por eso es que creía que mi amiga entendería mejor la situación. Esto era distinto.

—Delfi, vos sabés que te quiero. – empezó diciendo y yo resoplé. Genial. Ni

ella estaría de mi lado. —Pero un poco de razón tiene Fran. Este Máximo dijo cosas horribles en sus artículos. Se me hace sospechoso que ahora que está adquiriendo visibilidad en los medios gracias a que se lo asoció con vos, de repente quiera...

—Esta conversación es ridícula, y de todas formas no tiene sentido. — dije molesta. —A mí me gusta, pero no sé qué es lo que le pasa a él. — reconocí.

Les conté con los detalles que pude todo lo que había pasado en esa bendita gira sin dejarme nada.

Y ellos, que ahora no tenían mucho con lo que discutir, se quedaron pensativos. Aun con mi relato, no terminaban de confiar en Max, y habían concluido la conversación, pidiéndome que tuviera cuidado. Que pensara bien en lo que hacía, porque el periodista no les gustaba ni un poquito. Todo indicaba que estaba jugando conmigo, y quería hacerme un lío en la cabeza para sacar provecho, y que yo saldría herida de todo esto. Yo les conté lo que me había dicho, y de su rechazo esa mañana en la habitación, pero no les cerraba.

Nada les cerraba.

—¿No te parece que algo debe tener? ¿Y si a él también le pasan cosas y no lo quiere admitir? — pregunté a mi amiga. —Yo nunca me había sentido ... así.

Solo con él. — y no necesitaba agregar más, porque ella me había entendido.

—No creo que sea por él, Delfi. — dijo muy segura. —Es que vos te sentís bien, estás en un buen momento, cómoda con quien sos. Como apareció él, podría haber aparecido otro, y vos hubieras sentido esas mismas cosas, porque...

— pensó por un instante cómo terminar la frase. —...porque al quererte vos, ya podés dejar que te quieran otros. — dijo y nos quedamos en silencio.

Tati podía estar en lo cierto, sonaba razonable.

Estaba en mi cabeza. Las miradas compartidas, las sonrisas, esa confianza que me inspiraba... estaba todo en mi cabeza.

Máximo no estaba interesado en mí, y si me había besado aquella vez, había sido producto de una actuación para las cámaras, y las copas de más que llevábamos bebiendo desde temprano. – pensé amargamente mientras asentía en silencio.

Capítulo 18

Antes de que tuviera tiempo a terminar de desempacar, ya estábamos subidos a un avión rumbo a Salta, el siguiente destino de mi gira.

A veces pensaba que haberla dividido dejando esos supuestos descansos de uno o dos días en medio para volver a Buenos Aires, solo hacían que me cansara más.

Se alargaba el circuito, y yo me quedaba con la sensación de no haber tenido tiempo ni de quitarme los zapatos, para tener que volver a ponérmelos.

Paul, había hecho reservas en otro hotel de la misma cadena que en Mendoza, y era igual de impresionante.

Nos acomodamos en nuestras habitaciones temprano y nos había quedado todo ese día libre, así que aproveché las instalaciones para grabar material que pudiera servirme para mi canal de YouTube. Un recorrido corto de spa cinco estrellas, era contenido que a mis seguidoras seguro les gustaría, y para cerrar una manicuría por todo lo alto, con un esmalte llamativo alusivo a la gira, y a mi libro. Con los mismos colores e incluso, con algunas piedritas adornando.

Exactamente como en mi portada.

Y por muy apasionante que todo esto pudiera ser para mí, o para mis fans, creo que para Max fue demasiado.

Fue comenzar uno de mis videos, saludar a mis lunitas, y escucharme hablar sobre los mejores tratamientos de cutículas, para verlo marcharse con cara de hastío.

Había puesto los ojos en blanco, mascullando que se iba a conocer la ciudad... y algo más que no llegué a escuchar, pero no sonaba muy bien.

Me encogí de hombros, me volví a sujetar el cabello rosado dentro de la cofia y me dispuse a disfrutar de los mimos que en el hotel ofrecían.

Máximo

El viaje en avión no había sido largo, y habíamos tenido tiempo para ubicarnos y relajarnos, pero ni siquiera estando bien descansado, encontraba en mí la paciencia para soportar las pavadas de las que hablaba Delfina, cuando se convertía en “Fini” para las cámaras.

A pedido de Paul, había tenido que salir del hotel vistiendo de manera ridícula. Estaba de incógnito, y nadie podía enterarse quién era, ni donde me

hospedaba, para que tampoco supieran donde estaba la estrellita youtuber. Había discutido, diciendo que a mí nadie me reconocería, pero no había logrado mucho.

Hasta la seguridad del hotel había estado de acuerdo.

Y ahora estaba en pleno centro, muriéndome de calor, vistiendo ropa oscura, un gorro y capucha. Si es que hasta llamaba más la atención...

O lo haría cuando colapsara desmayado por deshidratación o un golpe de calor, muy pronto.

Justamente en busca de algo para refrescarme, había entrado a un kiosco, y mientras elegía una botellita de agua que estuviera bien fría, mis ojos se desviaron sin poder evitarlo al mostrador de las revistas. ¡Mierda!

En dos portadas, imágenes nuestras de la gira anterior, con titulares anunciando el romance del momento que se había viralizado en las redes sociales.

Estábamos revolucionando YouTube, éramos trending topic en Twitter, e incluso había grupos y páginas alusivas en Facebook. Eran *fans* de nuestro noviazgo inventado. MIER-DA.

En las fotos, Delfina y su cabellera rosada era inconfundible...

No es que su estrafalaria manera de vestir fuera a ayudar para pasar desapercibida, pero donde iba, sin dudas destacaba. Y yo a su lado... destacaba más aún.

¿Qué hacía un tipo como yo con una chica como ella? ¿No veían que éramos el día y la noche? Ella tan colorida, y yo... gris y marrón. – me reí viendo mi vestimenta sobria.

Si, yo era la noche, claramente. Al lado de su simpatía, su gesto alegre y divertido yo... *¿siempre tenía esa cara de culo?* – entorné los ojos, analizando sorprendido la revista.

—Disculpame. – escuché que me decían y me giré maldiciendo, pensando que me habían descubierto, y como aquella vez a la salida del restaurante me pedirían autógrafos y fotos. —No podés entrar al local usando capucha y gorra.

Perdón, son cuestiones de seguridad. – explicó de buena manera una de las vendedoras, avergonzándose hasta hacerme sentir un idiota.

Pagué mi bebida, y salí de allí casi corriendo, para no volver a atraer ninguna otra mirada.

Tomé algunas fotografías de aquel paisaje urbano tan peculiar, adornado de fondo por los cerros y el sol que brillaba justo sobre mi cabeza, y me senté en un bar con mesitas y sillas metálicas que daban de frente al cabildo.

Algunas horas más tarde, me encontraba en otro evento aburrido, como acompañante de la youtuber.

Me había bañado, y me había puesto el traje que no tan sutilmente me habían dejado colgado en la habitación cuando llegué de mi paseo.

Al parecer, Paul, se había percatado de mi escaso guardarropas, y para ahorrarse lo que seguramente hubiera sido una discusión, se había limitado a dejar a la vista lo que se me sugería que usara.

Y aunque yo podía ser orgulloso, y tener ganas de arruinarle a existencia al representante vistiéndome como siempre lo hacía, la verdad es que me venía muy bien cambiar de camisa.

La otra necesitaba un descanso.

Y un lavado.

Urgente.

Había ido a buscar a Delfina a su cuarto, y casi hubiera preferido no hacerlo.

Estaba... no tenía palabras.

El pequeño vestido se le pegaba al cuerpo, –a diferencia de todos esos aniñados que siempre se ponía, con faldas con vuelo– y si bien no tenía demasiado escote delante, atrás era otra cosa. Apenas se había girado para llamar al ascensor, y le había visto la espalda completa. Esa que tenía algunos tatuajes en la parte baja, en forma de enredadera. Una enredadera que allí comenzaba, y terminaba...

Quién sabe dónde terminaba. No quería ni pensarlo.

Sacudí la cabeza, recordándome que por más atractiva que fuera, era prácticamente una niña.

Es demasiado, joven. Demasiado. – me repetía.

—Hoy hace más calor que ayer. – comentó, nerviosa, intentando llenar el silencio incómodo, y yo, gruñí en respuesta y saqué el celular de mi bolsillo para tener los ojos ocupados en otra cosa.

Es joven, y no te gusta, Máximo. – me dije. — *Por más que sus piernas quedaran al descubierto y entre tanto dibujo en tinta, parecieran llamarme...*

Delfina era la misma de los videos. Esos videos que después de verlos, un poco se le quitan a uno las ganas de vivir. La misma que llenó su tina de cereales de colores...

La misma que usaba brillantina en su cabello, y hacía retos con otros youtubers comiendo comida para gatos...

La misma que me había besado al despertarme, aquella última mañana del viaje anterior, y ahora parecía querer provocarme sin descanso con sus sensuales atuendos, y su fingida inocencia.

El libro de Vladimir Nabokov me vino a la mente, acalorándome. No, no era igual. Delfina no tenía doce años. No.

Un mensaje de uno de mis amigos, me distrajo de tanta pavada. Quería saber cómo me estaba yendo en la gira, y cómo la estaba pasando, a lo que solo contesté con tres puntos suspensivos.

¿Qué cómo la estaba pasando? Mal. Peor ahora que Delfina se agachaba para ajustar uno de sus zapatos. *¿Lo hacía a propósito?* – pensé, concentrado en el techo blanco y luminoso del ascensor.

Pero claro, no entendería si le contestara eso, porque mis amigos veían la situación de una manera muy distinta, por así decirlo. En ese día libre que había tenido, lo había utilizado para reunirme con Benicio y Simón, y comer un asado, como hacía años que no hacíamos, porque siempre estábamos los tres tan ocupados.

—Puede que te estés metiendo en un quilombo, pero siendo sincero... – me miró Benicio, alzando una ceja. —¿Podrías mantenerte semanas a su lado en la gira, haciendo de cuenta que no te calienta como una pava?

Los dos negamos con la cabeza.

Benicio y Simón me conocían desde los ocho años. Habíamos sido compañeros de colegio, para luego vivir juntos en los años de universidad.

Éramos como hermanos, y lo habíamos compartido, literalmente todo.

Había vivido los mejores años de mi vida junto a ellos, divirtiéndonos y también descontrolando de fiesta en fiesta en nuestros años más salvajes. Pero también habían sido quienes, incondicionales, me habían sostenido en

pie después de la muerte de mi padre. Eso eran. Dos compañeros leales.

Simón, había abandonado sus épocas de mujeriego al conocer a Francesca.

Una compañera de trabajo bellísima, de la que se había enamorado perdidamente desde el primer día, y con quien planeaba casarse en unos meses.

Todavía no nos recuperábamos de la noticia, había sido un golpe. El primero del grupo que abandonaba la soltería...

Y Benicio, era todo lo opuesto.

Decía, y estaba convencido de que sería soltero de por vida. Que nunca aunque quisieran atraparlo pisaría un altar, y hasta ahora venía cumpliendo con su promesa.

—Es tan distinta a las chicas con las que suelo salir. — reflexioné dando un largo trago de mi bebida.

—Y eso puede ser algo bueno. — comentó Simón. —Y hablando de las chicas con las que salís. ¿Tuviste alguna noticia de Josefina? — preguntó, refiriéndose a la colega que había visto un par de veces. —Francesca quiere saber si vas acompañado a la ceremonia. Benicio, a vos ni te pregunto... — el otro se rio.

Me encogí de hombros. *Mierda, Max... ¿qué estás haciendo de tu vida?* —

me pregunté. Simón estaba por casarse y ser feliz con la mujer que amaba, y Benicio iba saltando de cama en cama todos los fines de semana. Y luego estaba yo, que no tenía tiempo para una relación, pero tampoco me contentaba ya con eso de tener encuentros de una sola noche. Tenía treinta y dos años, y estaba confundido como un crío de quince.

¿Qué me ocurría?

Me puse una mano en el pecho disimuladamente, donde se acababa de formar un nudo pesado, y como si hubiera podido verlo, lo masajee torpe, para que se me pasara esa angustia. Pocas eran las veces en que era realmente

consciente de lo solo que me sentía...

—Ehm, está en Chile. – respondí, recordando nuestra breve conversación telefónica de unos días atrás. —Pero no creo que sigamos viéndonos. No le gustó lo de los videos de Delfina, y toda esta exposición que estoy teniendo... –

me reí con ironía. —Si hubieras visto la cara que me hizo cuando aparecieron las fans de Fini a la salida del restaurante...

—Me la imagino. – dijo el otro, resoplando. —Ella que es tan seria, tan sobria...

—Y fría como un témpano. – opinó Benicio, con los ojos en blanco. —

Delfina puede ser un cambio para bien.

—Le dicen Fini Moon, vive de hacer videos en YouTube maquillándose, tiene el pelo rosa y cree que su gata es su mejor amiga. – enumeré, entornando los ojos.

—Tiene un trabajo mejor remunerado que el de cualquiera de nosotros tres, te está llevando de viaje por todo el país donde no tenés que pagar un centavo, y está buenísima. – sentenció mi amigo enseñándome una foto de la chica en la pantalla de su teléfono, antes de darme con coscorrón en la nuca con toda la mano.

Después de muchas carcajadas, nos quedamos en silencio, pensativos.

—Tiene siete años menos que yo, y le pone colorante rosa al agua para que no sea aburrida. – recordé mirando el liquido ambarino de mi botella de cerveza.

—¿Colorante rosa? – se extrañó Benicio, frunciendo el ceño y yo asentí como si lo que estuviera explicándole fuera lo más normal del mundo.

—No sé, a mi me suena a que estás buscándote montones de excusas porque la chica te gusta tanto que te estás asustando. – sentenció Simón, alzando una ceja.

—No, no me gusta. Me atrae físicamente. – contesté. —Es diferente.

—Está buenísima. – repitió Benicio que seguía mirando fotos. —Así de simple.

Negué con la cabeza, colocándome un cigarrillo sobre los labios con la mirada perdida, ignorando lo que mis amigos comenzaban a comentar sobre la chica que apenas conocían.

Y ahora, saliendo de aquel ascensor camino a la fiesta, todo seguía pareciéndome una locura. Me tenía que olvidar como fuera de esa pavada.

Si, eso pensaba hacer.

Delfina

Máximo llevaba ignorándome desde que habíamos subido al ascensor. No hablaba, no me miraba, ni siquiera contestaba a mis estúpidos comentarios nerviosos, que no eran otra cosa si no un intento desesperado por llamar su atención.

Me había esmerado en mi aspecto, y no me había dedicado ni una sola mirada. Ni una de hastío, de esas a las que me tenía acostumbrada.

Suspiré desanimada.

Realmente había arruinado todo besándolo aquella mañana...

—Lo bueno es que mañana vamos a poder tener medio día de descanso. –

dijo mi amiga Roxy, que revisaba las redes sociales en su celular, mientras me hacía compañía en un rincón del restaurante.

La comida había sido aburridísima, y ahora nos habíamos trasladado todos al sector de las barras, para tomar unos tragos, y ver cómo continuar la velada.

—¿Ah? – pregunté desconcertada, porque no la había escuchado bien. Si, eso, y también porque estaba siguiendo con la mirada a cierto periodista

moreno que me tenía loca, y no me hacía ni caso.

—Ni me estás escuchando. – se quejó con una risa, mirando de paso hacia donde yo miraba. —Mmm... es un bombón. Y cómo le queda esa camisa. – comentó abanicándose con la mano de manera teatral.

—Y sin camisa, no te imaginas. – dije yo, suspirando.

Rápidamente se giró para mirarme mejor y me señaló emocionada.

—¿Ustedes ya...? – empezó a preguntar, pero la frené riendo.

—No, no pasó nada entre nosotros. – le aclaré. —Tiene algunas fotos en su Instagram, que son... uff. – dije recordándolas. —Mirá, te muestro.

Saqué mi teléfono de la cartera, y entré al perfil de Max buscando cierta fotografía que tenía por allí.

Lo cierto es que ya le había hecho una captura de pantalla, y estaba ya guardada en algún lugar de mi galería,—y gastada de tantas veces que la veía por día— pero me pareció que así no quedaría tan patética.

Abrí la foto y me dispuse a pasársela por privado a Roxy que justamente, miraba sus mensajes.

—¿Y qué te parece? – pregunté admirándola. En ella, Max, tenía la cabeza echada atrás, su pecho firme en primer plano, y la silueta de lo que parecía ser una cabellera rubia más abajo.

Claramente era una escena erótica con una mujer, que sugería algo muy íntimo. Invitaba a imaginar de todo... y yo ciertamente lo había hecho.

—No me llegó nada. – contestó mi amiga. —No debe haber buen WIFI.

—Si, si hay y está andando perfecto. – dije, y entonces el corazón se me detuvo de golpe.

Volví a entrar a mis mensajes, para corroborar que mi amiga hubiera recibido

el mío, pero no fue su nombre el que vi al principio. No.

Era el mismísimo propietario de la foto, el que la había recibido de mi parte, sin ningún sentido.

Me tambaleé en el lugar de repente sintiendo un mareo.

Ay no, no, no.

—¡Le mandé la foto a Máximo! – le grité a Roxy con los ojos como platos.

Capítulo 19

Ya era bastante malo que Máximo supiera que estaba espiando sus fotos.

Esas, precisamente que eran tan... tan sexys. Pero ahora que se enterara que se las estaba enviando a alguien, para mostrárselas, *ay, Fini...*

—No es para tanto. – se rio Roxy. —Le podés decir que estabas aburrida, mirabas su perfil y estabas por darle like, y sin querer se te fue el dedo y la enviaste.

—Si, seguro se lo cree. – resoplé con ironía. —Qué increíble – me tapé el rostro con las dos manos. —No dejo de hacer el ridículo con él. No sé qué me pasa.

—De los cuatro años que hace que te conozco, nunca te había visto así. Eso es cierto. – dijo mi amiga. —Pero un poco torpe, siempre fuiste, Fini.

Asentí resignada, sabiendo que tenía razón. Vivía en las nubes, y aunque antes me riera de mis despistes, ahora me mortificaban. ¿Se podía ser más idiota?

Miré a Max buscar el celular en el bolsillo de su saco en cámara lenta, con el corazón a mil y la sensación de desmayarme en cualquier momento. Estaba tomando algo, desde aquí podía verlo, porque se había ido más cerca de la barra para alejarse de la gente. La luz de la pantalla iluminó su rostro, y pude verlo todo.

Sus cejas fruncidas al ver su foto en mi mensaje, en señal de confusión, y después una pequeña e imperceptible sonrisa, que reprimió en el instante, mordiéndose los labios.

Decir que me sentía desnuda, era quedarse cortos.

Levantó la mirada y empezó a barrer el lugar con la vista, buscando. Hizo un paneo general hasta que por fin, sus ojos se encontraron con los míos y me quise morir. ¿Qué hice?

¿Sonreír, tomármelo con humor y hacer cómo si nada? No. ¿Pedirle disculpas por mi equivocación, minimizando todo el asunto y dejar que pasara?

Oh, no. Eso tampoco.

¿Optar por una reacción cool, y guiñarle un ojo ya que estaba? ¡Ja! Si hubiera sido mi amiga Tati, seguramente. Pero no. Yo no era ella.

Yo era Delfina, y en vez de hacer cualquiera de esas cosas, tomé a Roxy, del brazo y la empujé hasta que su cuerpo cubrió el mío y me escondí, agachándome de manera ridícula. Si, con mi cabello rosado y después de que Max me hubiera encontrado, me había escondido.

Como hacen los niños. “Si yo no lo veo, él no puede verme a mí”, o algo así.

—¿Pero, qué hacés, estúpida? – dijo mi amiga, muerta de risa. —Ya te vio, y viene para acá.

—Ay no, no, no. – gemí, desesperada. —Sacame de acá, Roxy. – rogué y ella me miró sin saber qué hacer.

Doy gracias a que el salón era grande, y me había dado tiempo a salir corriendo hacia los baños, antes de que Máximo llegara hasta donde estábamos.

Estaba dramatizando demasiado, pero es que me sentía mal. Físicamente mal. Me temblaba todo como gelatina, y tenía la vista vidriosa, señal de que en cualquier momento me podía poner a llorar. Si alguien me veía así, sería peor.

¿Es que no me bastaba con que me rechazara una y otra vez, también tenía que quedar como una desesperada frente a él?

Odiaba sentirme tan fuera de control.

Máximo

La había perdido de vista.

Ya era la segunda vuelta que le daba al lugar, y no estaba. Había desaparecido.

Me encogí de hombros, sonriendo un poco por la metida de pata de la chica.

No podía negar que todo me había hecho mucha gracia. ¿A quién no le había ocurrido alguna vez, de enviar un mensaje a la persona equivocada? Y no todos habíamos tenido la mala suerte de estar a dos pasos de esa persona, para enfrentarnos a nuestro error.

¿Qué hacía viendo mis fotos? ¿A quién quería enviársela? ¿Estaba mal que me sintiera un poco halagado, o era solo mi costado más vanidoso el que me hacía ahora sentir de repente mejor conmigo mismo? Porque justamente de esa foto, estaba muy orgulloso...

Me reí por lo bajo.

Delfina se había agachado y se había escondido tras su amiga, para después salir corriendo. Si es que toda la escena parecía de colegio secundario. *Ay, Máximo... en la que te metiste.* – pensé, negando con la cabeza.

Ya decía yo que ella era demasiado joven, y esto acababa de demostrarlo.

Apuré el contenido de mi copa, para pedirme otra. Y otra después de aquella.

Esa noche pensaba olvidarme definitivamente de toda esta locura.

Franco

Estaba asqueado.

Me iba bien, eso no podía negarlo. Tenía éxito, una carrera en la que era un profesional en ascenso, había cumplido todas mis metas, y había ganado aun más premios de los que me imaginaba cuando había comenzado a dedicarme al tenis.

Tenía dinero. No me gustaba presumir, pero la verdad es que de haber querido, hubiera podido retirarme ahora mismo, y nunca pasar ninguna necesidad. Me daba todos los caprichos que se me ocurrían, comprándome autos modernos y viajando por todo el mundo cada vez que podía.

Era invitado a las mejores fiestas, y me movía en los mejores círculos.

Siempre había sido muy sociable, y tenía buenos amigos en todas partes, y compañía femenina cada vez que quería. Lo tenía todo. Todo, menos lo que más había querido tener desde que era un adolescente.

Había solo una cosa que me faltaba, pero me estoy expresando mal. Había *alguien* que me faltaba.

Ella. Me faltaba ella para ser feliz, y aunque pudiera parecer irónico, y más aun después de haber enumerado mis posesiones que eran muchas, ella había sido y era lo único que en realidad anhelaba.

Tatiana, era la mejor amiga de mi hermana, y ya que estábamos, la mía también. Morena de curvas infartantes, tenía unos enormes ojos marrones, que quedaban enmarcados por unas espesas pestañas negras, y una boca... Una boca rosada y jugosa, con la que sonreía, y créanme que esa sonrisa era algo digno de ver.

Una fuerza de la naturaleza que se llevaba a todo por delante.

Una belleza, pero además, una gran persona.

Nos habíamos conocido cuando yo estaba saliendo de la secundaria, y ella, más chica, estaba comenzándola.

Había sido una gran parte de la vida de Delfi, porque cuando nadie quería

estar con ella, ni ser su amigo, Tati, la había aceptado con todo y sus rarezas. A veces pienso, que precisamente gracias a esas rarezas es que habían congeniado.

Porque sabía que Tati no era como cualquier otra chica.

Estudiante de teatro, era extrovertida, dramática y su presencia se hacía notar a kilómetros.

Parecía tener un brillo único que la rodeaba, y cada cosa que ella tocaba.

Tenía ese poder, o por lo menos lo tenía en mí.

Todo lo volvía más emocionante, mejor, más bonito.

Era cariñosa, buena amiga, y un excelente oído cuando uno necesitaba hablar de lo que fuere, y yo llevaba años enamorado de ella en secreto.

Siempre había existido una conexión entre nosotros, cierto coqueteo en forma de chistes, tonto, y miraditas aquí y allí, pero no fue hasta unos años después, cuando nos mudamos a la Capital, que las cosas se pusieron ...

interesantes.

Éramos los dos mayores, y estando lejos de casa, no nos preocupaba demasiado lo que fueran opinar quienes nos conocían. Desde que la había visto por primera vez sabía que por ser amiga de mi hermana, era algo prohibido. Una hermana más, y no podía mirarla de otra manera.

Y es que por varios años, lo había sido.

Con seis años de diferencia, y ella siendo menor de edad, todo se veía peor de lo que realmente era.

Pero ahora éramos los dos grandes, independientes, y en una ciudad donde teníamos libertad de hacer lo que quisiéramos. Y eso hicimos, porque durante un par de semanas, habíamos comenzado algo que había terminado en una noche muy especial, la más especial de mi vida. Y quiero creer que para ella también había sido memorable, ya que había sido su primera vez.

De todo esto, solo sabíamos nosotros dos.

Ni siquiera mi hermana, su mejor amiga, se había enterado de lo ocurrido en ese tiempo en que ella aun no se había mudado a la ciudad. No es que nos hubiéramos puesto de acuerdo para ocultarlo, solo se había dado así.

Estaba a punto de irme del país en uno de los tours más importantes donde competiría con importantes deportistas, y ella ...creo que ella se lo pensó mejor.

Yo tenía fama de mujeriego, y nadie mejor que Tati, sabía lo que uno de esos viajes podía significar. Tengo que hacerme cargo, y decir que yo tampoco me molesté demasiado en brindarle tranquilidad. No éramos novios ni nada parecido, y yo era aun más inmaduro que ahora.

No estaba listo para una relación, o al menos eso creía, y tampoco ayudó que Delfina se viniera a Buenos Aires en esos días, y me diera el sermón de mi vida, cuando por casualidad le dije que su amiga me parecía preciosa.

Había estallado.

La había notado diferente en ese tiempo, y reconocía que nunca había visto a su amiga así. Se asustó por ella.

Me habló del cariño que sentía por Tati, y de que no quería verla salir lastimada por ser una de mis conquistas. ¿Una de mis conquistas? Jamás lo sería, pero eso Delfi no lo sabía. Y cuando me estaba preparando para discutirle, me dijo algo que me dejó helado.

—Fran, ella siente cosas por vos desde hace mucho. – confesó. —Siente cosas de verdad.

Y eso fue todo.

Todo lo que hizo falta para aterrarme, y hacerme volver al primer casillero, retrocediendo como una rata.

La había cagado, lo sabía. Lo que menos quería era hacerla sufrir, y en ese entonces lo hubiera hecho, sin dudas.

Así que hice lo correcto.

Hablé con ella, me alejé y volví a ser el mismo Franco, que conocía a una chica distinta todos los fines de semana.

Quizá para no alentar esos sentimientos, y para que se decepcionara lo suficiente, hasta que dejara de quererme. Bueno, me querría, pero como un amigo.

Algo con lo que no estaba dispuesto a negociar. Quería tenerla en mi vida, eso no se discutía. Pero ahora si, como algo más realista.

Sin sexo, sin líos, sin ataduras, y también sin sufrimiento.

Y ya de paso, estar con otras mujeres, me permitía olvidarla aunque fuera un rato. Porque aunque sabía que no podía comprometerme, era ella la única de la que me había enamorado en la vida.

Tatiana

Salía de mi clase de actuación a las apuradas, recogiendo mi mochila del locker, porque sabía que si me demoraba unos minutos más, Lucio me encontraría.

Me sentía una mala persona, pero es que ya no encontraba manera de decirle que no saldría con él. El chico no entendía, y me daba una pena terrible, porque era muy simpático, pero no era mi tipo.

Bueno, ningún chico lo sería, porque mi tipo, ya tenía nombre y apellido. Y si no se trataba de él, difícilmente me gustaría realmente.

No sabía qué tenía Franco, pero aun después de tantos años, era el único con el que me sentía así.

Había salido con otros, había tenido algún que otro novio, pero ninguno le hacía ni sombra.

Tenía que resignarme.

Nosotros nunca seríamos más que dos mejores amigos. Había sido así, desde que tenía... yo qué sé. ¿Trece años? Tal vez menos.

Desde que había ido a su casa por primera vez, porque adoraba a su hermana Delfina, y desde que los tres nos habíamos vuelto inseparables, a pesar de la diferencia de edad.

Enamorarme de él había sido inevitable.

Y no solo porque era uno de los chicos más atractivos que conocía; rubio, de cuerpo atlético y una mirada azul dulce que enamoraba. También estaba el hecho de que era bello por dentro. Por más cursi que suene, no había mejor manera de explicarlo.

Siempre tan generoso, simpático y sociable, no era de sorprenderse que tuviera tantos amigos. Su sonrisa seductora y pícaro, lo hacían peligrosamente adorable, demasiado hasta para su propio bien. Las mujeres no teníamos remedio, y menos si él nos dedicaba toda su atención. Era caballero y encantador cuando quería conquistarte, y créanme, no paraba hasta conseguirlo.

Eso mismo había ocurrido algunos años atrás.

Acabábamos de mudarnos de nuestra ciudad natal, a la capital del país, para tener mejores oportunidades profesionales. Vivíamos relativamente cerca, y como no conocíamos a nadie, no era de extrañar que pasáramos ...mucho tiempo juntos.

A decir verdad, entre nosotros, siempre había habido química. Una que durante años, había sido solo un juego, pero que ahora que éramos dos adultos viviendo solos... se transformó en otra cosa.

Franco llevaba algunos días raro, como si quisiera decirme algo, y no encontrara la manera. Podía notarlo en su mirada, o en cómo buscaba cualquier excusa para acercarse, o rozarme disimuladamente.

Lo conocía. Lo había visto así con montones de chicas, conocía su comportamiento, estaba “tanteando el terreno”, como le gustaba decir a él. Que era, básicamente, tratar de percibir cuántas posibilidades tenía de que pasara algo.

Al principio, me había sorprendido, y un poco asustado... porque yo no tenía experiencia, y él. Bueno, él era exactamente lo contrario.

Pero después...

Después nos vimos estando solos, a oscuras en la madrugada, en su casa mirando una película, y no pudimos evitarlo.

Las cosas se habían dado de manera natural, y paulatinamente. Pero definitivamente se habían dado, y había sido increíble.

La mejor noche que había vivido, sin dudas.

No sabría cómo describir su dulzura, sus cuidados, pero a la vez, su pasión.

Sus besos, me hacían perder la cordura, y sus manos, me fueron llevando sin pausas, a las estrellas. Las palabras susurradas al oído sonaban cálidas, llenas de ternura. Sonaban sentidas.

Sonaban a cariño.

Parecía que los dos hubiéramos estado esperando por esa noche toda la vida.

Yo, que era más chica y más inocente terminé de derretirme, y si antes sentía cosas por él, ahora sabía que lo amaba. Que estaba enamorada, y que lo que habíamos compartido, había sido lo más bonito que me había pasado.

Pero claro, con todo ese amor, también llegó el miedo. Uno enorme, que me dejó petrificada.

Me había mandado mensajes toda la semana siguiente, y yo aun no reunía el valor de enfrentarlo, porque temía salir lastimada.

¿Y qué si me decía que para él no había sido tan especial? ¿Y qué si

seguíamos siendo los amigos de siempre, y solo quería contarme de su última conquista? Mi corazón no hubiera podido soportarlo.

Entonces hice lo que cualquier otra chica hubiera hecho.

Corrí a ver a mi mejor amiga, y le conté de mis sentimientos. Omití claro, lo

de aquella noche o que hubiera pasado algo entre nosotros, pero sí le conté que quería algo más con él, y ella me escuchó. Me escuchó por horas, y después de dedicarme una mirada compasiva, llena de lástima, me aconsejó que me alejara, porque no me convenía. Ella más que nadie quería a Franco, era su hermana. Y

tal vez por eso era la mejor para opinar sobre el tema.

Sabía que tenía razón, lo sabía perfectamente. Pero era más joven y siempre había sido obstinada, así que en un momento de debilidad, le contesté uno de sus mensajes y quedamos en vernos. Ese día él se vería con Delfina, que se mudaba también a Buenos Aires, pero luego de dejarla instalada, pasaría por casa y hablaríamos.

Estaba decidida.

Tenía el estómago hecho un lío, porque tenía un plan. Quería intentarlo con Franco. Si tenía que salir herida de todo esto, valdría la pena, porque creía de verdad que nosotros teníamos algo distinto.

Creía haber visto ese algo en sus ojos, aquella noche.

Pero no podría haber estado más equivocada.

Apenas le abrí la puerta de mi departamento, me di cuenta de que no sentía lo mismo. De que estaba a punto de romperme en pedazos, y eso hizo.

En una hermosa conversación, en la que me confesó que era importante en su vida y que me quería... pero solo como a su amiga. Me dijo que yo era hermosa, y que era normal tras tantos años de estar tan cerca, que siendo él hombre y yo mujer, alguna vez las cosas fueran a confundirse. Que en todo caso, le extrañaba que nos hubiéramos tardado tanto.

Que la había pasado muy bien, pero que era mejor dejarlo así.

Mi primera reacción, había sido enojarme. Me había ofendido que se tomara el tema con tanta calma, y que fuera capaz de darle la espalda a todo eso que habíamos sentido estando juntos. Todo eso que ahora entendía, había estado solo en mi mente...

Pero él me había hablado con dulzura, y simplemente terminé por entenderlo.

Tiempo después, fui testigo de cómo él volvía a ser el mismo Franco que conocía. Lo vi saltar de cama en cama, con un montón de chicas que no le importaban, y mi corazón se endureció.

Una coraza enorme lo cubrió y lo protegió para poder seguir siendo su amiga.

Y también con el tiempo, me acostumbré.

¿Aun dolía verlo con otras? Si, claro. Siempre dolía, pero sabía que era un dolor con el que podía vivir. Nada, comparado con el dolor que hubiera sentido de haber empezado una relación con él, y sufrir un desengaño en carne propia.

Si, eso hubiera sido peor. – me decía, cada vez que mi corazón se ablandaba un poquito, y la herida que creía cerrada volvía a escocer.

Capítulo 20

Delfina

¿Y cómo había terminado mi noche? Genial. Simplemente genial.

Había salido del baño, una vez que había podido retocar mi maquillaje, sin dejar rastros de mi pequeño ataque de ansiedad, y había buscado con la mirada a Roxy, pero al verla acompañada por un chico que le gustaba, cambié de opinión.

Que disfrutara ella que podía.

Estaba por dar por terminada la velada, para retirarme a mi habitación, pero acababan de salir los camareros con bocadillos dulces, y después de tanta angustia, era justo lo que necesitaba. Un subidón de azúcar.

—No conviene comer ese tipo de cosas tan tarde, Fini. – me recordó Paul, quitándome el plato, y cambiándolo por un vaso de agua.

—Iba a comer solo un bombón. – me quejé.

—Te queda mucha gira, muchos eventos, y muchas presentaciones en las que tenés que vestirte con esos vestiditos tuyos tan lindos. – comentó. —Mejor comer sano, y evitar los excesos. – se acercó para susurrarme al oído. —Ya sabemos que tenés tendencia a aumentar de peso con más facilidad que otros. Te estoy cuidando, nada más.

Puse los ojos en blanco y asentí, sabiendo que tenía razón. Ya ni el consuelo de una golosina podía tener, así que ofuscada me fui a dormir.

No veía a Máximo por ningún lado, pero para ser sincera, después de mi papelón, tampoco es que me muriera por encontrármelo.

Oh, pero el destino tenía otra idea.

Y era una muy cruel.

Máximo

De la noche anterior, recordaba solo algunas cosas, y de ninguna me sentía orgulloso.

Recordaba a Delfina, a su vestido ajustado, su mensaje inoportuno, la

manera en que había desaparecido, el buscarla por un buen rato sin éxito y la barra de bebidas. Algunos tragos después, es cuando se comenzaba a hacer confuso. Creo que estuve hablando con algunas personas, pero en particular, con una chica. Una no muy alta, de cabello teñido de lila pastel, cosa que ahora me hacía un poco de gracia.

Por supuesto que me iría a la habitación de la chica del cabello colorido,

porque era un imbécil. Un completo imbécil que se tenía merecido todo lo que había venido a continuación.

Si la pasamos bien, eso ya no lo recuerdo. Ni haciendo un esfuerzo, podía recuperar esas horas en mi memoria, eran un borrón oscuro y sin sentido. ¿Había querido probar algo? ¿Probarme a mí mismo que seguía siendo el mismo de siempre, y que lo que fuera que había ocurrido con la estrellita youtuber, había sido una pavada?

¿Había querido borrar con esta chica, los besos que me había dado con Delfina, para sacármela de la cabeza? Porque tenía que admitir que desde aquella mañana, era como una de esas canciones, que aunque no nos gusten, o nos parezcan molestas, no se nos despegan y tarareamos distraídos a toda hora.

Un imbécil con todas las letras.

Lo peor fue haberme despertado muerto de frío. Y por qué muerto de frío, se preguntarán. Ah...

Porque me encontraba desnudo, recostado sobre las frías baldosas del baño, con nada más que mi celular. Ni rastros de nada con lo que pudiera cubrirme, o pistas de dónde me encontraba, ya que este no era mi baño. Mierda.

Atontado, me había tambaleado hasta la puerta, para tras uno o dos intentos, llegar a la conclusión de que estaba cerrada con llave. ¡Mierda!

—¡Ey! – grité, golpeando los puños contra la madera. —Necesito salir.

Oh Dios... – suspiré, cerrando los ojos. *Si tan solo recordara el nombre de la chica teñida...*

—¿Max? – preguntaron del otro lado, con una risita. —¿Ya te despertaste?

—Si, ya me desperté. – contesté, tratando de no sonar molesto, para que me abriera. ¿con qué clase de loca me había acostado? —Abrime la puerta por favor.

—Con una condición. – dijo divertida. —Todo tiene su precio...

—¿Qué condición? No tengo nada para darte, ni la billetera por Dios, ni pantalones tengo. – me lamenté. —Dejame salir, voy a mi habitación, y busco

mis cosas.

—No quiero plata. – se rio. —Quiero conocer a Fini Moon.

—Me estás jodiendo... – murmuré.

—Así que te dejé el teléfono para que la llames. – indicó.

—¿Cómo la voy a llamar, estás loca? – chillé, y me arrepentí. Porque evidentemente, estaba totalmente loca. —Fini debe estar durmiendo, no la puedo...

—¡Shhh! – me hizo callar, golpeando la puerta también. —Llamala y te deajo salir.

—A quien voy a llamar es a la policía. – amenacé.

—Si llamas a cualquiera que no sea Fini, mañana salen todas nuestras fotos publicadas en Internet. – dijo, tranquila.

—¿Fotos? – pregunté, con la voz llena de pánico. *No, no era posible... ¿me había dejado fotografiar?*

—Fotos y un video. – comentó.

—Ok, ok. – me rendí. —Ya lo soluciono.

Claramente, mi primer instinto no había sido llamar a Delfina. Ya demasiado humillado me sentía, como para encima tener que enfrentarme a ella, con todo lo que había pasado entre nosotros. Llamé a Paul, para ver si podía sacarme del lío en el que me había metido, pero concluyó que lo mejor era darle a la chica lo que quería, para que dejara de extorsionarnos.

Él mismo había llegado a un acuerdo, para que me dejara ir, y para que se

comprometiera a borrar todo el contenido de su celular, amenazada con enfrentar cargos legales si algo salía publicado después. Y la verdad, no sabía si podía denunciarla, pero lo había dicho con tanta convicción, que hasta yo me hubiera acobardado.

Y así fue, como a las cinco de la mañana, después de que me tuvieran un buen rato encerrado, escuché que la puerta se destrababa.

Afuera, la chica del cabello lila, me esperaba con la sonrisa maligna de quien sabe que se salió con la suya. Estaba pasándosela genial la muy maldita.

Hasta me pareció que tenía la camiseta firmada por su estrella favorita.

Paul, negaba con la cabeza, en un gesto reprobatorio que odié. Lo odié con todas mis fuerzas, porque me sentía avergonzado de que tuviera que haber venido a rescatarme.

Y todavía peor, Delfina, que aunque intentaba darme privacidad y no mirarme directamente porque aun estaba desnudo, no podía disimular la decepción que había en sus ojos.

Cubriéndome con ambas manos, caminé hasta donde estaba el representante tendiéndome una bata, y tras unas disculpas entre dientes apretados, me marché de allí, queriéndome morir.

Si creía el mensaje equivocado de Delfina había sido una metida de pata, yo con esto le había ganado, y me llevaba todos los premios.

Definitivamente el alcohol y la frustración eran muy mala combinación, y la noche anterior, había tenido bastante de ambos.

Delfina

Tenía que decir que estaba orgullosa de mí misma.

De mi fortaleza y de lo profesional que podía ser si me lo proponía, porque me había pasado el día firmando libros, con una sonrisa perpetua, conociendo a mis fans, y actuando como la Fini positiva que ellos querían, pero por dentro, estaba rota.

Si, había tenido un par de días difíciles, y tenía mis sentimientos ya revueltos... como si todo lo viviera intensificado por mil, pero lo de la noche anterior –o mejor dicho madrugada–, me había dejado hecha trizas.

No sabía ni como reaccionar, además de sentir una enorme tristeza.

¿No es horrible cuando la gente se autocompadece? Odiaba eso, y me hubiera odiado si en lugar de hacer mi trabajo como debía, me quedaba en la habitación del hotel llorando, como tenía ganas.

Pero no.

Fini Moon estaba entrenada, y tenía un doctorado en disimular, era una experta en fingir frente a las cámaras. Podía no tener el secundario completo, o no ser una universitaria, pero si había algo que no se me podía negar, era mi capacidad para apagar el interruptor y concentrarme en mis videos, o en este caso, en mi gira.

Había visto a Máximo saliendo desnudo del baño de aquella chica de cabello lila pastel, después de que hubiera pasado la noche con ella, y no podía pensar en nada más. Cuando Paul me había llamado no podía creerlo, y todavía me duraba el shock.

No sabía qué me dolía más. Si el hecho de que se fuera de esa fiesta con alguien después de mi mensaje, y después de aquel beso que yo le había dado hacía unos días, sin pensar por un segundo en que podía lastimarme... O el hecho de que lo había hecho con una chica que era como yo. Eso último no me dolía.

Eso último me daba bronca.

Es decir, tanto esfuerzo por dejarme claro que una chica como yo no podía gustarle, y que cómo alguien sería capaz de imaginarse que entre los dos podía existir algo ¿y después se buscaba a una que podía ser mi doble de acción?

Era una fan, ya la había visto en otros eventos, y hasta mis tatuajes se había

hecho en los muslos.

¿No veía Max que toda la situación era ridícula?

Él era ridículo. ¡*Argh!* Estaba enojada.

Enojada, triste y un poco desencantada, porque aunque Máximo me gustaba, ya no se parecía a ese chico perfecto e intelectual que me había impresionado la primera vez, en la entrevista.

No después de caer en una trampa tan tonta, por no poder mantenerla en sus pantalones.

Así que todo ese día, me había mantenido lejos de él. Tenía mucho trabajo para hacer de todas formas, pero cuando se estaban marchando al hotel de vuelta, me inventé una excusa para quedarme unos minutos más con mi representante, conversando.

La gente de la editorial, quería que grabara también unas pistas con mi voz leyendo, porque iban a lanzar mi audiolibro, y yo tenía que organizar mis horarios, para ver cuándo me era posible disponer de esas horas que necesitaría en el estudio de grabación.

Con todo, habíamos vuelto cerca de las once de la noche, y como era el último día de esa gira, supuse que lo peor había pasado.

Ya quedaba menos para que estuviera en casa, y pudiera desahogarme con todo el helado del mundo...

Paul quiso que nos pusiéramos con mi agenda apenas entramos, pero yo me negué. Quería dormir, y estaba desesperada por un buen baño de espuma.

Pero cuando bajé del ascensor y me encaminé a mi habitación, me olvidé de todo lo que quería, de lo que no quería, y de paso, de todo lo que sabía...

Max estaba sentado en el suelo, esperándome pacientemente.

—¿Podemos hablar un segundo? – preguntó. —Quise hablar antes, pero estabas tan ocupada...

—Si es por lo de esta mañana, no hace falta. – contesté, mirando la alfombra del suelo. Era espantosa, con diseños geométricos en colores primarios. ¿A quién se le ocurría?

—Si, si hace falta. – insistió, poniéndose de pie y estirando su cuello hacia los costados. Mierda. *¿hacía mucho que estaba aquí?* —Dejame pasar y lo hablemos bien, Delfina.

Ay.

Asentí y abrí la puerta, invitándolo a que entrara y después de entrar yo, la cerré. Esperaba que fuera él quien comenzara a hablar, porque yo me había congelado de los nervios.

—Quiero pedirte disculpas. – comenzó avergonzado, bajando la cabeza. —

Anoche tomé mucho más de lo que debía, y no era del todo consciente... Sé que lo que hice estuvo mal, que estamos trabajando, que corríamos el riesgo de mandar a cagar el rumor que estamos alentando de que estamos juntos. De verdad, mil disculpas. Fui un idiota.

—No te preocupes por eso, ya se encargó Paul. – dije malhumorada. *Eso, preocúpate por el rumor, por tu trabajo, y no por haberme lastimado.* – pensé, mirándolo rabiosa.

—Pero me siento horrible de que tuvieras que verme en esas circunstancias.

– siguió diciendo. —Y más después de... de todo lo que pasó. – agregó con cuidado, entornando los ojos.

—¿Qué pasó? – pregunté molesta. Sabía a qué se refería, pero no me importaba. Quería hacerme la dura, y que no se me notara tanto el dolor. Estaba cansada de autocompadecerme, y tampoco iba a permitir que otros se compadecieran mí. No quería su lástima.

—Lo que pasó en Córdoba, o esa mañana en Mendoza. – contestó.

—Un par de besos, no es para tanto. – me encogí de hombros.

—Delfina... – dijo, sabiendo que yo no hablaba en serio, y suspiré.

—¿Y qué querés que te diga? – pregunté agarrándome del enojo, para tener valor. —¿Que me dolió verte con otra chica, pero que no tengo ningún derecho, porque a nosotros no nos une nada más que trabajo? ¿Que por más que para mí

esos besos significaron algo, para vos no y que tengo que aceptarlo porque te faltó solo delectarme? – solté quedándome sin aire. —En el fondo, no hiciste nada malo.

Me miró por un instante muy quieto, procesando todo lo que acababa de decirle.

—No era mi intención que te doliera. – dijo mirándome, y se me hizo muy raro, porque era como estar viendo a otro Máximo totalmente diferente. No el que siempre ponía los ojos en blanco, mostraba hastío, o buscaba pelea con sus crueles palabras. No. Este era otro, que estaba disculpándose sinceramente, y con el que no sabía cómo actuar. —Fue una estupidez, te prometo que no se va a repetir.

Lo miré confundida.

—Era el peor momento y el peor lugar. – explicó. —Ya soy grande, y me hago cargo de que fui irresponsable, me emborraché y no estuvo bien. De ahora en más me voy a tomar este trabajo en serio. – prometió. —Y voy a tener más cuidado... porque aunque no nos une nada como bien dijiste, yo no soy así. No soy una mala persona. Solamente un boludo, a veces.

Asentí, reprimiendo una sonrisa. Una que sí se dibujó en su rostro, de manera conciliadora. Era una hermosa sonrisa de querer hacer las paces. ¿Cómo iba a resistirme?

—Gracias por las disculpas, entonces. – dije, derritiéndome. —Está todo aclarado.

Máximo se fue unos segundos después, tranquilo, tras haberse disculpado, y yo me quedé en mi cama, mirando el techo, todavía afectada por su gesto.

No era una mala persona, eso lo sabía. Y en el fondo, por más enojada que hubiera estado unas horas antes, me había bastado con verlo, para perdonarle todo.

Si, así de patética era...

Capítulo 21

Al día siguiente, salimos camino a Buenos Aires nuevamente, pero esta vez en micro, como era parte del itinerario planeado.

Paul había hecho el calendario del viaje, y supongo que por diferentes motivos, tenía sentido que nos pasáramos diecisiete o casi veinte horas en la ruta.

Se había encargado, eso sí, de que hiciéramos muchas paradas técnicas para usar el baño y estirar las piernas, o comer alguna comida más nutritiva que las viandas que nos ofrecían.

Era un micro Premium, no podíamos quejarnos. Nuestros asientos se convertían en cama, y teníamos todo lo que pudiéramos necesitar. Estábamos cómodos.

Nuestro pequeño grupo, siempre incluía un doctor, dos hombres de seguridad, una estilista, y un fotógrafo profesional, que se encargaría de registrar todo para luego subirlo a la página y a mis redes sociales.

Máximo había hecho buenas migas con él, y cada vez que teníamos un descanso, salían por ahí a fumar y a charlar de fotografía.

Y nosotros... bueno, nosotros no habíamos vuelto a hablar de lo sucedido, pero notaba que él estaba mucho más amable conmigo, para variar.

No se había dormido con los auriculares puestos, ignorándome, si no que a veces se acercaba, me daba conversación, y actuaba conmigo con tanta precaución, que hasta era gracioso.

Casi veinte horas en el mismo espacio, con las mismas personas, daba para mucho.

Entre otras cosas, para grabar videos.

Aunque no tenía mis elementos de maquillaje a mano, ni mi anillo de luz, si contaba con la luz natural que entraba por las ventanillas, y mi creatividad para aprovechar el tiempo y crear contenido.

Lo más fácil era hacer un Q&A, o en castellano, un “pregunta y respuesta”, desde Twitter. Yo proponía un hashtag como #askFini, para que todos mis seguidores pudieran preguntarme lo que quisieran saber de mí, y luego yo elegía y respondía. Era siempre divertido, porque ellos veían sus twits en mis videos, y

se sentía como una interacción personal con quienes me veían, y yo me reía de sus ocurrencias.

Y de paso, se ganaba presencia y notoriedad en las redes, siendo el tema más hablado en la región, en apenas minutos.

Max, que hacía un rato me estaba mirando trabajar desde mi celular, se acercó y mirando la pantalla, preguntó.

—¿Y por qué el hashtag en inglés? Tu público habla castellano. – dijo y yo sonreí para explicarle.

—Porque es una propuesta conocida que ya impuso otra persona y muchas siguieron. No es por el idioma... – dije. —Es porque miles de usuarios lo validaron y ya existe como tendencia de manera internacional. – agregué. —

Además en inglés es más corto, y esa es una de las claves para que un hashtag funcione.

Él asintió y minutos después corroboró que ya era Trending Topic en Argentina.

—Ahora me toca elegir las preguntas. – comenté leyendo entre las miles de respuestas.

—Ok... – me miró con desconfianza. —Como cuando Paul te organiza las

entrevistas, siempre elegís qué contestar. – y aunque solo había sido un comentario, su tono estaba cargado de recelo. Sabía por mi representante, que el periodista había querido tocar otros temas la primera vez que nos vimos, pero él no lo dejó.

—No, no es igual. – contesté. —A vos o a cualquiera de la prensa, no van a interesarle las cosas que mis seguidores de hace años quieren saber. Ellos me conocen, me quieren. Es como hablar con amigos.

—Te apuesto lo que quieras a que yo te puedo hacer preguntas que les van a interesar más. – desafió, acercándose más en el asiento del lado, supongo que en un intento de que Paul no lo escuchara. Pero a mí se me había acelerado el pulso instantáneamente. La luz del atardecer, le daba una calidez perfecta en el rostro, y sus ojos, que normalmente parecían marrones, con este reflejo, se veían de un gris casi líquido.

—Ehm... – dije intentando concentrarme. —Podemos hacer lo siguiente. – propuse. —Vos elegís las preguntas del público sin que yo sepa cuáles, y después podés agregar tres tuyas.

Levantó las cejas, interesado.

—Mías. – dijo y me estudió con atención. —Te puedo preguntar lo que yo quiera. ¿Estás segura?

¿Estaba segura? ¡No! Ni siquiera sabía por qué estaba haciéndolo, había sido un impulso. Sabía qué cosas podía preguntar, y lo incisivo que era capaz de ser en sus entrevistas, porque había leído algunos de sus trabajos. Ok, todos sus trabajos. Y aun así, me estaba ofreciendo a quedar expuesta ante las cámaras de mi propio vlog.

Bueno, tal vez se debía a que con él ya había cubierto mi cuota de papelones y metidas de pata, y no creía que hubiera nada a estas alturas que empeorara el concepto que tenía de mí.

Eso, o que no podía negarle nada porque ante él, me derretía como una idiota. – pensé desanimada.

—La primera dice: ¿Vas a seguir haciendo videos con Gee... Geek Boy, jugando a Minecraft y al Sims 4? – leyó y yo me reí por como había dicho el sobrenombre de mi amigo.

—Si, me encantaría porque siempre la paso bien con Benja. Solo es cuestión de organizar las agendas, estamos los dos muy ocupados.

Máximo

Delfina contestaba segura y sonriente la primera pregunta, sin saber lo que se venía. Paul no había participado, y yo estaba encantado de tener esa libertad que hacía tanto no tenía. Ultimamente, y sobre todo en la sección que me tocaba escribir, el guión ya venía confeccionado, y nunca podía salirme de él.

Era una gran demostración de confianza por parte de la chica, y no sabía si lo hacía por ganar más seguidores o qué, pero pensaba agradecerse, comenzando suave. Con algunas preguntas superficiales, que no fueran nada comprometidas.

—¿Estás enojada con Roxy Foxy? – pregunté, resistiendo las ganas de poner los ojos en blanco por la estupidez que leía en su Twitter. —Es lo que dijeron en un portal.

—¡No! – respondió, sorprendida. —Es una de mis mejores amigas en YouTube. De hecho hace unas noches compartimos un evento juntas, muy divertido. – se frenó de repente y carraspeó, desviando la mirada. —Aunque yo

me fui antes.

Claro, ese evento había sido en la misma noche en que yo me había ido con la chica de cabello lila. – recordé avergonzado y me apresuré a cambiar de tema.

—¿Pensás escribir una segunda parte de tu libro?

—Si, me gustaría. – respondió pensativa. —Me encantó la experiencia, y tendría que ser más adelante, pero si. Está en mis planes.

¿Le encantó la experiencia de escribir sobre sus videos y las pavadas que hacía en ellos? Tendría que haber agregado a las preguntas cómo hacía, porque yo llevaba tiempo luchando y seguía sin encontrarle el ángulo. Y

seguía teniendo las mismas ganas de golpearme la cabeza contra la pared, cuando mencionaba las técnicas de perfilado de cejas... o las mil maneras de aplicar una sobra de ojos.

—Ojo con esta, que es importante. – anuncié, ya cansado. Yo elegía las preguntas, pero aun así me costaba encontrar alguna que valiera la pena hacer.

Tendría que haber imaginado que sus seguidores serían muy parecidos a ella.

—

De los lanzamientos de este mes, ¿cuál es tu producto favorito?

Delfina se rio de mi gesto, y adoptando una actitud bastante profesional, sin hacer caso a mis burlas, se puso a hablar de cosméticos.

—Pero mis preferidos son los labiales metálicos de Dior. – concluyó.

—Para tener en cuenta, tomo nota. – negué con la cabeza. —Se viene otra, igual de reveladora. ¿Cómo tendría que ser mi rutina de limpieza de rostro en verano? – leí.

—Hace unas semanas hice un video de eso justamente, lo van a encontrar por ahí, les dejo el link en la descripción. – comentó. —No se olviden de salir con protección solar a toda hora. – recordó.

—¿Vas a estar en el Click Con? – seguí leyendo. Ese, sabía, era un evento tipo convención donde un montón de creadores de internet se reunían, y se llenaba de freaks... *digo, fans*.

—Si, en un panel presentando mi libro, y después en un meet and greet, donde me voy a sacar fotos, y los voy a poder conocer y vamos a charlar en persona. – respondió con una sonrisa.

—¿Yo también tengo que ir? – susurré, inquieto.

—Es el cierre de la gira, creo que sí. – me susurró a su vez, mordiéndose los labios, para reprimir una sonrisa ante mi cara de espanto.

—¿Y va a estar lleno de youtubers chillones con sus cámaras, disfrazados como en el Comic Con? – seguí hablando a su oído, para que sus seguidores no

se ofendieran.

—Si, supongo. – asintió. —Te vas a tener que aguantar... – algo en su gesto cambió, y sosteniéndome la mirada, agregó. —Y sé lo mucho que molesta ese tipo de gente de esos eventos y lo mal que la pasas con los fanáticos, y las chicas con el cabello teñido.

Retrocedí en mi asiento y me quedé en silencio. Me lo merecía. A decir verdad, ya me parecía raro que no hubiera mencionado nada hasta ahora.

Pero justo cuando pensé que iba a continuar con su reclamo, y ahora en voz alta para que todos lo escucharan, echó la cabeza hacia atrás, y comenzó a reírse a carcajadas.

Al principio la había mirado desconcertado, pero después no había podido evitar sonreír un poco, contagiándome.

Dijo que estaba bromeando, y cambió de tema, quitando el hierro al asunto, y yo me sentí aliviado al saber que podíamos tomarnos el incidente que tanto me mortificaba, con humor.

Momentos después seguimos con la entrevista, y ese pequeño comentario chistoso, había quedado solo entre nosotros.

Delfina

Estaba dolida, pero era buena en fingir que me daba lo mismo que Max se hubiera acostado con otra chica en el mismo hotel en el que estaba. Que no me importaba que hubiera elegido irse de un evento al que me había acompañado, con una de mis fans. No tenía por qué enterarse lo mucho que eso me había lastimado, no.

Por eso es que me escudaba en la Fini Moon que era graciosa, y que estaba respondiendo a su Q & A como si nada. Como otros miles que ya había

hecho, y bromeaba con total naturalidad.

Era mucho más fácil así, y verlo sonreír, había valido la pena, definitivamente.

Max leyó de su celular con gesto pensativo, y levantando una ceja, preguntó.

—Una de tus seguidoras quiere saber si es verdad que el año pasado “tuviste algo” con Benjamín. – dijo poniendo comillas. —¿Es ese youtuber al que le decís Freaky Boy?

—Geek Boy. – corregí. —Ese es su nombre artístico. ¿Por qué elegiste esa pregunta? – dije curiosa.

—Es una de las que más te hacen, y ahora yo también quiero saber. –

entornó los ojos, algo divertido. —Lo nombran todo el tiempo, y lo relacionan con vos. Por algo será.

—No pienso responderla, preguntame otra. – me negué.

—Yo elegía y vos respondías, ese era el trato. – me recordó, con una sonrisa jugando en la comisura de su boca.

—Te voy a contestar ...cualquier otra. – repetí, mordiéndome una uña. —

Esa no. – le rogué con los ojos que lo dejara, y aunque no parecía muy conforme cambió la pregunta, prometiendo a mis lunitas, que íbamos a discutirlo detrás de cámara después.

El tiempo fue pasando, y cuando quisimos darnos cuenta, ya era de noche, y tuvimos que frenar para cenar.

En plena ruta, paramos a estirar las piernas, y a comer en un restaurante que quedaba de camino, donde servían unas empanadas riquísimas. Con Paul a mi lado, solo había podido comer tres, porque él insistía en que siguiera con mi dieta liviana mientras estábamos de tour.

Max, en cambio, había comido media docena, y se lo veía feliz. ¿Cómo hacía

para verse tan delgado, con todo lo que comía? *Tal vez, hiciera ejercicio.* –

pensé, pero lo descarté luego. Él ya me había dicho que no le gustaba, y que al ser periodista llevaba una vida muy sedentaria.

Mientras yo me recreaba pensando en qué es que podía gastar todas esas calorías para verse tan guapo, nos subimos para seguir rumbo a Buenos Aires.

La entrevista siguió un poco más, con las tres preguntas que eran las que él había pensado para mí, y tengo que decir que me sorprendió.

Esperaba que quisiera indagar sobre las cosas que le había confesado de mi pasado, o más acerca de mi vida personal o amorosa, como había hecho con el tema de Benjamín, pero no.

Quiso saber por qué había grabado el primer video, qué era lo que más extrañaba de mi ciudad, y el mejor y el peor recuerdo que tenía.

Con una sonrisa, le conté que el primer video, había sido casi un juego con Tati mi mejor amiga, demostrando cómo la maquillaba antes de salir a bailar, y después de ese, solo le siguieron muchos más parecidos, en los que hacíamos siempre lo mismo, hasta que me animé a estar yo sola frente a la cámara.

Lo que más extrañaba era mi familia, sin dudas. Y los paisajes en pleno invierno, cuando el frío y el viento, hacían de los bosques algo tan mágico.

Mi peor recuerdo, tenía que ver con el bullying que había recibido en la escuela, del que no había dado muchos detalles. Y el mejor, era haber conocido a mis seguidores en mi primera gira, unos años atrás, cuando toda la fama de Internet y su repercusión, se volvió tangible.

El video había sido agradable, y los dos estábamos conformes con el contenido creado. Con suerte, al día siguiente al llegar a casa, contaría con algunas horas para editarlo, y en la noche, ya estaría en línea para que todos lo vieran.

Con el cansancio que todos traíamos después de tantos días de trabajo, las luces del micro se apagaron temprano, y fuimos durmiéndonos de a poco, hasta que todo se transformó en silencio.

Por lo menos hasta entrada la madrugada, cuando un terrible trueno me despertó, haciéndome saltar en el lugar.

Cuando abrí los ojos todos dormían, y fuera se estaba cayendo el cielo, y apenas se podía ver algo por la cantidad de agua que caía por las ventanillas.

Una tormenta.

Asustada, me senté más derecha y respiré profundo.

Como era una costumbre entre los conductores de larga distancia, al estar todos dormidos, aumentaban la velocidad de noche y todo se sentía como un borrón. Otros autos, camiones, micros, se veían como manchas que dejábamos atrás con un sonido aterrador. El viento nos estaba moviendo hacia los costados como si quisiera tumbarnos, y los relámpagos, por dios, ponía el cielo de día por un segundo.

—Ay no. — lloriqueé. Odiaba las tormentas en la ruta, no podía con ellas. En un avión no me hubiera molestado tanto, pero en la ruta, me ponía muy nerviosa.

Estaba sola, porque Max para dormir se había ido más al fondo. Donde no había apoyamanos entre los asientos, y se podía estirar todo lo que quisiera. El chico era alto, y necesitaba el doble de espacio del que necesitaba yo o mi representante, que era bastante más bajo.

Otro trueno hizo vibrar los vidrios, y mi bolso de mano terminó por caerse desde los compartimientos de arriba con un estruendo, y no pude seguir aguantando.

Sin pensarlo, me paré temblando, y caminé hacia el fondo al borde de las lágrimas.

No quería despertar a nadie, solo estar más acompañada de lo que me sentía

estando delante donde todos dormían alejados.

En la parte trasera del micro, todas las cortinas de las ventanillas estaban cerradas, y habían aprovechado el espacio, para desparramar algunas cajas con mis libros que mi representante había insistido en dejar a mano. Y también estaba Máximo, que dormía en el último asiento, –asientos en realidad–, cruzado a lo largo.

Resistiendo la tentación de sentarme a su lado, busqué una de las butacas que estaban al frente, y me senté allí, cerrando los ojos con fuerza, a ver si así lograba dormirme. Pero ya estaba demasiado nerviosa. La ruta se volvía cada vez más difícil, y las gotas de lluvia se escuchaban sobre el techo como balas.

¿O sería granizo? – pensé, intentando frenar mis temblores.

Fini, pareces una nena chiquita. No podés tenerle miedo a una tormenta.

Otro trueno me asustó y aunque pensé que me había tapado la boca a tiempo, un pequeño grito se me había escapado, sin querer.

—¿Delfina? – la voz ronca de Máximo se abrió paso en el silencio del micro, interrumpido por el sonido del agua cayendo, y me estremecí.

—Perdón, no quería despertar a nadie. – dije, girándome justo para ver como se sentaba derecho y se estiraba en su lugar. Su camiseta se había arrugado en un costado, y dejaba a la vista un poco de la piel morena de su abdomen.

Él negó con la cabeza, haciendo un gesto que le quitaba importancia, y corrió una de las cortinas, frotándose los ojos.

—Qué tormenta... – observó sorprendido.

—Si, la había notado. – asentí, subiendo mis piernas al asiento, haciéndome una bolita.

—¿Te dan miedo los truenos, Fini? – preguntó burlón, y de no ser porque estaba al borde de ponerme a llorar, me hubiera molestado su tonito. Pero en esas circunstancias, solo pude asentir, girarme para que no me viera, y claro, ... volver a gritar con un nuevo trueno. Ya a este punto, de verdad que no me

quedaba ni una pizca de vergüenza en el cuerpo. Todo era pánico.

Por el rabillo del ojo, capté que se ponía de pie, y venía a donde estaba, y se sentaba en el asiento que estaba junto al mío. Sin decir nada, posó sobre mis hombros una tela abrigada y suave que olía delicioso. Segundos después supe

que era el sweater que había llevado puesto, y es por eso que conservaba aun un poco de su calor. Suspiré, para inundarme con ese perfume fresco que tanto me reconfortaba. *Masculino, y frío, como quien lo usaba* – pensé.

—Estás temblando como una hoja. – se preocupó, frotándome los brazos.

—Es el susto, ya se me pasa. – dije, pero la voz me salió tan cortada, que no creo que me haya entendido.

A mi lado, me miraba pensativo. Casi podía notar la duda en sus gestos, estaba calculando sus próximos movimientos, inseguro de cómo actuar.

Seguramente no querría hacer nada que yo fuera a malentender después, pero a la vez, querría hacer algo para ayudarme porque me veía pasarla tan mal.

Con un pequeño gruñido tiró de mí, hasta quedar sobre su pecho y me abrazó. No supe interpretar su gruñido. No sabía si había sido frustración, enojo, o qué... pero ahora tampoco me interesaba. Sus brazos me envolvían entera, y además de darme calor, me devolvían de a poco la tranquilidad que necesitaba.

No quería pensar que le estaría costando abrazarme, porque eso me hubiera lastimado, y no necesitaba eso justamente ahora. Solo quería imaginarme que él estaba disfrutando de ese momento tanto como yo lo hacía.

Incliné mi cabeza hacia arriba para mirarlo, y él me sonrió, suavizando su gesto, y llenando de esperanzadoras mariposas todo mi pecho. Mierda.

No sé ni cómo pasó, fue todo muy rápido.

Max, había entreabiertos los labios para decirme algo, tal vez alguna palabra tranquilizadora que me sacara de mi trance. Ese que él pensaba se debía a los truenos, –y que si, había comenzado por ellos– aunque ahora se debiera más a

su cercanía y a todo lo que su rostro tan cerca me provocaba...

Y yo la había cagado.

Del todo esta vez, no tengo cómo justificarme. Soy imbécil.

Muy imbécil, porque lo vi como una señal para lanzarme y eso hice.

Lo próximo que supe es que aun sujeta a su pecho, me le abalancé a la boca y lo besé, sin darle tiempo a respirar.

Capítulo 22

Sus labios se movieron cálidos sobre los míos, respondiendo de manera mecánica a mi intempestivo beso, y yo no pude evitarlo. Me apoderé de su boca como mejor sabía, como había llevado tiempo imaginando. Casi como aquella vez en Córdoba, aunque aquella vez, hubiese sido él quien lo había iniciado.

Recreándome en cada rincón, memorizando su sabor, y cómo se sentía, para llevarme ese beso conmigo siempre. Dejándome guiar por su beso con los ojos cerrados cuando por fin respondió, y me lo devolvió con las mismas ganas.

Máximo jadeó en un intento de reponerse, y yo me separé de a poco, dejándolo respirar. Y tal como me había ocurrido aquella mañana en Mendoza, el arrepentimiento me partió al medio, y desesperada busqué en sus ojos alguna pista de su humor. *Ay Fini, Fini...*

Pero para mi sorpresa, no dijo nada. Se me quedó mirando, y al cabo de un momento, cuando pensé que me volvería loca, sonrió. Una pequeña sonrisa pícaro que fue creciendo, hasta convertirse en una risa. Una carcajada.

—Tan bien que nos estábamos llevando... — suspiró entre risas.

—Perdoname, Max. — me disculpé avergonzada. Debía pensar que era una loca. —Te juro que no sé qué me pasó...

—Está bien, estabas asustada. — dijo para justificarme. —Te hacía falta un

abrazo, y esas cosas pasan.

—Me hacía falta un abrazo. – repetí como idiota. *En realidad me hacía falta un beso*, tenía ganas de decirle, pero por suerte no lo hice.

—No pasó nada, no te hagas problema. – dijo y volvió a acomodarme en su pecho, de manera amistosa. —Ahora dormite.

Como si mi cuerpo le hiciera más caso a él, que a mi propio cerebro que aun estaba mortificado por lo sucedido, me fui quedando dormida, sintiéndome acunada y reconfortada por quien a estas alturas, debía tener el peor concepto de mí.

La mañana siguiente, el sol que entraba por todas las ventanas me despertó, y me removí en mi lugar, frunciendo el ceño por tanta claridad. El cielo se había despejado, y estaba azul turquesa brillante.

Me giré hacia un costado, y al notar que estaba sola, me inquieté. El

recuerdo del beso volvió a mí de repente, y quise hacerme chiquita hasta desaparecer en la butaca y que nadie me viera. Ahora a la luz de un nuevo día, me parecía aun peor lo que había hecho. Si alguien me hubiera plantado semejante chupón después de haberlo rechazado tantas veces, dejándole claro que no me gustaba, seguramente se hubiera ligado un tortazo en toda la cara.

Y no porque Max lo fuera hacer, porque era todo un caballero y ni lo mencionaría, pero bien merecido me lo tenía.

Disimuladamente, me asomé al pasillo del micro, y lo vi tomando mate con el fotógrafo, conversando relajado y comentando que en una hora llegaríamos a destino, y el pulso se me aceleró.

Se giró apenas, y como si no hubiera sucedido nada, levantó la cabeza en señal de saludo, y los dos me dieron los buenos días, con normalidad. No había enojo, malas caras, reproches, ni tensión. Suspiré aliviada...

Tengo que dejar de ser tan estúpida. – volví a prometerme con la misma vehemencia que ya me lo había prometido unas mil veces, desde que había

conocido a Máximo.

Al llegar, cada uno se había ido a su casa a descansar. Había sido intenso, y creo que todos estábamos sobrepasados, pero yo no podía más. La noche, la tormenta, aquel beso, era demasiado.

Para la próxima gira, faltaba toda una semana, y además de ponerme a editar y grabar algunas cosas, pensaba dormir. Así que rompiendo con todas mis costumbres, entré a mi departamento, y tras una ducha reparadora, tomé mi celular y lo apagué. Así es, lo apagué. Creo que nunca lo había hecho... Estaba encendido desde que me lo había comprado, pero era justo lo que necesitaba.

Necesitaba desconectarme.

...Desenchufarme por unas doce horas, mínimo.

Máximo

La gira estaba afectándonos a todos.

Los horarios alocados de descanso y comida, sumado a los eventos multitudinarios, y las presentaciones de Delfina, nos había dejado a todos los que la acompañábamos, cansados y con ganas de volver a casa.

Por eso es que no pensaba ya martirizarme con lo ocurrido con la chica de cabello lila. Estaba borracho y no sabía lo que hacía, había sido una locura temporal, fin. Y tampoco pensaba martirizar a Fini por lo del beso.

Estando en semejante crisis nerviosa, y conmigo confundiéndola con mis abrazos en un torpe intento de calmarla... Cualquiera podía confundirse.

Estaba de buen humor. Tanto que hasta iba a perdonar a Paul, su representante, por hincharme las pelotas ni bien había bajado mi bolso del micro en la puerta de casa. Quería asegurarse de que esa semana nos dejaríamos fotografiar por ahí, y a Delfina le estaba pidiendo que comiera fruta y no harinas, para bajar la panza que le había dejado tanto viaje.

¿De qué panza hablaba? – pensé mirándola con atención, mientras ella hacía lo mismo, conteniendo el aire para achicar el vientre que ya de por sí, era plano. Parecía avergonzada.

Sacudí la cabeza, contrariado, pero no me metí, porque no era asunto mío después de todo... Toda esa estupidez, desaparecería en unos días.

Ya todo volvería a la normalidad.

—Este jueves, podemos arreglar una salida. – comentó el agente, chequeando el calendario. —Se visten bien, y salen a cenar. – decidió sin preguntarnos, haciéndome apretar los dientes.

—Max, no tenés que... – empezó a decir Delfina, pero la frené.

—No, ahora no. Organizamos después. – dije, impaciente en llegar a mi hogar. No iba a dejar que nada cambiara mi humor hoy, ya habría tiempo para pensar en esa bendita salida.

La chica asintió y levantó una mano a modo de saludo antes de volver a subir al micro que la dejaría en su casa, sin darme tiempo a decir nada más.

¿Había sido antipática mi respuesta? – me pregunté. No era mi intención, solo estaba cansado... seguro entendería.

Como fuera, me había bastado con entrar al departamento para que todo mi buen ánimo cayera en picada hasta quedar por los suelos. No había luz.

—¡Mierda! – me quejé, probando como idiota en todos los interruptores. El refrigerador, estaba rodeado de agua, señal de que llevaba horas descongelándose, y ya me podía ir olvidando de la comida deliciosa que mi mamá me había dejado en el freezer. Comida que pensaba aprovechar justo ahora que llegaba de días de viaje y no contaba ni con un tomate.

Después de muchas puteadas y maldiciones, me decidí a llamar a la empresa de energía eléctrica, solo para recibir un humillante recordatorio de que me habían cortado simplemente porque no había pagado. Quise justificarlo con mi ausencia, pero no les importó.

De todas formas, me informaron que no era solo una boleta que estaba impaga, y hasta que no saldara mi deuda, no volverían a conectarme. Genial...

Ahora más que nunca, estaba atado al compromiso que había asumido con Delfina, su representante y mi editor. Si quería ver un centavo de todo esto, me tocaba aceptar a todo lo que quisieran. *Más me convenía ir pensando que me pondría para salir a cenar ese jueves.* – pensé con amargura.

—¿Dónde mierda fue que puse las velas? – pregunté, registrando las alacenas a oscuras, solo iluminado por la linterna del celular.

Delfina

Nos estábamos llevando mejor.

Tal vez por todo lo que habíamos vivido en la gira, o porque ya cada uno había vuelto a su rutina tras ella, pero sentía que habíamos llegado a un punto en el que estábamos aprendiendo a trabajar juntos.

Tampoco voy a decir que Máximo derrochaba simpatía, eso hubiese sido ir muy lejos, pero al menos ya no me gruñía tanto cuando nos veíamos para grabar un video.

Mis comentarios sobre belleza o maquillaje, ya no le sacaban suspiros de hastío, y creo que hasta intentaba no poner los ojos en blanco cuando aparecía con uno de esos atuendos que tanto me gustaban.

La prueba de fuego, había sido una de esas tardes en las que estábamos haciendo un video, y anuncié que mi idea era cubrirme por completo de purpurina rosa.

—La cara... – había dicho, pero yo negué con la cabeza.

—Todo el cuerpo. – aclaré. —Me quedo en bikini y después de ponerme alguna crema o algo con lo que se quede adherida, me tiro purpurina. Como un challenge. – agregué. —Si querés ayudarme, para que me cueste menos...

Después de que se me quedara mirando por todo un minuto –un minuto

entero en el que no sabía si estaba por darle algo, o estaba a punto de llamar una ambulancia para que me internaran— preguntó sin mudar aun la expresión de su

rostro.

—¿Por qué?

—Porque es divertido. — respondí, encogiéndome de hombros.

—Divertido. — repitió. —Solo veo tres problemas. — lo miré esperando que me los dijera, así que eso mismo hizo, enumerando con sus dedos, todavía con el mismo gesto inalterable. —Uno, vas a dejar tu departamento hecho un asco.

—Me encanta limpiar. — refuté.

—Ok. Dos, si esa mierda te entra en las vías respiratorias, te podés morir. —

dijo y me reí porque suponía que exageraba. —Si te entra en los ojos, te puede lastimar las córneas, y dejar un daño permanente. Podés quedar ciega.

—No debe ser para tanto...

—Ok. Tres. — dijo acercándose para mirarme bien. —¿Estás loca? No, de verdad. — comencé a reír —¿De verdad vas a comprar bolsas y bolsas de purpurina para echártelas encima porque sí? — me reí al ver como esa aparente tranquilidad con la que había empezado a hablar, iba desapareciendo, para dejar ver al Máximo de siempre. Que se frotaba el cabello con las dos manos, exasperado, y se ponía tan tenso que las aletillas de su nariz se dilataban de manera graciosa. —¿Es que no se te ocurrió otra idea más pelotuda, en donde además de arruinar tu departamento y probablemente tu salud, también quedes ante todo el mundo como una desquiciada?

Él estaba mortalmente serio, crispado hasta el punto de que se le subieran los colores, y yo me secaba las lágrimas de la risa. No podía evitarlo cuando se ponía en ese plan.

—Si quieres la próxima traigo unos cuantos fósforos y te prendo fuego. —

sugirió, gesticulando mucho con las manos. —Eso sí, antes, te das un bañito de alcohol, para que el fuego quede bien adherido.

Me sostuve la barriga que dolía como un calambre de tanto reírme, mientras él seguía refunfuñando.

—O puedo ponerte esa máscara de miel que tanto te gusta, y después reventarte un panal de abejas encima. — siguió diciendo, y aunque su tono era de lo más sarcástico, notaba que se estaba divirtiendo conmigo.

—Basta. — le rogué, empujándolo por los hombros, y entre mis ojos llenos de lágrimas, me pareció ver que un poco sonreía.

Si, esa había sido una prueba para nosotros. Por supuesto, al challenge sí que lo hice, y me quedó uno de los videos más vistos de la semana. Uno en el que

nos habíamos reído incluso horas después, del lío que había armado. Quién iba a decirlo, Máximo estaba en lo cierto con lo del departamento hecho un asco, ya que me llevó días el que volviera a ser el de siempre. Y hasta mi pobre gata Moona, había quedado brillante y molesta, estornudando purpurina por horas.

Y si el periodista no me había asesinado ese día, creo que ya podía descartarlo con toda seguridad.

Cada tanto todavía me mandaba una foto al Whatsapp si se encontraba brillos en la ropa o en su comida, y yo me reía sola mirando la pantalla.

No iba a reconocérselo, pero no volvería a hacerlo, por más que quisiera que las visitas a mi vlog crecieran. Y no me escucharían diciéndolo en voz alta —

porque en el mundo de los youtubers sería la peor blasfemia—, pero: la brillantina podía ser una verdadera pesadilla a veces.

Ese jueves, Paul lo había organizado todo para que saliéramos.

Máximo me había buscado por casa, y los dos llevábamos prendas nuevas.

Él, un jean oscuro chupín, una camiseta blanca, y una campera de cuero con diseño militar y tachas, estaba tan sexy, que daban ganas de llorar.

Yo tenía un vestido lila con vuelo sin espalda, y unos tacones rosa chicle que me habían encantado.

—Las marcas de ropa se están peleando por vestirlos. – había dicho contento, lo que se llevó un gesto duro del periodista, junto con unas maldiciones dichas entre dientes.

Por suerte, esa noche no nos acompañaría, como había hecho en otras oportunidades. Iríamos solos, y no tendría que preocuparme de que se pelearan en pleno restaurante, o armaran una escena frente a la prensa.

Y como estaba en tan buenos términos con Max, tampoco me preocupara demasiado el quedarme a solas con él, como otras veces.

Puede ser una velada agradable. – me propuse.

—Todavía no puedo creer que no conozcas a Prince. – dijo frustrado, mientras se terminaba su copa de vino de un trago en el restaurante. —Es una leyenda, un músico como ningún otro.

—A lo mejor escuché algo de él, sin saber. – sonreí encogiéndome de hombros.

Llevábamos un buen rato mirando la música que tenía guardada en su móvil, y aunque algunas bandas las había reconocido, la gran mayoría eran nuevas para

mí.

—Depeche Mode. – repetí, leyendo. —Esta me suena. – comenté y el sacudió la cabeza con incredulidad. —The Clash... wow. No, esa nunca la escuché, seguro. – seguí mirando. —Bon Jo... Bon Jovi. Creo que vi una película con él, donde también actúa Ashton Kutcher.

—Ok, basta. – me cortó riendo, quitándome su celular. —Ahora estás haciéndome sentir demasiado viejo.

—Viejo, no. Pero nací en los noventa, y si no es de los 2000, es probable que no lo conozca. – argumenté.

—Por Dios, debes pensar que Britney inventó el pop. – suspiró entre risas.

—Es la reina del pop.

—Esa es Madonna. – me discutió, levantando su dedo índice, sin rastros de diversión.

—¿Madonna es esa cantante vieja que estaba enojada con Lady Gaga? –

pregunté y creo que dejó de respirar. —Es broma – me reí —sé quién es Madonna.

—A veces creo que decís esas cosas a propósito para ponerme nervioso. –
entornó los ojos.

—No todo el tiempo – admití, un poco animada por el vino. —...pero es divertido ver cómo apretas los dientes, enojado. Justo así. – lo señalé y un poco sonrió.

La conversación se daba sola. Fluía sin incomodidades, de manera agradable, creando un ambiente amistoso en el que me sentía en confianza, como pensaba que también le pasaba a él. Es más, había en el aire un poquito de coqueteo.

Teníamos un tonteo agradable, y juguetón, que tal vez alentado por lo amena que estaba siendo la velada, hacía que los dos nos dejáramos llevar un poco más.

Me había contado de sus primeros años como periodista, de sus dos mejores amigos Simón y Benicio, y de todo lo que quería hacer en los próximos años de su carrera.

Me contó que otros medios lo habían llamado, y que gracias a la exposición que estaban teniendo sus artículos, tenía ahora, más ofertas de trabajo.

Y yo le conté de mi familia, de Tati y Franco, y todas las aventuras que habíamos compartidos cuando éramos nuevos en la ciudad.

Las horas fueron pasando, y aunque ninguno se dio cuenta, el restaurante iba a cerrar y teníamos que irnos.

Afuera, los fotógrafos aprovecharon para tomarnos algunas fotografías, y hacernos millones de preguntas que ninguno quiso responder. No teníamos obligación de hacerlo, y según Paul, tampoco importaba. Lo que ellos querían era vernos juntos, y ya con eso podían contentarse. Yo sonreía, y saludaba en silencio, acostumbrada al acoso, y Máximo, me sujetaba por la espalda para que no me empujaran, llevándome con cuidado hasta la parte trasera del auto que nos aguardaba, para dejarnos primero a mí y luego a él, cada uno a su casa.

—Lo de hoy estuvo bien. – reflexionó, y me hizo reír que eso lo sorprendiera tanto.

—¿Ves? Podes pasar tiempo conmigo, sin querer matarme o matarte. – bromeé.

—Es una novedad. – asintió, siguiéndome el juego. —La pasamos bien.

Un mechón de mi cabello cayó hacia mi rostro, y él lo atrapó entre sus dedos en el acto, volviéndolos a colocar detrás de mi oreja, con una caricia. Levanté la mirada por reflejo y me sonrió. Ay. Esa sonrisa torcida, magnética que lo hacía mil veces más atractivo.

Estaba de buen humor, yo también lo estaba. Era de noche, la parte trasera de ese auto estaba oscura, habíamos tomado vino... él se había pasado parte del camino mirándome a los ojos, no me lo había imaginado. Y ahora... llevaba un rato mirándome la boca, por eso es que pueden entender que yo haya malinterpretado un poquín la situación, otra vez ¿no? Solo un poquín, nada grave.

Pueden entender ...que me inclinara hacia delante –cuando creí que estaba a

punto de decirme algo—, y le hubiera robado un beso rápidamente, mordiéndolo de paso, en el proceso.

Ay, Fini...

Por supuesto, me frenó. Después de haberse dejado besar un poco, eso si, se separó con suavidad, desviando la cabeza hacia un costado, y yo me quedé por un segundo besando el aire. *Mierda, de nuevo.*

—Delfina, ya lo hablamos mil veces... – susurró en mi oído, tal vez para que el chofer no lo escuchara rechazarme de esa manera tan fea, lo que agradecí.

Y yo, que a la idiotez de siempre, podía sumarle otra cuota extra debido al alcohol que había consumido, le contesté con frustración. Esa misma que sentía desde hacía tiempo.

—Si, pero me decís una cosa y después me mirás así... – lo señalé contrariada. —me confundís todo el tiempo, Max. – dije con sinceridad.

—Ya sé. – cerró los ojos, lamentándose y sacudió la cabeza. —No es que no me sienta atraído. Me pareces una chica muy linda. – dijo y el corazón se me disparó en el pecho.

— *Pero* no me soportas. – adiviné, retrocediendo en el asiento. — *Pero*, tenemos que seguir trabajando juntos. – seguí diciendo, porque ya me sabía las excusas de memoria.

—No, te iba a decir otra cosa. – contestó, acomodándose el cabello y pasándose el pulgar por el labio inferior. —No soy tu tipo, Fini.

Ah, claro. Me había olvidado de ese *pero*.

—Ni yo soy el tuyo. – me acomodé enfrentándolo, para mirarlo mejor. —

Aunque la chica del pelo lila no parecía serlo tampoco. – insistí, porque no podía perder la oportunidad de echarle ese detalle en cara.

—Delfina, somos muy distintos... – dijo, y también se reclinó como si

estuviera por dar una larga explicación. —Después de la gira, y de conocer más a tus amigos, y la gente a la que frecuentas, me di cuenta de que sería una mala idea. — se encogió de hombros. —Conmigo te vas a aburrir ...en menos de lo que tardas en subir un video.

—¿Por qué decís eso? — pregunté, desconcertada. ¿aburrirme de él? No veía cómo, me parecía una de las personas más interesantes que había conocido.

—Porque sí, mírame. — y lo hice, sí que lo hice. —Yo no tengo el pelo de colores, ni me pongo esa ropa moderna que te gusta. No compartimos ni un solo gusto. — enumeró. —No escuchamos la misma música, ni tenemos los mismos intereses.

—Pero... — me interrumpió cuando quise discutirle.

—A vos te gustan los retos divertidos de internet, ir a eventos, llevar una vida que se mueve a toda velocidad, y es tu trabajo. — agregó suavizando el tono de voz. —Y va perfecto con tu edad.

—Mi edad. — repetí, resignada.

—Si, Fini. Tu edad. — asintió. —Yo prefiero quedarme en casa, leer. Me gusta mucho leer. Me gusta la psicología, la sociología, me interesa la política y vos misma ayer me reconociste que no sabés ni quién es el gobernador de la

provincia.

—Soy mala con los nombres. — quise defenderme, un poco avergonzada.

—Está perfecto. No tiene por qué interesarte lo mismo que a mí, por eso te digo que te aburrirías.

—Y si ese fuera el caso. ¿Qué importa que me aburra en unos días? — quise saber. —No entiendo por qué un beso tenga que traer semejante discusión. Son solo besos.

—Sí que me importa, porque ya no tengo veinte años. — dijo, seguro. —Y

hay cosas de las que ya me aburrí. – bajó la cabeza avergonzado. —Lo que pasó con la chica en el hotel, eso ya no es lo que quiero para mí. Tengo que enfocarme en mi trabajo, forjarme un futuro de una vez, y después, no sé... sentar cabeza.

Y no me quedó nada para decir. Eso no podía rebatírsele.

Le parecía atractiva, si, pero no le gustaba lo suficiente como para pensar en un futuro conmigo. Yo no era el tipo de chica con la que él sentaría cabeza, me quedaba clarísimo, de verdad entendía sus razones. Pero estas no hacía que no me doliera en lo más profundo del alma.

Llegamos unos minutos después, minutos que pasamos en completo silencio, porque ya ninguno tenía más ganas de hablar.

Capítulo 23

Máximo

Resoplé mientras colgaba las llaves en el llavero que estaba al lado de la puerta.

Si no fuera porque se trataba de ella, le hubiera puesto fin a la situación saliendo de escena sin pensar en lo que diría mi editor o su representante. Esto ya había ido demasiado lejos, y yo no quería problemas.

¿A quién engaño? Probablemente hubiera subido a su casa, y hubiera terminado aquello que habíamos empezado en el taxi. – pensé resignado, echando la cabeza hacia atrás.

Encendí la luz, y miré a mi alrededor.

Si, ya había podido pagar mis boletas atrasadas. De hecho, un día después de regresar de la gira, me habían cargado en mi cuenta bancaria una suma de dinero que me resultaba increíble. Creo que nunca había tenido tanto y me sorprendía que no hubieran llamado del banco, creyendo que se trataba de un error.

Cubría mis deudas, el alquiler, todo lo que ahora llenaba mi refrigerador y

alacena, y todavía quedaba para seguir gastando el resto del mes.

En concepto de mi “participación” como asistente o colaborador de Fini Moon, según indicaba el correo con el que me había avisado del depósito.

Y era el primero de tres pagos que se cargarían en los siguientes días.

Sumado a eso, la gente de la editorial ya había leído mi material, y me habían enviado un contrato para que revisara.

Todo iba tan rápido.

Todo lo que tenía que ver con Delfina era así, hasta ella se movía rápido.

De solo recordar cómo se me había abalanzado a besarme, me ponía malo.

Sabía que si me dejaba llevar por la atracción física, terminaría complicándome la existencia. Ella era inmadura, y podía traerme millones de problemas. Sin mencionar a su representante, que me haría la vida imposible si algo salía mal. Desde mi desliz con la fan en el hotel, me miraba con una sonrisa suspicaz, esperando a que volviera a meter la pata.

Quedarme encerrado en ese baño, extorsionado por una loca, me había servido como muestra de que necesitaba otra cosa en mi vida.

Ya no estaba para estas pavadas...

Me sacudí el cabello y me encaminé al baño, donde me daría una ducha fría.

Muy, muy fría.

Delfina

—Si yo fuera vos, me cansaría de tentarlo. – dijo Tati, mientras se pintaba las uñas de los pies. Estábamos las dos solas, para variar, porque mi hermano estaba de viaje, y nos habíamos juntado para ponernos al día. —Es obvio que te tiene ganas.

—Ya me dijo en todos los idiomas que no quiere estar conmigo, amiga. – me

reí. —En todos los idiomas, y de todas las formas que podía, y yo me cansé de que me rechace. — me tapé el rostro. —Me cansé de los papelones con él.

—Ningún papelón. — se rio también. —Que sos un poquito pesada, eso todos lo sabemos. — bromeó y yo le mostré el dedo medio. —Pero no te digo que lo persigas, que le ruegues, o lo andes besando cada dos por tres. — negó con la cabeza. —Creeme que yo en su lugar, te hubiera frenado de maneras menos amables.

—¿Entonces qué pretendes que haga? — pregunté. —No soy su tipo de chica, me dolió lo que me dijo.

—Ah, no. — se sentó más derecha, y me miró muy seria. —Yo pensé que estábamos hablando de atracción, y de que querías acostarte con él y nada más.

Si te pasan cosas, y tenés otros sentimientos, te digo que no. Que no hagas nada, que tiene razón y es una muy mala idea.

Fruncí el ceño porque no era lo que quería escuchar.

—N-no. No tengo otros sentimientos. — mentí. —Pero a vos también te dolería que te dijeran que no sos del tipo de chica con la que imaginar un futuro.

Te dolería en el orgullo.

—Puede ser. — asintió. —Pero es que tiene todo el derecho del mundo de pensarlo y de decírtelo, Delfi. No sos lo que él imagina para novia. Ahora, que si no te interesa ser su novia, eso ya es distinto... — sonrió, alzando una ceja.

—¿Y tu plan sería...? — quise saber, cada vez más intrigada.

—¿Él cree que sos inmadura o ingenua porque sos más chica? — se encogió de hombros. —Aprovechate de eso, y explotalo todo lo que puedas.

—No sé si te estoy entendiendo. — entorné los ojos, a lo que parecía un

consejo sacado de una revista Cosmo.

—Yo te voy a explicar. – asintió decidida.

Horas después, cuando mi amiga ya se había ido, sus palabras aun resonaban en mi mente. No sabía si era una buena idea, pero ya no tenía mucho que perder.

Quería estar con Máximo, y no me importaba nada más. Y de no ser porque él mismo me había reconocido que se sentía atraído por mí, no hubiera seguido insistiendo, pero sabiendo eso, por lo menos tenía que hacer un último intento.

Tal vez, si llegaba a conocerme mejor, si pudiera verme como alguien con quien compartir un futuro. – pensé. Tal vez si veía lo bien que podíamos pasarlo estando juntos, cambiara de parecer.

Y así fue como esa noche, cuando me recosté y más y más lo pensaba, lo mío con Máximo ya no se me hacía tan imposible...

Lo más fácil hubiera sido cambiar. Ponerme ropa más sobria y actuar de un modo más recatado. Volver a teñir mi cabello a su color natural, o dejar YouTube para desaparecer de los medios de prensa y adoptar un perfil bajo. Seguramente eso era lo que Máximo esperaba en una pareja, pero yo no podía hacerme eso.

No después de todo lo que había luchado para aceptarme tal cual era.

—El problema no lo tengo yo. – me dije, acomodando los moños de mi cabello. —El problema lo tiene él, que no quiere aceptar que le gusta una chica que no es su tipo. – sonreí, pintándome los labios de fucsia fuerte.

Y yo pensaba demostrarle lo mucho que le gustaba...

Ese día, grabamos en casa un challenge en donde teníamos que adivinar qué estábamos comiendo, con los ojos vendados y no. No me arrepiento de haber gemido de placer cuando me tocó probar chocolate fundido, o de chupar de manera sugerente la cuchara con la excusa de que estaba delicioso. Ni

siquiera me arrepiento de fingir que no me daba cuenta cuando me había manchado las comisuras con caramelo, para que él tuviera que limpiarme.

Y eso no había quedado así...

Cuando fue mi turno, me recreé en sus labios dando pinceladas de dulce de leche, que él luego recogió de manera eficaz con la punta de su lengua, haciéndome estremecer.

Lo que había empezado como un reto inocente, en donde nos habíamos reído, se convirtió en una versión triple X, en la que la temperatura había subido hasta volverse insoportable. Máximo no paraba de carraspear, o acomodarse en el asiento, y yo estaba que le saltaba al cuello de un momento a otro.

Aun así, al terminar, se despidió apurado y tenso como un palo, apenas haciendo contacto visual conmigo.

A los dos días, teníamos que volver al Spa, para probar una mascarilla reductora de abdomen, en la que aproveché para lucir uno de los bikinis que una marca conocida me había regalado, y nada.

Era una de las prendas más pequeñas y más bonitas que me había visto usar.

Una de un color rosa cobre metalizado, o “rose gold”, como lo llamaban, y era tendencia de la temporada.

Me había depilado con esmero cada pequeño centímetro de mi piel, y al parecer, a él le daba lo mismo que usara un jersey holgado, y mis peores calzas de gatitos.

Se había mantenido mirando el suelo todo el tiempo. Ni cuando Antonia le pidió que me alcanzara una bata para cubrirme, levantó los ojos. Creo que me lanzó la prenda a cinco metros de distancia, como si tocarme fuera a quemarlo.

No puedo negar que tanto fracaso estaba comenzando a frustrarme, y quizás era eso lo que me animaba a seguir intentando.

Nunca en la vida me había considerado caprichosa, y estoy segura de que mis

padres podrían dar fe de que no lo había sido ni de niña, pero con Max, estaba rompiendo todos mis patrones.

Estaba determinada a causarle algún efecto y no me detendría.

Se sabe que en temas de vergüenza o dignidad, ya venía en falta desde hacía tiempo, de todas formas. Así que no tenía nada que perder, más que mi paciencia.

Me apliqué otra capa de labial, con dedicación –y sí, sacando un poco la boquita–, buscando disimuladamente su mirada en el espejo, ya que sabía que estaba ubicado detrás, pero para variar, estaba mirando cualquier otra cosa menos a mí.

Como si fuera invisible. – pensé y suspiré desilusionada.

Máximo

Estaba *nervioso*.

Delfina llevaba horas grabando videos para sus historias de Instagram, y aunque ese, de por sí, podría haber sido el motivo para que me sintiera incómodo, fuera de lugar, y al borde del brote psicótico, lo que me tenía mal era cómo iba vestida. Solo una batita transparente de encaje sobre su traje de baño...

No, *nervioso* no era la palabra que antes había querido utilizar.

Recién volvíamos del Spa, y ahora estábamos aprovechando lo que quedaba del día, para seguir sumando material para mis artículos. Me estaba enseñando los programas y diferentes softwares que usaba para editar sus videos, y aunque había sido mi idea, ahora me daba cuenta de que eso implicaba más horas con ella. Al momento de sugerirlo, ni se me había pasado por la cabeza.

Ahora, estando a solas y tan cerca, era el lo único que podía pensar.

Desde nuestra salida del jueves, las cosas estaban raras. Porque aparentemente me había escuchado, y ya no había vuelto a besarme, o nada

parecido la tensión seguía existiendo entre nosotros, y era peor que nunca.

O tal vez solo yo lo notara, o me estuviera imaginando cosas.

—Y entonces, con este programa puedo agregar música al video, solo pegando la pista de mp3 aquí debajo. – explicó, inclinándose hasta rozarme, para alcanzar el mouse. Estábamos los dos sentados en sillas frente a su ordenador, y aunque hubiera querido poner distancia, si quería enterarme de algo de todo lo que estaba contándome, era imposible.

Otra vez el perfume dulce de su cabello comenzaba a confundirme, y me podía ver perdiendo los papeles si no ponía un punto final a todo aquello.

Me recliné contra el respaldo, con la excusa de estirar mi espalda, y la muy jodida, aprovechó para ladearse más sobre mi regazo con medio cuerpo. Su espalda estaba casi tocando mi pecho, y su pelo rosado era lo único que podía ver, o respirar. De la forma en la que tenía colgando su brazo, si yo me movía, podía tocarme con su codo en ...en donde no convenía que me tocara. Y menos en estos instantes. Cerré los ojos, contando hasta mil, en un esfuerzo por serenarme, y aflojar *todos* los músculos de mi cuerpo.

No lo logré.

Maldije en voz baja, y retrocedí con la silla, haciendo un escándalo, mientras escapaba.

—Voy al baño. – creo que logré articular, a las apuradas.

No era la primera vez que me sentía acorralado por ella, pero a diferencia de todas las otras veces, donde tenía que admitir que un poco me había dejado llevar por las circunstancias, ahora me había dispuesto a mantener el control y estar quieto.

Y ya no podía decir que fueran insinuaciones directas, como si lo habían sido sus besos... esto era otra cosa.

Esto era Delfina, siendo ella, la youtuber divertida, si, pero también la chica que había comenzado a conocer, y con quien casi convivía desde hacía un

tiempo. La misma que aunque me resultaba a veces insufrible, también reconocía que se veía muy bien ...y a la que no me enojaba para nada tener que verla lucir esas pequeñas prendas con las que aparecía a veces.

No me juzguen, no soy un cerdo. Soy humano, y ese bikini dorado suyo, dejaba bizco a cualquiera.

Cuando volví a su estudio, después de un buen rato en el que me lavé el rostro con agua fría unas diez veces, parecía preocupada, y me había preguntado si estaba bien.

—Me duele un poco la cabeza, nada más. — comenté.

—¿Quieres algo para el dolor? — dijo apoyando el dorso de su mano en mi frente, como si quisiera tomar mi temperatura de manera casual, y yo reprimí mis ganas de resoplar. —Te ofrecería un té, pero no quiero que lo malinterpretes.

— bromeó, alzando una ceja, mordiendo una sonrisa pícara en sus labios y yo tragué en seco.

No, Delfina. No juegues... — advertí con la mirada, pero ella era pura inocencia, y seguía allí tan cerca, que toda mi piel, empezaba a traicionarme.

—No, gracias. — me reí, retrocediendo aparatosamente. —Me va a venir mejor descansar. Ya se hizo tarde, me tengo que ir.

Todo rastro de sonrisa desapareció de su rostro, dejando paso a la decepción.

—¿Seguro? Ya no me faltaba mucho para terminar de explicarte... — señaló su ordenador. —Pensé que después podíamos comer algo.

—Muy seguro. — insistí, desviando la mirada. —Ya tengo material para escribir lo que quería. — mentí, porque fuera como fuera, necesitaba irme.

Ella terminó asintiendo, y me despidió casi haciendo pucheros, antes de darme dos besos en las mejillas, que tampoco lo hicieron más fácil.

Llegué a casa unos minutos después, igual de alterado, y con la sensación de que había hecho bien, pero además de que había escapado por un pelo.

—Te tenés que poner a trabajar, Máximo. – me recordé.

Tal vez si quedaba tiempo, más tarde podía llamar a Josefina.

¿Qué estaría haciendo? Ella era una compañía más conveniente para mí.

Delfina

—Tu plan no sirve. – dije frustrada a mi amiga Tati, cuando esa noche me llamó para ponernos al día.

—¿Hiciste todo lo que te dije, Delfi? ¿Todo, todo?

—Si, todo. Y nada... – contesté.

—¿No le habrás vuelto a comer la boca a besos, no? – me reí. —Habíamos quedado que así lo asustabas, y te tenías que hacer rogar un poquito... tentarlo.

—¡No, nena! – me reí. —No lo besé ni una sola vez, aunque ganas no me faltaron... – dije recordando lo cerca que habíamos estado esa misma tarde, mientras editaba los videos en mi ordenador. Su silla pegada a la mía, su pierna tocando la mía, su perfume... Si hasta me parecía que el ambiente se había cargado de electricidad, y la poca distancia que aun existía entre nosotros, en el aire se volvía pura estática. Si, de la que pone el vello de punta.

—¿Te pusiste tu bikini dorado? – preguntó y le dije que si. —Puede ser entonces que no esté interesado, amiga. – suspiró. —Que no le gustes tanto.

—Él también me besa cuando yo lo beso, Tati. – contesté frustrada. —

Siempre dice una cosa, pero después me mira con esos ojos marrones que...

—

suspiré. —En el video de adivinar qué comíamos, hizo bromas de doble

sentidos, indirectas, y se lo notaba con mis mismas ganas de jugar a ese juego. –

recordé. —Me dijo que le parecía linda varias veces, y en Córdoba fue él quien...

—Entonces tiene mucho autocontrol, y está cumpliendo con lo que dijo. Lo subestimamos pensando que se iba a dejar tentar fácil solo por ser hombre. –

concluyó.

—¿Vos crees?

—Si. – se rio. —Pero no sé ni por qué te estoy dando consejos yo, justo yo.

Si el único chico que realmente me gustó... – se interrumpió porque siempre le

costaba hablar del tema. —Bueno, con él nunca pasó nada, para qué acordarse.

—Tati. – dije con tristeza, sabiendo lo que había sufrido en esa época.

—No, ya sé que así fue mejor. – se rio resignada. —Funcionamos mejor como amigos. Y quién te dice, a lo mejor, sea igual para ustedes. Para vos y Max. – dijo. —Está lleno de chicos lindos.

—Supongo. – dije enfurruñada, porque nadie me gustaba más, y nunca lo había hecho. —Creo que mi último intento va a ser este fin de semana, en la primera noche de la gira del sur. – pensé en voz alta.

—¿Tienen una cena o una fiesta? – quiso saber.

—Es una presencia en un boliche, y como queda lejos, después pasamos la noche en un hotel. – contesté.

—Interesante...

—No sé, pero si no tiene ninguna reacción, ni parezco interesarle, me doy por

vencida, y te doy la razón en que tal vez no le gusto tanto. – dije, triste.

—No me gusta cómo este chico te hace sentir, Delfi. – comentó. —Vos ya no sos así. Si no le gustas, es tema suyo. Vos sos hermosa. Lo sabés ¿no?

—Si, lo sé. – sonreí. —No quiero hablar de esas cosas, Tati. Es un tema superado. – me atajé antes de que empezara a preguntar si estaba comiendo bien.

No estaba de humor para interrogatorios innecesarios.

—¿Tu gira al sur es ahora? – cambió de tema de repente. —¿Cuándo vas a estar en Chubut?

—En quince días más o menos.

—¡A lo mejor viajo a verte! Tengo que aprovechar antes de los finales.

—Fran viaja para ver a la familia antes de su tour por Europa. – mencioné.

—Podrían organizar para ir juntos.

—¿Si? Es raro que no me haya dicho nada. – la noté contrariada. —¿No será porque va con su novia, no?

—No es su novia. – me reí pensando en la chica que había conocido en Instagram, y con la que después de conocerse, ya no habían vuelto a quedar.

Según sabía, habían pasado unos días bastante apasionados en su visita por Buenos Aires, pero no tenían intenciones de repetir.

No pensaba decírselo a mi amiga, para que no se hiciera ilusiones.

Había que ver lo rápido que podía mi hermano encapricharse con una nueva conquista... y lo poco que eso también podía durarle.

Cuando corté, miré el vestido rojo que tenía pensado usar en el evento.

Y tenía que decir que para ser un último intento, era uno por todo lo alto.

Corto, de una tela fina que se adhería a mi piel, esculpiendo mi figura y con una muy bonita espalda descubierta, era una de mis mejores prendas.

Con unos tacones y mi maquillaje a punto, me sentiría confiada para darlo todo.

¿Tenía algún plan? No exactamente.

Con el atuendo, se terminaba mi estrategia. Pero ya algo se me ocurriría...

Capítulo 24

Máximo

Acababa de cortarle el teléfono a Jorge, mi editor con la excusa de ponerme a empacar, pero la verdad es que ya tenía todo listo desde la noche anterior, y solo no había querido seguir hablando con él, porque me estaba sacando de quicio.

—Pensé que había algún motivo al principio, o que estabas exagerando con las ironías, Maxi. — dijo divertido. —Pero ahora me doy cuenta de que ni siquiera lo notas. Estás cambiado el tono de tus artículos completamente.

—Sigo pensando lo mismo que el primer día. — aseguré, pero después, en honor a la verdad tuve que aclarar. —En la mayoría de las cosas.

—Entonces puede que la chica te esté empezando a caer mejor. — se burló.

—Pasan tanto tiempo juntos, no sería raro.

—Jorge, cómo me caiga no tiene nada que ver con lo que escribo. Suelo dejar ese tipo de cosas de lado cuando trabajo. No mezclo mi vida personal, pensé que me conocías. — agregué ofendido. —En todo caso, puede que vos te estés empezando a confundir por culpa de esa estúpida estrategia de vender que entre nosotros hay algo más.

—Claro que te conozco. — se rio. —Pero también veo que Delfina es una chica muy bonita, simpática...

—¿Qué se supone que es esto? ¿Una entrevista? ¿Ahora vos también te crees los rumores que ayudaste a inventar? – pregunté más alterado.

—No, Maxi. No te enojés. – contestó más conciliador. —Como sea, me alegro de que ya no la pases tan mal con todo este asunto. La prensa parece haberse calmado. – comentó, cambiando de tema y tenía razón, porque desde que habíamos vuelto de la otra gira, no habíamos sido perseguidos por fotógrafos, lo que era un alivio.

Me despedí segundos después, solo para ver que había recibido un mensaje de Josefina, en respuesta a uno mío, en donde decía que no tenía tiempo para verme, porque estaba llena de trabajo. Podría la semana entrante, que era justo cuando yo me iba de gira con Delfina, y después ella volvería a Chile.

Resoplé.

Tenía otras opciones, pero ninguna me atraía en ese momento.

En mi agenda, el siguiente contacto al que normalmente hubiera llamado, era Gabriela.

Una productora de multimedios con la que había trabajado anteriormente también, buena amiga de mi padre, y si, unos años mayor, pero en este caso la diferencia generacionalmente no me parecía un problema.

Gabriela era una mujer experimentada. Cuatro décadas de experiencia –y tal vez un poquito más–, de mundo, sexy, y le sobraba estilo.

Nos gustábamos desde siempre, y cada vez que coincidíamos coqueteábamos, pero nunca había ido más allá. Tal vez cuando volviera de la gira, la llamaría... si. Iba a ser una buena manera de salir de una vez de la burbuja rosa con purpurina en la que Fini me había encerrado sin proponérselo todos estos meses.

Era sábado, y estaba llegando a su casa a la hora que habíamos acordado.

Apenas su puerta se abrió, y la vi... tuve que tomar todos esos últimos pensamientos de hacía un rato, hacerlos un rollito, y lentamente y con

paciencia, metérmelos en ...el bolsillo.

Mierda.

Tenía un problema, y ahora lo veía más claro que nunca.

Mi enojo con Jorge, con mis amigos, y con el resto de la prensa, era un problema mío. Tenía un conflicto conmigo mismo, y lo que realmente me pasaba es que me jodía de verdad admitir que ahora mismo estuviera mirando de esta manera ...a Fini. La misma Fini Moon a la que me había cansado de criticar.

No podía aceptarlo.

Simplemente no podía, y me inventaba citas con otras mujeres para querer volver a la normalidad. Pero ¿en realidad podía a estas alturas? Me había dicho una y mil veces que era consecuencia de la gira, la locura de los medios, y la cantidad de horas que compartíamos, pero, ¿qué tenía que ver todo eso con el modo en el que acababa de quedarme embobado mirándole las piernas?

Mierda, Máximo... – pensé sacudiendo la cabeza.

Delfina

Como era de esperarse, Max llegó temprano y yo aún estaba terminando de acomodarme el cabello.

Esa misma mañana me había retocado la tintura de las raíces, y el rosado estaba más brillante que nunca.

Suelto, lo dejé con sus ondas naturales, para darle un toque sexy al look.

Me sentía bonita, y hasta hacía cinco minutos, mi confianza estaba por las nubes, pero ahora ante la mirada de él, ya no estaba tan segura. Había fruncido el ceño, y después de un breve análisis incómodo en el que me sentí muy pequeñita, me hizo señas para que subieses del lado del acompañante en el auto plateado que manejaba.

Lo miré sorprendida, y cuando estaba por hacerle un comentario, con mi mejor sonrisa, él se me adelantó y me ladró.

—Paul lo alquiló para que vayamos al evento. – sin volver a mirarme, y ya que estábamos, sin siquiera saludarme, se subió del lado del conductor dejándome de piedra.

Estaba de más decir que las ganas de sonreír, se me habían ido definitivamente.

Me metí al auto en silencio, mirándome las manos sobre el regazo, y suspiré.

Como último intento, ya era un fracaso.

El lugar estaba lleno, y aunque teníamos reservado espacio donde estacionar, nos costó pasar, por la cantidad ridícula de gente que ocupaba la vereda y parte de la calle.

Escuché que Max maldecía por lo bajo, mientras maniobraba, y me sentí un poco culpable, porque sabía que este tumulto se debía a la promoción que mi agente había hecho por mi presencia.

—Este puto circo. – había dicho, despectivo, y yo me sentí uno más de los payasos.

—¡Fini! ¡Fini! – había empezado a gritar la gente apenas me vio, y yo me encogí un instante en el asiento.

No.

No era el momento de tener dudas o inseguridades.

Esos de allí fuera eran mis seguidores, y venían a verme.

Respiré profundo, formando una sonrisa en el rostro, y contando hasta diez, abrí la puerta para salir.

Antes de que pudiera poner un pie en el suelo, tres hombres enormes de seguridad, nos rodearon, y nos guiaron a la entrada, haciendo de escudo ante

la multitud.

El periodista, venía unos pasos por detrás, con el mismo gesto adusto que tenía desde que lo había visto, y ni siquiera se percató de que las chicas presentes también coreaban su nombre, entre otro montón de barbaridades. Estaban desesperadas por que les dedicara aunque sea una sonrisa.

¡Ja! Buena suerte con eso. – pensé divertida.

El dueño del boliche nos hizo pasar al VIP donde nos dieron la bienvenida con una mesa llena de bocadillos, y los tragos que quisiéramos degustar.

—Cerca de la una, te vamos a dar el micrófono, nada más tener que saludar a los presentes, hacerlos gritar, un poco y anunciar tu próxima gira. – explicó.

—

Si querés sacarte fotos, podemos hacer juegos o sorteos para invitar a los ganadores a que pasen al VIP. – y se apuró a decir, ante la cara de culo que estaba poniendo Max. – si tienen ganas.

Pero, claro, por más cara que quisiera poner, aquí mandaba yo.

—Obvio que quiero. – sonreí. —Sé que un grupo de chicas viajó desde Jujuy para conocerme. Si las encuentran, me encantará saludarlas. – le dije.

—Hecho. – contestó el otro, animado. —Lo que quieran, pueden pedirnos, y van a tener gente a su disposición toda la noche.

—Gracias, sos muy amable. – asentí, conmovida por su simpatía.

Me giré apenas, para ver que Max ponía los ojos en blanco y me mordí los labios. El dueño había dicho algo más, y él había resoplado. ¿Qué le pasaba?

Esperé a que nos quedáramos a solas y le pregunté.

—¿Estás bien? – y le estaba dando el beneficio de la duda. La oportunidad para que me dijera que se sentía mal o algo. Pero no.

Se encogió de hombros.

—Todo lo bien que puedo, estando acá. – señaló alrededor. —Odio estos lugares. Y el trato especial que tienen con algunos... – negó con la cabeza, mirando por donde el dueño se había marchado. —A ese tipo, le faltó ponerte una alfombra roja para que caminaras. – masculló. —O besarte los pies.

—A mí tampoco me encantan estos lugares. – comenté. —Daniel me pareció muy agradable, y además, ya estamos acá, y yo tengo que cumplir con mi compromiso laboral.

—Y yo también. – me cortó. —Te estoy acompañando, como se supone que tenía que hacer. – dijo, y juro que pude sentir su pesar en cada una de las palabras que había soltado.

—Yo... Perdón. – empecé a decir. —No sabía que te molestaba tanto. La próxima vez, le digo a Paul que no...

—Ya está, Delfina. – volvió a interrumpirme, sin mirarme. —Ya estamos acá.

Asentí con tristeza.

Esta noche no estaba yendo como había planeado...

Y hablando de Paul, una hora después, llegaba al VIP acompañado de montones de personas que tenía vistas del medio. Estrellas mediáticas, o ex famosos, que también eran sus representados, que aprovechando los tragos gratis, y las atenciones, se la estaban pasando en grande.

Noté que mis manos comenzaban a sudar. Este tipo de situaciones sociales en las que se esperaba que fuera extrovertida y simpática con desconocidos, me daban urticaria.

Prefería mil veces un encuentro con fans, donde las sonrisas, besos y abrazos, eran genuinos.

—Una foto de ustedes brindando, Fini. – me ordenó Paul, señalándonos a Max y a mí. —Y después necesito que vayan a bailar, y se dejen ver. – susurró cerca nuestro. Teníamos que parecer una pareja que la estaba pasando

bien. Esa era la idea.

A regañadientes, Máximo vino hasta donde estaba, y tomó una copa para brindar.

—Acérquense. – nos regañó entre dientes, y yo aproveché, divertida, la chance que tenía para hacerlo. Lo tomé por la cintura en un abrazo casual, que sabía que lo iba a alterar.

Tieso como un palo, me pasó una mano por los hombros, y forzó una sonrisa para las cámaras.

—Perdón, es para la foto. – me disculpé con inocencia, hablándole al oído, ahora que estaba tan cerca. Una farsa, por supuesto, no lo sentía en lo absoluto, estaba disfrutando de ese abrazo.

—Está bien. – masculló. —Terminemos con esto de una vez.

Tres flashes después, el fotógrafo contratado, se marchaba y nosotros volvíamos a la normalidad.

Más tarde, fue mi turno de recibir a mis fans, y de pasar al micrófono para saludar. Y aunque estaba que me comían los nervios, saqué lo mejor de mí, y la gente, encantada, estalló en alaridos, emocionados porque su noche acababa de comenzar.

Máximo, que había estado pegado a la barra del VIP, pasó por mi lado malhumorado, diciéndome que Paul le había dicho que nos tocaba bailar, y divertirnos también, y por la manera amarga en la que arrugaba la nariz, podía adivinar que hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Hasta en el dentista, para una extracción de las muelas de juicio... y no aquí.

La música era ruidosa, con bajos bien marcados, como se puede esperar de este tipo de sitios, y si bien era fácil dejarse llevar y mover la cabeza o los pies un poco, no me imaginaba a Máximo bailando entre la gente. Tan serio siempre...

Saliendo del VIP, había un pasillo que se comunicaba con los demás pisos y

pistas, y fue ese el lugar que elegimos para quedarnos.

Estábamos un poco alejados de la muchedumbre, pero a la vez, rodeados de todos los que habían podido acceder al VIP del boliche.

—Desde acá nos ve Paul y su gente. — explicó, acercándose a mí para que lo escuchara.

Lo veía tan incómodo, no quería ni mirarme. ¿Se suponía que lo tenía que obligar a bailar? ¿Cómo?

—No tenés que hacer nada que no... — empecé a decir, pero él me interrumpió.

—Deberíamos tomar algo. — sugirió y caminó decidido hasta la barra más cercana.

Capítulo 25

El tiempo siguió pasando, y los tragos también.

Mi cabeza se sentía más liviana, y mis caderas ya no podían escapar al ritmo contagioso de la música. No sabía lo que tenía mi bebida, y tampoco sabía si me gustaba, pero de seguro estaba surtiendo efecto. Bebí un sorbo y levanté una mano, bailando.

Todos a mi alrededor saltaban y se movían también, y Máximo...

Máximo había terminado con su tercer chupito, y ahora hacía un gesto chistoso cerrando un ojo mientras tragaba con dificultad. Mmm... lo que fuera que estuviera tomando, tenía que ser igual de fuerte. — sonreí.

Animada, lo tomé de una mano, y lo arrastré a bailar.

What about us de Pink y Cash Cash, sonaba en los altavoces y era una canción que me encantaba.

Ya no tan malhumorado, me siguió el juego, moviéndose conmigo, pero aun no me miraba.

—Hoy estás más gruñón que otras veces. – observé, y me reí tambaleándome.

—Es porque no me gustan estos lugares. – contestó agachándose a mi altura para que lo escuchara sobre la música.

—Hay lugares peores. – dije, pero no me escuchó, así que volví a intentarlo, poniéndome de puntillas, y sujetándome en sus hombros para quedar más cerca de sus oídos.

Sin querer, lo empujé apenas, y mi nariz rozó su mejilla.

Oh por Dios, qué bien olía...

Su perfume se sentía intenso y fresco, y su aliento dulzón era... uff.

No lo beses, Fini. No lo beses. – me dije en busca de control.

Máximo, al notarme inestable, me había sujetado por la cintura, y su pecho subía y bajaba agitado, chocándose con el mío.

Cuando nos miramos, no me quedaron dudas.

La atracción estaba ahí, y quemaba nuestras pieles, aunque poca estaba en contacto con la del otro. Separó los labios, y cerró los ojos, aspirando de mi aliento, mientras sus manos, subían por mi espalda desnuda.

Mis manos fueron instintivas a subir por su cuello, y puedo jurar que apretó los dientes con fuerza.

—Deberías sentarte y tomar agua, antes de que te caigas de cara al piso. – me regañó, reaccionando de golpe, y yo no entendí nada.

Hacía un segundo estábamos... y parecíamos a punto de...

—Vamos, Delfina. – siguió diciendo. —Si te pasa algo Paul me va a matar.

Ya nos vieron bailar juntos lo suficiente.

¿Lo suficiente? Yo no había tenido suficiente. – pensé mientras lo seguía hasta el reservado. Yo quería más de eso que teníamos hacía un rato. Quería volver a sus brazos, y respirar de su perfume, sintiéndome bien sujeta a su cuerpo.

Cuando llegamos, me senté en los sillones, y Máximo volvió a la barra, para seguir evitándome lo que quedó de la noche.

Cabizbaja, sintiendo que los zapatos me estaban dejándome un montón de ampollas y todo había sido para nada, aproveché para pedirme una botella de champán.

Aceptaba mi derrota.

Ahora sí lo admitía.

Max no sentía lo mismo que sentía yo.

No le gustaba como él a mí, y había sido una tonta en pensar que podría seducirlo.

¿Qué experiencia tenía yo en el tema? Ninguna.

Ni siquiera soy su tipo de chica. – pensé, bebiéndome la segunda copa. Si es cierto que me había mirado de esa manera tan especial que tenía... y que me había acariciado la espalda. *¿Por qué hacía esas cosas, y luego me rechazaba?*

En medio de mi berrinche etílico, vi que Max se acercaba a una chica morena muy guapa, y se ponía a hablar con ella, regalándole una sonrisa. Una que a mí esa noche me había negado.

Estaba enojada.

Enojada y deprimida. ¡Lo único que me faltaba!

Max le pasó una mano por los hombros, y le habló al oído con confianza, para luego sacar su teléfono. Seguramente estaba guardando su número en él.

—Noche de mierda. – dije para mí misma, vaciando la copa, y viendo como la parejita, se retiraba del reservado entre risas. Los dos iban bastante alegres, pero aun así, solo se tocaban lo justo y necesario. Él le apoyaba una mano en la cintura guiándola, y nada más. Paul estaba cerca, y la gente podía verlo. Tenía que ser discreto, al menos hasta que estuviera con ella a solas...

¿Se la llevaría al hotel? ¿Al mismo hotel en el que yo también tenía que quedarme? – me pregunté. No me hubiera extrañado, después de todo, ya lo había hecho antes.

Se me puso un nudo en la garganta, y sentía que iba a ponerme a llorar.

¿Por qué no podía gustarle? ¿Por qué le caía tan mal? Las primeras lágrimas, me sorprendieron, haciendo que dos enormes gotas negras de máscara de pestañas, mancharan mi rostro de improviso.

Me sentía mal, quería irme.

Nadie había notado mi llanto, y quería desaparecer antes de que lo hicieran.

Corrí escaleras abajo, y esquivé a la gente de seguridad, que distraído, discutían con unas chicas que querían entrar sin pagar.

El frío de la calle me sentó bien, pero a la vez, al abrigo solo de las estrellas que brillaban sobre mi cabeza, y rodeada de gente feliz que salía de fiesta, me dejaba un regusto de soledad, que más me deprimía.

O es que la borrachera me había puesto melodramática.

Si, había cambiado mi apariencia, de ciudad, de color de cabello, ...pero en el fondo, seguía siendo aquella chica gordita de la que todos se reían, y a la que ningún chico quería besar.

Trastabillé con mis tacones una, dos, tres veces, hasta que me cansé, y me los quité a patadas, para seguir mi camino descalza.

Solo faltaba media cuadra para llegar al hotel de todas formas.

Máximo

Iba a matarla.

¿Dónde se había metido?

Hacía veinte minutos que su representante me había dicho que había desaparecido, y veinte minutos que la buscaba como un loco desesperado.

Paul me había encontrado cuando volvía de acompañar a Rocío de buscar un taxi. Estaba muy mareada, y me había pedido que le hiciera ese favor, y para qué

voy a negarlo, me había parecido una mujer muy linda, y si me portaba bien con ella, tal vez, más adelante podía llamarla para salir.

Pero al enterarme de que Delfina no estaba, las ganas de hacerme el galán, se me habían pasado del todo.

Su agente, parecía más molesto porque no había podido terminar con su presencia, que por que pudiera haberle pasado algo.

Conduje en círculos una vez más, memorizándome cada calle, buscándola entre las otras chicas que salían de los boliches, mientras un sentimiento de culpa, me tenía el estómago hecho nudos.

Con todo lo que había bebido, pensé, no estaba en condiciones de andar por ahí sola. *No debería haberme separado de ella ni un segundo...*

Mierda.

Delfina, ¿Dónde te metiste?

Y entonces la vi. Sentada en los escalones del hotel, con el rostro tapado por sus manos.

La respiración se me aceleró. No parecía herida, ni nada... pero parecía estar llorando. ¿Estaba descalza?

Corrí, dejándome la puerta del auto abierta de par en par.

—¡Delfina!

Delfina

Sus gritos me despertaron de un salto, y por poco me desmorono por las escaleras.

—¿Dónde te habías metido? No le avisaste a nadie que te ibas. – preguntaba desesperado, mientras yo lo miraba sin entender nada.

De a poco, la realidad se empezó a colar en mi aturdido cerebro, y recordé.

—¿Por qué no me dijiste que querías volver al hotel? – siguió regañándome, y ayudando a ponerme de pie, acompañándome hacia la entrada.

—Estabas ocupado. – contesté, y recién entonces fui consciente de lo mucho que me costaba pronunciar bien las palabras. Uf. Estaba hecha un lío.

—¿Ocupado? Delfina, podría haberte pasado cualquier cosa. Mirá cómo estás. – me señaló cuando entrando al ascensor, la vista se me nubló y me choqué con una de las paredes.

Qué patética me sentía. Qué torpe...

Qué borracha que estaba. – fruncí el ceño.

—Tené cuidado, por favor. Te vas a caer. – se quejó, acomodándose por los hombros, y presionando el botón de nuestro piso.

—No me voy a caer, estoy bien. Estoy genial. – le discutí como una chiquilla, cruzándome de brazos. Es que ya había tocado fondo.

Me sentía derrotada, y él. Él con su cara de culo, apoyado lo más lejos que podía de mí, molesto, hastiado.

Ya había tenido suficiente.

Demasiado.

Ya nada me importaba, y mi psicóloga tenía razón. Nadie tenía el poder de hacerme sentir todas esas cosas, si yo no se lo permitía. Y yo ya lo había hecho, y mucho. ¿Por qué tenía que hacerme sentir así?

Él no era perfecto, bien lo sabía, y no tenía por qué darse esos aires de superioridad.

—No sé cómo se te ocurre volverte sola en ese estado. – seguía negando con la cabeza, de manera reprobatoria.

—¡Ya está bien! – lo corté de un grito que lo dejó algo descolocado. —Deja de tratarme como si fuera una nena. ¡No lo soy!

—Lo pareces. – acotó, todavía sorprendido por mi explosión. Nunca le había hablado así.

—¿Yo parezco una nena? – me reí con ironía. Dios, qué bien se sentía sacar todo esto fuera. —Vos sos el más inmaduro de los dos. – me acerqué hasta quedar a un palmo de distancia de su rostro. —Vos sos el que se emborracha y se deja seducir por una fan, y tiene que ser salvado de un baño de hotel. – mencioné alzando una ceja, encantada al ver que por un segundo, bajaba la mirada y un pequeño músculo en su mandíbula temblaba.

Debía estar matándolo admitir que yo tenía razón.

—Eso fue... Eso fue una vez, y yo...– quiso justificarse.

—¿Y esto ahora? – lo provoqué, acercándome más. Parpadeó un par de veces, y hubiera jurado que contenía la respiración. —Siendo tan antipático siempre, haciendo que no me soportas, cuando en realidad... – apoyé una mano en su hombro y lo miré fijo a los ojos.

Ahí estaba de nuevo esa mirada. ¿Cómo podía seguir negándome lo que yo misma veía en ellos?

Todo su cuerpo en tensión, como un felino a punto de abalanzarse contra su

presa.

—¿Cuándo en realidad qué? – preguntó, dando un paso más hacia mí, con la voz ronca, casi un susurró.

Pero justo cuando estaba por contestarle por fin, el ascensor llegó a nuestro piso, y las puertas se abrieron, arruinando por completo el momento.

Capítulo 26

Hicimos juntos los pasos que faltaban hasta quedar frente a mi puerta, todavía alterados.

Nuestra conversación había quedado pendiente, y su pregunta aun flotaba en el aire. Se podía sentir en esta atmósfera tan tensa que se había formado.

—Dejemos las cosas como están, Delfina. – dijo como siempre y resoplé.

—Eso, sigamos negando lo que pasa. – solté, enojada. Estaba sobrepasada, borracha, y por demás hastiada de su constante rechazo, y cara de amargado.

Más cuando yo sabía que tenía una sonrisa hermosa cuando estaba relajado.

Más cuando sabía que juntos la podíamos pasar tan bien. Él también lo sabía, estaba segura. Sus prejuicios ya me habían colmado la paciencia.

¿Hasta cuándo iba a soportarlo? Mi amiga Tati tenía razón.

—Eso debe ser lo más maduro, lo más inteligente, y lo que más nos conviene ¿no? Seguir haciéndonos los distraídos, como dos nenes de secundario.

¿Y a vos te preocupa la diferencia de edad? Actuando así, pareces de doce años.

– acusé con una sonrisa irónica. —Estoy cansada. – dije haciendo un gesto con las manos. —Harta. – la voz comenzó a fallarme . *Oh, no.* —Me haces sentir tan insegura, tan inapropiada, tan, tan ...fea.

—¿Fea? – preguntó confundido.

—Si, fea. — confirmé con el mentón tembloroso. Los tragos me traicionaban con vergonzosos cambios de humor. —No sos el primero que me rechaza, pero pensé que ya había dejado todo eso atrás. — y ahí iba mi primera lágrima.

—Sabés que no es eso...

—No es eso, pero yo me siento así. Porque sé que a veces te gusto y a veces te caigo mejor. Hay días en los que no tenés problemas en besarme, o decirme cosas lindas. Pero me tenés mareada entre tanto cambio de opinión. — si, pongámosle que el mareo era por eso, y no por los litros de alcohol. — No quiero perseguirte más, soy una tonta. — y ahora ya era un lío de sollozos. Me cubrí el rostro.

—Delfina... — se acercó tomándome por los hombros, y supuse que ahí venía otra de sus charlas condescendientes, en donde me explicaba con paciencia, por qué no iba a estar nunca conmigo.

—¿Me lo estuve imaginando sola? — quise saber. —Todas esas veces que parecía que vos...

—No, no te lo imaginaste. — admitió, dejando caer hacia delante la cabeza.

—Es mi culpa, todo es mi culpa. No quiero que llores.

—¿Por qué te seguís negando? ¿Es por mi trabajo? ¿Por mi ropa? — sus ojos se fijaron en los míos, algo torturados. —¿Es por mi edad? Son solo siete años y...

Pero no pude seguir con mis preguntas. Máximo me tomó por el rostro con dulzura, y apoyó sus labios en los míos, haciéndonos suspirar. Ahora me estaba besando él, yo no lo había iniciado.

Su aliento y su sabor, se colaron en todas mis células, aflojándome las rodillas. *Mmm... qué bien besaba.*

Tenía la cabeza nublada, no podía concentrarme en tantas cosas a la vez; su boca, invadiendo la mía, su lengua, buscando con desesperación la manera de volverme loca, sus manos, bajando por mi espalda, mi cintura, mis caderas.

Presionándome contra él, contra su cuerpo, su excitación.

Me aceleré, sujetándome a él con fuerza.

Los dos estábamos perdiéndonos en ese beso, lo sentía. Era un beso lleno de fuego, y a mí me ardía la ropa sobre la piel. Me sobraba.

Quería más.

Max me tomó por los muslos, cargándome, y entramos a los empujones a su habitación, que estaba al lado de la mía.

Los dos necesitábamos más.

Las luces se encendieron cuando pasó su tarjeta para abrir la puerta, la que de una patada no tardó en cerrar, mientras me acostaba en su cama, sin dejar de besarme ni un segundo.

Sin saber qué hacer, tomé del ruedo de su camiseta, tirándola hacia arriba para quitársela, cosa que no me costó.

Entre jadeos, había dicho mi nombre, acomodándose sobre mí, acariciándome el rostro con demasiada delicadeza, para cómo me besaba. Podía notar que incluso ahora se reprimía. Se contenía.

—Estás borracha. – dijo con su frente pegada a la mía.

Me reí, porque si no, la alternativa era mandarlo a la mierda.

—¿Es en serio? ¿De verdad crees que te estás aprovechando? – sus ojos confusos y ahora oscuros como el carbón, me hechizaban. Se estaba debatiendo seriamente entre hacer caso a su deseo o... —¿Te pensas que sobria no querría?

– insistí para convencerlo, y lentamente bajé el cierre de mi vestido, quedándome en ropa interior para que me viera.

—Yo también quiero. – contestó con la voz ronca. —No sabes cuánto...

No había lugar para más inseguridades.

No cuando él me miraba con las mismas ansias que sentía yo.

No cuando podía sentir entre mis muslos, la reacción de su cuerpo al verme casi desnuda. Al rozarse y sentirme contra su piel.

—Frename si estoy a punto de hacer una locura. — jadeó cuando yo le soltaba el cinturón y le desprendía el botón de los pantalones. —Frename porque yo no puedo. — sus dedos se clavaron en mis caderas, y se meció sobre mí, apretándose contra en colchón. La sensación fue tan fuerte que cerré los ojos.

¿Cómo podría frenarlo? Ni loca lo hubiera hecho.

Ahora los dos estábamos en ropa interior, entrelazados de todas las maneras posibles, con sus besos trepando en mi cuello, con mis gemidos de gusto en su oído. No podía creer estar así con él.

Abracé su espalda, sintiendo su piel estremecerse, y sus caderas volver a balancearse, ondulantes, entre mis piernas.

Despacio, sus dedos se metieron en mis bragas, y me rozaron. Nunca nadie me había tocado así. Nunca.

Gemí, moviéndome, buscando con mis caderas saciar ese deseo que crecía por segundos, inagotable.

Max gruñó, y apurado, nos despojó de la poca ropa que nos quedaba.

Mi mente se puso en blanco.

De lejos, podía escucharlo buscar en su billetera un condón, podía verlo por el rabillo del ojo colocárselo con una mano, mientras que con la otra, sentía mi humedad.

Podía saborear sus besos, insistentes, y respirar de sus suspiros, que a veces susurraban mi nombre a medida que avanzaba.

Calor, sentía mucho calor. Fuego.

...Y también algo de presión. Pensándolo bien, sentía mucha presión. *Au*.

Eché la cabeza hacia atrás, con algo de dolor, pero entonces todo se acabó.

De golpe todo se había terminado, no había más dolor, no había presión.

¿Qué había sucedido?

—¿Delfina? – escuché que decía, retrocediendo con el rostro desencajado, pálido de repente. —¿Sos virgen?

Sentí frío recorriendo mi espalda.

Sabía que tenía que responder, pero no me salían las palabras, y no sabía por qué.

Asentí después, al ver que si no lo hacía, a Max le daría algo. Se frotó la frente y con una maldición, se desplomó a mi lado, mirando el techo.

Estaba helada.

—Delfina, ¿por qué no me dijiste? – preguntó con voz más suave.

—No sé. – admití, temblando. De repente era más consciente de mi cuerpo desnudo, y a diferencia de unos minutos antes, ese hecho ya no me gustaba nada.

—No pensé que fuera importante.

—¿Cómo no va a ser importante? – se giró para mirarme. —Esto podría haber sido bastante feo para vos. – explicó con paciencia. —Podría haberte lastimado.

Otra vez me hablaba como a una nena.

Éramos dos adultos.

Estábamos los dos en su cama. Habíamos estado a punto de hacerlo y él seguía tratándome como si fuera boba.

—No es para tanto. – me cubrí los pechos con los brazos. —¿Cuál es la diferencia? – me miró muy serio, como si estuviera pensándolo. —¿Ya no querés estar conmigo?

—Yo ...no sé ni qué decir. – se pasó el brazo por el rostro, tapándoselo por un segundo antes de volver a la carga, perforándome el corazón con sus ojos marrones. —Tenemos que hablar. Tengo preguntas, no entiendo, ¿cómo puede ser...?

—Eso tiene una explicación muy sencilla. – me reí por lo bajo. —Cuando era más chica, era la gorda entre mis compañeros. Nadie quería estar conmigo, y después ya no se dio.

Me senté en la cama, cohibida, tanteando con las manos entre las sábanas para encontrar mi ropa interior. Necesitaba poner una barrera entre nosotros, si es que iba a tener que hablar de este tema.

—No se dio. ¿Cómo puede ser eso? Debes haber tenido mil oportunidades, mírate... – me señaló y le sonreí, porque me encantaba que dijera cosas así.

—Me miro, y no te creas que tuve tantas oportunidades. Vos mismo me rechazaste mil veces. – le hice notar.

—Nunca porque no quisiera estar con vos. Nunca porque no me sintiera atraído. – contestó y parecía sincero. —Es un paso importante en tu vida. ¿Por qué... – podía ver que le costaba terminar la pregunta. —¿Por qué yo? ¿Por qué conmigo?

—Porque me gustas. – respondí. —Y porque con nadie antes había tenido ... estas ganas.

Se quedó mirándome sin decir nada por unos segundos eternos en los que me entraron ganas de darle un toquecito en la mandíbula con la mano, para cerrarle la boca.

—Antes tenía muchos problemas con mi cuerpo, algo te conté. – le recordé y asintió. —Me costó salir de eso, recuperar mi confianza, para dársela a otro.
Y

no sé por qué, siento que con vos no me cuesta. – expliqué a un Max, que todavía seguía sorprendido. —Sé que me juzgas, y también sé lo que pensas de mí. Siempre me lo dijiste a la cara, y yo no estoy acostumbrada a eso.

Estiró una mano para acariciarme el rostro, y todo por dentro de mí se derritió.

—Nunca había conocido a alguien como vos. – comentó y sonreí.

—Me imagino. – bromeé, enroscando en mi dedo un mechón de cabellos rosados.

—Te voy a ser sincero, no sé por qué te fijaste en mí, ni por qué me confiaste todo esto, pero pienso valorarlo, y actuar en consecuencia. – se sentó a mi lado, para recoger las sábanas que habían terminado desparramadas en el piso, y las recolocó, tapándonos. —Los dos necesitamos descansar. – dijo después.

Máximo

—¿No me vas a pedir que vaya a mi habitación? – preguntó desconcertada.

—Pensé que ya no querías... – la interrumpí.

—Creo que podemos seguir hablando de esto mañana cuando tenga la cabeza más despejada.

Asintió, y tomé una decisión. Una ahí y en ese momento, sin importarme las consecuencias que pudiera traernos en el futuro. En ese instante era lo único que quería hacer, y solo lo hice.

Por primera vez, sin la sensación de que me arrepentiría luego, la tomé del rostro, tal y como había hecho en el pasillo, volví a besarla.

Un beso lento pero decidido.

Un beso que terminó con los dos abrazados y medios dormidos cuando los primeros rayos del sol empezaron a brillar.

Ella tenía razón, y los dos lo sabíamos.

Me gustaba. Me gustaba Fini, la chica de los videos de YouTube. La del cabello rosado, la de las mejillas llenas de brillantina, la que usaba todo con estampa de gatos, estrellas y lunas.

Me parecía preciosa ...y no podía sacármela de la cabeza.

¿Quién lo hubiera dicho?

Yo no.

Delfina

Me desperté lo que se sintió un parpadeo después, entre los brazos de Máximo, que me sostenían sobre su pecho.

Su rostro, totalmente tranquilo, estaba frente al mío, y su boca, rozaba apenas mi frente, Me preguntaba si lo último que había hecho antes de dormirse, había sido dejar un beso allí.

Sonreí, y me arrebujé cómoda, aspirando con ganas de su maravilloso perfume.

Volvía a quedarme dormida, cuando sentí bajo mi mejilla, que su cuerpo se tensionaba, y relajaba estirándose.

Se estaba despertando.

—Buen día. – dijo girándose, para besarme.

No sabía lo que estábamos haciendo, pero temía preguntar y que ya no siguiéramos haciéndolo más, así que me quedé callada. Tomaría cada uno de los besos que quisiera darme, y más, sin pedir explicaciones.

—Buen día. – contesté encantada, hincando un codo en el colchón para acercarme a su rostro y mirarlo bien.

Era tan guapo...

Tenía la barba crecida, y los labios hinchados de tantos besos. Sus cejas relajadas, también resultaban imponentes, y sus ojos, a la luz de la mañana se veían verdosos, casi felinos. Me sonrió y quise ponerme a gritar de emoción.

—Por favor no me digas que no te acordas de nada, porque me voy a asustar.

– bromeó. —Y probablemente Paul me saque con la policía.

Reí contagiándolo.

Las arruguitas al costado de sus ojos eran adorables.

—Por el bien de la poca vergüenza que me queda, me convendría olvidarme.

– dije, entrecerrando los ojos. —Perdón, Max, tendría que haberte dicho.

—Ahora lo sé, ya está. – dijo peinándome con sus dedos. —No quise hacerte sentir mal anoche, es que estaba ...impresionado. Es algo muy importante. Un momento en tu vida que va a ser único.

—Y yo quiero que sea con vos. – confesé. —No es algo impulsivo, hace mucho que lo sé. Llevo pensándolo hace meses. Tiene que ser con vos.

—Dejame que lo piense yo ahora. – me dijo y sus ojos irradiaban dulzura, haciendo que el corazón se disparara en mi pecho. No conocía este costado de él, y me daba miedo lo mucho que me gustaba.

Máximo

Tenía mil cosas dando vueltas en mi cabeza en ese momento.

Las obvias, al sentirla con tan poca ropa, enroscada en mi cuerpo... y después estaban las otras.

Las que recién ahora comprendía, porque al dar ese paso anoche, les había empezado a dar lugar. Sentía una oleada de ternura que no había sentido antes por otra mujer.

Delfina confiaba, abría su corazón, era genuina.

Miraba con esos enormes ojos que tenía, y siempre esperaba lo mejor de mí, de todos. En cada aleteo de esas pestañas, uno podía perderse, y hacer lo que fuera por no decepcionarla.

Me debatía entre no ser capaz, de no estar a la altura de semejante cosa pero a la vez, era algo inevitable. La atracción existía y era inmaduro, como ella había dicho, y una tortura seguir resistiéndose.

¿Pero hacia donde nos llevaría? Estaba aterrado.

Seguía pensando que éramos demasiado diferentes como para funcionar, y que yo la aburriría en pocos días si es que empezábamos algo. Tal vez fuera mejor así.

Tal vez, debería hacer que ella también llegara a la misma conclusión que había llegado yo.

Tal vez era eso lo que nos hacía falta a los dos, intentarlo, y darnos de narices con lo imposible que era. Ni siquiera teníamos que llegar a dar aquel paso que ella quería dar conmigo...

No, ella se daría cuenta antes, y yo no cargaría con eso en la consciencia. No me lo hubiera perdonado.

Lo único que sabía, era que me había cansado de rechazar esto que nos pasaba, por todos mis prejuicios y creencias. Y sabía que no podría soportar volver a lastimarla.

Verla llorar la noche anterior, había sido suficiente. No podía creer que se hubiera sentido fea por mi culpa.

Ella me había contado lo que había pasado en su adolescencia, y haber

revivido algunas de sus inseguridades, me hacían sentir un miserable. No se lo merecía.

Delfina me importaba, y por alguna razón extraña que no llegaba a explicarme, quería protegerla. De la prensa, de su agente, de mí y sobre todo de ella misma.

Me incliné para volver a besarla, para sellar así esa promesa.

El sonido de golpes en mi puerta nos sobresaltó.

—¡Máximo! ¡Todavía no aparece! Fini no contesta su celular, ni está en su habitación. – gritó Paul del otro lado. —Tenemos que encontrarla, llamar a la policía. Por Dios, a sus padres...

Capítulo 27

Maldijo, y fue refrescante ver que podía insultar como Dios manda cuando hacía falta. Creo que nunca había usado ninguna palabra malsonante en sus videos.

—Quedate acá. – le dije, poniéndome la ropa interior de un tirón.

Abrí apurado, ya que no tenía ganas de que empezara a preocupar a medio mundo.

—¡Paul, ya está! Ya la encontré, está bien. – me apresuré a decir.

—¿De verdad? – quiso confirmar, desesperado. Tenía que estar con un susto de muerte ante la posibilidad de perder su gallina de los huevos de oro. —
¿Pero dónde se había metido? ¿Dónde la encontraste? ¿Dónde está?
¿Tenemos que ir a buscarla?

—Está conmigo. – señalé el interior de la habitación, pero sin abrir mucho la puerta para que metiera las narices. No quería que la viera en mi cama, y menos estando casi desnuda. —Anoche estaba un poco borracha, y la cuidé mientras dormía. – improvisé.

Sé que se me quedó mirando con el ceño fruncido, y que al darme un repaso

por mi atuendo, estaba desconfiando, y pensando miles de cosas horribles de mi persona, pero me importaba una mierda. No era asunto suyo.

—¿Seguro está bien? – insistió, dando un paso adelante, a lo que yo lo frené con el cuerpo. No pasaría ni de broma.

—Estoy perfecta. – dijo Delfina. —Paul no te hagas problema, ahora bajo a desayunar. – y asomó la cabeza por la puerta para que la viera, justo por debajo del brazo que tenía puesto allí, frenando al agente.

—Ya veo. – asintió, todavía con gesto suspicaz. —No deberías haberte ido sin avisar. Todos nos preocupamos por vos.

Si, claro. – pensé. Lo único que le importaba a ese, era su dinero.

—Si, ya sé. – contestó ella. —Perdón, Paul. No se va a repetir. Por suerte Max me encontró.

—Si, por suerte. – dijo el otro, mirándome con ojos asesinos. —En dos horas tenemos que estar en el aeropuerto. – le recordó. —Si tienen todo listo, los espero y vamos a desayunar.

—Anda yendo. – lo corté yo, con mi simpatía de siempre. —En unos minutos vamos. – el idiota este no se iba a quedar ahí, y ni loco lo dejaría entrar.

—Es que me quiero dar una ducha, Paul. – dijo Delfina, para suavizar el ambiente. —Así me despejo. – el agente alzó una ceja, con gesto despectivo.

—Me sorprende, porque al principio nos costó tanto convencerlos de trabajar juntos, y ahora... – tensé las mandíbulas, perdiendo la paciencia. —Si hubiera sabido, nos ahorrábamos una fortuna reservando un solo cuarto. –

comentó con ironía.

—A lo mejor, de ahora en más deberías hacerlo. – lo provoqué, acercándome más, para mirarlo desde arriba. Sentí que Delfina ponía una de sus manos en mi pecho, pidiéndome calma.

—A lo mejor. – entornó los ojos por unos segundos, y después se dirigió a

Delfina. —Y nada de dulces por hoy, desayuna fruta. Ya tuviste demasiados excesos anoche, y ya sabes que el alcohol fija las grasas.

—¿Qué? – pregunté porque no podía creer lo que acababa de decirle.

—Ok, Paul. Ya vamos. – dijo ella y cerró rápido la puerta. —Dejalo, es así.

– me dijo a mí, encogiéndose de hombros.

—Es un imbécil. – señalé la puerta ya cerrada. —Espero que no le hagas caso, no sabe lo que dice.

—Lo hace para cuidarme, sabe que tengo tendencia a ganar peso cuando estoy estresada. – dijo sonriendo. —Pero sé cuidarme, y comer sano. – se puso de puntillas y besó la comisura de mis labios. —No le hagas caso vos.

Sacudí la cabeza, porque no tenía sentido discutir con ella, cuando era Paul el que me había sacado de las casillas. El tipo sabía la historia de Delfina, y no podía soltarle ese tipo de cosas, que podían ser un disparador que despertara su enfermedad.

—¿Querés darte la ducha acá o en tu cuarto? – pregunté cambiando de tema.

—Porque si me esperas, yo la uso en cinco minutos.

—Muy ecológico de tu parte. – asintió con una sonrisa pícaro. —Pero creo que lo serías todavía más, si los dos nos metiéramos juntos y ahorráramos los otro cinco minutos que tardaría yo.

Tomé aire y fuerzas para negarme.

—¿Así me vas a dejar que piense en el tema? – pregunté, y siguió sonriendo, mientras caminaba hacia mí. Se quedó a unos centímetros de mi rostro y pasó las manos por mi cuello, por mi espalda, y luego girando apenas hasta dejarlas en mis costillas. Ya podía sentir el cosquilleo de sus labios sobre los míos, y la tela de su sujetador, rozaba mi pecho, desquiciándome. Si acercaba su cadera a la

mía, estaba perdido. Estuve a punto de mandarlo todo a la mierda, lo juro.

Pero por suerte, ella pudo mantener la cordura.

—Tenés razón, perdón. – dijo a último momento. —Espero que lo pienses mucho. Sobre todo cuando estés a solas. – susurró en mi oído, poniéndome la piel de gallina. —Yo también lo voy a hacer. Mucho. – el doble sentido de sus palabras, casi me prendió fuego.

—Mucho. – repetí embrujado, con la voz apenas audible. Y no mentía, probablemente iba a tener que pensarlo con una ducha de agua helada.

—Mientras tanto, me llevo un beso para el camino. – agregó, juguetona, y atrapó mis labios entre los suyos, dejando escapar un jadeo.

La tomé de la cintura con fuerza, y respondí a ese beso como un bruto.

Con hambre. Con un hambre brutal.

Aferrándome a ella, pegándola a mí, acelerándonos a los dos. Acariciándola con mis manos con desesperación, mientras mi lengua se encargaba de conquistar cada rincón de su boca, cada uno de sus suspiros.

No sé cómo, pero fuimos capaces de frenar, y Delfina entró a ducharse.

Estuvo lista en pocos minutos.

Minutos en los que yo me fumé dos o tres cigarrillos en el balcón, para que el aire frío de la mañana, me mantuviera calmo.

¿Así sería el resto de la gira? Miré hacia abajo, y me compadecí de mi pobre entrepierna.

Delfina

Desayunamos un rato después, y estuvimos en el aeropuerto justo a tiempo para hacer el check in.

Máximo estaba más amable que de costumbre, y aunque no había vuelto a besarme, si estaba pendiente de abrirme la puerta del taxi, ayudarme a subir las valijas dentro, o de sonreírme cuando nuestras miradas se encontraban.

Que ya sé, para cualquiera eso no era mucho. De hecho, era lo que se esperaba de una persona normal o simpática, pero para él, era todo un cambio.

Paul nos había dedicado un par de miradas curiosas en el avión, y estaba segura de que quería preguntarme a qué se debían tantas sonrisas con el periodista, o por qué había pasado la noche en su habitación, pero tenía la prudencia de no hacerlo. Y era una suerte, porque sabía que Max no toleraría al metiche de mi agente, y no dudaría ni un segundo en ponerlo en su lugar. Pero yo no quería problemas. Quería una gira en paz.

Ya solo faltaban unas semanas de promoción, y después ya no tendríamos que verlo a diario.

Cuando llegamos a Río Negro, nos trasladamos en auto hasta el hotel en Bariloche en el que nos alojaríamos.

Era de noche, así que poco pudimos apreciar el paisaje. Estábamos cansados y mal dormidos de la noche anterior, así que en lugar de salir, nos quedamos en mi habitación, donde pusimos una película y ordenamos que nos trajeran comida.

—¿Paul no se va a enojar porque no salimos a comer a un restaurante para que nos sacaran mil fotos? – preguntó, comiendo una porción de la pizza vegetariana que yo había elegido. No es que fuera vegetariana ni mucho menos, pero esta estaba riquísima.

—No sé, ni me importa. – contesté, encogiéndome de hombros. —Estoy cansada, y mañana tenemos que madrugar. Va a tener que entender que prefiera un plan más tranquilo.

Se me hacía normal, y a la vez tan extraño...

Normal, porque era mi plan favorito, y si me daban a elegir, tal vez nunca elegiría salir, si no quedarme y disfrutar de una buena conversación, y de buena comida. Y extraño, porque por lo general, lo hacía con mi mejor amiga y mi hermano. Nunca con Máximo.

Y me encantaba.

Habíamos elegido una policial, y si bien no era mi género favorito, esta estaba interesante. O tal vez es que la compañía lo hacía todo mejor de lo que era. De verdad no me había puesto ansiosa con la trama, donde una adolescente era raptada y el padre tenía que rescatarla, por más intensa que pudiera parecerme, al lado de Max, me sentía hasta segura. Lo que era gracioso, porque si ahora venían a secuestrarnos, poco era lo que podía hacer el periodista, armado solo con una rodaja de pizza con rúcula, y un vaso de Coca dietética.

—¿Qué le vas a decir? A tu representante. — quiso saber, después de un buen rato.

—¿De qué? — contesté, haciéndome la tonta.

—De nosotros — dijo él, sin dar vueltas. —Nos va a ver juntos, y aunque no sea asunto suyo...

—No sé qué puedo decirle, porque ni yo misma sé bien qué estamos haciendo. — confesé divertida. —No sabría ponerlo en palabras.

—Estamos empezando algo, yo lo pondría así. — respondió, haciéndome sonreír. El corazón me iba a toda carrera.

Me gustaba que no tuviera problemas en decirlo. Era directo, justo como a mí me gustaba, y no tenía dobleces.

Si bien era cierto que le había costado llegar a este punto, más porque él mismo se había resistido, ahora parecía cómodo, parecía a gusto conmigo, parecía genuinamente interesado en seguir conociéndome,... y a mí no había nada que pudiera borrarle la sonrisa tonta que se me había puesto en el rostro.

Por fin estaba aceptando lo que nos pasaba... y eso, me llenaba el estómago de mariposas.

—No tenemos que decirle nada. — dije, pensándomelo. —No quiero que lo

aproveche para vender más rumores. – ni que esto fuera a exponer a Max. — Vos no sos del mundo de YouTube, no tenés por qué soportarlo. – quería cuidar a toda costa esto que empezábamos, y quería cuidarlo a él. —No es asunto de nadie más que de nosotros dos.

—Estoy de acuerdo con eso último. – sonrió, y se estiró para besarme. —No tenemos que darle explicaciones a nadie, menos a Paul.

Se fue a dormir a su habitación apenas la película terminó, y apenas fui capaz de soltarlo, porque nuestro beso de despedida se había prolongado mucho más de lo que cualquiera de los dos podía manejar.

Máximo

Era temprano y no tenía nada de sueño.

Me había marchado de su habitación para hacer las cosas más fáciles, y evitar cualquier tipo de tentación, pero ahora estaba peor que antes.

Solo, mirando el techo blanco, escuchando el barullo de toda una ciudad colmada de estudiantes del último curso de la secundaria, que como cada noche, salían de fiesta.

Miré mi móvil, y vi que tenía dos mensajes. Uno de Josefina y otro de Simón. Ella, me contaba que había tenido que adelantar su viaje de vuelta a Chile, que se había quedado con ganas de verme, y dejaba abierta la posibilidad de hacerlo cuando estuviera de regreso.

Y él, quería que le confirmara si iría solo a la ceremonia de su boda. Sin querer, le había comentado a Benicio esa mañana que las cosas con Fini estaban mejor, y como no tuve en cuenta que mis amigos eran dos viejas chismosas, que no pueden quedarse con la boca cerrada, después el celular estaba que reventaba de mensajes de los tres. Benicio, Simón y su prometida Francesca. Puse los ojos en blanco.

A Jose, le contesté deseándole mucha suerte, pero sin hacer promesas de quedar después, porque por alguna razón, no se sentía correcto hacerlo. Acababa de decirle a Delfina que estábamos empezando algo, y aunque en

ningún momento hubiéramos mencionado que ese algo fuera exclusivo, al menos yo lo entendía así.

Le estaba dando una oportunidad real a la situación. Iba a ser justo, y pensaba hacer las cosas bien, aunque no tuviera mucha fe, y sospechara que terminaríamos antes de volver a Buenos Aires.

Y a Simón, le había dicho que por el momento iría solo a su boda. Era dentro de dos meses, y quién sabe qué pasaría en ese tiempo.

Me puse de pie y fui hacia la ventana para respirar aire fresco. Tenía el estómago hecho nudos, y no creía que fuera por la cena saludable o la gaseosa dietética precisamente.

Pensar en los besos de Delfina, y en su risa cada vez que yo hacía algún comentario chistoso sobre la película, me ponía en el cuerpo una sensación rarísima.

Nunca me había considerado una persona graciosa, de hecho mis artículos tenían la dosis justa de humor y nada más, pero al parecer a ella hasta el más bobo de mis chistes, parecía hacerle gracia. No solo eso, se partía de la risa sin

reparo alguno.

¿Vieron como hay gente que se cubre la boca para reírse, o el rostro, o simplemente se reprime y solo suelta una sonrisita sutil? Bueno, ella era todo lo contrario.

Sus carcajadas, nada discretas, lo inundaban todo. Era contagiosa, no se podía evitar reír cuando se estaba a su lado. Ella no se cubría, no se ocultaba.

Regalaba su risa, sin anestesia. Sin importar lo que la gente pudiera pensar.

Sin importar que con esos ojos brillantes, uno pudiera quedarse mirándola por más rato... Solo para ver si esas lágrimas que comenzaban a formarse, caían sobre los hoyuelos arriba de sus mejillas.

Casi siempre se las secaba antes, entre suspiros.

Sonreí.

Capítulo 28

Delfina

Ese lunes, tuvimos oportunidad de conocer un poco la ciudad. Habíamos visto que el itinerario, dejaba suficiente tiempo para disfrutar libre, y ahora que con Máximo habíamos “empezado algo” –perdón, lo repito, pero es que ni yo me lo creo–, estaba de tan buen humor, que quería hacer de todo. Excursión que apareciera, en esa me anotaba.

—No tuve viaje de egresados. – le conté cuando caminábamos por el centro esa mañana. —No terminé la escuela cuando debía, y de todas formas, no me llevaba bien con mis compañeros. Hubiera sido una tortura.

—¿En tu escuela también venían a Bariloche? – preguntó. —Viviendo tan cerca, parece un poco absurdo.

Me reí.

—No todos. – contesté. —Algunos elegían ir a Buenos Aires o a Córdoba.

Incluso hay quienes viajaban a Brasil, pero la mayoría seguía yendo a Bariloche.

Es tradición. – me encogí de hombros.

—Uff, cuántos recuerdos. – dijo cuando llegamos al Centro Cívico, tan característico, construido en piedra y detalles de madera, inspirado en las zonas montañosas y boscosas de Europa y Estados Unidos, pero con el lago Nahuel Huapi de fondo. —El viaje de fin de curso, los otros colegios... creo que fue lo mejor de mi adolescencia.

—Debe haber sido divertido. – reflexioné, mirando a dos grupos de chicos que se sacaban fotos en el frente, con sus remeras de promoción. —Vivir todo esto a los diecisiete, con tus amigos... Creo que es uno de mis más grandes arrepentimientos. De toda esa época en que estuve tan mal. El dejar

de vivir mi vida, y perderme hitos importantes como ese.

Me miró por un instante, pensativo.

—Podrías hacer ese viaje de egresados ahora. – comentó, y lo miré sin entender. —Sé que ni tenés diecisiete, ni estás con tus amigos, pero por lo menos los circuitos turísticos y los boliches, siguen estando.

—Pero no es lo mismo. – me reí. —Ni siquiera soy egresada, me faltan materias.

—Benicio tuvo su viaje de egresado, y se llevaba nueve materias a marzo. – contestó divertido. —Ya estamos acá, y si te quedaste con ganas de hacerlo, ¿por qué no? Yo te acompaño.

—Porque vine a trabajar, y ya estoy grande... – sonreí con tristeza. —¿De verdad me hubieras acompañado? – pregunté, llevándome una mano al pecho, porque me parecía de lo más tierno.

—No es para tanto. – contestó, queriendo quitarle importancia, desviando la mirada. —No me cuesta nada. Además, a mí también me gustaría hacer los mismos paseos, y prestándole más atención al paisaje, a la ciudad, al lago. Esta vez estando sobrio. – agregó riéndose, y haciéndome reír a mí también.

—Bueno, a lo mejor algo de eso hagamos. – recordé. —Esta noche tengo una presencia en uno de los boliches para promocionar mi libro.

—Es tu target. – observó. —Según investigué para los artículos anteriores, esos chicos egresados, tienen la edad justa para ser tu público.

—Me acuerdo de ese artículo en particular. – dije alzando una ceja. —El tercero o cuarto que escribiste, y decías que eso se debía a que yo tenía una mentalidad que no iba mucho más allá de los diecisiete.

—Eh... – se quedó en silencio sin saber qué contestar, y yo volví a reírme.

—No espero que cambies de parecer por que ahora nos llevemos mejor. –

comenté. —Si hay algo con lo que cuento, es con tu honestidad.

—En mi defensa, tengo que decir que en ese momento no te conocía tanto. —
se excusó.

—¿Ya no piensas lo mismo? — me sorprendí al ver que negaba con la cabeza.

—Diecisiete, no. — contestó muy serio. —No fui justo... Puede que tengas una mentalidad de ...diecinueve. — concluyó con una sonrisa pícaro, y yo reí, colgándome de su brazo mientras caminábamos.

Comimos algo ligero al paso, y volvimos al hotel temprano, solo para contratar un paseo al Cerro Catedral, que ocuparía toda la tarde. Máximo, se había empeñado en hacerlo, diciendo que era uno de los más importantes del viaje de egresados, y si no íbamos, era como no conocer Bariloche del todo.

Una montaña que ubicada dentro de un parque nacional, era el centro de esquí más grande de Sudamérica, y que en la época del año en la que estábamos, nos ofrecía un paisaje de cuento de hadas, lleno de flores silvestres florecidas y aire puro.

Debajo, los bosques se veían de un verde vibrante, que contrastaba a la perfección con el cielo.

Y me hubiera gustado decir que habíamos llegado ahí escalando, como lo hacía la gran mayoría de los montañistas, que caminaba por los circuitos de ascenso, pero no.

Habíamos llegado con el transporte privado que el hotel brindaba para luego subir a la aerosilla, y no me arrepentía en lo más mínimo. Las vistas habían sido increíbles.

Y si a eso le agregábamos que una vez arriba, nos habíamos quedado mirándolo todo en silencio, solos frente a la majestuosidad de las montañas, admirando esa belleza que lo dejaba a uno sin palabras, sin necesidad en realidad de decir ninguna. Solos, pero tan conscientes de la presencia del

otro. Sentía que estaba en las nubes, con Máximo a mi espalda, abrazándome por la cintura...

Tenía que decir que había sido absolutamente perfecto.

Mi definición de lo que podía ser un momento romántico, aunque de eso sabía poco.

Moría por preguntarle a él qué estaba pensando.

Si algo de todo aquello que yo estaba sintiendo, se le pasaba si quiera por la cabeza. Si es que le hubiera dado lo mismo estar en ese lugar solo, con otros o conmigo. Porque para mí, era algo único. Algo que no podría repetirse, por más veces que volviera de viaje al mismo destino. Tal vez, para él era normal, y ahora estaría pensando en trabajo, o en que apenas volviéramos teníamos un evento y un itinerario apretado. Tal vez rememoraba sus aventuras de adolescente con amigos.

O tal vez hasta estaba recordando este mismo paisaje con otra chica. Una más bonita, más inteligente y más de su estilo, con la que había venido hacía unos años... ¿Habría tenido una novia en su último año de colegio?

¿Habría tenido muchas novias?

¿Por qué tenía que ser así de negativa e insegura? – pensé, reconociendo que estaba comenzando a caer en viejas costumbres. Max estaba en ese momento conmigo y con nadie más. ¿Por qué no lo disfrutaba?

Sacudí la cabeza y me aferré más fuerte a su abrazo.

Máximo

Era fácil dejarse llevar.

Se podía decir que hasta el entorno ayudaba a que uno por un momento se

olvidara del mundo, de las obligaciones, del trabajo y que disfrutara al ahora.

Y

ese ahora, no estaba nada mal.

Si no podíamos llevarnos bien, si éramos tan incompatibles o si era grande la diferencia de edad... mucho no parecía interesar. Al menos estando así como estábamos.

Su cabeza se apoyaba en mi pecho y sus manos rodeaban mis brazos, que estaban bien ajustados a su cintura, atrayéndola hacia mí. El perfume de su cabello, se mezclaba con el del aire, endulzándolo, y ya no importaba si era rosa, rubio, negro o azul. Era el cabello de ella, y olía espectacular. El calor de ese abrazo se sentía tan agradable... ¿Cuánto hacía que no estaba así con alguien?

No podía recordarlo.

Podía pensar las cosas racionalmente y decir que mi cuerpo reaccionaba con el suyo, porque me sentía atraído. Porque la deseaba, y necesitaba de su contacto, tanto como ella parecía necesitar del mío. Pero no. No tenía ganas de pensar en eso, hasta me enojaba y frustraba.

Si las cosas hubieran sido tan fáciles, se hubieran solucionado en una hora o menos en la habitación del hotel en el que estábamos, y a otra cosa.

No habría lugar a más quebraderos de cabeza, y estaría todo olvidado, y todos tan felices y satisfechos. Pero no.

Claro que no era fácil. Delfina me gustaba, y lo que era más complicado todavía, es que me importaba de verdad.

En esos meses en los que la había conocido, me había encariñado, y no quería hacerle daño. No pensaba hacerle daño.

Y es por eso que esto que estaba sintiendo ahora, era más... Mucho más que lo que había querido admitir.

Me abracé con fuerza a ella, contrariado, casi como si con ese abrazo, hubiera podido protegerla. Protegerla de mí, seguramente, que tenía un miedo enorme a cagarla, y terminar lastimándola.

Definitivamente lo que hubiera sido más fácil, hubiera sido seguir pensando que no la soportaba, y diciendo en mis artículos que era insoportable, pero ya ni eso podía, y hasta mi editor se había dado cuenta.

Cuando regresamos al hotel, estaba oscureciendo y las luces de la ciudad estaban todas encendidas, haciendo que en contraste con los árboles frondosos que aunque no sabía su especie, se parecían lo suficiente a pinos, hacía que todo

tuviera un aspecto navideño, que nos encantó.

Todavía faltaban dos horas hasta que nos vinieran a buscar para el evento en el que Fini tenía su presencia, pero como a ella le llevaba mucho más tiempo estar lista, partió para su habitación, y yo una vez listo, me quedé en el parque del lugar, tomando fotografías.

Estaba distraído guardando el lente en mi bolso, cuando vi que Paul caminaba apurado por el pasillo. Estaba hablando por teléfono, así que no prestó atención, y no me vio, pero yo sí a él... y lo que fue peor, lo escuché.

—Si, me mandaron el menú que van a servir en el VIP del boliche, pero mi representada no puede comer eso. – dijo con ese tono autoritario que tanto detestaba. —Estamos en época de presentaciones, y todavía la necesito para algunas sesiones de fotos, las marcas de ropa me matan si la mando a Buenos Aires hecha una vaca.

Me quedé congelado.

Tendría que haber seguido mi camino, sin darle más importancia de la que tenía porque el tipo no sabía nada, y era solo un idiota, pero no podía.

Me escabullí entre las sombras y lo seguí para terminar de escuchar esa conversación.

—Nada de grasas, nada de carbohidratos, ni carne – enumeró y yo apreté las mandíbulas. —Ni se te ocurra hacer postres con azúcar. Mejor una ensalada de frutas. El Photoshop ayuda en las fotos, pero en sus videos se le ve la celulitis, y con eso no podemos hacer nada. – se rio. —No se va a dar cuenta,

llevo meses controlando su comida y ni se entera. No es la persona más brillante, te habrás dado cuenta. – agregó burlón.

Me contuve.

Tenía ganas de salir de mi escondite y partirle la cara, pero me aguanté, porque sabía que así no lograría nada, y probablemente metería a Delfina en algún problema, pero no pensaba quedarme con los brazos cruzados.

Encontraría la forma de ponerlo en su lugar.

No podía creer que pensara así de una mujer. Que pudiera decir esas cosas, burlarse de esa manera por su físico, me parecía repulsivo. Nadie tenía derecho, estaba indignado.

Masticando ira, seguí por el pasillo y doblé para llegar a su cuarto, porque ya era hora de partir. La cabeza no paraba de darme vueltas sobre lo mismo, estaba furioso. ¿Quién respondería por ella si su propio representante era así?

¿Tenía que decirle algo, o ya estaría al tanto? Muchas habían sido las veces en las que me sorprendía, siendo bastante más suspicaz de lo que había sospechado.

Pero si no decía nada y ella se dejaba convencer por las ideas del imbécil ese...

Resoplé maldiciendo y toqué a su puerta, creo que con la peor cara de culo que podía poner, y que no tardé de cambiar cuando ella me abrió, tengo que admitir.

Me recibía con una sonrisa pícaro, y con uno de esos modelitos cortos y ajustados que me hacían pasar tan mal rato, y su cabello alisado hacia un costado. Era una sirena. Una sacada de mis fantasías más sucias...

Su piel, toda llena de tatuajes, y esos tacones altos peligrosísimos, que eran puro pecado, y que la hacían caminar meciendo sus caderas de manera femenina.

—Estás... – empecé a decir, pero ella me hizo señas de que esperara y sacó

de su espalda su bolso. Uno pequeño, rosado, de peluche, con orejas y pompón.

—¿No es tierno? – preguntó y me tuve que reír. Si no agregaba su toque, no era ella misma. Puse los ojos en blanco. —Estaba por ponerme la vincha de orejitas que viene haciendo juego, pero pensé que iba a ser mucho. ¿No? Quería estar discreta.

—Bien pensado. – contesté dejando el bolso de mi cámara en su cuarto, y acompañándola dentro del ascensor. —¿Esta es tu versión más discreta? –

pregunté picándola, porque tampoco era yo si no me metía un poco con ella y sus excentricidades.

—Pero si estoy sobria. – se giró sobre si misma y dejó a la vista un escote en la espalda que poco dejaba a la imaginación, y con el que me había enterado que debajo no llevaba más que su piel tatuada.

—Mierda. – mascullé entre dientes.

—¿Cómo decís? – quiso saber, porque no me había escuchado.

—Nada. – negué con la cabeza y respiré profundo mientras subíamos al auto que nos esperaba a la salida.

Si, esta noche sería larga.

Capítulo 29

Delfina

Apenas llegamos, nos hicieron entrar por un costado, lejos de donde la gente estaba amontonada esperando para ingresar, y nos acomodaron en un VIP donde otros de nuestro equipo ya estaban disfrutando de unos tragos y entradas deliciosas.

Vi que Max hablaba con uno de los camareros y negaba con la cabeza, antes de que nos sirvieran lo mismo que todos estaban comiendo.

—Creía que eras vegetariana, y por eso no nos iban a traer la tabla de embutidos. — aclaró. —Se confundió.

Asentí entusiasmada, y con una rodaja de pan, y los ojitos brillantes, comencé a elegir entre los manjares que tenía delante.

—Esto está buenísimo. — dije sin poder evitarlo. El paseo de la tarde me había abierto el apetito, y por primera vez en mucho tiempo, no me daba timidez que otros me vieran comer como lo estaba haciendo. Me sentía genial, y creía que todo se debía a la seguridad que me daba que Max no parara de decirme lo linda que estaba esa noche.

El plato principal y el postre, habían sido igual de exquisitos, y era una suerte haber podido comer abundantemente, ya que después, los camareros pasaban cada cinco minutos, con bebidas y cócteles especiales para que degustáramos, y con el estómago vacío... bueno, ya sabíamos lo que me hacía.

El animador, había anunciado mi nombre, y entre aplausos y gritos, subí al escenario para saludar al público. Algunos habían llevado mis remeras, esas que vendía por internet, y aunque al ser una fiesta de egresados había quienes estaban haciendo la suya, me alegraba ver que también habían acudido un buen número de fans.

Pero claro, no todos eran mis seguidores, y si quieren pueden imaginarse lo que era un boliche lleno de adolescentes medio borrachos con ganas de fiesta.

Los gritos y las barbaridades que decían, me dejaron con la boca abierta. La Fini profesional sonreía y se lo tomaba con humor, y actuaba como si no quisiera salir de allí corriendo y esconderse donde nadie pudiera verla. Hasta les seguía el juego con chistes, y hacía oídos sordos a las propuestas indecentes que llovían de todos los costados.

Lo más comentado habían sido mis piernas y mi trasero, si.

Al parecer es lo que más les había gustado, por lo que decían...

Paul estaba encantado, mirándolo todo desde el VIP, haciéndome señas para que sonriera y levantando el pulgar, indicándome que todo estaba saliendo

perfecto.

Pero Max, que estaba a su lado, tenía una mirada asesina.

Se había cruzado de brazos, y estaba tenso como un palo. Miraba al público, y mascullaba amenazas a quien se propasara, sin importarle que muchos de los desubicados hasta fueran menores de edad. Sonreí.

Me encantaba que quisiera protegerme de esa manera, o que fuera capaz de sentir celos por mí. Era egoísta, era infantil, pero no podía evitarlo. Hacía que él me gustara más, y que el corazón me latiera violento en el pecho.

—¿Seguís enojado? – pregunté un rato después, cuando mi presentación se terminó, y ya podía disfrutar por mi cuenta de la noche. —Son chicos, y sabes que es pura palabrería, están de viaje de estudio.

—No estoy enojado con ellos. – dijo con el ceño fruncido. —Ni con vos. –

se apuró en aclarar, al ver que arqueaba una ceja. —Ese vestido te queda espectacular, aunque no me guste cómo lo decían, tenían razón. Estoy enojado con tu representante que te expone así.

Asentí un poco desanimada, moviéndome al ritmo de la música. Hacía rato estábamos bailando pegados en ese reservado, bajo la atenta mirada de mi agente, que siempre daba vueltas por ahí.

—Entonces no estás celoso... – comenté, haciendo como si no me decepcionara la idea.

Me miró por un instante, y después de pensárselo, se acercó a mi oído.

—Sí que estoy celoso. – dijo con la voz rasposa. —Pero ellos aunque griten todo lo que quieran, no están acá. No están con vos.

—Vos si. – terminé de decir yo, y él asintió con una sonrisa torcida que me hizo estremecer. —Max – lo frené al ver que acercaba su rostro al mío. — Nos va a ver Paul. – le recordé.

—¿Y? – preguntó, mordiéndome el lóbulo de la oreja, haciéndome cerrar los

párpados y apretarlos. —¿Tenés miedo de lo que pueda pensar?

—No, no es eso. — negué con la cabeza. —No quiero que te moleste, que te exponga, que siga explotando los rumores. — respondí, con la voz algo entrecortada. —No quiero que te perjudique.

—Sé cuidarme solo. — respondió, y rozó mi espalda con la yema de sus dedos casi como un descuido. Sentía un hormigueo irresistible cada vez que respiraba cerca de mi mandíbula. —Quiero darte un beso.

—¿Y si nos ven? — pregunté, pero ya no podía seguir resistiéndome. Tenía su boca a pocos centímetros, y sus ojos ahora oscuros, me hubieran incitado a hacer cualquier cosa.

—No me importa. — dijo antes de abalanzarse y tomar mis labios como había estado esperando que hiciera.

Sin piedad.

Con la desesperación de la primera vez, pero con la seguridad de alguien que tiene perfectamente claro lo que quiere. Y en ese instante, eso era yo.

Como si fuéramos dos adolescentes más, fuimos moviéndonos, hasta quedar apoyados contra una pared, para dar rienda suelta a todo aquello que habíamos estado reprimiendo esa noche desde que nos habíamos visto.

El asalto a mi boca era despiadado, y sus manos, recorriéndome por completo, me hacían olvidar todo. ¿Y qué si alguien nos veía? En ese VIP eran varias las parejas que estaban en la misma situación, y la verdad es que nadie estaba poniendo demasiada atención.

Si Paul quería, que nos viera. Nosotros no estábamos pensando en él.

Tomé a Máximo del cabello, suspirando, sintiendo que mis piernas se aflojaban cada vez que besaba mi cuello. Cada vez que su lengua hacía el recorrido hacia mis labios, y de vuelta hacia mi clavícula, en besos húmedos que me nublaban la mente.

Sus mechones largos y alborotados, su barba crecida que conectaba con esas

patillas tan atractivas, todo él... irresistible, pero lo mejor, era notar su urgencia.

Percibir que me deseaba y no podía disimularlo.

Y así se nos pasaron las horas. Si Max quería que tuviera la experiencia del viaje de egresados, esta, sin dudas podía considerarse como una. El estar a los besos en un rincón apartado del boliche, sin ir más allá que un par de caricias, y con la promesa de mucho más, pero sin llegar a eso. Era frustrante y tan excitante, que el despedirnos en el pasillo del hotel fue una tortura.

Yo sentía que los labios me vibraban, pero quería estar con él. Lo necesitaba esa noche, y se lo dije. Con mis besos, con mis suspiros, pero también con palabras.

—Quedate conmigo, hoy. – dije entre besos, con mi puerta abierta detrás.

—Delfina... – gruñó él apoyando su frente en la mía. —Todavía no, así no.

Vayamos despacio.

—Si lo haces por mí, yo no quiero ir despacio. – lo miré con decisión, y me pareció ver que apretaba los dientes, contenido. —Quiero estar con vos, no quiero seguir esperando.

—No me lo pongas difícil. – dijo entre quejidos, cuando mis manos acariciaron su pecho, y hacia abajo, sujetando su cinturón con fuerza. —Lo último que quiero es que te arrepientas después.

—¿Te parece que me voy a arrepentir? – le pregunté algo mosqueada. —

Max, los dos sabemos que nos morimos de ganas.

Eché la cabeza atrás, y masculló algo que no pude escuchar, y tenso tomé mis manos para que no siguieran bajando.

—Me desarma lo segura que estás, y todo lo que me decís. – admitió con los ojos ardiendo como brasas. —Pero es un paso importante, y quiero hacer las cosas bien.

Resoplé indignada, y me separé de él de mala manera.

Estaba ofendida, y todas ese deseo que sentía segundos antes, ahora iba en picado por su rechazo. Estaba humillada y molesta.

—No te enojés. – pidió, tomándome de la mano cuando me estaba girando para entrar sola a la habitación.

—No me enojo. – mentí muy digna, levantando el mentón. —Que duermas bien. – agregué cerrando la puerta a mis espaldas, para no ver la culpa que reflejaban sus ojos. O tal vez fuera compasión...

Con mal humor, me saqué los zapatos a patadas y entré al baño para darme una ducha fría. No me había gustado que Max me dijera que no, pero más me enfadaba conmigo misma por haber arruinado la noche tan bonita que habíamos compartido.

Máximo

No me avergüenza decir que había pasado una pésima madrugada. Me retorcí en la cama de un lado al otro conteniendo el impulso de ir a golpear a su puerta y dar rienda suelta a todo eso que tenía acumulado y ya a estas alturas me dolía.

Físicamente me dolía, no voy a dar más detalles.

No quiero caer en lo fácil y decir que para un hombre era incómodo, eso se entiende y no es necesario. Pero además, estaba mi piel. Me ardía.

Cada beso de Delfina seguía patente en mis labios, y cada una de sus palabras se repetían en mi mente, atormentándome.

Max, los dos sabemos que nos morimos de ganas. – había dicho, y no podía estar más de acuerdo.

Me picaban las manos, que querían estar tocando sus curvas y cada centímetro de Delfina, por debajo de ese vestido ajustado, hasta que cerrara los ojos de placer, como lo había hecho la otra noche cuando nosotros casi...

Bufé y me puse la almohada sobre la cabeza para alejar esos pensamientos.

Está de más decir que mis sueños, fueron tan turbulentos y húmedos, tan desesperados y calientes, como los besos apasionados de ella.

Estaba bien jodido.

Delfina

Al otro día, a los dos nos falló un poco la alarma, y bajamos sin desayunar.

No había tiempo para nada, y yo tenía que estar lista y maquillada para un programa de cable que se transmitía en vivo, así que tampoco tuvimos tiempo para cruzar ni dos palabras.

La gente del canal era super simpática, y al notar que me había puesto algo nerviosa, fueron conmigo muy atentos y me hicieron sentir a gusto.

Me entrevistaron de manera relajada, evitando preguntas comprometidas, y mostraron algunos de mis videos, siempre en tono divertido, lo que me encantó.

En uno de los cortes comerciales, Max se acercó a donde estaba, mientras los presentadores charlaban entre ellos, y les retocaban en maquillaje.

Me traía un té calentito con azúcar, y su rostro era el de alguien que quería disculparse por algo. Me derriñó. Simplemente me aflojó por dentro, y no fui capaz de hacer otra cosa que no fuera dedicarle una sonrisa boba al agradecerle.

—Te quería pedir disculpas por lo de anoche. — *Yo sabía...* — No es porque no quiera, lo entendés ¿no? — asentí tranquila, porque aunque me fastidiaba, tenía buenas intenciones. —¿Ya no estás enojada? — preguntó con algo de cautela, aunque queriendo parecer despreocupado.

—No. — respondí. —No me dura mucho el enojo. — me encogí de hombros.

—Disculpame por haber sido cortante.

—Yo hubiera sido peor. — confesó y me reí.

—¡Volvemos! — anunció una de las productoras, haciendo señas para que despejaran el piso, porque estábamos por salir al aire. Él se fue y yo me quedé allí, sintiendo la adrenalina de que las cámaras volvían a apuntarme. Era tan distinto a cuando yo grababa y todo estaba bajo mi control.

Estaba hecha un nudo de ansiedad y nerviosismo.

Justo cuando la luz roja se encendió, vi que Max me sonreía y me hacía un gesto de que todo iba a salir bien. Y yo, tonta enamorada y perdida como estaba, le creí.

Le creí y tomé aire notando que mi cuerpo se serenaba.

A la salida, había logrado que Paul nos diera un descanso, y en vez de hacer que comiéramos un bocado de camino a la librería en donde firmaría ejemplares, pudimos salir a almorzar en un restaurante bonito lejos de los paparazzis.

Y aunque él también había querido sumarse, Máximo había sido bastante tajante, y no se lo había permitido. Decía que yo tenía que alimentarme bien para tener energías, a lo que le daba la razón. Tenía que aguantar hasta la noche, y si solo ingería un sándwich de pan integral y atún, con una manzana verde de postre, me desmayaría antes de las seis de la tarde.

Y sí que habíamos disfrutado.

Habíamos conversado tranquilos, llegando a conocernos mejor. Max, me había hablado de su padre, de lo importante que era para él lo que hacía, y lo mucho que le debía el periodismo argentino a su labor. Se lo notaba orgulloso, nostálgico, pero sobre todo, encantado de poder hablar de él así. Por eso es que quería publicar su libro. Quería que todo el mundo se enterara del gran hombre que había sido, y que lo contara alguien que de verdad lo había conocido, alguien que tuviera recuerdos reales, alguien que lo había querido y admirado.

Nadie mejor que él para eso. Tengo que decir que me emocioné.

Se me hizo un nudo en la garganta, y se me escaparon un par de lágrimas que corrieron mi maquillaje perfecto, mientras él hablaba, y sonreía al verme tan conmovida.

Aun después de disfrutar del cordero patagónico que nos habían servido, nos había quedado tiempo para salir a pasear.

Lo cierto es que habíamos sido temerarios, y con los minutos contados, nos habíamos metido a un sitio en donde se practicaba patinaje en una pista enorme,

donde todo el mundo iba resbalando, y reía.

Hubiera sido hasta romántico, de no ser por la distancia que había entre nosotros. Él era correcto y no me reñía, pero tampoco me tomaba de la mano ni me besaba.

Sí me había cargado en un momento sobre su espalda cuando me había torcido el tobillo, riendo mientras yo me quejaba de lo mucho que me dolía, pero en plan amigos. Aun cuando yo me abracé a su cuello y le di un beso en la mejilla, no hizo nada.

Máximo estaba siendo por demás simpático, y aunque al principio me había parecido adorable que quisiera resarcirse por lo de la noche anterior, ahora empezaba a inquietarme tanta amabilidad. Este no era él, no quería su lástima ni su culpa. Lo quería a él.

Fruncí el ceño.

Toda una división de egresados se acercó a donde estábamos, y al reconocermos, comenzaron a gritar cosas, y a burlarse. No era la primera vez que me pasaba algo así, y sabía que lo mejor era ignorarlos, pero para Max sí era algo nuevo.

—Vamos, Max. – le dije, tirando de él, aunque esperaba no tener que arrastrarlo, porque con los patines no tenía nada de estabilidad.

—Mira el pelo, es como un chicle, qué impresión. – se rió uno. —¿Dónde

dejaste a tu gata?

Otros mientras reían a coro, o repetían mi nombre agregándole otras palabras no tan agradables con él.

Sabía que eran inofensivos, y que en un rato, al ver que no me afectaba o me retiraba, ya no seguirían molestando, pero el periodista se había puesto furioso.

—¿No tienen nada mejor que hacer? – preguntó y sonó tan fuerte, que algunos de los más gallitos retrocedieron unos pasos. —¿Se creen muy vivos por atacar entre varios a una mujer? ¿Qué les pasa? – dijo acercándose más a ellos, con el ceño muy fruncido y mirándolos desde arriba en actitud intimidante.

—No pasa nada. – dije y tiré de él. —No me están atacando, se están divirtiendo, no les haga caso.

—Si no quiere que le digan cosas en la calle, que no se grabe las veinticuatro horas. – opinó uno.

—Si no te gusta lo que hace, no veas esos videos, y listo. – retrucó Max, cada vez más acalorado.

—¿Y por qué te metes? A vos no te dijimos nada – dijo el otro, el más inconsciente del grupo. —¿Ella no sabe defenderse?

—Chicos, basta. – dije, viendo que Max apretaba los puños. —Ya nos vamos. No necesito defenderme, cualquiera puede pensar lo que quiera y está bien. – lo que menos quería, era una pelea pública en plena gira.

—Yo opino que tus videos son una mierda. – me contestó el chico, sonriendo con maldad. —Opino que me pareces una estúpida, y que así con el maquillaje corrido, das miedo.

Me toqué las mejillas, recordando que el rímel que tenía puesto, seguramente había dejado algunos surcos negros sobre ellas, tras la charla con Max en el restaurante.

—Escuchame mocoso insolente. – dijo Max, quedando a un palmo de distancia del chico que ahora estaba pálido como el papel. —Si no te vas ahora, voy a hablar con el que sea que esté a cargo de tu grupo, y no solo se van a tener que ir del lugar, si no que se van derecho a sus casas y se les acaba el viaje de egresados. – me señaló sin mirarme, porque sus ojos ciegos de ira, solo miraban al muchacho. —La están agrediendo, acosando... y en caso de que alguno ya haya cumplido los dieciocho, puede acabar hasta detenido.

—Ya nos vamos. – dijo otro más sensato, levantando las palmas en señal de derrota. Ese mismo, había tenido que agarrar al que tenía ganas de pelea y casi a los empujones, arrastrarlo a la salida, para no empeorar la situación.

Al poco rato, fuimos a la librería en donde tenía el evento, y tras retocar mi maquillaje, me preparé para trabajar detrás de los banners de mi publicidad, espionando cada tanto al público.

Notaba que Max estaba algo molesto, pero no me decía nada. De hecho, cada vez que se me acercaba, volvía a ser atento, y por demás cuidadoso.

Había tenido suficiente, era ridículo.

—Prefería cuando no me soportabas. – le lancé alzando una ceja. —Esto de tratarme entre algodones, me parece muy raro. Ya te dije que no estaba enojada.

—¿Es una queja? ¿Te gusta que te trate mal? – preguntó sorprendido, y me reí.

—Eso y la manera en que me defendiste de esos chicos en la pista de patinaje... – empecé a decir, acercándome a él, y tomándolo de la camisa.

—¿No te gusta que te defiendan? – volvió a preguntar, pero ahora tenía una media sonrisa al ver que yo movía el rostro para quedar frente a él, y miraba sus

labios con ansias.

—Mi hermano me defiende así, y vos no sos mi hermano mayor. – comenté cada vez más cerca. —Hoy no me besaste. – dije muy seria.

—No te defendí como si fuera tu hermano – susurró con una risa baja y deliciosa. —Te lo puedo asegurar...

—A las palabras se las lleva el... – pero no me dejó terminar la frase.

Estampó su boca contra la mía, y me besó allí mismo, sujetándome el rostro con pasión. Devoró mis labios entre mordiscos, y yo no podía ni recuperar el aliento.

El grito de un montón de chicas y aplausos nos interrumpió y nos frenamos, para ver que un grupo de fans estaban mirándonos desde el nivel de arriba de la librería, emocionadas.

Las miré mordiéndome para no reír, y me llevé el índice a los labios, pidiendo silencio. Si en alguien podía confiar para guardarme un secreto, era en las fieles seguidoras que tenía. Porque aunque hubiera sido una primicia bien vendida, nunca trascendió ninguna foto de ese momento.

Ese momento que me había dejado las rodillas flojitas, pero que también me había llenado de ilusión y de una sensación cálida en el pecho.

Capítulo 30

Se había formado entre los dos, una intimidad que era totalmente nueva para mí. No había tenido eso con nadie, y no tenía con qué compararlo, pero me encantaba.

El itinerario era más relajado y nos había dejado muchas noches libres con tanta firma de libros durante el día, y las habíamos aprovechado saliendo a comer, a pasear, o simplemente quedándonos en alguna de nuestras habitaciones de hotel para ver una película.

Y esas noches, eran mis favoritas.

Estábamos solos, y no teníamos que pensar en que alguien nos vería, o querría robarnos una foto. Podíamos hablar cómodos, y de paso, yo no tenía

que estar tan producida. Máximo probablemente ya se había acostumbrado a verme con los pijamas que traía siempre a las giras, y mi cara lavada no parecía molestarle en lo absoluto.

Algunas de esas noches, nos quedábamos dormidos tras terminar lo que estábamos viendo, y amanecíamos abrazados o enroscados en el otro con la ropa puesta. Lo que hubiera sido hasta chistoso, de no ser porque las ganas cada vez eran más grandes, la espera más apremiante, y el despertarnos tan cerca del otro, solo hacía las cosas ...más complicadas.

Como esa misma mañana, que habíamos puesto la alarma temprano porque teníamos que seguir viaje por otras ciudades del sur, y si el cansancio ya era suficiente para que nos costara levantarnos, si le agregábamos estas otras cuestiones...

—Paul va a subir y va a echar la puerta abajo. – dijo con la voz ronca en mi oído mientras yo besaba su cuello, y me giraba para quedar sobre él.

—Nos queda un rato más. – insistí, mordiendo su piel. —Me quedaría todo el día así.

Sentí que sus manos bajaban por mi espalda y se aferraban a mi trasero, con un gruñido ronco en su garganta.

—Todo el día así... – empezó a decir mientras se volteaba para besarme con ganas. —Podría explotar, es una tortura.

—Shhh. – lo hice callar, sacándole la camiseta para regar de besos su pecho, porque sabía que eso siempre lo hacía echar la cabeza hacia atrás, y le tensaba

los músculos de todo el cuerpo.

Nunca llegábamos más allá de la ropa interior, las caricias y los besos, pero era lo más lejos que yo había llegado con alguien, y para mí era tremendamente excitante.

Máximo también me regaba de besos cuando me quitaba la parte superior del

pijama. Se tomaba su tiempo, me saboreaba lentamente, me rozaba con sus labios, para luego arremeter mordiéndome, y yo deliraba de gusto, jalándole el cabello.

Se daba vuelta, nos dábamos vuelta, su peso en mi cuerpo, el mío en el suyo, y tanto roce, hacía subir la temperatura. Tanto que muchas eran las veces que yo terminaba rogándole, pero él con una voluntad más fuerte que la mía, nos frenaba.

—No, no, Delfi. – decía entre jadeos, y a mí el corazón me iba a toda velocidad. —Por favor no sigas. – pero mis manos no le hacían ni caso, y tiraban de la tela para quitarla de en medio.

—¡Delfina, nos tenemos que ir! – gritó, interrumpiéndonos Paul, desde el otro lado de la puerta. —¿Tenés el celular apagado? Hace veinte minutos que te estoy llamando.

—Qué te dije. – masculló Max, aun agitado, pero sin dejar de darme besos suaves a lo largo de la mandíbula.

—Ya voy. – respondí, y la voz me salió tan ronca, que hasta me dio vergüenza.

—Máximo no está en su cuarto y tampoco lo puedo ubicar. – dijo entonces.

—Si hace falta, lo dejamos en Bariloche y que se vuelva como pueda. Nosotros tenemos que salir en diez minutos, y lo que él haga, me importa poco.

—Ya vamos. – contestó él, frunciendo el ceño, mudando el gesto sexy que tenía hacía unos segundos, por uno asesino, mientras miraba la puerta.

Casi podía ver a través de la madera, la cara de sorpresa de mi representante.

Ya a estas alturas, sospecharía que pasábamos algunas noches juntos, como aquella en la que me emborraché tan feo, pero igual, se estaría mordiéndome la lengua para no decir nada.

—Algunos tenemos que trabajar. – gruñó. —A ver si se comportan como dos

profesionales. Delfina, te espero abajo sin excusas.

—Lo voy a matar un día de estos. – dijo Max y yo me reí de su cara de enojado. Seguía pareciéndome tan irresistible como la primera vez que lo había

visto.

—Que diga lo que quiera. – respondí. —Tenemos diez minutos, y no pienso desperdiciarlos hablando de Paul. – le sonreí pícara, y tomé una de sus manos, para llevármela a la cintura, mientras volvía a besarlo. Una de mis piernas se enroscó en su cadera y en un movimiento instintivo, lo atraje a mí, haciéndolo jadear. Podía sentir como una parte específica de su anatomía se tensaba más aun y caliente a través de la tela, quedaba situada justo donde yo quería.

Cada roce me hacía perder la cabeza. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero algunas cosas son tan primitivas, que no tenemos que pensarlas ni aprenderlas. Y en ese momento, mis instintos mandaban y yo no podía dejar de moverme.

La mano que tenía en mi cintura se clavó en mi piel y la otra se perdió en mis cabellos, haciendo más profundo ese beso que nos estaba haciendo perder el rumbo.

Necesitaba más.

Necesitaba mucho más.

Sin pensarlo demasiado, volví a tomarle la mano, pero esta vez la llevé a uno de mis pechos, y lo miré con los ojos velados de deseo. La sujeté con fuerza y vi que contenía la respiración al ver que el encaje cedía, rozándose con mi pezón, estremeciéndome.

—No hagas eso. – cerró los ojos, contrariado.

—Me dijiste que lo tenías que pensar. – le recordé en un susurro agitado, porque aunque me había pedido que frenara, sus manos no se habían

apartado, y sus dedos me pellizcaban sacándome suspiros. —Que querías esperar, y hacer las cosas bien. ¿A qué estás esperando?

—Cuando volvamos a Buenos Aires. – murmuró a su vez, y ahora si dejó de tocarme. —Los dos vamos a estar más tranquilos, vamos a estar solos, y vamos a poder pensarlo mejor.

—¿Pensarlo mejor? ¿Crees que cuando vuelva se me va a pasar? – me separé de él, para mirarlo. —Estás esperando que me arrepienta. – lo acusé, un poco ofendida.

—Estoy esperando a que pase toda la locura de la gira, y los dos volvamos a la normalidad. – explicó, acariciando mi mejilla. —Tampoco es fácil para mí, es mucha presión, nunca había estado en esta posición.

—Nunca. – repetí incrédula. —Nunca estuviste con una chica que no ...
tuviera experiencia.

—Una sola vez, pero era igual para los dos. Yo tampoco había estado con una mujer. – respondió.

—¿Una novia? – quise saber, curiosa, y él respondió asintiendo. No quería preguntarle más. De repente me sentía insegura de esa chica que no conocía, y que había tenido el cuerpo y el corazón de Máximo.

—Si me tomo esto en serio, es porque me importa. – dijo y asentí con una sonrisa.

“Es porque me importa.”

Supongo que era bueno saber que le importaba. Que yo le importaba. Le gustaba, me deseaba, y algo le importaba, tenía que alegrarme. Entonces ¿por qué tenía un nudo en la garganta?

Tal vez porque él a mí no solo me importaba.

Yo me había enamorado de verdad, y sentía que con cada beso, le entregaba mi corazón en una bandeja, por eso es que su rechazo, aunque comprensible,

era un trago amargo difícil de soportar.

Sonreí, porque sabía como poner buena cara aun cuando más costaba, y sacando a relucir todos mis mecanismos de defensa, dije que mejor nos vestíamos para bajar.

No quería escuchar de su boca algo que pudiera lastimarme más.

Me levanté de la cama dándole la espalda, y comencé a ordenar mi bolso de mano, que era lo único que aun no tenía listo. Saber que me esperaban horas de viaje en micro a su lado, no lo ponía fácil, pero el consuelo de estar yendo a un lugar que se me hacía tan familiar como lo era la provincia en donde me había criado, me reconfortaba un poco.

Estaba enrollando el cargador de mi celular, cuando sentí que sus brazos me tomaban por la cintura y me abrazaba por detrás en un gesto cariñoso.

—Delfi... – susurró en mi oído. —No quiero que te enojés. – dijo y cerré los ojos, rindiéndome. Dejándome besar el cuello con mimo.

Cada vez que me llamaba así, se me derretía el corazón. Tan acostumbrada estaba a que todos me dijeran “Fini”, que me encantaba escucharlo llamarme por el sobrenombre que solo usaban aquellos a los que más quería.

—No estoy enojada. – respondí, porque era cierto. Estaba preocupada por mis sentimientos, y algo decepcionada... pero enojada no estaba. Y si, yo era muy sincera y me gustaba decir las cosas como eran, pero lo primero era resguardarme.

Protegerme y no volver a caer en antiguos patrones.

Tati tenía razón en eso de que ahora me quería más, y por eso me costaba menos querer a otro y dejarlo entrar en mi corazón. Solo esperaba que Máximo no lo rompiera todo a su paso.

Cuando subimos partimos hacia Chubut, vi que sin decir nada, y como si fuera lo más natural del mundo, se sentaba a mi lado y me tomaba la mano sin importar quién nos mirara.

Paul ya sabía a estas alturas lo que pasaba entre nosotros, y a los demás, poco les interesaba mi vida personal. Todos estaban allí por trabajo.

Miré a Max, que muy tranquilo, sacaba uno de sus libros y se ponía a leer mientras distraído, entrelazaba sus dedos con los míos y los acariciaba. Sentí que me estremecía completa.

Eran estas cosas las que me hacían seguir cayendo, y amenazaban con acabar con todas mis corazas, por más fuertes que creyera que eran después de todo lo que me había tocado vivir.

Máximo

Se podía decir, o al menos ya todos podrían decir, que oficialmente estábamos juntos.

Después de la conversación que habíamos tenido esa mañana en su cama, quería que sintiera que yo podía cuidarla. Que podía contar conmigo y confiar.

Me daba lo mismo si otros tenían algo para decir, o como Paul, nos dedicaban miradas suspicaces y cargadas de curiosidad. Sabía que su representante estaba pensando las mil maneras de molestarme y que si hubiese sido por él, ya me hubiera sacado de en medio, pero no le convenía. No mientras le sirviera para seguir ganando dinero.

Delfina se había quedado dormida en algún momento y apoyaba su cabeza en mi hombro, relajada. Despacio, había buscado una manta para cubrirla sin hacer movimientos bruscos, porque el aire acondicionado estaba fuerte, y ella estaba empezando a enfriarse.

Acomodé su cabello, despejándole el rostro, y me detuve unos segundos a mirarla.

Así parecía más joven.

Sus párpados eran tan pálidos, que algunas venitas azules se transparentaban cuando la luz del sol los iluminaba, y ahora que no tenía maquillaje o

pestañas postizas, su belleza era deslumbrante. Natural, así como me gustaba más.

Con el paso de los meses, había comprendido que era parte de su trabajo, y de algún modo, me sentía hasta privilegiado por ser uno de los pocos que podía verla así como estaba ahora. Cómoda. Siendo ella misma.

Esa era la Delfina real, la que nunca se dejaba ver en sus videos. La que podía emocionarse y hablar de temas profundos, la que sentía compasión por el dolor del otro, y la que era capaz de ser increíblemente apasionada, en todo el sentido de la palabra.

La que era en la intimidad... – pensé y un estremecimiento me recorrió la espalda. ¿Cuánto tiempo iba a ser capaz de seguir diciéndole que no? Si cada día que pasaba se volvía una tarea cercana a lo imposible.

Aquella misma mañana había estado tan cerca de ceder, que hasta me avergüenzo de mi mismo al pensarlo.

Y era tan sencillo dejarse llevar cuando los dos teníamos tantas ganas, y cuando para ser totalmente sincero, hacía tiempo que no la pasaba tan bien. Me estaba divirtiendo de verdad, y no podía compararlo con ninguna otra casi relación de las que había tenido en los últimos años.

Una marca cerca de su nariz, me hizo sonreír. Era apenas visible, pero ella las odiaba.

—¿Nunca se te ocurrió pensar que si usaras gafas hechas para tu cara, no te dejarían esas marcas después? – le pregunté una vez negando con la cabeza, mientras la veía mirarse al espejo antes de irse a dormir.

—Es que no las necesito. – me discutió. —Solo cuando llevo muchas horas editando en la computadora, la vista se me cansa, y se me pone borrosa.

—¿Fuiste a un oculista? – me acerqué los anteojos que acababa de quitarse y me los probé para ver, y la verdad es que no tenían mucho aumento. El lente estaba bien, pero la montura era ridícula. Eran enormes, aparatosos, como los que había usado mi abuelo.

—Si. – respondió con la boca chiquita. —Pero a estos los encontré en un local que vende artículos vintage y me encantaron.

—Me imagino. – me reí. No me costaba creer que había visto la cosa más fea y original, y se la había comprado sin dudarlo.

—De todas formas, nunca los uso en público. – explicó. —Ni siquiera me saco fotos, o salgo en videos con ellos. Nadie me los tiene que ver, si me los pongo solo para editar.

—Yo te los estoy viendo. – le sonreí, colocándoselos de nuevo y despeinándola como sabía que no le gustaba que hiciera.

—Me viste peor. – se rio, encogiéndose de hombros, mientras se acomodaba el cabello rosado y se lo ataba con maestría en una especie de nudo.

—Y mejor... – susurré, tirando hacia arriba el sweater que tenía sobre el pijama para quitárselo.

La prenda salió volando y quedó tirada en un rincón, y me sujeté de su cintura mirándola con atención, mientras ella soltaba una risita.

Y no había mejor versión de ella, que la que veía entonces.

Al final de la noche, sin maquillaje, sin disfraces, sin máscaras. Solo ella, mirándome a través de esos enormes ojos adornados por pequeñas pecas en su nariz, y ningún filtro de su cámara para cubrir nada. Cada una de sus curvas en esa piel tatuada tan atractiva y que tanto me enloquecía, con todo y sus defectos.

Sobre todo con ellos.

Y ahora, en pleno viaje, con su ropa cómoda, y acurrucada como estaba, seguía pareciéndomelo. *¿Alguna vez me había gustado tanto el perfume del cabello de una chica?* – me pregunté inspirando profundo.

Era distinta a todas las mujeres con las que había estado, y a eso lo veía cada vez más, como algo bueno. Por algo seguía soltero después de todo, ¿no?

Recordé ese mensaje frío que me había enviado Josefina unos días antes, y fruncí el gesto. Delfina era exactamente lo opuesto. ¿Sería eso una ventaja como decían mis amigos? Y ¿qué dirían ellos si me vieran en estos momentos?

Se pondrían contentos, no tenía dudas.

¿Y mi madre? – pensé, pero luego puse los ojos en blanco. Mi madre la adoraría desde el primer minuto. Tenían un carácter muy parecido ahora que lo pensaba...

Mi padre siempre estaba protestando por sus locuras o su espontaneidad, pero en el fondo sabía que solo lo hacía para hacerla renegar. Porque le encantaba que fuera tan distinta a él. Eran felices.

Lo habían logrado siendo el día y la noche.

Delfina se movió abrazándome por la cintura y yo mecánicamente le dejé un beso en la coronilla, para después quedarme pensando algo alterado. Todos estos pensamientos iban demasiado deprisa. Pensar en mis amigos, en mi familia...

De verdad me estaba planteando algo en serio con ella, y el ser consciente de ello, me estaba asustando.

Paul, unos asientos adelante, nos estaba mirando con mala cara. ¿Estaría celoso? No, esos no parecían celos de interés romántico al menos. Si hubiera estado interesado en ella, la hubiera tratado mejor, creía.

Dios, no lo soportaba. No veía la hora de perderlo de vista.

Capítulo 31

Llegamos a Puerto Madryn, directamente a un evento que habían organizado. Delfina se había tenido que preparar en el micro, y aun con el movimiento, se había podido producir como de costumbre. No se puede decir que eso en si, no fuera un talento.

La gente la recibió con la locura de siempre.

Gritos, llantos, adolescentes gritando todo tipo de cosas, con carteles coloridos, saltando de un lado al otro, rogando su atención, mientras ella con su mejor sonrisa las saludaba una a una.

Era una fila interminable, que daba la vuelta a la manzana de la librería en la que nos encontrábamos, y aun así, la chica estaba feliz de poder conocerlas a todas. Genuinamente feliz, no como los famosos dicen que aman a sus fans, y después se los sacan de encima como si fueran moscas, no.

Delfina los trataba como amigos, y eso es lo que hacía que fuera tan querida.

En uno de los recreos que hacía para poder beber algo, se acercó a donde estaba sacándole fotos y grabando material para que incluyera en sus videos, y me susurró que tenía ganas de darme un beso.

Me había tomado por sorpresa, un poco desprevenido, y me había hablado con voz tan suave rozándome el lóbulo de la oreja, que no pude resistirme.

Le había agarrado la muñeca, y me la había llevado de allí hasta la parte trasera donde teníamos todas nuestras cosas, lejos de los ojos curiosos, y sin darle oportunidad a decir nada, la había tomado entre mis brazos y la había besado. Sintiendo como su respiración se volvía trabajosa, y sus manos se aferraban a mi cabello, mientras nuestros labios se encontraban, buscando saciarse de ese hambre que sentíamos.

Esa necesidad, pura desesperación con la que no podíamos esperar un par de horas a que el evento terminara para poder tenerla así...

Y esto...

Esto tampoco solía pasarme con esas otras mujeres.

Delfina

En esos días, había conocido a un Máximo que me encantaba.

Uno sensible, que me había hablado de su padre una tarde mientras estábamos haciendo tiempo para entrar a mi firma de libros.

—Él siempre decía que yo iba a llegar a ser un periodista reconocido. – dijo acomodándose en el micro que nos llevaría a la Península Valdés. —Siempre me llevaba a la redacción del diario y me enseñaba cómo se trabajaba. Todo el mundo lo quería y lo respetaba. – suspiró con la mirada perdida en el paisaje. —

Me gustaría saber qué piensa de lo que estoy haciendo. Si me viera ahora...

—¿Si te viera poniéndote mascarillas de miel en YouTube? – bromeé y se rió por lo bajo. —O haciendo sesiones de fotos de promoción para mi gira.

—O escribiendo para una columna de chimentos. – reflexionó.

—Esos son detalles. – opiné. —Tus objetivos siguen siendo los mismos. Tu libro por ejemplo. – le hice ver. —Estás tan cerca de lograrlo. La editorial está muy interesada en tu manuscrito, y de una forma u otra, vas a verlo publicado.

—Si, supongo que de no haber estado en el diario digital de chimentos, no me hubiera tocado hacerle una entrevista a la youtuber del momento. – dijo y puse los ojos en blanco, riéndome. —Y todo esto de la gira, también me permitió viajar, y el contacto con los de la editorial.

—¿Ves? – sonreí. —No todo fue una tortura. Tu papá estaría orgulloso, tiene que estarlo. – me sonrió con esos labios tan bonitos que tenía.

—Y te conocí a vos. – agregó acercándose más y bajando la voz en un susurró que me puso la piel de gallina. Sus ojos, ahora más oscuros, me estudiaban con atención, y con eso que me llenaba la panza de mariposas. Me estaba haciendo ilusiones. Unas ilusiones enormes.

—A la loca de los videos llenos de purpurina. – comenté haciéndolo reír, porque la intensidad del momento me estaba empezando a acelerar el pulso.

—Y videos de las cien capas de maquillaje. – siguió bromeando.

—Aunque no lo creas, a mí también me sirvió este camino, para cumplir mis sueños. – confesé. —Para superar cosas de mi pasado, o para ayudar a otras

chicas recuperen su confianza con esto tan bobo para vos del maquillaje. — alcé una ceja. —Todos los días me escriben seguidoras que me cuentan de sus experiencias, y estar para ellas, me encanta.

Asintió pensativo.

—¿Por qué no escribís vos también sobre tu experiencia personal? — lo miré sin entender. —Un libro en el que cuentes por lo que te tocó vivir con tu imagen,

tu cuerpo.

—Me cuesta mucho sacar el tema, por si no te habías dado cuenta. —

contesté, acomodándome el cabello detrás de las orejas. —¿Te parece que les pueda interesar? No sé. Pueden verlo como que uso mis problemas de salud para tener más visitas y suscriptores. No me gustaría que el tema fuera tomado así nomás, es delicado. No quiero banalizarlo.

—Eso va a depender de cómo lo hagas y cuán en serio te lo tomes. — dijo y se sentó más derecho en el asiento, entusiasmado. —Es algo que te cuesta hablar, pero después te hace bien haberlo hecho. Tus seguidoras van a apreciarlo, y a vos te va a recordar lo que lograste. A mí personalmente, me gustaría leer un libro así, y no tanto uno que me enseñe cómo ser youtuber, que fuera mitad fotos y dibujitos de gatos.

—Dios, Max — me reí. —Decime realmente qué pensas de mi libro. —

ironicé. Ya sabía que le parecía una pavada, pero escucharlo siempre era duro.

—No pude terminar de leerlo. — dijo rápido. —Pero ese no es el tema... No tengas miedo de hacer algo más trascendente, tenés un público joven, que puede estar pasando por lo mismo que pasaste vos. ¿no te gustaría ayudarlo?

Me quedé mirándolo sin saber qué decir. Tenía razón, pero... ¿Cómo iba a hacer para exponer ese costado que siempre había mantenido escondido? Ese pasado al que había dejado atrás, y que no me hacía ninguna gracia volver a

recordar.

—Entonces queda descartado también el libro de recetas de galletas divertidas para gatos que tenía ganas de hacer. – bromeé y resopló frustrado, volviendo a acomodarse en la butaca.

—Lo peor es que seguramente vas a hacer un video de eso – dijo revoleando los ojos. —y yo voy a tener que estar en él, ayudándote ¿no? Mientras tu gata me mata de un ataque de alergia.

Me reí. Mi pobre gata... ¿Qué estaría haciendo? Ahora que mi hermano viajaba, seguro quedaba en mi guardería de mascotas de confianza. Realmente la extrañaba...

—Moona es lo más. – respondí. —Y si ella no estuviera, ya encontrarías algo para protestar cuando grabamos. – se rio.

Si, Max seguía poniendo los ojos en blanco con cada uno de mis videos.

Seguía mascullando maldiciones cuando tenía que participar, y seguía criticando mis tutoriales, o el tono que usaba en ellos para divertir a mi audiencia.

Max seguía siendo el de sus artículos, que parecía que a veces se iba a quedar sin paciencia por mis pavadas.

Pero también, esa noche, había sido el que había golpeado la puerta de mi habitación para darme un regalito que me había comprado en el centro. Unas medias hasta la rodilla con estampado de colitas de ballena.

—¡Son perfectas! – grité, admirándolas desde cerca. En colores pasteles, como sabía que me encantaban.

—Sabía que te iban a gustar. – sonrió cuando le dí un beso ruidoso en la mejilla, en agradecimiento.

—Pensé que te parecía ridículo cómo me vestía. – comenté, midiéndomelas.

—A vos te quedan bien. Forman parte de todo esto... – me señaló con las dos

manos. —Y todas esas cosas que te gustan.

Asentí y le pregunté si le gustaría que fuera más sobria. Era una pregunta que tenía atascada desde hacía tiempo.

—No. — dijo seguro. —Tendría que buscarme otra cosa para criticarte en mis artículos.

—¡Te pregunto en serio! — contesté. —¿Te gustaría si no usara cosas como este vestido corto lleno de estrellas? — me señalé.

—No. — repitió. —Que no se te suba a la cabeza, pero me gustas así. — dijo encogiendo los hombros, como si nada, aunque a mí se me había secado la boca de tanto sonreír. —Aunque si me das a elegir, me gusta más lo que hay debajo. —

alzó una ceja y me dio un repaso que hizo que me sonrojara.

Se inclinó para darme un beso y por primera vez, en lugar de dejarme llevar, mi cabeza se llenó de dudas. Dudas venenosas que anidaban en mi mente y me hacían sentir algo extraño en el pecho.

Lo miré por un instante cuando nos separamos, pensando cómo decírselo.

—Y... ¿Te gustaría igual si fuera... — me humedecí los labios nerviosa. —si fuera gorda? No unos kilitos más, si no grande, grande de verdad. Si tuviera problemas de sobrepeso.

Máximo se quedó mirándome y luego me sujetó por el rostro, acunándome con sus manos.

—Claro que si. — respondió mirándome a los ojos. —No me gustaría que pienses que esas cosas me importan. No deberían importarte a vos... — sin poderme contener, me puse de puntillas y lo besé con ganas, abrazándome a su cuello. —Sos más que un talle.

Las rodillas se me aflojaron.

—Fini, tenemos un problema. — nos interrumpió Paul, entrando por la puerta

que había quedado entreabierta, por supuesto, sin tocar antes. —Hay doscientas chiquitas chillonas en la puerta que quieren sacarse fotos, y nos tenemos que ir ya al evento. No podemos llegar tarde, así que vas a tener que viajar disfrazada para que no te reconozcan.

—No les digas así a mis seguidoras. — dije enojada, viendo como a mi lado, Max, entornaba los ojos hasta dejarlos chiquitos en un gesto asesino. — Puedo salir y saludarlas a todas juntas. Disculparme por no tener tiempo, y prometerles estar disponible para ellas mañana. — sugerí.

—Es que mañana no vas a tener tiempo tampoco. — discutió, sacándome de las casillas.

—Si se sacan las fotos que se quieren sacar y la saludan, se van a ir felices y Fini va a poder llegar al evento sin problemas. — dijo Max. —No hace falta que se quede dos horas, sus seguidoras suelen entender que ella está de gira, y no van a hacer escándalo.

Asentí dándole la razón, y encantada de que además de ayudarnos, estuviera ya tan al tanto de cómo eran mis lunitas y hablara bien de ellas.

Encantada de que cuando bajamos ya vestidos para salir, me dijera al oído que estaba hermosa, aunque Paul se hubiera quejado de que mi falda corta no me favorecía.

Encantada aun más, cuando organizó a las chicas que estaban en la entrada para que nadie se lastimara y todas pudieran hablarme, y hasta hizo chistes con ellas, posando para algunas fotos y selfies sin resoplar ni una vez o poner cara de ogro.

Enamorada de cada detalle que ahora me tenía mirándolo distraída en la parte trasera del auto, mientras él escribía en su cuaderno, ensimismado, con cabellos cayendo sobre su frente, y mi representante me daba órdenes de todo lo que tenía que hacer.

No me había enterado de nada.

Desde que habíamos comenzado algo, estaba distinto y su actitud había

cambiado completamente. Sabía que muchas cosas las hacía por mí, y eso me derretía el corazón, me dejaba tonta.

Aunque no tan tonta como para no darme cuenta de que podía llegar a cansarse de tanto fingir y poner buena cara. No todos estábamos hechos para esto, y sabía perfectamente que Máximo no era el tipo de persona que tolerara ciertas frivolidades y espectáculos.

Por mucho que parecía yo gustarle.

Al llegar, cinco personas con camisetas que ponían “staff”, salieron a recibirnos para ubicarnos dentro antes de que ingresara el público.

El de hoy, era un evento parecido al Click Con, la convención a la que tendría que asistir en unas semanas, pero más pequeño, ya que se presentarían solo youtubers locales.

No había podido sacarle a Paul quiénes eran los invitados, pero por la sonrisa perversa que tenía desde que habíamos entrado, podía imaginarme que algo tramaba. *Tal vez, alguna celebridad importante...* – estaba pensando, cuando fui interrumpida por el grito de mi nombre, y unos fuertes brazos cargándome por la cintura, dándome vueltas por el aire.

—¡Benja! – mi amigo y youtuber mejor conocido como Geek Boy, era una de las estrellas que ese día integrarían el panel.

—¡Fini! ¡Qué lindo verte! – se separó apenas para tomarme del rostro y plantarme un beso en la boca como siempre hacía.

Vi por el rabillo del ojo, que Max fruncía un poco el ceño, pero no decía nada. Ni siquiera se había acercado a donde estábamos.

Benja era solo un amigo, y si, por lo cariñoso que era, a veces a mis seguidoras les gustaba pensar que éramos pareja, pero no. Nunca había pasado más que eso, un par de besos para las cámaras, y sus efusivos saludos. Claro que yo antes nunca había estado en una relación, y ahora me sentía un poco violenta con su gesto.

Me reí nerviosa, y sin perder tiempo, los presenté con el pulso acelerado, mientras los dos se sonreían educados, y se daban la mano casi sin mirarse. Ya se sabe lo poco sociable que era el periodista, y Benja... él tenía demasiadas ganas de ponerse al día conmigo.

Se giró hacia donde estaba, y siguió la conversación como cada vez que nos veíamos. En nuestro idioma de videojuegos y YouTube.

—Tenemos que grabar una colaboración más tarde. ¿En qué hotel te estás quedando? – preguntó entusiasmado. —Le puedo decir a mi agente que hable con Paul y lo organizamos.

Y por supuesto, el aludido, que estaba parando todas sus antenas escuchando nuestra charla, sonreía como un bendito. Sabía que cada vez que el chico aparecía en mi canal, las vistas y las suscripciones subían por las nubes.

No sé si me dio oportunidad a responder.

Pasándome un brazo por los hombros, me alejó de mi grupo y me llevó a donde otros de nuestros colegas, estaban conversando animadamente.

Ese día iba a ser super divertido.

Capítulo 32

Máximo

Así que ese era el famoso *Geek Boy*. Podía ver por qué los vinculaban en todos esos artículos. Juntos se veían bien.

Él con su cabello púrpura, a juego con el suyo rosado, y ese estilo de vestir, que iba con la manera de hablar. Si hasta hablaban en el mismo idioma.

Tenían la misma edad.

No había dudas, hacían una buena pareja, pero Delfina... Delfina lo miraba de la misma manera en la que había mirado a su amiga Roxy.

Había que conocerla y saber prestar mucha atención, y aunque al principio

con ese beso, me había quedado algo descolocado, ahora me daba cuenta. Ese chico no le gustaba.

Pero ¿sería él uno de esos intentos que había tenido por sentir algo en el pasado? Ella me había contado que había querido relacionarse con otros chicos antes, incluso alguna chica, pero no sabía de quiénes se trataba.

Los estudié a la distancia, porque todos los youtubers estaban ocupados y yo no pintaba nada allí...

Realmente me daba cuenta de lo poco que pertenecía a ese entorno.

En esos instantes, todos gritaron y se pusieron a hablarle a una de las cámaras que sostenían en sus manos, haciendo un gesto con los brazos y la cabeza, que ya había visto a varios jóvenes hacer, pero de manera menos escandalosa.

¿Qué hacés acá, Máximo? – me pregunté.

Delfina se había ido, y ahí estaba de nuevo Fini Moon, divirtiéndose con los demás, haciendo juegos y videos. Todos queriendo llamar la atención, todos protagonistas. Todos con sus fans, siempre profesionales, seguros de sí mismos ante los flashes.

Gente que no tenía problemas en andar por todas partes grabándose, sin importar qué diría la gente. Hablándole a un lente, solos en medio de un shopping o en plena calle.

Yo nunca podría hacer algo así. – pensé. No con el único fin de contarles lo que estoy haciendo.

Me veía como reportero, grabando mi entorno, escribiendo o informando en un documental... eso sí podía imaginarme.

Eso era lo que me gustaba. ¿Era tan distinto después de todo?

La exposición no me atraía en lo más mínimo. – estaba pensando, cuando la gente de organización se acercó al stand que nos habían asignado con tres figuras de cartón de Fini de tamaño real, y millones de vinchas con orejas de

gato para repartir, iguales a las que estaba usando la chica.

La chica que se reía a carcajadas de algo que acababan de decirle al oído.

Ese Geek Boy le seguía hablando y tomándola de la cintura.

Imbécil.

¿Esos son celos, Máximo?

Sacudí la cabeza y me dije que mejor sería que fuera a tomar aire y dar una vuelta.

Me esperaba una jornada larga.

Delfina

A la hora que el evento terminó, no podía ni caminar de lo cansada que me sentía.

Hacía horas que no veía a Max, pero para ser sincera, había estado tan distraída con mis compañeros, que no había reparado en que no estaba en el stand con el resto del grupo.

Nos habían hecho participar en mil juegos con la audiencia, y entre una cosa y otra, no había tenido ni tiempo para comer. Mis amigos youtubers, hacía un rato venían diciendo que querían festejar el hecho de que nos hubiera tocado coincidir en la gira, porque era algo que no siempre se daba, y tenían ganas de salir a bailar.

Y no voy a mentir, al principio había tenido ganas de decirles que tenía que levantarme temprano al otro día, o inventarme alguna excusa como que me dolía la cabeza o algo... pero terminé por aceptar porque hacía tiempo que no salía con los dos.

Los pies me latían, pero suponía que así como había venido a trabajar,

también podía tomarme un momento para disfrutar con amigos.

Tomé el celular y escribí a Max para decirle donde íbamos a estar, para que nos encontráramos en la puerta, pero él me respondió que ya estaba acostado y que de todas formas, salir a bailar no era lo suyo.

Algo decepcionada, me junté con los demás y tras una rápida retocada de maquillaje y peinado, nos subimos a un auto que nos llevó a un boliche donde, como de costumbre, nos ubicaron en el VIP y nos sirvieron cosas ricas para comer y beber.

La música de reggaetón retumbaba en paredes, en el suelo y en el cuerpo que sin poder evitarlo, se movía solo y al ritmo. Roxy se movía a mi lado, constantemente haciéndome girar y pegándome a Benja que a esas alturas estaba borracho y alegre, bailando con nosotras.

—Sé lo que estás haciendo. – le advertí a mi amiga, con los ojos entornados.

—Y ya sabés que no va a pasar nada, estoy con Max.

—No sé de qué estás hablando. – dijo poniendo cara de inocente. —No estoy haciendo nada, pero ahora me parece que me voy al baño. – agregó guiñándome un ojo. —Y no veo a Max por ningún lado.

Ella siempre quería emparejarme con mi amigo. Desde hacía años tenía la fantasía de que hacíamos la pareja perfecta, y cada vez que podía, nos empujaba a estar a solas y en este tipo de situaciones. Como ahora, que me tomaba de la cintura para bailar con un poco de torpeza, y quedaba pegado a mi cuerpo, con su aliento oliendo a cerveza en mi mejilla.

No era un chico feo, todo lo contrario. De facciones masculinas, una mandíbula angulosa y unos espectaculares ojos azules, llamaba la atención. Si a eso le sumábamos su cabello de color púrpura, uno podía adivinar por qué siempre nos inventaban romances. Él era más alto que yo, y cada vez que quería hablarme se inclinaba hacia mi oído tomándome del rostro, rozándome más de lo necesario. Su sonrisa fanfarrona, y esa manera que tenía de guiñarme un ojo cada vez que se humedecía los labios para volver a beber de su trago comenzaban a incomodarme. ¿Siempre había sido así conmigo, y solo ahora es que me percataba de estas cosas?

Sacudí la cabeza. Seguramente sería el efecto del alcohol.

“*Échame la culpa*” de Demi Lovato y Luis Fonsi, sonaba cuando se puso pesado de verdad.

—Ya extrañaba verte, Fini. — dijo cariñoso. —Siempre la pasamos tan bien

cuando nos vemos.

—Si, tenemos que quedar más seguido. – contesté. —Y grabar más videos para nuestros canales... – sonreí y aproveché que asentía para poner una de mis manos en su pecho y separarlo de mí. Necesitaba aire.

—Y también para hacer cosas fuera de cámara. – sugirió apretando su agarre en mi cintura. —Siempre me pareciste tan linda, Fini. Nunca me había animado a decirte nada porque tenía miedo de que me rechazaras.

La letra de la canción decía “*solamente te falta un beso*” y Benja que se acercaba cada vez más a mi rostro, lo cantaba cerrando los ojos. Oh no...

—Benja, estoy viendo a alguien. – si, era mejor no dar vueltas en estos casos. —Y te veo más como un amigo. – ya que estábamos, que no quedaran dudas.

—Wow. – dijo después de asentir con la cabeza, resignado. —Como siempre puedo contar con vos para que me seas totalmente honesta. Auch. – se llevó una mano al corazón, y a mí un poco se me rompió el mío. No podía creer estar viviendo esto con mi amigo.

—Perdón, no quise hacerte sentir mal. – empecé a decir. —Me pareces un chico muy lindo, y sos divino pero...

—No, está bien. – se rio, interrumpiéndome. —Creo que si seguís hablando me voy a sentir peor. Nos olvidemos de esto, por favor. – rogó, soltando su hasta hacía unos segundos fuerte agarre, y me tomó de las manos. —Ojalá podamos seguir siendo amigos.

—Claro que si. – le aseguré.

—¿Qué tal si salimos y nos tomamos un café afuera? Me vendría bien despejarme y dejar de hacer papelones. – me pidió y no pude negarme. Le escribí un mensaje rápido a Roxy, que a esa hora ya estaba ocupada y planeando cómo terminar la noche por todo lo alto sin nosotros, y nos fuimos a un bar que quedaba cerca.

Después del rechazo, me sentía culpable, y no quería dejar a Benja solo.

Ahora podía imaginarme lo que había sentido Máximo tantas veces conmigo, y era horrible.

Y hablando de él, apenas nos separamos con mi amigo, me tomé un taxi al hotel pensando solo en escribirle para ver qué estaba haciendo. ¿Sería muy tarde? ¿Se enojaría si lo despertaba?

Marqué su número y esperé a que me contestara.

—¿Delfi? – dijo después de tres tonos. —¿Estás bien? ¿Necesitas que vaya a buscarte?

Me reí.

—Estoy bien, perfecta. – lo tranquilicé. —Pero tenía ganas de verte. – dije un poco insegura. *¿Qué estás haciendo, Delfina?* Eran las dos de la madrugada y él seguramente estaría durmiendo.

—¿Dónde estás? – preguntó.

—En el pasillo. – respondí y escuché ruido en su habitación, antes de verlo asomarse por su puerta. Sonreí. Estaba guapísimo con una camiseta mangas cortas blanca y un bóxer gris normal, pero tan sexy que cortaba el aliento.

Se hizo a un lado y entré encantada.

—¿La pasaste bien? – quiso saber.

—Si, estuvo divertido. – comenté. —Bailamos, brindamos, nos reímos... –

le conté, mientras veía su cuarto. Estaba escribiendo. Su ordenador abierto en un documento a medio terminar, mil hojas en el escritorio y una lapicera apoyada con descuido sobre el teclado. La ventana estaba totalmente abierta, y sabía que a lo mejor, había salido a fumar al balcón.

Estaba raro, pero no me decía nada, así que seguí contándole cosas sobre la salida con mis amigos. Obviando sin saber por qué, el pequeño malentendido con Benja.

—¿Estabas por escribir sobre el evento? – pregunté cuando él se dejó caer al borde de la cama, sentándose. Lucía algo cansado.

—Eso pretendía, en realidad. – sonrió con cansancio, pasándose una mano por el cabello. —Pero tengo la cabeza en cualquier parte.

Me acerqué a él, hasta quedar de pie entre sus piernas, y lo miré algo inquieta.

—Debes estar un poco aturdido. – adiviné y él sonrió un poco más.

—Si, a decir verdad muy aturdido. – contestó y el corazón me dio un vuelco en el pecho de preocupación.

¿Y si Máximo no se bancaba todo eso a lo que yo estaba acostumbrada y era parte de mi trabajo? ¿Y si era mucho para él?

—No siempre es así. – dije como si estuviera disculpándome. —A veces es más tranquilo.

—Hasta ahora nunca fue más tranquilo. – me discutió, riendo y yo me mordí los labios.

Sabía que todo esto no le gustaba, y por mucho que a veces pareciera adaptarse, sabía que no era su mundo, que nunca lo sería.

Me acerqué más y le acaricié el cabello, viendo como él cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza hacia atrás, sujetándome desde la cadera, casi una caricia.

Si, parecía cansado. Agotado.

Exhausto.

Esperaba que no se hubiera cansado de mí.

El solo pensamiento, fue como plantar una semilla de inseguridad que congeló mi sangre y casi me pone a temblar. Perder a Max, después de todo lo que nos había costado llegar hasta donde estábamos, me ponía muy

nerviosa.

—Mañana tengo el día libre, podemos hacer algo solos. Más tranquilos... –

improvisé con mi mejor sonrisa. —ir al cine, o hacer algún tour que no hayamos hecho antes de irnos. – y aunque sonara animada, por dentro, la desesperación apenas me dejaba hablar.

Vi que fruncía el ceño y se quedaba mirándome por un minuto.

—Debo parecerle un aburrido. – dijo y me acarició la mejilla con suavidad.

—Un viejo aburrido que no se aguanta una gira. – negué enérgicamente con la cabeza y él se rio.

—En todo caso yo debo parecerle una loca. Yo y todos mis amigos. – dije y él entrecerró los ojos, pensándose y dándome la razón, para después seguir riéndose cuando, en “venganza”, lo besé dándole mordiscos en esos labios tan bonitos que tenía.

—A veces tengo miedo de que te canses de lo loca y rara que es mi vida. O

que soy yo... – confesé mirándolo a los ojos, desnudando mi alma y como siempre, exponiéndome ante él.

—Delfina, la estamos pasando bien, nos estamos divirtiendo. – comentó, relajado. —Dijimos que íbamos a ver cómo salía todo, vos también podrías cansarte, y buscarte algún chico más como vos. Como ese Geek Boy. – dijo y por poco no me atraganto con mi propia saliva. —Somos muy distintos, si. Pero nos gustamos, y estamos de viaje juntos. Ya se verá más adelante...

Forcé una sonrisa.

Todo parecía tan simple cuando él lo explicaba, y tan complicado en mi mente. Sin poder evitarlo, me armaba películas que no tenían nada que ver con la

realidad.

Hasta ahora había leído entre líneas cada cosa que sucedía, pero tenía que empezar a abrir los ojos.

No me estaba prometiendo nada.

No se lo estaba tomando tan en serio, la estaba pasando bien durante el viaje. *Ya se verá más adelante...* – me repetí con amargura.

—Ese vestido es... – una de sus manos bajó hasta donde este terminaba y siguió subiendo, rodeando mi muslo por debajo. Ahogué un jadeo. —Una maldad. – se rio, todavía besando la comisura de mi boca.

—Todavía no viste nada. – dije alzando una ceja. Si esto era todo lo que estábamos haciendo, “divirtiéndonos” y pasándola bien, ya era hora de que las cosas avanzaran de verdad.

Tomé ambos breteles y con un movimiento de mis hombros, dejé deslizar la prenda hasta mis pies, quedándome solo en ropa interior. Y esta sí que era una maldad.

Negra y de tul transparente en el sujetador, con apenas una flor de bordado tapando los pezones, era tan pequeñito, que dejaba ver todos y cada uno de mis tatuajes. Debajo la braguita era igual, aunque esta tenía unas tiras que se cruzaban más arriba, dándole un toque sexy de lencería que me encantaba.

Las cejas de Máximo se habían ido alzando de a poco, a medida que iba procesando lo que veía con la boca algo abierta, pero mudo por la sorpresa.

Sonreí mordiendo mis labios.

Había amado su reacción, era exactamente la que esperaba.

Capítulo 33

Max tragó en seco y me miró a los ojos.

—Creo que no deberíamos... – retrocedió en donde estaba sentado levantando sus manos entre nosotros, evitando mirar algo que no fuera mi rostro, aunque podía notar lo mucho que le estaba costando.

—Shhh. – lo hice callar, antes de plantar mis labios en los suyos y comenzar a besarlo, mientras me sentaba sobre su regazo a horcajadas. Mis piernas se aferraron con fuerza, atrapándolo, y mi cadera se meció apenas hasta acomodarme como quería.

Escuché que gruñía por lo bajo, y sus manos me tomaban por los muslos primero en una caricia lenta, y luego amasándolos, arqueando su espalda, uniéndose a mis movimientos casi de manera involuntaria.

Tiré de su camiseta y la quité del medio, recreándome todo el camino en la piel de su pecho. Bronceado en contraste con mi piel, con sus músculos en tensión, y sus brazos que me tenían bien sujeta, y en los que parecía tan pequeña en comparación.

Calor, tenía mucho calor.

En el centro de mi vientre, y bajando hasta humedecerme, hasta sentir fuego.

Impaciente, me moví un poco más sobre él y dejé escapar un gemido cuando sentí su erección crecer más aun y latir bajo su bóxer. Los dos estábamos que explotábamos de las ganas.

Ya habíamos esperado lo suficiente, y en un arranque de valentía, lo empujé desde los hombros hasta que quedó acostado en la cama conmigo encima.

Quería hacer esto...

Él retrocedió hasta situarnos en medio, y con sus manos recorriendo toda mi espalda, desprendió en un solo intento ese pequeño sujetador que se interponía entre nuestras pieles.

Tomó entre sus dedos uno de mis pezones y lo pellizcó, haciendo que yo respondiera con un mordisco en su cuello, donde lo estaba besando. Donde también pasé mis uñas, cuando excitada como nunca, sentí que una de sus manos comenzaba a jugar con el elástico de mi braguita y la bajaba.

—Max... – dije entre suspiros y él nos giró sobre la cama hasta quedar por encima.

Abrí las piernas haciéndole lugar, y él se acomodó apoyado sobre una mano que quedaba cerca de mi rostro, y la otra que jugaba allí debajo, bajando por mi monte de venus. De a poco bajando más y más, hasta sentir mi piel sensible.

—Me encanta. – había dicho entre jadeos, llegando con sus dedos a mi centro, a donde sentía que resbalaba en movimientos suaves que iban de arriba abajo, tentándome. Estaba muy mojada.

Clavó sus rodillas en el colchón y se movió hasta que sus piernas, también algo abiertas, abrieron más las mías. *Oh por Dios...*

Lo sentí. Lo sentí todo.

Sentí su dedo jugar entre mis labios y luego adentrarse despacio. Gemí cerrando los ojos, apretándolo y moviendo mi pelvis para encontrarlo. Entraba y salía cada vez con más facilidad, a pesar de que al principio había más resistencia, ahora más relajada, quería más.

Su mano se movía a más velocidad y él, que respiraba trabajosamente también se movía con ella. Pegó su cadera ahí donde su dedo me estaba enloqueciendo, acompañando las acometidas entre palabras y maldiciones.

La tela de su ropa interior era el roce que me faltaba para poner los ojos en blanco. Se sentía tan bien, que creía que así nos interrumpieran, jamás hubiera podido frenar.

No me avergüenza decir que no hizo falta mucho para que le clavara las uñas en los glúteos y gritara, llegando al clímax, cerrando los ojos y explotando de todos colores, purpurina incluida.

Esto no se parecía a nada de lo que había experimentado. A nada.

Era la primera vez que llegaba al orgasmo acompañada, y el sentimiento era tan espectacular, que la cabeza me daba vueltas. No podía pensar con claridad.

Sin dudarle, bajé una de mis manos, y metiéndola dentro de su ropa interior,

liberé su erección que se agitó con firmeza. No estaba segura de lo que hacía, pero estaba tan desesperada por que sintiera el mismo placer que yo había sentido unos segundos antes, que mis instintos me fueron llevando a tocarlo, abarcándolo con mis dedos. Sintiendo que su punta se humedecía y él soltaba el aire con fuerza, enloquecido.

Mi mano se movió arriba y abajo, un poco insegura, pero al notarlo temblar, me dije que estaba haciendo un buen trabajo.

—Así, así... — dijo cerrando los ojos, tomándome de la muñeca, indicándome más velocidad, mirando hacia abajo para ver lo que le hacía.

Apretando la almohada debajo de mi cabeza hasta retorcerla.

Mi falta de experiencia podría haberme intimidado, pero es que los dos estábamos tan abrumados por el deseo, que ni siquiera podía ponerme a pensar.

Solo podía concentrarme en sus jadeos, en sus besos torpes por lo que le hacía, en sus piernas temblando por mantenerse sobre el colchón, y en esa parte de su cuerpo, que entre mis manos se sentía suave pero a la vez tan dura, húmeda como había estado yo cuando él me había tocado. Las venas de su frente en tensión, y su rostro... No lo olvidaría nunca.

Una fina capa de sudor cubriendo su rostro, y sus ojos oscuros... yo le estaba haciendo eso. Yo estaba haciéndolo disfrutar así, y eso era algo que nadie podría quitarme.

Su agarre en mi muñeca se tensó y dejó escapar un gruñido que me puso la piel de gallina. Había querido detenerme, detenerse él, pero había sido inútil.

Con dos jadeos más, acabó sobre su abdomen, el mío, y un poco entre mis pechos también.

Tampoco me avergüenza decir que la visión de todo aquello, me había puesto a mil.

Me abalancé a besarlo y a terminar de desvestirlo, ya que su bóxer seguía allí,

apenas bajado donde antes había estado tocándolo y aun seguía duro, y él jaló mi cabello, con otra maldición.

—No, no, no. – dijo en mi oído, cuando me pegué a su cuerpo para sentirlo.

—Hoy no es una buena idea, Delfi. – negó con la cabeza.

—¿Por qué? – no entendía nada. —Los dos tenemos ganas...

—Justamente por eso. – dijo tomando aire, y volviendo a vestirse de un tirón.

—Es tu primera vez y yo estoy... – se miró y soltó el aire, quitándose los mechones de cabello que se mojaban con su frente. —No quiero lastimarte.

—Max... – empecé a decir, pero no cedió.

Y un segundo después, me metí a la ducha, algo decepcionada por no haber podido terminar lo que habíamos empezado, pero aun así, en las nubes por lo que sí había ocurrido.

No podía creerlo. Sonreí envolviéndome en una bata mullida de toalla, recordando cómo entre los dos nos habíamos dejado llevar. Era inevitable sentir que un poco, me había salido con la mía después de todo...

Máximo

Llevaba... no sabía cuánto bajo la ducha, y todavía sentía que mi piel seguía emitiendo más vapor que el agua.

Había perdido el control como nunca antes, no podía creerlo.

Apoyé la frente en los azulejos fríos y me miré, maldiciendo aun estar duro y excitado por lo que había ocurrido. Ni en la adolescencia mi cuerpo me había jugado semejante traición.

Y aunque habíamos llegado más lejos de lo que pretendía, por lo menos me había podido frenar en el instante indicado, porque sabía que un segundo más, y...

Cambié el agua, ahora abriendo solo la fría, intentando poner la mente en

blanco. Intentando olvidar las manos de Delfina tocándome con inocencia, pero tan bien, que había podido con toda mi voluntad.

Intentando no volver a la habitación donde sabía se estaría cambiando, para arrastrarla a esa cama, y hacerla mía hasta que los dos no pudiéramos más. Hasta escuchar sus gemidos y mi nombre en sus labios como cuando había llegado al orgasmo en mis dedos.

Tomé aire y lo contuve, revolviéndome el cabello.

Mierda.

Delfina

Era tarde, y una vez fresca y con mi pijama, el cansancio del día, comenzó a hacerme estragos.

Mi idea era esperar a que Max saliera de su baño, y nos acostáramos abrazados como otras noches, pero estaba tardando tanto, que en un momento ya no pude esperar.

Los ojos se me cerraron, y me fui durmiendo de a poco, mientras el sonido de la ducha me hacía sonreír.

Tatiana

Miré mi teléfono por quinta vez esa noche.

Franco, en unos días viajaría a la ciudad en donde habíamos crecido como casi todos los años, pero no se había puesto en contacto conmigo para que fuéramos juntos, y eso me tenía desde hacía días de lo más intrigada.

¿Por qué? No podía parar de preguntármelo.

En otras oportunidades él había aprovechado para ir con Fini, y allí nos encontrábamos los tres, pero ahora que ella ya estaría en casa por la gira, lo normal hubiera sido un llamado... un puto whatsapp, preguntándome mis planes.

Sabía que yo ya había terminado de rendir.

Tenía que haber una razón.

¿Viajaría con esa chica con la que estaba saliendo? Esa que era como una *noviecita* o algo así. Cerré los ojos con amargura.

La perspectiva de tener que compartir con ellos una comida, o una salida, me ponía enferma.

Siempre dolía ver como él besaba a otra, como alguna vez me había besado a mí.

Y como si me hubiera estado leyendo la mente, un mensaje suyo llegó a mi celular.

“¿Viajas a casa para las vacaciones?”

Y me gustaría decir que dudé antes de contestarle, o que me pensé mejor la situación y tomé una decisión en frío, pero no era verdad, y yo no era así. Yo era de las que actuaban primero y después se arrepentían. Siempre lo había sido.

“Si, quería viajar mañana para ver a Delfi. ¿Vamos juntos?”

Miré de nuevo mi teléfono, mordiéndome las uñas de los nervios. A la mierda con todo, si viajaba con la novia, ahora me enteraría.

“Para eso mismo te escribía. ¿Por qué no me avisaste antes así organizábamos?” – tuvo el descaro de preguntar. Y podría haberle discutido, y contraatacar haciéndole ver que él había hecho lo mismo, y así, hacer un mundo de una pavada como había sido un simple desencuentro de mensajes a tiempo.

No, no tenía ganas de pelear. En cambio, hice algo mucho peor.

“Se me pasó, estuve estudiando. ¿Ahora estás ocupado o tenés ganas de venir y tomamos algo?”

Era más fácil no darme de golpes en la cabeza por lo que acababa de hacer, ahora que no la tenía a mi amiga a mi lado para regañarme. Para recordarme lo sinvergüenza que era su hermano, y el daño que sabíamos podía hacerme si le daba pie.

Pero ella hoy estaba lejos, y Franco acababa de decirme que mejor nos juntábamos en su casa. Que me trajera mi valija y me quedara a dormir así compartíamos taxi hasta el aeropuerto.

Ups.

Su departamento estaba igual a como lo recordaba.

Típico que un soltero que viajaba mucho, no había mucha decoración ni detalles que le hicieran pensar a uno que en esa casa viviera gente. Comida y bebida, la justa, un super televisor pantalla plana en una de las paredes y un sillón inmenso del que guardaba los mejores recuerdos.

En la mesa de la cocina, había preparado dos botellines de cerveza bien fría, y lo que parecía una caja de pizza para comer. Pero como de costumbre, como cada vez que tenía visitas, recogía todo sobre una bandeja, y se iba directo a su cuarto.

El único espacio que se me hacía más acogedor.

Y no es porque tuviera muchas cosas aquí tampoco, pero había algo...

Por ejemplo, sobre su mesita de noche es donde tenía algunos portarretratos que según sabía, siempre eran lo primero que empacaba cuando tenía un campeonato. Fotos mías, de Delfi, de los tres juntos cuando éramos más chicos, y otras más recientes.

Vi por el rabillo del ojo que ponía música mientras recogía algo de ropa que tenía desparramada entre el suelo y la silla de su enorme escritorio de vidrio, y me acerqué para ver las fotos.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, y sin poder evitarlo, la levanté.

—No puedo creer que guardes esta foto. — me reí y él, curioso, se acercó por

mi espalda a ver de cuál estaba hablando, para reírse conmigo también después.

—¿Cómo no la iba a guardar? Es una de las mejores que tenemos. —

comentó apoyando su mano en la mía, sin querer, al querer ver el retrato de cerca.

Estábamos los dos, disfrazados con sábanas de lo más ridículos, una tarde en que me había estado ayudando a memorizarme mi parte en una obra de teatro.

Antígona, si no me equivocaba.

Era la primera vez que iba a actuar en público, y él me había apoyado para que estuviera segura de mi misma.

—Me acuerdo que la profesora me puso un siete, y vos tenías ganas de ir a hablar porque había estado para mucho más. — me reí. —Pero en primer año no ponen calificaciones más altas, y de todas formas, yo tampoco había estado tan bien.

—¿Que no estuviste bien? — discutió frunciendo el ceño, tan cerca de mi rostro, que la boca se me secó. —Fuiste la mejor de todos sus estudiantes.

—Fran, me olvidé la mitad de mi letra. — me reí y él se quedó mirándome.

Sus ojos fueron desde los míos a mis labios en un segundo, y su mano reforzó su contacto con la mía, hasta girarme y dejarme frente a él.

No era la primera vez que pasaba algo así.

En tantos años, por supuesto que había habido momentos en los que alguno de los dos en un instante de debilidad, estaba a punto de perder los papeles. Y

siempre nos frenábamos.

Siempre nos resistíamos, y retrocedíamos recordando que los amigos no se miraban así. Los amigos no se miraban con deseo, ni se tocaban con ganas de arrancarse la ropa. No.

Pero esta vez, ninguno tuvo fuerzas.

Franco se adelantó un paso, y tomándome del rostro, me estampó un beso hambriento y desesperado que no pude evitar devolverle. Lejos de evitarlo, me había abalanzado a sus brazos, respondiendo con la misma pasión contenida, mientras él, entre jadeos, nos llevaba a su cama. ¿En qué momento habíamos terminado así?

Pasé mis manos por su cabello largo y sonrió sin dejar de besarme, haciendo que mi cerebro entrara en cortocircuito.

Esta vez estaba jodida, pero de verdad.

Franco

Los dos estábamos acostados mirando el techo, todavía entrelazados en mi cama, con todas las sábanas revueltas después de nuestro encuentro.

Habían pasado algunos años, pero aun seguía provocándome las mismas sensaciones. Estar con Tati, no tenía comparación con cualquier otro sexo que hubiera podido tener.

Era como si mi cuerpo hubiera estado en *stand by* hasta volver a reencontrarse con el suyo. Como si hubiera estado funcionando en piloto automático, y recién se dejara llevar con ella. Solo con ella.

La revelación me puso el corazón a toda carrera, y fue como si pudiera verlo todo claro por primer vez.

Suspiré, acariciando su cabello, contento al darme cuenta que dejaría impregnado su perfume en mi almohada. Ese mismo perfume que era el único que quería sentir de ahora en más en mi vida.

No había lugar para nadie más.

¿Cómo es que había tardado tanto en verlo?

Estaba callada, demasiado callada, así que la miré y volví a besarla en los

labios, esta vez con más dulzura.

No me rechazó, así que lo tomé como una buena señal.

—Estamos arruinando nuestra amistad, ¿no? – preguntó apoyando un codo en la cama, para mirarme de frente. —Acabamos de complicar las cosas, y vos...

¿Vos no estabas de novio? – pareció recordar de repente, llevándose la sábana hacia arriba, como si taparse los pechos ahora fuera a servir de algo.

Me mordí los labios, reprimiendo una sonrisa.

—No estoy de novio. – contesté. —No vamos a arruinar nada, Tati, hablemos.

—Para vos esto fue un rato de sexo, pero para mí no. – confesó, alborotándose más aún su precioso cabello oscuro.

—Con vos nunca sería solo eso. – dije, ofendido. —Sabes que no. Yo... – la miré y salté al vacío con todo lo que tenía, rogando que fuera suficiente esta vez.

—Te quiero, Tati. Desde siempre, desde aquella primera vez...

—¿Qué? – dijo totalmente desconcertada. —¿Y entonces por qué me dejaste cuando salíamos?

—Para ser justos, nunca salimos de verdad. – aclaré como un idiota, viéndola bajar la mirada avergonzada. Era un imbécil. —No quería lastimarte, y no estaba en un momento en que pudiera prometerte nada, seamos sinceros.

—¿Eso cambió? – quiso saber, con la voz temblorosa.

—Si. – dije sin dudar. —Te lo puedo demostrar. – me corregí. —Te lo quiero demostrar.

—No sé si... – empezó a decir, con sus puños apretando las sábanas, y quise abrazarla. —Este puede ser otro de tus caprichos.

—¿A vos te pasan cosas conmigo? – pregunté. —Me dijiste que para vos no había sido solo sexo. Tati, necesito saber.

—Yo también te quiero, Fran. – admitió. —Pero no me podés culpar por dudar, cuando hace menos de cuatro meses, nos estabas contando con lujo de detalles la noche que habías tenido con esa francesa... o esta chica de Instagram que conociste hace poco.

Negué con la cabeza, avergonzado. *¿En qué mierda había pensado cuando se me ocurrió contarle esas cosas a ella justamente?*

—Con ninguna me sentí como me siento con vos. – juré, pero no fue suficiente.

—Dame tiempo. – pidió después, dándome algo de esperanzas. —Cuando volvamos del viaje, lo volvemos a hablar. – dijo y yo asentí, dispuesto a volver a besarla. Pero me frenó. —Y ni una sola palabra a tu hermana. – advirtió.

En ese momento, le hubiera podido prometer lo que quisiera, y eso hice.

Entre palabras de amor y besos, se nos pasó esa noche que había sido sin punto de comparación, la mejor que había tenido en la vida.

Capítulo 34

Delfina

Llegamos al alojamiento cerca del mediodía, así que apenas nos instalamos, les escribí para que comiéramos juntos. Tenía ganas de verlos, y sabía que ellos estarían ya en casa.

Con Max no habíamos hablado mucho.

A decir verdad, no habíamos hablado nada.

Me había quedado dormida antes de que saliera de la ducha, y cuando desperté él estaba levantado, haciendo su equipaje, así que no nos había dado el tiempo.

Luego con toda la gente del equipo, y Paul dando vueltas, simplemente no habíamos tenido oportunidad, pero me gustaba que al menos se había quedado a mi lado siempre.

Habíamos dormido de camino a Esquel, yo lo había hecho acurrucada en sus brazos, y ahora que llegábamos a las cabañas donde nos quedaríamos, sin decir mucho, los dos asumimos que compartiríamos una juntos y así pasaríamos las noches que nos quedaban.

Hubiera sido muy inocente de mi parte no suponer que las cosas se pondrían un poco incómodas después de todo lo que había pasado la noche anterior, pero teniendo en cuenta mi experiencia con Max hasta la fecha, podría haber sido peor.

No sabía si se arrepentía, si sentía culpa por lo que habíamos hecho, o por como se había dejado llevar por la situación, y eso me preocupaba un poco. Pero era más lo que estaba feliz. Porque había sido algo que nunca olvidaría, y porque se sentía solo como un comienzo.

Como siempre que estábamos en casa, el lugar de encuentro había sido nuestra pizzería favorita.

Allí todos nos conocíamos, porque a decir verdad, era una ciudad pequeña y cada uno los lugareños conocía, o había compartido algo con el otro, o con el familiar del otro. El dueño, era compañero de la secundaria de mi mamá, y la moza había sido mi niñera, así que sí. Realmente nos conocían.

Franco y Tati llegaron juntos, y ya estaban sentados guardándonos lugar, y nosotros tras las presentaciones, nos sentamos con ellos en una mesa que daba a la calle.

Eso en Buenos Aires nos hubiera costado más, porque siempre había un fotógrafo o paparazzi dispuesto a salir de un arbusto y arruinarnos la comida, pero no aquí.

Las fotos las sacábamos nosotros, para que quedaran registros de ese momento entre amigos en nuestra ciudad natal.

Máximo, había hecho el sacrificio de pedirse la pizza vegetariana para compartirla conmigo, porque sabía cuánto me gustaba, y bien había adivinado que ninguno de mis amigos –ni siquiera mi hermano– me daría ese capricho.

Si con eso no había ganado puntos con ellos, definitivamente lo había hecho conmigo.

Paul llamó a Max porque yo tenía mi teléfono apagado. Quería recordarle la hora del evento en el que tenía que presentarme, y decirme que un auto nos recogería pronto, pero el periodista lo cortó rápido diciendo que estábamos comiendo, y que yo necesitaba recargar energías para la jornada. Lo miré sonriendo, agradeciéndole en silencio.

—Para ser alguien que odia lo que Delfi hace, se te ve muy cómodo en la gira. – dijo mi hermano con un tono ácido. No, con él no había ganado ningún punto por lo de la pizza se ve.

—No odio lo que hace. – se defendió, poniéndose más derecho en la silla, y forzando una sonrisa. Estaba nervioso. —Es diferente a lo que estoy acostumbrado, eso es todo.

—Disculpame, pensé que te dedicabas a escribir sobre espectáculos y celebridades. – Franco torció la cabeza, haciéndose el confundido y quise matarlo. Entendía que se pusiera en protector con su hermana, pero estábamos intentando tener una comida de amigos relajada...

—Ese es mi trabajo, si. – asintió. —Uno no siempre puede elegir, cuando depende de un sueldo para vivir.

—Claro. El problema es que mi hermana sí eligió esta carrera. – siguió diciendo. —Carrera de la que te estás prendiendo para hacerte conocido. – se encogió de hombros con cara de póker.

—No es así. – discutió Max, aunque su tono era bajo. Notaba que no quería pelear, y seguramente se debía que Franco por más imbécil que estaba siendo, seguía siendo mi hermano.

—¿Ah no? – preguntó. —Yo me acuerdo de haber leído que Fini te parecía “frívola”, que sus videos no tenían contenido y que claramente le hablaba a gente como ella, con una edad mental que no iba mucho más allá de la primera adolescencia.

Wow. ¿Se había aprendido ese párrafo de memoria, o qué?

Máximo boqueaba para defenderse sin saber cómo hacerlo, mientras Tati pateaba a mi hermano bajo la mesa para que se callara.

—Mi trabajo es hacer esos videos, el de él hacer artículos de opinión. – dije molesta. —Y tiene derecho a tener una que no sea igual a la tuya.

—Si tan tonta te parece ¿qué haces con ella? – increpó levantando apenas la voz, ignorándome. —Y no me refiero al trabajo, a mí no me trates de tonto. Te estás aprovechando de ella. – lo señaló.

—¡No! Eso no es así. – dijo. — Si escribí esas cosas, fue por lo poco que la conocía, y en todo este tiempo yo...

—Basta, no tenés que estar justificándote. – lo interrumpí y miré a mi hermano, enfadada. —Y vos no me subestimes. ¿Te crees que me voy a dejar usar por fama o por dinero? ¿No estarás proyectando? Después de todo, el que tiene pasado con modelos y chicas del medio que salen a hablar a programas de la tarde por despecho, sos vos.

El aludido se puso rojo de la furia, pero ya no pudo contradecirme.

—Bueno, ya fue, chicos. – dijo Tati, queriendo poner paños fríos. —Creo que Franco estaba preocupado, y ahora que se sacó del pecho todo lo que tenía para decir, ya podemos volver a la normalidad. – al decir eso último, apoyó una mano disimuladamente en el brazo de mi hermano, haciendo que este retrocediera un poco y se relajara en su asiento.

Se miraron por un instante, en el que me pareció que se decía un millón de cosas sin palabras, antes de que Franco por fin cediera, y con un asentimiento de su cabeza se quedara callado.

¿De qué me había perdido? – pensé, entornando los ojos.

—Delfi – dijo Max, acercándose más a mí. —Voy a aprovechar la tarde para hacer un poco de turismo, Paul me dijo que no me necesitan... – miró a nuestros compañeros de mesa. —así puedes pasar el día con tus amigos, y disfrutar. Yo te veo a la noche.

—No, Max. – me apuré en decirle al ver que empezaba a ponerse de pie. —

No tenés por qué, podemos ir todos juntos.

—Está bien, hace semanas que no te ven. – se encogió de hombros. —Nos vemos a la noche. – saludó y se fue antes de que siguiera intentando convencerlo.

Me sentía horrible. Se había ido por culpa de mi hermano, y porque creía que estaba haciendo las cosas más fáciles para mí.

—¿Se va y no paga nada? – se rio Franco, lleno de sarcasmo.

—No tiene que pagar, estamos de gira. – aclaré. —Todas nuestras comidas están cubiertas, y las tuyas también cada vez que salimos y te invito. – agregué con más veneno del que me imaginaba. —Como tampoco te hago pagar por todas las cosas que me envían de regalo las marcas, y más de una vez te llevas de casa cuando vas.

Apretó las mandíbulas, molesto.

—Lo conociste hace un par de meses, no sabés sus intenciones. – se cruzó de brazos. —A mí no me gusta nada.

—No tengo ganas de seguir discutiendo con vos, Franco. – le dije, frustrada.

—¿Querías ponerlo incómodo hasta que se fuera? Lo lograste. – me levanté, dejando el dinero de la comida a un costado, con bronca. —Y ahora también lograste que yo me quiera ir.

Ya, me había pasado de dramática, pero es que estaba enojada con él por

haber ofendido a Max. Cada vez que recordaba su gesto dolido me angustiaba, porque sabía que ese era el rumor que más le pesaba de todos los que había inventado la prensa. Que me estaba utilizando por mi dinero...

A mitad de camino, Tati me había alcanzado y había intentado calmarme, defendiendo al idiota de mi hermano que al parecer, estaba un poco arrepentido del numerito que había montado.

—Es un poco pesado cuando quiere cuidarnos, ya sabes. — dijo, poniendo cara de lástima y me reí.

Por supuesto que lo iba a defender...

—Ya no soy una nena para que me trate así. — dije yo, mientras me terminaba de retocar el maquillaje en el camerino que me habían asignado en el Centro Cultural, donde me presentaría.

—¿Te acordas el chico con el que salía? Ese al que le descubrí un mensaje de otra chica. — comentó, mordiéndose los labios.

—¿Ese al que le hizo una cirugía de nariz gratis, cuando lo fue a buscar a su casa? — nos reímos.

—¿Ves? Es un celoso, no puede evitarlo. — concluyó. —Además, de verdad no conoce a Máximo, y tiene miedo de que te lastime. Vos nunca estuviste en pareja, y que digas que te gusta, ya es muchísimo.

—Yo también tengo mis dudas. — la miré esperando su reacción. —Me dijo que yo también le gustaba, y estamos empezando algo...

Tati abrió los ojos, y pestañeó como un dibujo animado.

—¿Algo? — preguntó casi gritando, y asentí. —¿Ustedes ya...?

—No todavía. — sabía a qué se refería. —Pero sé que va a ser con él, y muy pronto.

—Fini, eso es muy importante. — dijo, sentándose más cerca de donde yo me estaba maquillando, acercando una silla. —Me tenés que contar todo.

Y eso mismo hice y con lujo de detalles, dejando a mi amiga tan impresionada que se había quedado muda por primera vez. Ahora que podía decir en voz alta mis miedos, ya no se me hacían tan grandes. El temor de que nuestras diferencias fueran a separarnos, o que todo mi mundo llegaran a apabullarlo, o que quisiera estar con una chica más parecida a él, ...le conté todos.

—Supongo que no hay mucho que puedas hacer. – sonrió resignada. —Estás enamorada, y si tiene que doler, va a doler. Ya es tarde para evitarlo.

—Lo mismo pienso. – admití. —Lo nuestro era inevitable.

—Fini, hablando de lo inevitable, tengo que contarte algo. – dijo de repente, cubriéndose el rostro con su cabello, como cada vez que se mandaba alguna.

La miré seria, y lo supe. No hacía falta que lo dijera, que ya sabía de qué se trataba.

—Me acosté con Franco antes de viajar. – y de todas maneras lo dijo.

Negué con la cabeza, y cuando estaba por regañarla y darle todas las razones por las que no era una buena idea, mis propias palabras se me volvieron en contra y no pude decirle nada.

Ella también tenía sus miedos, pero lo suyo con mi hermano era tan complicado como lo mío con Max. Si, las dos teníamos miedo, pero ninguna tenía opción. Esos chicos nos tenían locas, y no podíamos estar sin ellos.

—Bueno, las dos estamos muy jodidas. – dije encogiéndome de hombros y nos reímos.

Cuando estábamos saliendo del evento, no me sorprendió ver a mi hermano esperándome en la puerta con las manos en los bolsillos. El muy condenado me

había mirado con tal arrepentimiento, que no habría podido seguir enfadada con él, ni aunque hubiera hecho un esfuerzo. Se podía entender que mi amiga volviera a caer en sus redes, después de tantos años de conocerlo.

Nos fuimos a tomar unas cervezas en son de paz, y aclaramos nuestras diferencias de la mejor manera que podíamos. Discutiendo a los gritos, como cualquier par de hermanos que se adoran.

—Me gusta de verdad. – dije para convencerlo. —Quiero estar con él y no me importa lo que nadie más piense. Aunque pueda parecer que no me conviene, me siento bien y no quiero estar con otro.

Asintió, cansado de pelear y el gesto le cambió automáticamente.

—Eso último puedo entenderlo. – dijo serio. —Delfi, tengo que contarte algo, pero no podés decirle a Tati que te lo dije. – se apuró en aclarar muy desesperado, y hasta un poco de ternura me dio.

—Ya me contó. – me reí, apiadándome de él.

Y tal como había hecho con mi amiga, decidí escucharlo sin inmiscuirme demasiado en el tema. Los quería a los dos, y aunque temía que alguno saliera herido, –sobre todo Tati, si tenía en cuenta las aventuras de mi hermano– me mantuve objetiva y no opiné.

Salvo por un solo detalle.

—Si estás con ella, no podés seguir viendo a otras. – le advertí. —La chica con la que salías... la de Instagram.

—Eso está hecho. – prometió. —Tengo que hablar con ella, apenas pueda.

Tengo en claro que solo quiero estar con Tati.

Sonreí.

Me gustaba ver a mi hermano así. Descolocado, muerto de miedo, pero sobre todo, embobado con mi amiga.

Si, todo saldría bien, podía sentirlo.

Máximo

Llevaba un rato caminando sin rumbo, disfrutando de la ciudad y respirando profundo para calmarme. No sabía qué tenía la Patagonia, pero siempre había pensado que no se parecía a nada en Argentina.

En el camino, pasé por el centro, donde me dieron algunos folletos de los lugares que podía visitar, y uno pintaba mejor que el otro. El Parque Nacional Los Alerces, donde se podía hacer trekking, y ver los cerros nevados de la cordillera, o los árboles más antiguos del mundo. Había lagos, había actividades al aire libre, hasta creo que paseo en caballos, pero yo había seguido de largo. Y

cuando había querido darme cuenta, estaba en el complejo de cabañas, buscando mi libreta y una lapicera, para perderme en el sendero que estaba detrás.

Me había pasado varias horas hasta que oscureció, escribiendo, solo concentrado en los sonidos de la naturaleza y el paisaje.

Este sería un buen sitio para escribir un libro. – pensé, tachando y volviendo a anotar mis pensamientos.

No podía negar que aun estaba algo afectado por el almuerzo que había tenido con los amigos de Delfina. Había pasado de la sorpresa, al enojo a ...lo que fuera que sentía en esos momentos, que tampoco era muy bueno.

Me pesaba que alguien me dijera esas cosas, pero que fuera justamente su hermano, lo hacía peor. No es que esperara gustarles a sus amigos, pero al menos hubiera querido tener oportunidad de explicarme, de que me conocieran mejor antes de juzgarme.

Ni yo sabía lo que me pasaba con la chica, y que pensarán que todo era un plan interesado que había elucubrado para aprovecharme, me ponía enfermo.

Y después estaba ella.

Delfina.

Que me defendía sin dudarle frente a sus seres queridos, y seguía confiando

en mí, aunque a estas alturas no estaba seguro de merecerlo.

Mi teléfono comenzó a sonar y viendo de quién se trataba, contesté a regañadientes.

—Paul. – dije, revoleando los ojos.

—Te necesitamos en diez minutos en el complejo para que te saques fotos con Fini. – dijo él con menos paciencia. —No sé dónde estás ni me importa, pero esto forma parte de la gira, y ella no tiene tiempo para perder. Tiene una presencia en un boliche después de cenar, y tenemos que estar puntuales.

—Estoy en el complejo. – respondí para que se callara de una vez. —A unos minutos de mi cabaña.

Hubo un silencio del otro lado de la línea.

—¿Tan poco les duró el romance? – preguntó con sarcasmo. —Recién hablo con Fini y me entero de que no estaban juntos. Máximo, si esto trae problemas en su trabajo...

—No me amenes. – volví a interrumpirlo, con ganas de arrancarle la cabeza. Era una suerte que esta conversación fuera telefónica. —Y lo otro no tiene por qué interesarte. –no quería darle el gusto, pero me sentía en la obligación de dar algún tipo de explicación, para que no fuera a meterse con ella cuando la viera. —Me volví antes para que ella pudiera estar con sus amigos.

—En diez minutos en la cabaña principal de la estancia, que los esperan los fotógrafos. – me cortó.

Me quedé mirando mi teléfono con bronca, pero me resigné a hacer lo que me correspondía a los pocos minutos.

Ya faltaba menos para que acabara la gira. – me dije para calmarme.

Capítulo 35

Me había bañado, perfumado, peinado y vestido, refunfuñando como un

adolescente cascarrabias, y había hecho mi camino a la cabaña con ánimos asesinos. Quien fuera que se cruzara en mi camino, seguramente iba a pagar por el enojo que tenía con el representante.

Yo sabía que había ido para hacer mi trabajo, pero no tenía por qué soportar sus desplantes, ni que estuviera ordenándome como si fuera su esclavo, y que además tuviera el coraje de meterse en mi vida privada. *A mí no me manejaba nadie.*

Con las mandíbulas apretadas, crucé hasta la sala de estar, donde se estaban preparando para la sesión, y la vi. Era difícil no hacerlo, y no solo porque estaba vestida con uno de sus vestidos cortitos y coloridos que solía ponerse, ni porque su cabello lucía de color rosa chillón comparado con el cabello normal y aburrido que tenían los demás, si no, porque todos estaban alborotados a su alrededor, enloqueciendo.

—¿Cómo se te ocurre, Fini? – gritaba Paul. —¡Antes de una *photoshoot*[\[4\]](#)!

¡Mirate cómo estás!

—No sé si voy a poder hacer algo para solucionarlo. – dijo ahora el maquillador, preocupado.

La chica parecía estar conteniendo la risa como si nada de eso realmente le importara, así que me acerqué para ver de qué se trataba toda esta locura.

Entonces la vi bien...

Sobre su nariz y mejillas, unos puntitos en tono más oscuro que su piel, imitaban pecas de lo más graciosas, y por la irritación que tenía, podía adivinar que se trataba de tatuajes. La chica se había tatuado pecas, si. Aunque no me crean. Uno no puede inventarse estas cosas, por más imaginación que pueda tener...

Y para colmo de males, apenas se giró y me vio, toda la compostura que tanto le había costado mantener, se fue al diablo y empezó a reírse con ganas, cubriéndose el rostro.

—Y justo anoche que hablábamos de mis rarezas y locuras. — se encogió de hombros con inocencia, y me reí con ella, negando con la cabeza.

Definitivamente estaba loca.

Loca de remate, pero más loco debía estar yo, porque meses antes hubiera puesto los ojos en blanco, resoplando ante tal delirio, y ahora ahí me encontraba.

Riéndome con ella, todos los enojos de antes olvidados, y con unas ganas aun más locas de besarla.

Pero por más ganas que tenía, no había podido, porque su equipo, se encargó de llevarla de un lado a otro para ver si podían solucionar lo que ellos llamaban

“el desastre que Fini se había hecho en la cara”.

Todo para darse cuenta, momentos después de que esa sesión iba a tener que ser postergada, y que mejor no insistían en querer maquillarla.

La noche se acercaba, y su piel se tenía que ver descongestionada para la presencia pactada.

Presencia a la que llegamos un poco tarde, porque la youtuber había tenido un par de broncas más con su agente, que habían terminado con ella, vistiendo el mismo atuendo que se había puesto para la sesión, y no el minúsculo conjuntito que pretendía él que usara.

Estábamos en el sur, y hacía frío, pero como era de suponer, eso a Paul no le importaba.

El lugar se había llenado apenas abrir las puertas, y aunque ya hacía horas que estábamos allí, seguía habiendo fila para entrar de una cuadra y media. Cada vez que salía para fumar, era interceptado por un grupo de chicas distinto, que quería tomarse alguna foto conmigo por ser amigo, novio, o amante —realmente les daba lo mismo— de Delfina, y yo aunque me seguía resultando incómodo, ponía buena cara y saludaba.

Si algo había aprendido de Delfi en todo ese tiempo, era a hacer un esfuerzo y ocultar el cansancio, la mala onda y el hastío, para contentar a sus fans que se pasaban noches sin dormir para verla. Y no, no me salía tan bien como a ella, pero al menos no había vuelto a aparecer en la prensa por ser un maleducado y no frenarme a hablar cuando me llamaban.

Al volver al boliche, la chica se había subido al escenario y había propuesto un juego con algunas de sus seguidoras, que ahora competían por ver quién era la primera en terminar de maquillarse en una mesa que habían dispuesto para el challenge.

Delfina daba saltos, las alentaba, y encantaba a toda su audiencia,

interactuando con ellos como si hubiera nacido para eso mismo. Ni una célula en su cuerpo de inseguridad ni vergüenza, así era su personaje. La sonrisa, no. Esa era cien por ciento original de ella.

Sonreí inevitablemente al verla, embobado como todos, sin darme cuenta de que alguien me estaba mirando a mí también.

—Tiene carisma ¿no? – preguntó su amiga Tati, sonriendo cómplice.

—Si, es muy talentosa. – admití, cambiando el peso de una pierna a otra. No sabía cómo habían quedado las cosas con sus amigos, pero después del almuerzo, me sentía raro.

—No sé si te contó, pero no tuvo una adolescencia muy fácil. – empezó a decir. —Luchó mucho por llegar a ser esa que ves ahí. – señaló.

—Me contó. – asentí y pareció sorprendida. —Las críticas en mis primeros artículos, – dije porque necesitaba justificarme aunque me sintiera un bobo y no supiera cómo hacerlo —no la conocía, no sabía nada de eso. Ya no pienso así de ella, estaba equivocado. De hecho todo lo contrario, me gusta y...

—Solamente no la lastimes. – me interrumpió mirándome a los ojos con seriedad, y supe que no estaba jugando. Esos ojos oscuros y expresivos –un poco dramáticos para mi gusto– eran transparentes en cuanto a sus

intenciones. Y eso, era una amenaza en toda regla.

Tatiana protegería a su amiga, y eso aunque debió intimidarme, me gustó.

Después de ver las otras personas que solían rodearla en sus giras, como Paul por ejemplo, me dejaba tranquilo saber que había otras que la querían bien.

Asentí sin dudar.

—A ella también le gustas. — dijo después de un rato, en el que me obligué a sostenerle la mirada, y alcé un poco una ceja antes de sonreír. —No te voy a dar más detalles, es mi mejor amiga, pero solo te puedo decir eso. Le gustas y mucho.

Miré a Delfina, que ahora se había quedado mirándonos y mientras nos saludaba con una mano, los dos le sonreímos inocentes. No tenía idea de que hablábamos de ella.

Y ya más tarde, cuando por fin terminó su presentación, nos pudimos relajar entre la gente, tomar algo, dejar a sus amigos atrás para perdernos algún rincón oscuro, donde le pude dar ese beso que hacía tantas horas quería darle.

Delfina

Era como estar en un sueño.

Con los brazos de Max rodeándome mientras me besaba, era exactamente donde quería estar toda la vida.

Donde estábamos había poca gente, pero de todas maneras, algunas personas nos habían visto y no nos estábamos escondiendo. Rogaba que no nos sacaran fotos, para que él no se viera reflejado en los portales de los medios o las redes... Pero si eso ocurría, ya pensaríamos algo para solucionarlo.

Ahora nada importaba.

Nada que no fuera su boca, abriéndose paso entre mis labios, devorándome con hambre, mientras mis manos tomaban su cabello y el ritmo de la música nos mecía apenas.

Sonreí una de las pocas veces que nos separamos para tomar aire, al vernos allí, tan distintos, y a la vez tan bien juntos.

Él con su camiseta oscura, y ese jean a juego, tan clásico. Con ese peinado que era su marca registrada, como sus patillas que me volvían loca, enmarcando sus rasgos. Su sonrisa era más bonita ahora que la tenía pegada a la mía, chocándose en besos húmedos, cargados de pasión y complicidad.

No podía frenarme, y me sujeté de su ropa para acercarlo más a mí.

—Tus amigos nos deben estar buscando. – dijo en un momento, aunque aun tenía los ojos cerrados, y sus manos se paseaban perezosas por mi espalda.

—No creo. – sonreí, regando más besos ahora por su cuello. —Deben haber aprovechado para hacer lo mismo que nosotros.

—¿Están juntos? – preguntó sorprendido y me reí. —Ahora que lo pienso tiene sentido, hacen buena pareja.

—Ojalá. – contesté pensativa y preocupada por esos dos. —¿Tenés ganas de que nos vayamos? – dije de repente.

—¿Irnos? ¿Solos? – me miró como si estuviera loca. —Paul, tu equipo, tus amigos...

—Si aviso, no me van a extrañar. – respondí. —Y quiero caminar, hace años que no paseo por las calles de mi ciudad.

—Pero está helando. – se espantó y me reí.

—Te olvidás de que viví veinte inviernos en este lugar, que es mi casa. –

comenté. —Una noche, no me va a hacer nada.

Se encogió de hombros, y salimos de ahí a los pocos minutos, para hacer el camino a las cabañas a pie, como hacía tanto tiempo que no hacía. Recorrer sus calles, sus paisajes, sus perfumes familiares, y aquellas casas y negocios que me habían visto crecer.

Contándole a Máximo de mi infancia, y de cuanta anécdota iba recordando en cada sitio que me había marcado de alguna manera. Como aquella esquina en donde me había caído de mi bicicleta, o aquel árbol viejo en el que siempre nos sentábamos a charlar con mi amiga de los chicos que nos gustaban, o de la vida.

Era de madrugada, y éramos los únicos paseando en la vereda. Nosotros y el aire gélido típico del lugar, que se calaba en los huesos sin piedad.

A las dos cuabras, los dientes me castañeaban con tanta violencia, que Max se pasó diciéndome una y otra vez que había sido una mala idea, pero yo que ahora ya estaba encaprichada, no me detuve para frenar un taxi y seguí hasta llegar a nuestro destino.

Al llegar, me envolví en la manta esperando que él encendiera la chimenea para darnos calor.

Era la primera vez que estábamos totalmente solos después de lo que había sucedido la noche anterior, y no sabía si quería precisamente abordar el tema, o hacer como si nada...

Francamente, ahora en lo único que podía pensar era en volver a sentir los dedos de los pies, que tenía entumecidos del frío.

Se puso de pie, frotándose las manos cerca del fuego, y buscó una manta para cubrirme. Le sonreí en agradecimiento cuando se vino a sentar a mi lado, y él, aunque con una sonrisa más tensa, respondió rodeándome los hombros con un brazo.

—Anoche te esperé despierta todo lo que pude. — dije porque alguno tenía que romper ese silencio.

—Disculpa — dijo él, más cortado. —Creo que fue mejor así, anoche las cosas se salieron de control... pero no quiero que te sientas mal por eso, no fue tu culpa. — bajó un poco la cabeza.

—No fue culpa de nadie, Max. — lo interrumpí, cansada. —Los dos somos grandes y tenemos ganas. No tiene nada de malo.

—No es tan fácil. – se soltó del abrazo y me miró serio.

—Porque es mi primera vez, porque querés que lo piense bien, porque no querés que me arrepienta. – recité sabiéndome el discurso de memoria. — ¿Qué me vas a decir después? ¿Que querés que sea especial? – dije alzando una ceja.

No sabía de dónde había salido esta Delfina tan valiente, tal vez tuviera las neuronas congeladas, pero la iba a aprovechar. Max sacaba aspectos de mi personalidad, que ni yo sabía que estaban ahí, y es por eso que me gustaba tanto.

Y por eso también que me daba tanto miedo perderlo...

—Delfi... – dijo perfectamente consciente de que cuando me decía así, a mí se me aflojaba todo. — *Tiene* que ser algo especial. Y me parece que a veces sos muy impulsiva, y no pensas en las consecuencias de tus actos.

Puse mala cara, pero tampoco es que tuviera mucho con lo que discutirle.

Estaba temblando de frío por haber querido salir a caminar a la madrugada en plena Patagonia, tenía las mejillas irritadas por el tatuaje que me había hecho ese mismo día tras pasar por un local y de repente sentir antojo, y en casa todavía seguía barriendo purpurina de la alfombra de mi estudio tras aquel infame challenge que se me había ocurrido.

Apreté los labios en la línea, y él me sonrió con ternura.

—Está bien, por hoy ya me cansé de insistir de todas formas. – suspiré sentándome en medio de la cama. La cabaña era pequeña, y no teníamos mucho más de lo que un departamento de un ambiente tendría, pero eso sí, la cama era tamaño King.

Y vamos a aclarar que no es que tuviera menos ganas, es que sabía que no lograría nada... Después de todo, si él hubiera querido realmente estar conmigo, no hubiera tenido que estar pasando por tanto para convencerlo.

Tal vez yo le gustaba, o le gustaba mi compañía, pero no lo suficiente como

para dar ese paso. Tal vez no me deseaba. – pensó ese costado tan inseguro que todavía me acompañaba, a pesar del trabajo que hacía a diario por ignorarlo.

Pero automáticamente recordé la noche anterior, y tuve que descartarlo...

Puede que Máximo fuera un poquín histérico a veces, y me enviara señales de todo tipo, confundiéndome... Ok, era muy histérico y casi todo el tiempo, pero eso que habíamos tenido había sido inconfundible. No había manera de malinterpretarlo, simplemente no.

Sonreí sintiendo que me sonrojaba, y él achicó la distancia que nos separaba, para besarme con suavidad. Como si así quisiera disculparse o hacerme sentir mejor por haberme rechazado tanto –y tantas veces–, y yo, estaba lejos de querer resistirme a sus muestras de afecto.

Estaba tan cansada.

Físicamente drenada. Así que volví a suspirar, y me acurruqué en la cama, donde abrazados para no tener frío, nos quedamos dormidos.

Me desperté horas después, porque el cuerpo me temblaba violentamente, y el dolor de cabeza estaba aturdiéndome. Max, a mi lado, se despertó a los pocos segundos, me tocó la frente, y creo haber escuchado que decía que estaba volando de fiebre. Volando, si, así me sentía. Estaba confusa, con una horrible mezcla de frío y calor, que no me dejaba ni abrir los ojos. Así que quién sabe, a lo mejor se había tratado todo de un sueño, o de un delirio.

Era cerca del mediodía cuando me desperté del todo, para darme cuenta de que tenía un paño de agua fresca sobre la frente, y escuchar que Max, hablaba por teléfono con mi representante para que llamara un médico.

—Ya me siento mejor. – dije, pero la voz me salió tan ronca, que me encogí del dolor. —Tengo dos eventos hoy, me esperan. – lo volví a intentar, sonando igual de mal.

Quise sentarme en la cama, para empezar a vestirme o darme una ducha, pero no pude hacer mucho. El cuerpo me dolía por todas partes.

Mierda.

Nunca me enfermaba, pero cuando lo hacía...

—Dejemos que te vea un doctor antes. Si dice que estás en condiciones, vas a cumplir con tus compromisos. — dijo firme, mientras seguía peleándose con Paul por teléfono. —Si no, te quedas haciendo reposo.

Asentí, reprimiendo una sonrisa que crecía desde el centro de mi pecho. Se lo veía preocupado, y cómo se suponía que no iba a morir de amor cuando se ponía así.

—Gracias. — le dije cuando colgó y se acercó a tomarme la temperatura con su mano.

Él hizo un gesto despreocupado, y me alcanzó un vaso con agua.

—Yo odio enfermarme. — me contó. —es lo único malo de vivir solo. Tengo que reconocer que en ese sentido, soy un malcriado y necesito de los cuidados de mi vieja. — reconoció entornando los ojos de manera adorable.

—¿Te mimas mucho? — pregunté acomodándome en mi almohada, encantada de conocer más de él y su vida.

—Como si fuera un nene. — se rio. —Es genial, siempre que puede me prepara tupper con comida casera, porque sabe que yo no tengo tiempo de cocinar. O aparece en casa para llevarse mi ropa sucia, sin que se lo pida. —

sonrió con amor. —Desde que soy chico es así, pero desde que mi viejo no está, la tengo más encima... — dijo más pensativo. —Por eso es que no le digo nada y la dejo que me mime todo lo que quiera. Ella lo necesita también, está muy sola.

Asentí y le acaricié la mano con cariño y él me la apretó un poco más con una sonrisa triste.

—Es lindo que te mimen. — dije. —Hacía mucho que no me cuidaban así, con mis viejos tan lejos y mis amigos ocupados, cuando me enfermo, tengo que

arreglármelas sola la mayoría de las veces. Esto es lindo. – agregué antes de estornudar con fuerza, mientras él me sacaba el vaso de las manos, para volver a ponerlo en la mesita de noche, antes de que saliera volando.

—De ahora en más me podés llamar a mí, que si siguen tan mal las cosas en el periodismo, me inclino por la enfermería, y quién te dice... – bromeó y me reí. —No te rías, capaz me va mejor.

Las carcajadas trajeron más tos, así que Max, me había masajeadó la espalda con dulzura.

Este costado tan tierno que tenía, era otra novedad, y no sabía si era la fiebre, pero estaba que me derretía sobre las mantas.

—No quiero que te contagies. – le dije cuando su rostro quedó más cerca del mío, y él puso los ojos en blanco.

—Después de haber dormido juntos, y de tantos besos anoche, esto es lo que menos tiene que preocuparte. – contestó, haciéndome de reír otra vez.

Si, anoche nos habíamos comido a besos...

Y todos los que quería darle todavía...

Uf.

Pero mejor me los guardaba para cuando me curara, y no fuera a darme un ataque de catarro en plena acción.

Se acostó a mi lado para que me apoyara sobre su pecho, y yo volví a cerrar los ojos, totalmente reconfortada.

Capítulo 36

La puerta se abrió y Paul entró como una bala, derecho a donde estábamos sin golpear ni anunciarse. Con Max nos separamos a regañadientes. Pensé que venía con el médico por la urgencia que traía, pero no, por supuesto que su apuro no era por mi salud.

—Salieron en todos los diarios. — dijo y Max resopló, seguramente esperándose fotos de la noche anterior en el boliche. —Vos y Geek Boy, están por todas partes. Tienen de los dos bailando, de abrazos, y hasta de besos, de esa última salida de ustedes. — enumeró con una sonrisa contenida, pero tan llena de maldad, que me inquietó.

—¿Besos? ¿Qué besos? ¡Si yo no lo besé! — grité y mi garganta se resintió, haciéndome toser.

Paul me mostró las fotos, y efectivamente parecía que nos estábamos besando, pero no. Yo había estado ahí y sabía lo que había ocurrido, o mejor dicho, lo que no había ocurrido.

—Es el ángulo de la toma. — me justifiqué sabiendo que la situación no me dejaba bien parada. —Benja es un amigo y eso de ahí no es un beso, les juro.
—

dije, aunque solo veía a Máximo, que tenía las cejas tan juntas que se le hacían esas dos arruguitas sobre la nariz que tanto me gustaban.

—No creo que a nadie le importe, Fini. — dijo mi representante. —Ya están especulando con un traiciones, romances, engaños y un triángulo amoroso entre ustedes, del que está hablando todo Twitter. Son tendencia en Argentina.

—Ay no. — me lamenté, cubriéndome el rostro. Estas eran las cosas que me preocupaban de involucrar a Max. Estaba muerta de miedo.

No quería que se dijeran esas cosas de él, no quería hacerlo quedar mal y que todos creyeran esas mentiras. Y menos aún quería que él fuera a creérselas.

—Este no es el momento de pensar en nada de eso. — dijo él cuando por fin habló. —No sé ni cómo se te ocurre venir a traerle problemas cuando está
con 39

grados de fiebre, tos y la garganta irritada. ¿Ya llamaste un médico? — insistió alzando la voz, haciéndolo retroceder al otro que lo miraba un poco avergonzado.

—Si, lo llamé, debe estar por venir. – contestó y me miró. —Fini, esto también es importante. Puede afectar meses de trabajo, tu gira, la gira de Geek Boy.

—Y si Delfina se enferma y se pone grave, puede afectar mucho más que eso. Sos su representante, y supuestamente tenés que velar por sus intereses y su bienestar. No los tuyos propios ¿no? – volvió a atacar, cuadrándose de hombros.

El otro que poco podía responder a eso, resopló y se marchó airadamente de la cabaña, llevándose consigo los diarios y revistas que nos había traído.

—Idiota. – masculló Max por lo bajo, haciéndose sonar los nudillos de manera brusca, demostrando lo mucho que se contenía.

Cada vez me gustaban menos las actitudes de Paul...

El médico llegó casi tres horas después, y tras revisarme, me dijo que tendría que hacer reposo por lo menos una semana si quería evitar ponerme peor, y que esto se convirtiera en una neumonía.

Tenía que tomar antibióticos, jarabe para la tos, analgésicos cada seis horas que me mantendrían normal la temperatura, y mucho té con limón y miel. Dieta casi líquida, que era lo único que toleraba mi garganta, y nada de tomar frío.

Máximo había tenido otra pelea con mi agente en frente del doctor, por las fechas que teníamos que suspender, pero no es que tuviera otra opción que aceptar lo que el profesional le decía.

Y por más que no me gustaban estas discusiones porque quería que reinara la paz en mi gira –sobre todo cuando estaba tan hecha polvo– no podía negar que me gustaba que Max me cuidara y defendiera. Me encantaba.

Nunca había estado en una relación, ni había tenido un novio, pero es que ¿él era mi novio? Sonreí preguntándomelo.

Después de mucho deliberar, decidimos cancelar la gira del todo. Yo no

estaba en condiciones de viajar, y para no seguir generando gastos ni más molestias a la agencia, pedí que me dejaran ir a casa. A casa de mis padres, quiero decir.

El resto del equipo volvería a Buenos Aires, y yo lo haría cuando me sintiera mejor.

Max podría haber vuelto con el resto sin embargo, insistió en acompañarme y asegurarse de que me quedaba bien instalada. No estábamos lejos. Aunque las cabañas estaban apartadas de la zona céntrica o más residencial donde había negocios y locales, era la distancia suficiente como para que uno casi se pescara una neumonía tras un paseo nocturno, por si necesitan más referencias.

Cuando mis padres me vieron llegar, soltaron todo y corrieron a abrazarme.

Mi idea era tener aunque fuera un fin de semana con ellos en plena gira, pero como estaban las cosas, tendría cerca de dos semanas.

—Delfi, yo me vuelvo a las cabañas para buscar un vuelo. — me susurró Max después de que lo obligaran a sentarse a la mesa y quedarse a comer con la familia. De más está decir que les había caído fenomenal.

Y es que lo veían como uno más de mis amigos y colegas.

No habían leído los artículos, porque convengamos que mis padres seguían mi carrera y veían alguno de mis videos si yo se los enviaba, pero eran muy hippies como para enterarse qué pasaba en las redes sociales.

—¿Qué? — chilló mi mamá desde la otra punta del salón, compungida. —

Recién te estamos conociendo, y vivimos tan lejos de Delfi y sus amigos. Volvó a las cabañas, pero a buscar tu equipaje. — rogó.

—Después se vuelven a Buenos Aires juntos. — dijo mi papá, como si encontrara de repente la solución perfecta, y Max me miró algo incómodo.

Me reí por lo bajo.

—Má, no lo pongas en ese compromiso. No sé si Max quiere, o puede...

—Pero si no lo vamos a molestar para nada. ¿No le contaste que tenés tu propio departamento? – insistió.

Volví a mirar al chico, interrogante, –porque no voy a esconder las ganas que tenía de que se quedara– y él, casi imperceptiblemente se encogió de hombros y sonrió con resignación.

—Mailen, vamos a levantar los platos y de paso los dejamos decidir. – dijo mi papá, guiñándome un ojo, cómplice.

—No quiero ser una molestia para tus viejos, ni para vos... que debe hacer meses que no los ves. – se adelantó a decir apenas nos quedamos solos.

—Por eso no te hagas problema, me encanta que estés conmigo y que los conozcas. – admití, reprimiendo una sonrisa boba que él intuyó y me devolvió.

—¿Segura?

—¿Seguro vos? ¿No te estoy presionando? ¿No estás aceptando por compromiso? – quise saber, y lo pregunté todo tan rápido, que me dio tos.

—Me quiero quedar. – contestó y me besó la frente, dejando unos segundos su boca ahí para chequear mi temperatura. —¿Qué es eso del departamento?

—

dijo después, recordando.

—Ah. – me reí por lo bajo. —Se lo hicieron a Fran cuando era más chico, porque quería intimidad. – puse los ojos en blanco. —Lo que quería era

“intimar” con todas nuestras vecinas. – agregué haciendo comillas en el aire.

—

Pero cuando él se fue, lo remodelé y lo hice mío. Ahí grabé mis primeros videos, tiene mucho de mí, te va a gustar.

Alzó una ceja, y se acercó a mi rostro, con una media sonrisa muy sensual.

—¿Porque me gustas vos? – preguntó y un poco me avergoncé de lo que había dicho. Pero rápidamente se me pasó, cuando atrapó mis labios entre los suyos y me besó muy despacio, con mimo. Haciéndome suspirar.

Por supuesto, ese fue el momento que mi madre escogió para volver de la cocina, y encontrarnos ahí. Y aunque se disculpó y volvió a salir casi corriendo, no había hecho la situación menos incómoda, ni menos chistosa, porque los dos estallamos en carcajadas.

Nos instalamos un rato después en el que había sido mi cuarto en la adolescencia, y por el gesto que tenía en la cara, no me había equivocado. Le había gustado.

De techos altos, el monoambiente tenía su entrada propia separada de la casa, con su baño y hasta una pequeña cocina donde se podía cocinar lo básico.

Era un lugar cálido y luminoso, con unas ventanas muy bonitas en donde se veía todo el jardín. Todo era blanco, porque así lo había querido. Hasta la pared de ladrillo que quedaba detrás de la cama, estaba pintada de ese color. La ropa de cama, las cortinas, los almohadones, y las velas, todo era blanco.

Tenía una guirnalda de papel esféricas con lucecitas que colgaban del cabecero y otras tantas de esas pequeñitas que se usan en navidad, también blancas, enroscadas y por detrás del tul que tenía por encima.

Si, tenía un dosel y ocupaba no solo los costados de la cama, si no también parte del techo. Era precioso, y de noche daba la impresión de estar viendo un cielo estrellado.

Además de eso, un espejo de cuerpo completo en un costado, dos pequeños sillones a tono y una alfombra mullida que quedaba debajo del escritorio donde trabajaba. Ahí tenía mi viejo ordenador, con miles de papelitos aun pegados con recordatorios, que nunca había llegado a despegar.

Mi lámpara de pie plateada, había sido por mucho tiempo la única fuente de luz para mis videos, y yo le guardaba cariño. Hacía años que se había roto,

pero yo me negaba a tirarla. Ahora era más bien un perchero del que colgaban mis

colgantes y collares viejos.

—¿Qué esperabas? – pregunté sonriendo con picardía. —¿Una habitación llena de chucherías, muñecos de peluche y algún poster de los One Direction?

Se rio y volvió a mirar a su alrededor.

—Conociéndote, me la imaginaba de paredes rosa chicle, llena de purpurina y algún poster de gatitos. – bromeó y me reí, dándole un codazo cariñoso, mientras pasaba por su lado camino a la cama.

Al principio había sido un poco raro, claro. Porque la gripe me hacía sentir rara entre tanta medicación, y él estaba cuidándome y haciéndome compañía, mientras yo lucía horrible y tenía ataques de tos que daban miedo... ¿A quién le gusta que lo vean en ese estado? Era incómodo.

Mis padres se morían de curiosidad, y sabía que cada vez que tenían oportunidad, le hacían alguna pregunta para conocerlo mejor. Tal vez ya se habían resignado a nunca conocerme un chico o chica como pareja. No eran unos padres invasivos, y yo ya era independiente y técnicamente adulta, así que nunca me hubieran cuestionado... Ni siquiera lo hacían cuando era adolescente.

Cosas más raras me habían aceptado...

A favor de Max, tenía que decir que él estaba siendo encantador.

Involucrándose en conversaciones con mi papá, sobre las empresas y el medioambiente, sacando su lado de periodista, pero también genuinamente interesado. Creo que hasta había deslizado la idea de escribir una nota sobre el tema.

Con mi mamá, tuvieron química desde el primer momento.

Es que Máximo estaba fascinado con la herencia cultural de los pueblos originarios, porque había leído montones de libros sobre los mapuches. Y

nadie mejor que ella, para contarle más detalles y enseñarle de sus ancestros.

Estaba tan entusiasmada, que le había preparado varios platos típicos, lo que era raro, porque ella no solía cocinar. Era más común encontrarla en la cocina mezclando sus acrílicos y óleos de colores antes de ponerse a pintar, experimentando con hierbas y plantas del jardín... pero de ama de casa, tenía poco.

Max no derrochaba siempre simpatía, eso se sabe, pero al parecer mi familia debía haberle caído muy bien, porque se lo veía cómodo y contento.

Al menos, siempre que mi hermano no estuviera en casa visitando.

Él había decidido quedarse en lo de un amigo, porque decía que de todas formas, aquí estaríamos muy apretados... Pero era solo una manera de disimular frente a mis padres lo mal que seguía cayéndole Max.

Sabía que algunas noches Tati le daba asilo en su casa, así que no es que estuviera sufriendo tampoco. Hasta creo que había salido ganando.

Mientras tanto, yo, después de casi ocho días sin poder grabar, seguía aprovechando mi reposo para editar el material que tenía.

Ya habíamos establecido una rutina en la que después de que yo me tomaba los medicamentos, comíamos juntos, y luego Max se ponía a escribir en su cuaderno, y yo a ver videos en YouTube de otros colegas.

A veces incluso se quedaba despierto parte de la noche, porque decía que se inspiraba. Y que no sabía si era el paisaje o el aire puro, pero las musas estaban en su mejor momento.

Horas después se acurrucaba en el otro costado de la cama, y dormíamos juntos hasta el otro día.

Mis padres no habían hecho ningún comentario al respecto, y aunque el departamento tenía un sofá cama cómodo en el que él podría haber dormido, creo que sospechaban que no era el caso, y que dormíamos juntos. Desde aquella vez en la sala, nos habían pescado varias veces igual de ...cercanos.

Y después de esa noche tan especial, las cosas habían cambiado entre nosotros. Como si el haber compartido aquello, nos hubiera abierto las puertas a una intimidad a la que yo, claro, no estaba acostumbrada, pero a la que no me hubiera costado estarlo... porque francamente, me encantaba.

Max me cuidaba, me mimaba, y cuando nos quedábamos solos, también me besaba.

Como si siempre lo hubiera hecho. Como si para él fuera natural. Como si todas las noches nos hubiéramos ido a dormir abrazados, y todas las mañanas me hubiera dado los buenos días con un beso cariñoso.

Las primeras veces había querido alejarlo, para que no se contagiara mi gripe, y luego, para que no me viera recién levantada, probablemente hasta con mal aliento.

Pero solo reía y me decía que él olía igual, como para notarlo. Que si se contagiaba, estaría encantado de que fuera yo quien tuviera que cuidarlo y mimarlo, y él poder pasárselo en la cama, haciendo reposo.

En todo ese tiempo otras cosas parecían haber cambiado también. Para empezar yo no podía hablar mucho porque tenía mi garganta irritada, y eso debió haber supuesto un alivio para Max, que estaba divino conmigo.

Antipático como

siempre había sido, ahora parecía a gusto en mi compañía, se reía más, y hasta cosas lindas me decía.

—Así deberías mostrarte en cámara. — dijo un día, pensativo mirándome con un gesto que no reconocí. —Sin maquillaje sos preciosa.

Creo que si otra vez me hubiera subido la fiebre, no me hubiera sonrojado tanto.

—Lo decís para que no me sienta peor. — me reí, mirándome en un espejo.

—Para que me olvide de que parezco un zombie.

—Estás hermosa. — sonrió otra vez, con esos labios mullidos y atractivos que

tenía, y la panza se me llenó de cosquillas. Él sí que era guapo. —Y lo que más me gusta es que lejos de Paul, haces las cuatro comidas. — agregó un poco más serio, y yo me mordí el labio, pensando en su esa era una manera de decirme que estaba engordando.

Me llevé una mano a la barriga, pero él rápido apoyó una suya encima, y otra en mi mejilla para que lo mirara a los ojos.

—No pienses boludeces. — dijo abruptamente, como siempre directo para expresar lo que pensaba. —Estás perfecta. — esquivé su mirada y él insistió sin soltarme. —Delfi, vos sabés que tenés un cuerpo precioso ¿no? A veces me preocupa que Paul...

—No, yo sé que Paul es así, no se lo tengo en cuenta. Él hace su trabajo.

—Es un idiota. No tendría que decirte esas cosas. No después de todo lo que viviste y...

—No lo hace para lastimarme, y yo aprendí a no tomarme personal lo que me dicen en ese sentido. — contesté interrumpiéndolo, mintiéndole a medias.

Callándome que si él fuera el que me dijera esas cosas, probablemente sí me quebraría.

—A estas alturas no deberías permitirle que te controle la comida. Necesitas energía para trabajar, y si no te alimentas, podés enfermarte. — comentó muy serio, y yo me tensé entera.

No quería esto. No quería que Máximo se pusiera en ese papel. En el de mi terapeuta. Yo ya tenía uno y no necesitaba más gente que me dijera las mismas cosas, menos él.

Esto tenían las charlas con el periodista.

Era siempre revolver en mi pasado. Recordar mis inseguridades...

Max hacía que me enfrentara a mis fantasmas, y eso siempre me hacía sentir expuesta y vulnerable. Todo lo contrario a lo que siempre había buscado

sentir.

No hacía falta decir que lo mío era enmascarar mis problemas, ignorándolos.

Pero a él no podía engañarlo.

Entendí, mucho tiempo después, que era eso justamente lo que me había enamorado de él.

Capítulo 37

Al comienzo de la segunda semana, ya me sentía mejor. De hecho, ya estaba casi completamente recuperada, y me había levantado de la cama para retomar fuerzas.

Esos días me habían venido geniales para estar con mi familia y compartir con ellos como hacía tiempo que no hacía.

Estaba feliz de poder pasarme las tardes en una reposera de la galería, viendo a mi mamá pintar uno de sus cuadros, o de quedarme hasta tarde jugando al truco con papá después de cenar, como en los viejos tiempos.

Era como haber retrocedido unos años, unos bastante más simples, de menos trabajo, pero también más tristes.

Y es que no todo eran buenos recuerdos.

Cerré los ojos, ignorando los flashbacks de una Delfina más joven, mirándose en el espejo de perfil, entrando barriga, o matándose a dietas.

Escondiendo lo que le servían en su plato entre las servilletas. Llevaba un diario donde contaba todo lo que comía. Y si me fijaba en mi guardarropas, ahí donde tenía un doble fondo, aun habría anotaciones del número de calorías de cada cosa que ingería.

Sacudí esos pensamientos de mi cabeza y entré al departamento donde sabía que Max estaría trabajando.

Me había dicho que tenía que terminar el nuevo artículo que se publicaría de

la gira, y quería asegurarse de hacerlo en esa misma tarde.

Yo, que estaba un poco cansada de tantos días de encierro, había salido a dar una vuelta por el jardín y respirar. Super emocionante, lo sé.

Max levantó la mirada cuando entré y me sonrió, pero rápido volvió a lo que estaba haciendo. Tenía un codo apoyado sobre el escritorio, con una mano perdida entre sus cabellos, mientras la otra se movía con brío en sus anotaciones.

Parecía concentrado, y no quería molestarlo... pero es que se lo veía tan adorable, que no pude evitarlo.

Caminé hasta quedar detrás de su silla, y le masajeeé el cuello y los hombros donde sabía, acumulaba toda la tensión.

Gimió por lo bajo y se dejó caer en el respaldo.

—Que yo me esté curando y no pueda salir todavía, no quiere decir que vos tengas que quedarte acá encerrado. – le dije y él se rio.

—Me quedo porque quiero. Últimamente estoy escribiendo de a diez páginas por día, no quiero cortar la inspiración. – comentó. —Adelanté varios capítulos de otro libro, y estuve preparando unas notas. – señaló su cuaderno y mi ordenador.

—Y yo que estaba por sugerir volvernos antes a Buenos Aires porque ya me sentía bien. – dije reprimiendo la risa, y él me miró alarmado.

—¿Tenés compromisos allá? – preguntó.

—¿Querés quedarte, no? – quise saber.

—¿Podemos? – pidió girándose apenas, y tirando de mí para que me sentara en su regazo.

—Si, podemos. – acaricié su cabello, sin poder creerme que esa misma habitación, la que me había visto llorar tantas veces después de la escuela, la que me había visto tan sola e infeliz, ahora fuera testigo de un momento tan

bonito como este.

Max me besó con ternura y mi corazón se aceleró al instante. Sentía sus manos en mi cintura, y su lengua, enroscándose con la mía muy despacio.

Esos besos que había imaginado desde la primera vez que lo había visto...

—A mi familia le caíste muy bien. – comenté. —Creo que mi mamá se va a poner triste cuando nos vayamos.

—Tu mamá es genial. – sonrió. —No me habías dicho que era tan talentosa.

—Ah, es que no le gusta que se refieran a ella de esa manera. – me encogí de hombros.

—Es muy humilde. – dijo . —Humilde y muy bella mujer además. Se parecen. – tocó mi cabello, pensativo, y luego preguntó. —¿Tu color natural es como el de Mailen?

Sonreí y me estiré hacia el estante que tenía álbumes viejos. De la época anterior a viajar a Buenos Aires, justo cuando me había terminado de ... curar.

Max levantó las cejas sorprendido.

—¡Sos rubia! – exclamó y yo más me reí.

—Castaña clara es más preciso, pero si. Franco también. Tenemos el cabello de mi papá, que ahora está lleno de canas.

—Estás rarísima. – dijo después, mirando una foto en la que estaba con un jean y una remera holgada, consciente de todas mis inseguridades físicas que fui

superando.

Ni una gota de maquillaje, y la mirada apagada. No es que me encantara verlas, pero esas fotos me recordaban lo mucho que era capaz de luchar, aunque fueran feas.

—Era más chica. – justifiqué, con algo de timidez.

—Estabas triste. – adivinó, poniéndome el vello de punta. —No sos vos.

—Todas las Delfinas que conoces, soy yo. La de antes, la de los problemas alimenticios, la de esa foto, la que se curó, la que estudia para terminar el colegio, y la que se tira un balde de purpurina encima. – reí. —Soy Fini la de los videos, y también soy esta de ahora, que tenés abrazada en casa de sus padres, con pijama y pelos de loca.

—La de los besos dulces, y las risitas contagiosas. – siguió, haciéndome cosquillas hasta que me doblé y retorcí sobre él.

—La misma de la otra noche. La que disfrutó de tus caricias, y te hizo disfrutar ...tan bien. – susurré, sin perder la oportunidad. Estábamos tan cerca, y sus besos en mi cuello se sentían tan cálidos.

—La misma que me va a hacer explotar un día de estos. – dijo pegando su frente a la mía, frenando el camino descendente que hacían mis manos en su pecho, en forma de caricia. —Delfi. – carraspeó y yo resoplé.

—La misma que se va a cansar de insistirte y rogarte uno de estos días. –

dije y al instante me quedé callada evaluando su reacción. No podía creer que lo había dicho en voz alta.

Max me miró y después tomó mi rostro con ambas manos y me estampó un beso. Uno salvaje, que me había dejado en blanco, sin capacidad de hablar.

—Dame tiempo. – dijo con la respiración agitada cuando nos separamos, recobrando el aliento. —Dame tiempo, bonita. Por favor. – rogó y había tanta necesidad en sus palabras que solo pude asentir.

Tenía que decir algo, porque el ambiente se había puesto demasiado intenso.

—¿Y qué Delfina te gusta más? – pregunté pícaro. —Sé de dos o tres que seguro no te gustan nada. – bromeé.

Él me miró con una sonrisa torcida y acercándose a mi boca, dijo algo que

terminó de derretirme.

—Todas me gustan. Me encantas vos, así como sos. Me volves loco, no me reconozco. – sacudió apenas la cabeza. —Nunca cambies.

Y yo no pude hacer otra cosa que envolver mis brazos a su cuello y abandonarme a sus besos, sin pensar en nada más.

Máximo

Estaba de un humor bastante especial.

Mi editor que había devuelto dos veces el artículo porque según decía, le faltaba algo. Y yo era muy orgulloso con lo que escribía, y ya venía acumulando ganas de mandarlo a la mierda, pero no lo hacía porque en el fondo, sabía que tenía razón.

Le faltaba sarcasmo, le faltaba chispa. Le faltaban los comentarios incisivos criticando a Delfina, y yo no tenía ganas de hacerlos. En esos días, había descubierto tanto de ella, que si me gastaba todas mis líneas describiéndola y poniéndola allá arriba, es porque creía que se lo merecía.

Y ya ni me molestaba en disimular con Jorge, o con todos los lectores.

Además había escrito otras cosas. Quería contarle al mundo la historia de mi padre y estaba cagado de miedo. ¿Y si a nadie le gustaba? ¿Y si me subestimaban por haber trabajado en una columna de espectáculos? Y el peor temor de todos ¿si no le hacía justicia a la eminencia que había sido ese hombre?

Estaba que caminaba por las paredes.

Justamente estaba pensando en eso, cuando me llegó un mail de Josefina, la periodista con la que me había estado viendo antes. Eran unas fotos, que según decía eran “material exclusivo”. Alguien de su diario las había comprado, y ella se estaba jugando mucho al enviármelas, pero decía que por una cuestión de códigos, quería que yo las viera primero y estuviera listo para lo que pudiera surgir de todo aquello.

Era Delfina.

Delfina besando a otros chicos, a muchos, y besando a chicas también.

Yo ya sabía de esto, pero verlo en pantalla, me hacía hervir la sangre.

Al conocerla, me daba cuenta de algunos detalles, como por ejemplo sus tatuajes... Sabía que esas fotografías eran viejas. Y aunque me daba bronca que alguien pidiera sacarlas a relucir ahora para ensuciar esa nueva relación que teníamos, también estaba molesto con ella, y no sabía por qué.

La vi aparecer a media noche, como siempre después de que sus padres se fueran a dormir, y no pude devolverle la sonrisa.

—Estuve hablando con mi papá y dice que podemos ir al Parque Nacional Los Alerces y él nos hace de guía, o hacer rafting en el río Corcovado. —sonrió.

—No podés haber venido hasta acá, haber estado tantos días, y no haber pisado ninguna de todas sus atracciones turísticas. Es un despropósito.

—Si, no sé. — dije notando los músculos de mi mandíbula tensarse al apretar los dientes. —Tengo mucho trabajo. A Jorge no le convencieron mis artículos.

Hizo un puchero y cayó en la cama de rodillas, rebotando como una niña.

—Pero son un par de horas. Vos escribís mejor a la noche. — insistió, poniéndome caritas.

—No, Delfina. — dije yo, más cortante. —Aceptá alguna vez que las cosas no se hagan como querés.

Ella se quedó mirándome descolocada por mi contestación desmedida, y con inseguridad, la vi dudar antes de preguntarme qué me pasaba.

—Me pasa que no siempre la gente tiene que cumplirte tus caprichos, ni tiene que seguirte en cada idea descabellada e impulsiva que se te ocurra.

—¿De dónde viene todo esto? ¿Qué hice mal? – dijo y entonces me terminé de sacar.

Le solté todo aquello que tenía en la punta de la lengua, y que mientras estaba enferma no había podido decirle. Era una conversación que nos teníamos pendiente, pero que salió de una manera que no planeé.

—Que tendrías que haberlo pensado mejor antes de andar a los besos con ese Geek Boy en cualquier boliche, cuando la prensa cree que estás de novia conmigo. – ladré.

—¿Qué? Max, yo no... – empezó a decir.

—No me importa si es real, si fue un juego, o si... no sé. – me agarré el cabello, colérico. Sí que me importaba, pero mi orgullo nunca me hubiera permitido admitir lo furioso que me ponía la posibilidad de que quisiera besar a otros. —Lo que importa es que te vieron, y están buscando mugre. La buscan en cada paso que das, sobre todo si no sos cuidadosa, y la van a buscar también en tu pasado. – le mostré las fotos en el ordenador, y Delfina me miró asombrada.

—¿Cómo? ¿Quién tiene esas fotos? – preguntó casi sin aire.

—Eso no importa. – repetí.

—Max, esas fotos son de hace mucho tiempo, nosotros no nos conocíamos.

—¿Te pensás que esto es un reclamo de celos? – me reí con sorna y ella cerró la boca de golpe, sonrojándose. —No tengo quince años para hacer este tipo de planteos, nena. – agregué y me odié en el mismo instante, aunque lo veía

todo rojo. —Esto es porque me involucra. Involucra mi imagen, y vos no sabés cómo es la prensa.

Un segundo.

Un segundo fue lo que tardó en pasar de mirarme con angustia, a hacerlo con recelo.

La vi tensarse como un palo, y roja como un tomate, respondió dejándome perplejo.

—¿Que no sé cómo es la prensa? ¿Tenés idea con quién estás hablando?

Tuve que lidiar con periodistas amarillistas desde que soy una adolescente, y te recuerdo que la figura conocida soy yo. Soy la que tiene más para perder. ¿Qué me decís? Los he sufrido en carne propia, no tenés que usar ese tono condescendiente conmigo. — se acercó más a mí y me plantó cara por primera vez. —No soy una nena tonta, no vuelvas a insinuarlo.

Tendría que haberme disculpado, o a lo mejor haberme explicado mejor porque yo no pensaba que fuera ninguna nena tonta, pero no podía hacer nada de eso. ¿Dónde estaba mi mente?

En ver cómo apretaba los labios con enojo y sus ojos brillaban llenos de vida, mientras la respiración agitada movía su pecho casi rozándose con el mío.

Su discurso había sido fuerte, y me había hecho sentir como un completo idiota.

Y si, también me había puesto como una moto. Como una puta moto.

Tal vez por eso lo que hice, fue tomarla de la nuca, y devorarle la boca de un beso hambriento, jadeando cuando ella respondió de la misma manera.

Gimió tirándome el cabello y yo creo que la apreté contra una pared a lo bruto, sin pararme a pensar en todas esas pavadas que siempre me habían frenado hasta entonces.

—Quiero más. — gemía ella. —Más que un beso. — dijo y era una exigencia.

Gruñí otra vez y sus piernas me abrazaron, mientras la cargaba en el aire y pocas cosas, —puede que ninguna— hubieran podido detenerme.

Capítulo 38

Delfina

Había dicho cosas muy feas. Los dos nos habíamos estado gritando hacía solo segundos, entonces, ¿por qué no podía dar un paso al costado y soltarlo?

Porque simplemente no podía.

Con cada beso, Max, iba a borrando todo lo demás, hasta que no quedaba nada. Nada en el mundo que no fuéramos nosotros abrazados, forcejeando contra la pared de mi habitación.

Enrosqué mis piernas en su cintura, y como si lo hubiéramos ensayado, me cargó por los muslos y terminamos en la cama, sobre las mantas, haciendo caer todos mis almohadones decorativos.

Su camiseta fue lo primero en salir, y lo hizo de un solo tirón, para terminar sin cuidado en algún rincón. La mía no tardó en seguirla hecha un bollo, mientras las manazas de Max me recorrían entera. Nunca lo había visto así, y de no ser por las ganas que tenía de que esto sucediera, hasta podría haberme intimidado un poco.

Jugueteó con sus dientes tomando el lóbulo de mi oreja mientras con delicadeza, perdía una de sus manos bajo el elástico de mi pantalón pijama.

Tantas veces habíamos estado a punto, y yo con la mejor lencería... y ahora que parecía que por fin iba a suceder, me encontraba con estas pintas. – sonreí en su cuello, notando el calor bajar por mi cuerpo a medida que sus dedos me tocaban.

Su lengua dibujó un círculo en la piel de mi cuello con un beso profundo y yo gemí, porque lo sentí entre mis piernas. Justo en mi centro.

Sin saber qué hacer, busqué a tientas su cinturón y comencé a desprenderlo, con las manos temblorosas por los nervios, pero también por el deseo. Este se desprendió sin darme trabajo, y luego seguí con su pantalón, hasta dejar visible su ropa interior. *Un bóxer negro ajustadito...* – volví a gemir pasando una mano por su bragueta, haciendo que gimiera también.

Volvió a tomar mi boca y me besó desesperado, mientras bajaba mi pantalón pijama y se desprendía de lo que quedaba de su ropa entre patadas.

Sentía la piel de los dos tocarse ahora sin barreras, su pecho en el mío, sus piernas entre las mías, rozándome, y sus brazos, soportando su peso sobre mí, y

nuestras frentes unidas para mirarnos.

Acaricié despacio mi rostro y nos acomodamos con un jadeo hasta que su erección quedó apretándose contra mi zona más sensible. Todavía llevábamos ropa interior, era lo único que nos frenaba en esos momentos y apenas alcanzaba.

Estaba tan mojada que podría haberme avergonzado, pero me bastó solo una mirada para darme cuenta de que él estaba igual.

Un beso más. Uno profundo, más cariñoso que los demás, pero con tanta intención, que me hacía temblar hasta las pestañas.

Claro, acá era cuando me frenaba.

Cuando me decía que teníamos que seguir esperando indefinidamente a que todos los planetas terminaran de alinearse, o a que yo mágicamente envejeciera cinco años, de paso.

Pero no.

Me miró por un segundo, y sin dejar de besarme, fue quitando nuestra ropa interior del medio, delicadamente. Parecía nervioso también, aunque sabía lo que hacía... y eso me dio tanta ternura que sonreí, acariciándole el cabello con amor.

El arranque de pasión que nos había asaltado minutos antes, ahora se había convertido en algo más...

El tiempo iba más despacio, y habíamos reemplazado los tirones, mordiscos y empujones, por gemidos mucho más calmos, miradas dulces y caricias íntimas.

—Sos hermosa. —susurró en mis labios, chocando su nariz con la mía, antes de volver a besarme. —Muy hermosa...

Moví mi cadera sin poder evitarlo, encontrándolo, acariciándome con él hasta que quedó apretado en contacto con mi clítoris, y contuvo la respiración, estrujando las sábanas con un puño. Pero sumándose también al suave balanceo de nuestros cuerpos.

Una de sus manos, bajó desde mi cuello hasta uno de mis pechos, casi con reverencia y lo sujetó para hacer el mismo camino con sus labios. Mi pezón erguido y sensible, recibió sus besos haciéndome gemir de placer, cada vez más fuertes a medida que él iba perdiendo el control. Ahora su mano se iba más abajo... y nuestras bocas se volvían a besar.

Este era el momento.

Ahora era cuando me frenaba, y se iba a duchar como la otra vez. Siempre era cuando yo llegaba a ese punto. Lo necesitaba, quería más. Lo quería todo. Y

como si quisiera decirle eso con acciones, pasé una mano entre nuestros cuerpos, y tomé su erección en mi puño.

Cuando empecé a acariciarlo, se le escapó un gemido que ahogó contra la piel de mi pecho, pero yo no pude hacer lo mismo, cuando él en respuesta me tocó también.

—Max... – dije entre gemidos, sintiendo que comenzaba a vibrar. Mis piernas se arquearon, porque sabía que estaba cerca, y él lo notaba. Él lo sabía, y por eso más me torturaba con sus dedos. Metió uno, luego dos, y creo que grité.

Se sentía tan bien...

—Delfi... – dijo él, separando su rostro del mío. Creí que me iba a frenar, de verdad lo creí. Estaba por ponerme a protestar, pero entonces agregó. —Tus viejos ...nos van a escuchar.

Negué enérgicamente con la cabeza.

—No, no se escucha. – contesté. —Están en la otra punta de la casa,

dormidos, y así no lo estuvieran, nunca se acercan al departamento. —
expliqué y él asintió.

—¿Estás segura? — ahora fui yo la que asintió. Que a estas alturas tuviera que
preguntármelo, me hizo sonreír. ¿es que no se notaba?

—Por las dudas. — dijo después de un rato, y dándole *play* a la música, dejó
su celular en la mesita de noche. Yo sabía que nada se escucharía más allá del
pasillo, pero no pensaba resistirme, no cuando sonaba “*Trátame suavemente*”
de Soda Stereo, y era la banda sonora perfecta para lo que estaba a punto de
ocurrir.

Nos seguimos mirando a los ojos y volvimos a besarnos sonriéndonos los
dos.

Al final, sí que iba a ser especial.

Max se giró apenas, para encontrar la billetera que tenía en la mesita de
noche. Oí que buscaba y maldecía, porque no había nada allí. En sus
bolsillos, tampoco había nada.

Habíamos logrado en todo ese tiempo, la intimidad y la confianza suficiente
como para partiros los dos de la risa cuando tuvo que abandonar la cama y
rebuscar entre su equipaje hasta dar con un par de condones, que supuse
siempre llevaría por precaución. No tenía ninguno consigo, aun cuando
habíamos pasado varias noches durmiendo juntos. *Realmente sus intenciones
eran esperar...* —

pensé y me mordí el labio.

Inquieta, esperé a que volviera conmigo.

—¿Vos estás seguro? — quise saber, temerosa de que fuera a pensárselo
mejor, y otra vez dejarme con las ganas.

Él me sonrió y nos giró hasta quedar de nuevo arriba y me miró con la misma
pasión de hacía un rato.

—Si, estoy seguro. — me besó. —Quiero estar con vos, quiero que estemos

juntos. Solo nosotros dos, y esta vez en serio... Quiero que...

—Te quiero. – lo interrumpí, conmovida.

—Yo también. – contestó él, y tras acomodarnos, se meció con delicadeza.

Sosteniéndome la mirada con la intensidad que me derretía, besándome los labios con adoración, acariciándome el cabello con dulzura, me robó del todo la virtud, y de paso ...el corazón.

Los dos gemimos impresionados, y ya no hubo vuelta atrás.

Apartó sus caderas, y con cuidado volvió a avanzar con el rostro en tensión y la respiración trabajosa, preguntándome con cada embestida si estaba bien. Y sí que lo estaba...

Sentía que estaba llena. Llena de él que se hacía lugar en cada célula de mi cuerpo, abriéndose paso a un ritmo lento y delicioso. Y llena de amor en el corazón que latía salvaje...

Había sido un segundo de presión y después todo había tenido sentido.

Como dos piezas de un rompecabezas, no había dolor. Todas las sensaciones que se respiraban en el aire eran únicas, mágicas, y ninguna se parecía a lo que hubiera podido imaginar.

Sus palabras resonaban en mis oídos. Ese “yo también”, rebotaba en mis oídos, mezclándose con mis gemidos, y sus jadeos.

Se apoyó sobre sus manos en el colchón, a cada lado de mi cabeza, y abrió más mis piernas con una sonrisa tan sensual entre sus labios, que volví a pedirle más, mientras yo me sujetaba a su espalda. Todavía no había entrado del todo, ahora me daba cuenta. Y estaba haciendo todo lo posible por medirse, por irse con cuidado, por no lastimarme. Se tomaba su tiempo para que me acostumbrara.

Pero lejos de estar asustada, estaba que no podía más.

El calor me había envuelto y una electricidad en el vientre, me hacía enloquecer, no era suficiente.

Adelanté mis caderas, yendo al choque con las suyas, rogando por más fricción, haciendo que el ritmo fuera subiendo, y que las acometidas fueran cada vez más intensas.

Noté que Max maldecía por lo bajo, y se mordía los labios con ese gesto que reconocía de placer, después de la noche en que lo había tocado. Estaba llegando al límite.

Lo acerqué más a mí, besándolo. Pasando las manos por sus costillas, hasta llegar a sus hombros. Abrazándolos por detrás, muy apretados, casi meciéndonos y dándonos envión con el cuerpo del otro. Hacía cada vez más calor, y estábamos los dos brillantes por el sudor y el esfuerzo. Así, todo se sentía más fuerte, y yo ya comenzaba a sentir que me estaba dejando llevar.

—Ah... – grité con el primer espasmo de placer. Cerré los ojos y ahagué un gemido, sobrepasada. Era demasiado.

El orgasmo estaba recorriéndome entera, dejándome una sensación de alivio, si, pero también de amor. Difícil de explicar, pero era una calidez que me unía a Max, más aun de lo que ya físicamente estábamos.

Era terminar de convencerme de que él era el amor de mi vida.

—Bonita... – susurró él, que no tardó en seguirme. Lo sentía latir en mi interior, corriéndose en dos o tres embestidas que hicieron chocar la cama contra la pared de una manera bestial.

Los últimos suspiros de aquello, los compartimos entre besos. Besos con la boca abierta, casi caricias, saboreándonos sin querer que se acabara.

Me había dicho que también me quería, y después me había hecho el amor... No podía creerlo.

Máximo

Nos fuimos girando despacio hasta quedar de costado, los dos enfrentados en la cama. Besándonos ahora más despacio, mientras yo salía de ella con cuidado.

Me quité el condón en un movimiento mecánico y rápido, para volver a besarla y abrazarla a mi costado. Los dos tomamos aire, algo ahogados, y nos sonreímos al darnos cuenta de que lo hacíamos. Las sábanas estaban empapadas de sudor, y la piel todavía me ardía.

Sentía una mano de Delfina acariciándome el pecho, pero estaba distraído.

Como si mi cuerpo y mi cerebro, después de semejante experiencia, no pudieran ponerse de acuerdo aun. Había sido demasiado intenso.

De verdad ¿qué había sido eso?

Había sido increíble.

Acomodé mi cabello hacia atrás, apartando los mechones húmedos de mi frente, y mirando el techo me pregunté por qué se sentía cómo si hubiera sido mi primera vez también.

Delfina

—Estás muy callado. – dije, levantándome para mirarlo de frente. —¿En qué estás pensando?

Ahora que lo veo a cierta distancia, aun me cuestiono el porqué de aquella frase tan nefasta e innecesaria en ese momento. Tal vez surgida desde mi inseguridad... Yo me sentía flotar entre las nubes, totalmente enamorada de él, y feliz por lo que acababa de ocurrir. Pero y él cómo se sentiría. ¿Se estaba arrepintiendo?

Era una idiota.

—Pienso que esto era inevitable, y que iba a terminar pasando. – se rio por lo bajo. —Y pienso que fue... no puedo ni hablar. – dijo y se pasó un brazo por los ojos, riendo.

—Y eso es algo ¿bueno? – insistí atormentada, aunque fingiendo naturalidad, mientras me colocaba el cabello sobre un hombro, y tanteaba con una pierna el borde de la sábana para cubrirme el cuerpo.

—Si tenés que preguntármelo, es que algo no hice bien. – me miró frunciendo un poco el ceño y vio lo que intentaba con la sábana. —Delfi...

—Me encanta que me digas así. – sonreí, acurrucándome más a su lado, mimosa.

—Delfi – repitió, sonriendo. —Lo de recién fue muy especial, por lo menos para mí. – bajé la mirada sonrojada. —Nunca había estado con alguien como vos, sos... preciosa. La chica más bonita que conocí.

Entorné los ojos a punto de reírme a carcajadas. No le hacía falta inventarse cosas.

—No te creo. – me reí, empujándole el hombro con cariño. —Las chicas de tus fotos son bellísimas. Todas parecen modelos, y yo... Yo tengo lo mío, pero

modelo no soy.

—Son lindas, si. Pero vos tenés algo... – me miró con atención, tomándome de la barbilla como si quisiera apreciarme mejor. —Una belleza diferente, inocente pero a la vez tan sensual. Tenés una piel increíble.

—¿Me sacarías fotos como a ellas? – pregunté de repente, en un ataque de valentía, sorprendiéndolo. Lo que quería era que tuviera un recuerdo de aquella noche. Que tuviera un recuerdo mío, que fuera igual de bonito que esos retratos que tan sexy se veían. No sabría decir si fueron celos, o qué, pero necesitaba tener un lugar en esa colección.

—Fotos...

—Fotos como a ellas. – me senté sobre mis rodillas, y busqué mi cámara de vlogs que era una profesional, y se la pasé.

—No sé, Delfi. – contestó y me desinflé, queriendo huir por la vergüenza.

Por supuesto que no quería tener fotos mías. ¿Para qué las querría? Sos idiota, Delfina. Justo cuando estaba por ponerme a llorar, me aclaró. —Vos no sos como esas chicas. No sé si quiero compartir esto con otros, me gustaría guardármelo para mí. Para nosotros.

Era lo más bonito que me habían dicho.

—Podemos guardarlas para nosotros. – sugerí. —Sacarlas pero no publicarlas, que sean para que los dos las veamos y ya.

—Si se llegan a filtrar porque te entra un virus en la compu, puede ser muy grave. – me advirtió, siempre tan racional, explicándome que por mis tatuajes, no tardarían en identificarme. No me sonaba a excusa, más bien a algo que llevaba tiempo pensando.

—Max, no va a pasar nada. Para que te quedes tranquilo, las saco con tu tarjeta de memoria y después te las quedas vos. – me encogí de hombros.

Sin decirme nada, me tomó en brazos, y me dio un beso largo y sentido, que entre suspiros y caricias, me llegó al alma.

—Gracias. – todavía embobada le pregunté por qué. —Por confiar en mí. – y volvió a besarme.

Esa noche nos tomamos miles de fotos. Nos turnamos la cámara para sacarle al otro, y después nos hicimos unas cuantas juntos. Besándonos, abrazados, tocándonos y muertos de risa.

Fotos entre sábanas, sombras y mucha, mucha piel.

Fotos que fueron dando paso a que volviéramos a hacerlo más tarde, otra vez despacio con palabras melosas y besos dulces... Y otra vez más rápido, con pasión y esas ganas que llevábamos acumulando.

Probándonos. Disfrutando de eso que sería nuestro, y que celosos, ya no compartimos ni con la cámara a la que habíamos dejado olvidada a un rincón.

Capítulo 39

El día siguiente había amanecido como en otras veces, entre sus brazos, pero ahora claro, significaba otras cosas muy distintas...

Lo miré encantada, mientras él se vestía para desayunar con mi familia, y me sonreía cómplice.

Como si los dos guardáramos un secreto desde la noche anterior. Estábamos juntos en más de un sentido, y saberlo, era lo más lindo que me había pasado en la vida.

En ese despertar con besos, nos habíamos dejado en claro que era este el lugar en donde los dos queríamos estar.

Había sido inevitable como había dicho él.

Inevitable y perfecto.

Mi primera vez, con el hombre al que quería. El mismo que me había cuidado y adorado por horas y que ahora me abrazaba por la cintura desde atrás, dejando besos en mi cuello. Besos y susurros en los que me decía lo bien que olía mi cabello húmedo y recién lavado...

Él mismo lo había lavado.

¿Es ya mucha dulzura, o pueden resistir un poco más? Porque si es así, entonces les cuento que me había escrito algo muy bonito en una hoja arrancada de su anotador, sobre lo mucho que había significado lo que había sucedido.

Me la había dejado en la almohada cuando comenzó a cambiarse, así que supongo que la escribió horas antes, en algún momento en el que yo dormía.

En la sala, desayunamos conversando de todo un poco, y si mis padres habían notado algo distinto, no habían dicho nada. Y es que teníamos unas sonrisas muy bobas cuando nos mirábamos... Eso sin contar todos los toquitos y caricias distraídas por debajo de la mesa. Estaba feliz. No recordaba un día mejor...

Pero no todo habían sido buenas noticias.

Paul había llamado para decirme que tras suspender la gira, había tenido que organizar nuevas fechas para esa gente que había comprado la entrada y esperaba verme. Además, tan cerca del Click Con, teníamos que ponernos a trabajar ya.

De hecho, esa misma tarde pasaría a buscarnos.

Máximo

Delfi acababa de hacer un video en vivo para su Instagram, donde explicaba a sus fans el porqué de tanta modificación en la gira, y los nuevos eventos. Paul ya había publicado un comunicado, pero ella sabía que su gente necesitaba verla y escuchárselo decir de su boca.

Me daba cuenta de que esas pequeñas vacaciones que habíamos tenido, habían llegado a su fin cuando el representante llegó.

Apenas puso un pie en la casa, fue como volver a la realidad. *Hasta la cara le había cambiado a Delfi.* – pensé con amargura, recordando su sonrisa cuando después del desayuno, la había arrinconado y a escondidas, le había robado un beso en la puerta de la cocina. Todavía sabía a jugo de naranja y a mermelada de frutilla... Dulces. Sus besos siempre eran deliciosamente dulces.

—Puedo hacer un evento hoy, convocando desde las redes sociales, si te preocupa tener que esperar unas semanas. – sugirió con paciencia, cuando Paul le sacó en cara la fecha que habían tenido que suspender.

—¿Ahora? ¡No! Enferma no me servís. – dijo cortante.

—Pero ya me siento bien. – insistió, alegre.

—¿Viste la cara que tenés? Es que no te fijaste en un espejo, tenés la nariz destrozada. Roja por la gripe, y esas ojeras... – argumentó y apreté los puños a los costados de mi cuerpo.

Delfi se llevó una mano a la nariz, y bajó la cabeza algo desanimada.

Era un milagro que aun no hubiera matado a golpes a este idiota.

—¿Estuviste comiendo bien? Cero carbohidratos y mucha fruta ¿no? Mailen sabe que tenés que respetar la dieta rigurosamente. – dijo, y la aludida forzó una sonrisa que le quedó tirante.

Hugo, su padre, cruzó una mirada conmigo más que significativa, y me quedó muy claro que esos comentarios no le hacían ni gracia.

Según me había contado Delfina, no es que les gustara su agente, pero le estaban muy agradecidos por haberla ayudado con el incidente de las fotografías de su pasado. Aquellas donde se la veía con sobrepeso, y de las que muchos se

habían reído, hiriéndola.

Yo, *como periodista*, empezaba a dudar. ¿Y si él mismo las había publicado para después quitarlas, y quedar como un héroe en el entorno de su representada?

Yo, *como hombre*, quería golpearlo. De verdad, tenía un instinto bastante primitivo que me hacía querer ver a esa rata arrastrada en el suelo.

Esperé un rato fuera con mi equipaje, ya que Delfi querría despedirse de sus padres a solas, y de paso me daba chance de agarrar solo a su agente.

Ya habíamos tenido muchas discusiones, así que no tenía sentido andarme con indirectas.

—Deja de presionarla con el tema de la comida. – solté sin más, yendo al grano. —No necesita que estés llenándole la cabeza con pavadas.

Despegó la mirada de su celular, y lanzó una risa ronca por lo bajo.

—Yo hago mi trabajo, vos preocupate por hacer el tuyo... – contestó, despectivo. —Aunque por lo visto, lo tuyo ya no parece un trabajo. – insinuó con una sonrisa torcida que me revolvió el estómago. —Tendrías que

agradecerme por mantenértela flaca. No sabés lo que era hace unos años. – se rio, negando con la cabeza. —¿O vos te pensás que siempre tuvo ese cuerpo del que ahora disfrutas? Ojo, por cómo la tenés comiendo de tu mano, ella debe disfrutar también. ¿no?

—No te mentas en lo que no te importa. – ladré, acercándome tanto que otro hubiera retrocedido. *¿Este sería por fin el día en que le daría su merecido?*

Porque ganas no me faltaban.

Esa sonrisa soberbia...

—Tenés razón, no me importa. – me provocó, encogiéndose de hombros. —

Me importa un pito si salen, si se acuestan, si es una puesta en escena, o si la estás usando para obtener fama. Me da igual mientras funcione para la promoción. – admitió, y yo lo miré asqueado. ¿No le interesaba que alguien quisiera lastimar a Delfina?

Tenía ganas de alejarla de toda esta mierda de una vez por todas.

Escuché un movimiento en su casa, y me quedé quieto.

Por mucho que quisiera agarrarme a golpes con el hombre, no lo haría aquí, frente la familia de mi chica. Me habían abierto las puertas de su hogar tan amablemente, que no pensaba faltarles el respeto.

Además, Delfina iba a angustiarse si nos veía en esas circunstancias.

Haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad, me tranquilicé, y por lo bajo amenacé con contarle todo a su representada.

No le podía desfigurar la cara, pero tal vez metiéndome con su billetera, le haría más daño.

Pero Paul se rio a carcajadas.

—¿Y qué? ¿Qué te pensás que me puede pasar? ¿Que esa pendeja me eche?

– volvió a reírse. —Peor para ella, no tenés idea el mundo en el que se mueve.

Sin mí, no sobreviviría ni un solo día. – dijo y apreté las mandíbulas, lleno de impotencia.

Delfina

Salí de casa, algo triste por tener que separarme de mis padres después de haber estado tantos tiempo con ellos, y de alguna manera, haberme vuelto a acostumbrar a tenerlos cerca.

Pero era un sensación agridulce, porque también me moría por volver a Buenos Aires, a mis tiempos, mis rutinas, y a donde podría estar con Máximo sin tener que estar escondiéndonos.

Por lo que moría en realidad, era por desayunar con él en la cama un día de estos, después de haber hecho el amor toda la noche...

Sonreí arrastrando mi equipaje hasta la entrada y lo vi, con el ceño fruncido, discutiendo con Paul, acaloradamente.

Apenas me vieron aparecer, se quedaron callados, y se separaron sin mirarse. Max sabía que yo no quería peleas, pero después del numerito que me había hecho mi representante sobre lo que había comido, y el estado de mi nariz, sabía que al menos le haría un reclamo.

Se me llenó el corazón de una sensación tierna, y apenas nos subimos al auto, lo acerqué a mí para darle un beso.

Un agradecimiento en silencio, por estar conmigo y cuidarme.

Él me lo devolvió al principio, pero después tenso, terminó ese beso poniéndose frío.

Pensé que podía ser porque aun estaba enfadado con mi agente, así que lo dejé estar dándole espacio.

Pero cuando se pasó todo el camino, y el vuelo a Buenos Aires sin dirigirme

la palabra, me empecé a perseguir, como siempre hacía.

¿Y si Paul le había dicho algo sobre las fotos? ¿Y si Max le había contado lo de nosotros, y mi representante se había molestado o lo había tratado mal? Me mordí el labio con incertidumbre, y sin poder aguantarme le pregunté si estaba todo bien.

Estábamos retirando nuestro equipaje, y me sentí violenta, ahí parada a su lado sin hablarle.

—Está todo bien. – aseguró. —Solamente tenía pocas ganas de volver, a todo esto. – dijo y miró a donde Paul hablaba con un fotógrafo que nos tenía que retratar en el aeropuerto.

—Ey. – lo llamé, apoyando una mano en su pecho. —Sigo siendo yo.

Seguimos siendo nosotros. – dije para recordárselo. Necesitaba que pensara en nuestra noche, en lo que habíamos hecho, en lo que nos habíamos dicho, en nuestras fotos en la intimidad. En lo nuestro. En que por más que fueran a cambiar algunas cosas, otras seguirían allí.

Él sonrió en respuesta, y me tomó de la mano para salir.

Una patota de periodistas nos atacaron, y él, lejos de soltarme, más me abrazó. Me había sujetado de la cintura para protegerme con su cuerpo y claro, la gente se volvió loca.

Entre gritos nos preguntaban cómo estábamos, si esta era la confirmación del romance, si estábamos enamorados, si teníamos planes para el futuro.

Vi por el rabillo del ojo que Max resoplaba, pero sin soltarme, los miró y respondió un escueto “*Estamos muy bien*”.

—¡Fini! – siguieron gritando, sin conformarse con la respuesta. —¿Están de novios? ¿Se van a casar? ¿Es cierto que ya se lo presentaste a tu familia? –

sonreí callándome, y volvieron al ataque. —¿Vieron las fotos que salieron estos días? Se te veía con el famoso youtuber Geek Boy en un boliche...

—Todo mentira. – contestó cortante, Max. —Estamos juntos, y estamos bien. – admitió al final, dejando un besito distraído en mi mejilla y todos gritaron, matándonos con los flashes de sus cámaras.

Al llegar al taxi que nos esperaba, se volvió para mirarme, con una sonrisa pícaro. Por supuesto no había sido distraído su beso, lo había hecho a propósito.

—Estás loco. – me reí de los nervios. —Esto va a salir en la tele. ¿Y tus amigos? ¿Y tu familia? – seguí diciendo, pero él rápidamente me calló con sus

labios. Me besó despacio, tomándome del rostro. Haciéndome suspirar.

—Voy a hablar con ellos. Estamos juntos, ¿no? – asentí embobada, sin podérmelo creer. —Que lo sepan todos...

Y este sí que era un anuncio con todas las letras.

Los fotógrafos habían rogado por un bis, así que Max, sorprendiéndome, me tomó de la nuca y les dio del gusto de poder retratarnos nuevamente a los besos.

Eso definitivamente pondría fin a los rumores de engaños y crisis que se habían inventado con esas fotos malintencionadas mías y de Benja.

Era una manera de dar un mensaje fuerte y claro al mundo, y para mí significaba mucho más...

—Después de esto no hay vuelta atrás. – le advertí, sintiendo que se me rompían las mejillas de tanto sonreír, y él sonrió también.

Capítulo 40

Llegamos a su casa, porque había insistido en mostrarme donde vivía, pero solo habíamos logrado salir del ascensor y abrir su puerta, antes de terminar enroscados en un beso desesperado, que nos tenía chocando por las paredes en dirección a su habitación.

Las valijas, bolsos y otras cosas que llevábamos cargando, quedaron tiradas en su sala, y no sé ni cómo hicimos para no matarnos de un golpe entre tantas cosas, mientras nos abríamos paso sin ver por su pasillo.

Max me tomó en brazos para hacer los últimos metros, y así como estábamos, nos dejamos caer en su cama, con una sonrisa apretada por nuestros labios.

Se quitó la camiseta y el sweater con el que había viajado, arrodillado entre mis piernas, dándome un respiro, y también regalándome una preciosa vista de su pecho y abdomen al desnudo. Pasé mis manos por allí, haciéndolo tensarse apenas por las cosquillas, sin poderme creer que un chico tan lindo quisiera estar conmigo. Que quisiera besarme como solo él lo hacía, o que quisiera arrancarme la ropa con manos apuradas de deseo.

Me incorporé apenas para ayudarlo, y me quité la camiseta y el sujetador sin dejar de mirarlo. Esos ojos pardos tan expresivos, no se perdían de nada. Me recorrían la piel con hambre, y me decían tanto... que abrumaba. En su boca se dibujó una sonrisa torcida, y tuve que hacer un esfuerzo por no retorcerme yo también. Qué guapo era...

—Paul dijo que en media hora iba a tu casa para hablar de las fechas que quedaron pendientes. – me recordó, aunque desprendiendo con esmero los botones de mi jean y bajándolo, mientras se mordía los labios.

Sabía que no era lo más profesional ni responsable, pero es que en ese instante, no podía importarme menos mi representante.

—No creo que me encuentre, entonces. – me reí y él se inclinó para besar mis caderas. Sentía su aliento cálido sobre la tela de las braguitas y en otras partes también...

Contuve la respiración, inquieta y él siguió bajando, concentrado.

Mirándome desde allí, separando mis piernas con la sonrisa más malvada y sexy

que le había visto.

Cerré los ojos, con el corazón a toda carrera.

Mis inseguridades al principio, me habían dejado la mente en blanco.

Incapaz de notar como él bajaba con cuidado el elástico de mi ropa interior, y depositaba besos tiernos en los muslos. No podía dejar de pensar en que nunca nadie me había hecho aquello que él estaba a punto de hacer...

—Bonita. — dijo dándose cuenta. —Mirame. — y lo hice. Porque por más nerviosa que pudiera estar, sus ojos siempre me hacían dejar de dudar. Me hechizaban, llevándome a un estado en el que nada más me importaba. Solo estábamos nosotros dos. Mis inseguridades no existían. No tenían lugar.

Con el primer beso, gemí tomándome de su almohada, con el segundo mi espalda se arqueó por completo, y con el tercero, mis piernas lo abrazaron por los hombros, acercándolo. Por Dios...

Sus labios húmedos contra mi piel sensible me hacían enloquecer, mientras su lengua, incansable, tocaba todos los puntos exactos, a la perfección. Sabía lo que hacía. Sabía perfectamente lo que estaba haciéndome.

Un jadeo salió de mi garganta, tan ronco que casi no reconocí, y lo tomé del cabello, impresionada.

Él desde abajo, me miraba con los ojos brillantes de deseo, acariciándome los muslos, abriéndolos más, pasando los dedos por todos mis tatuajes, adorándolos como me adoraba a mí.

Ni siquiera fui consciente de que me estaba dejando ir.

El orgasmo me había sorprendido de repente, haciéndome gemir su nombre de una manera en que creo que ni se entendió lo que estaba diciendo.

Todavía sentía mi cuerpo vibrar de placer, cuando Max avanzó cerniéndose sobre mí, y me besó ahogando mis últimos gemidos. Vi por el rabillo del ojo, que abría uno de los cajones de la mesita de noche y sacaba un condón.

Sus ojos se encontraron con los míos y nos sonreímos.

No tenía nada de experiencia en sexo oral, así que no sabía si tenía que sentirme avergonzada por lo que acababa de ocurrir, o si tendría que haberme dado pudor que ahora, tan pronto, me besara en los labios... pero la verdad es que me había encantado. Es más, toda la situación me excitaba como nada lo había hecho.

Cuando se meció sobre mis caderas y entró en mí, lo hizo con cuidado.

Preguntándome como la primera vez si estaba bien, y aunque ahora no era para nada necesario, porque mi cuerpo lo aceptaba por completo, me gustaba que lo

hiciera. Siempre cuidándome.

Y esta vez nos movimos los dos.

Me tomé de su cintura y lo encontré en cada acometida, besándolo con las mismas ansias que me había besado él en un comienzo.

—Dios... – gruñó con su boca perdida entre mis pechos. Desde donde estaba, podía ver toda su espalda tensándose y aflojándose por el esfuerzo.

Sorprendiéndonos a los dos, giré mi cuerpo hasta quedar por encima y me acomodé sobre él, colocándolo dentro otra vez con un gemido. Se sentía distinto de esta manera. *Oh...*

Max se aferró a mi cadera y sonrió cuando me moví, tímida, una, dos, tres, cuatro veces, probando cómo hacerlo. Arriba, abajo, tomando de a poco velocidad y fuerza a medida que iba logrando un ritmo que nos puso a jadear a los dos.

Tomó mis manos y las llevó directo a mis pechos que rebotaban con cada balanceo, y las dejó allí, para que me acariciara mientras se deleitaba mirando. Y

sus ojos, por Dios, sus ojos... Ardían. Me miraban como si fuera la chica más bonita que había visto, como él decía. Y yo, empezaba a creerle.

Así que eché la cabeza hacia atrás, y dejándome llevar, profundicé los

movimientos buscando más fricción, jugando con mis pezones. Pellizcándolos entre mis dedos y sintiendo como aquella sensación, se conectaba directamente a mi sexo. Humedecí mis labios y gemí, acelerándome. *Me encantaba, quería más. Y él...*

Él también.

Me daba cuenta por la manera en que todo su abdomen se había tensado, o por cómo sus manos se habían ajustado a mi cadera, clavando sus dedos en mi piel.

—Delfi. – dijo entre jadeos. —Estoy muy cerca. – ahora sus ojos estaban cerrados, y apretaba los dientes, contenido.

Llevé una de mis manos hasta donde nuestros cuerpos se encontraban, haciendo pequeños círculos sobre mi clítoris, abriéndome más para él, sintiendo en mi mano como sus embestidas se clavaban en mí, y me dejé ir.

Estallé en mil colores, sintiendo que volaba. Como un torrente de placer que me recorría por cada centímetro, arrastrando todo, y dejando a su paso solo alivio. Alivio y amor, cuando vi que Max gemía arqueando la espalda y acababa

casi al mismo tiempo.

Había dicho mi nombre entre gruñidos, y habíamos terminado abrazados y besándonos más calmos, esperando que las respiraciones volvieran a la normalidad.

¿Siempre sería así para todo el mundo? – me pregunté luego. Si, la satisfacción física podía entenderla, pero, ¿Sería lo normal sentir el corazón tan lleno?

Porque hasta ahora, todas las veces con él, habían sido pura magia. Quería abrazarme a su pecho y no dejarlo ir nunca.

—Te quiero. – susurré más dormida que despierta.

—Yo también. – contestó en el mismo estado, tapándonos un poco con sus

sábanas.

Sonreí ya soñando entre sus brazos, cosas lindas, y todas con él.

Al poco rato, Max se despertó con la idea de darnos una ducha juntos.

Una ducha que ya pueden imaginarse cómo terminó...

Agotados y otra vez entre sus sábanas, nos volvimos a adormecer.

Cuando nos despertamos por segunda vez, yo tenía un par de llamadas perdidas de mi agente, que me apuré en devolver, y Max aprovechó para llamar a sus amigos y a su madre para avisarles que ya habíamos vuelto.

Si, *habíamos*, habló en plural. Porque no es que haya querido ponerme a escuchar, pero el departamento era pequeño, y no había podido evitarlo. Él les hablaba de mí, dejándoles saber que estábamos en una relación, y por las respuestas que daba, quería que me conocieran también, muy pronto.

Sonreí como una boba y me removí entre las mantas, abrazada a su almohada, que olía a nosotros dos.

A los pocos minutos, volvió, abrazándome por la cintura y hablándome al oído.

—Bonita, no tengo nada de comida en casa. Voy al chino de abajo y compro algo ¿sí? – me besó suavemente la mejilla, y yo asentí cerrando los ojos, acurrucándome con pocas, poquísimas ganas de levantarme de la cama.

Aunque por mucho que me resistí, al final tuve que hacerlo porque la naturaleza llamó ...y hablando con propiedad, me estaba haciendo pis.

Su baño era tan distinto al mío, lo amaba.

No había decoración por ningún lado. Todo era práctico, tan clásico, tan como él.

Me había dicho que me sintiera como en su casa, y qué peligro, porque si a mí se me decía algo así...

Tomé una de sus camisas, y me la puse encantada con el hecho de que la tela me cubriera hasta el muslo, y me fui a su sala para husmear un poco.

Nuestras cosas seguían por allí, desparramadas de cualquier manera, aunque ahora entraba más luz de la calle. Había anochecido, y los faroles de la vereda, se colaban por las persianas de madera, iluminando un escritorio enorme y oscuro. Marcas de quemaduras a los costados, me hacían adivinar que allí era donde se pasaba horas escribiendo, y fumándose tal vez un cigarrillo mientras lo hacía. Estaba todo ordenado y limpio, pero le faltaba algo. *Colores* – pensé reprimiendo la risa.

Tropecé con su bolso de mano y todo su contenido cayó al suelo de manera aparatosa. Me puse a recogerlo resignada a que la torpeza era algo que me caracterizaba, cuando encontré entre sus cosas las tarjetas de pases para mis eventos. Sonreí. Los habría guardado de recuerdo. Todos en tonos fucsia, rosas chillones y lilas, en contraste con todo lo demás. Mezclado con el interior del maletín tan rústico y su cuaderno de tapas de cuero.

Daba hasta gracia, pero era como si nos estuviera viendo a nosotros dos. Tan distintos. Él tan clásico, elegante, práctico y maduro, y yo tan brillantina, gatitos y estampados multicolor.

Sin poder resistirme, alargué la mano, y saqué su anotador, repasando su tapa con las puntas de los dedos. Olía maravillosamente, y su textura áspera, le daba el toque único de las cosas bien hechas. Las cosas de calidad.

Toqué el lomo con reverencia, imaginándome a Max sumido en la escritura hasta altas horas de la noche, concentrado, y con el ceño fruncido, mientras se mecía el cabello hacia atrás, y suspiré. Max era... Era un hombre increíble.

Y ese hombre quería estar conmigo.

Ese hombre, me había dicho que le gustaba y que también me quería.

Ese hombre me había hecho el amor con todas las letras, y en más de un sentido.

El cuaderno se abrió de repente, revelando una caligrafía que ya conocía, preciosa. Masculina, se notaba en sus trazos rápidos y vigorosos, pero también muy clara.

Fui hasta el principio, sintiendo algo de culpa en el estómago. *Esto no estaba bien, no debería estar invadiéndolo así. Si él quisiera mostrar lo que había aquí dentro, lo mostraría.* – me dije y estaba a punto de cerrarlo, pero entonces mi nombre apareció garabateado en medio de un montón de texto, y a quién quiero engañar. Hubiera sido imposible no leerlo.

Quería saber qué había escrito de mí. Vamos, que desde antes de hacerlo ya sabía que era un error y me arrepentiría.

“Nuevo proyecto con Fini Moon, la youtuber” bocetaba. *“Insoportable. Van dos segundos que estoy en su casa y ya me quiero ir. Hasta su voz es lo más irritante que escuché en mi vida.”*. Me reí porque sabía que la primera vez que nos habíamos visto, no le había dejado la mejor impresión. Avancé unas páginas y seguí leyendo.

“Maquillada como una puerta. ¿Se pensará que le queda bien? ¿Eso le dirán sus fans? Parece un payaso, es demasiado joven para lucir así.” Apreté un poco los labios. *“La chica me tiene muy confundido. Después de su invitación a tomar un té, que me pareció ridícula y salida de la nada, me mira extraño, como un cachorrito. Como yo miraba a mi profesora de francés en cuarto año. Estoy casi seguro de que se está encaprichando conmigo, y que le gusto. A veces me da lástima y siento culpa. No es una mala chica, solo no es para mí. Ni nadie que tenga más de veinte años y dos dedos de frente. Por Dios, si antes ya era complicado trabajar con ella, si se enamora, va a ser una pesadilla.”*

¿Lástima? Ok. Eso había dolido.

Levanté la mirada un segundo, y me vi en el espejo que quedaba en el recibidor, donde él colgaba sus llaves.

“Todo en ella es ridículo. Sus costumbres, sus disfraces, esa manera infantil y estúpida de expresarse. No nos parecemos en nada.”

Con un nudo en la garganta, seguí leyendo como él contaba su experiencia a mi lado todo este tiempo. Como el challenge de las grageas que le había parecido una soberana idiotez, y se preguntaba si de verdad la gente se suscribía a mi canal para ver ese tipo de contenido. El incidente del final, de eso no había dicho mucho. Y resulta que ese día yo casi me había caído al piso con él,

haciendo un papelón y mostrándole de paso, la ropa interior sin querer. De eso, solo ponía que deseaba poder olvidárselo.

“*Los primeros días de la gira...*” – leí con los ojos vidriosos. “*Estoy cansado de tanto circo*”. No podía seguir. Solo captaba palabras en mayúscula que resaltaban, puros insultos, pero no sabía a quién iban dirigidos, y a esa altura, tampoco quería saberlo. No iba a seguir leyendo.

Yo para ese entonces, ya estaba sumamente enamorada, y si seguía, y efectivamente me estaba insultando a mí, mi corazón se rompería.

Aunque tenía que reconocer que ya estaba un poco roto.

Sabía que Max no me soportaba al principio, pero ¿seguiría pensándolo?

¿Estaba yo lista para enfrentarme a esa respuesta? ¿Y si finalmente la lástima y mi insistencia habían podido con él, y se había rendido a la ...no sé, atracción física?

No era muy alejado a lo que yo imaginaba al comenzar la gira, pero es que creía que se había convertido en algo más.

Nuestras conversaciones, todo lo de mi pasado. *Había confiado en él.* – se me escapó un sollozo de la garganta, y apurada guardé sus cosas y corrí a la habitación. No me quebraría.

Vamos Fini, vos sabés disimular muy bien. – me sequé una lágrima de la mejilla y me enjuagué la cara para refrescarme.

Max me encontró vestida llamando un taxi desde el móvil, cuando entró.

—¿Te vas? – preguntó desconcertado, dejando las compras sobre la mesada

de la cocina. —Estaba por hacer algo de comer para los dos, y creí que te quedabas a dormir después.

Caminó hasta quedar a mis espaldas, abrazándome por la cintura con cariño y yo cerré los ojos y respiré profundo para no llorar. ¿Cómo había podido enamorarme tanto, en tan poco tiempo?

Recordé que él no hacía mucho me había dicho que nos estábamos divirtiendo y que ya veríamos qué pasaba más adelante, y maldije para mis adentros. ¿Por qué molestarse en hacer todo tan bonito y tan especial entonces?

¿Por qué besarme ahora con aquella dulzura en el cuello, descorriéndome el cabello y susurrándome cosas lindas, con los labios sobre mi nuca?

Contuve las ganas de llorar, y me giré con la sonrisa más forzada del mundo.

—Me llamó Paul y tengo que ir. Ya me escapé un día, pero me necesita. —
mentí aunque no me gustaba hacerlo. Era poner excusas o quedarme allí y
venirme abajo.

—Ese lo que necesita es darse cuenta de que no sos un robot y tenés que descansar. — dijo frunciendo el ceño.

—Llevo dos semanas descansando. — insistí, soltándome de su agarre disimuladamente, pero muerta de dolor. —Me espera en la agencia.

Necesitaba salir de ahí cuanto antes.

—Delfi. — me llamó cuando ya llegaba a la puerta. —Estás rara. Te encontré saliendo de casualidad. ¿No ibas a avisarme que te ibas? — y cuanto más hablaba, más confundido parecía.

—Surgió algo recién, y si. Te iba a llamar ...cuando llegara. — otra sonrisa forzada y un pico sobre sus labios que se me clavó en el alma. —Hablamos más tarde. O mañana. — y salí, creo que aprovechando que aun no entendía nada, y no le había dado tiempo para reaccionar.

Por suerte el taxi ya había llegado, así que no tuve que esperar para desmoronarme del todo cuando estuve segura de que ya no me vería.

Qué estúpida que había sido.

Capítulo 41

Había llorado. Claro que había llorado, y unas cuantas horas a decir verdad.

Me había desahogado hasta quedarme dormida, pero al despertar a la mañana siguiente, ya más tranquila, se me dio por pensar.

Tenía opciones. Podía quedarme allí tirada en mi cama, y lamentarme como una tarada como si fuera el fin del mundo, aunque sabía perfectamente que había cosas peores...

O podía enfrentarlo y hablar las cosas civilizadamente.

La segunda opción aunque era la más madura, era poco realista. No podía hablarlo con el corazón en carne viva como lo tenía.

Y nosotros después de todo, recién empezábamos a salir. Me sentía rara y no quería pasar por aquello. Todavía tenía muy frescos los recuerdos de nuestra primera noche, y sus besos... aun podía sentirlos en mis labios.

No. Era imposible.

También había otra posibilidad. La más estúpida, y la que sabía que además de infantil sería una malísima idea, pero dolida como estaba, solo podía pensar en que si era “estúpida” e “infantil”, me venían como anillo al dedo. ¿No era así como Max me había llamado en su cuaderno?

Me di en la frente con la palma de la mano.

Ahora lo único que me faltaba era volverme una cínica amargada.

Esperaría.

Esa era mi brillante ocurrencia.

Dejaría pasar un tiempo, a que las cosas se acomodaran tras la gira y a que ya no me doliera todo por dentro, y luego le sacaría el tema como si nada. Eso.

Yo no quería dramas ni enfrentamientos.

Ya se sabe que todos estos sentimientos y situaciones límites no eran lo mío.

Y que llevaba años escapándole a la intensidad. Era una boba.

Yo misma me lo había buscado. Tanto lo había forzado a estar conmigo cuando él me había dejado claro una y otra vez que no quería, que no convenía.

Odiaba sentirme así, porque lo cierto es que enojada no estaba. Al menos no con él.

Él siempre me había sido sincero. Por Dios, hasta me había advertido. ¿Y yo que hacía? Todo lo contrario.

Me llenaba de rabia ser tan ingenua. Yo que me jactaba de no ser una niña tonta y mírenme ahora como estaba. Todo era mi culpa.

Sacudí la cabeza, decidida a reponerme como fuera.

Lo de que tenía montañas de trabajo que Paul estaba esperando que hiciera, no era del todo una mentira. Así que encendí mi ordenador y me puse a editar, ocupando mi mente con otras cosas.

Ya veríamos más adelante qué ocurría...

Tatiana

Volvíamos a Buenos Aires y a la rutina.

Franco me había invitado a cenar unos días después, y habíamos dejado en claro que éramos una pareja, que queríamos que funcionara, y que lo haríamos de manera exclusiva. Esto es, sin salir con otras personas, como él estaba tan acostumbrado.

Y era genial.

Los días en el Sur, nos habían servido para volver a encontrarnos en el entorno que nos había visto crecer. En donde nos habíamos conocido, y donde de alguna manera había comenzado nuestra historia.

Él parecía feliz, y hasta ahora, se estaba comportando como el mejor novio del mundo.

Era atento, cariñoso, romántico y el mejor amante que había tenido en mi vida.

Tal vez fuera porque estábamos de vacaciones, tan lejos de todo, pero no podíamos sacarnos las manos de encima.

Max se estaba quedando en casa de Delfina, la hermana de Franco. Y como ellos no se llevaban muy bien, lo invité a quedarse conmigo mientras nos quedábamos en nuestra ciudad. Si, era una excusa perfecta, y le habíamos sacado provecho de verdad.

Mis padres, que lo querían como un hijo más, no hicieron preguntas cuando lo vieron aparecer con su valija, ni cuando después de darme un rápido beso en los labios, las dejó en mi habitación, donde ya había dado por entendido que se quedaría.

Supongo que mis sentimientos hacia el chico no eran un secreto para nadie, menos aun para mi familia que tanto me conocía.

La única que había puesto *peros* había sido Delfina. Nos quería mucho, y temía por nuestro bienestar, que con las antiguas costumbres de su hermano, lo hacían todo más complicado. Pero solo bastaron un par de conversaciones, y que nos viera juntos, para que terminara por emocionarse y desearnos lo mejor.

También influía, claro, que ella con su chico estaban pasando por su mejor momento, y eso la tenía de un humor excelente. Me alegraba por mi amiga. Se merecía de verdad estar con alguien que la cuidara y quisiera como parecía que

lo hacía el periodista.

Y no voy a ser hipócrita. Yo también había puesto ahí mis *peros*, pero como le pasó a ella, fue el verlos sonreírse. El ver como él la miraba en un escenario, con los ojos brillantes y llenos de admiración, que todo me quedó claro.

Se querían.

Se querían como nos queríamos Franco y yo.

No queríamos cagarla, íbamos con tanto cuidado, que a veces era raro.

Para mí, porque no sabía cómo tomarme que mi mejor amigo fuera mi novio de verdad. Ya había salido en algunas revistas tras aquella cena en Buenos Aires, y ya me habían puesto el título de su nueva conquista. “Una chica común”, decían para no decir que probablemente fuera la más fea de las que le habían conocido.

Y para él, era extraño ir tan en serio con alguien. Según decía, yo era distinta a todas las mujeres con las que había estado y que lo nuestro funcionara era lo que más le importaba. Lo que no quiere decir que eso lo hiciera más fácil.

La mayor dificultad, era que los dos éramos muy celosos.

No se bancaba que yo como actriz tuviera que besar a otros. ¿Y las escenas de sexo? Ya nos habían traído peleas. Era mi carrera, él tenía que entender que era ficción, pero no. No lo entendía.

Se quedaba con mala cara si sabía que ese día tenía que ensayar con el que era mi colega protagonista. Lo tenía entre ceja y ceja, y se ponía como loco cuando estaba en casa y el chico me escribía o me llamaba por temas de trabajo.

Ya cuando éramos solo amigos, se negaba a ver alguna obra en donde yo tuviera que tener intimidad con un compañero, o ponía cara de asco cuando besaba a alguien.

Ahora como mi novio, no se limitaba solo a eso. Ahora pretendía que yo por

contrato, aclarara que algunas cosas no haría.

El día que lo sugirió, creo que estuve a punto de reírme en su cara. ¿Se pensaba que era así de fácil? Yo recién estaba comenzando, no me conocía nadie, y si empezaba a poner tantas condiciones, ¿quién me contrataría? Me enfurecía. Yo era profesional, y sabía diferenciar entre la realidad y lo otro. ¿O

es que dudaba de mi calidad de actriz?

Habíamos tenido ya varias broncas.

Además, no es que yo la tuviera mejor.

Él era un deportista conocido, que llevaba una vida sana, si, de entrenamiento, y donde iba, tenía miles de chicas persiguiéndolo.

Lo invitaban a eventos, a fiestas, a programas en donde cuanta modelo famosa, se le paseaba por delante agitando las pestañas, buscándolo.

No quería ni pensar cuando tuviera que irse de torneo en unas semanas.

Porque si había alguien que sabía lo que era cuando Franco cuando estaba de tour en otro país, esa era yo...

Y me daba terror imaginármelo.

La mañana del estreno, unos días después, recibí flores de Delfina y de mi familia deseándome éxitos para la noche, pero de él, nada.

Estaba un poco nerviosa, y como ritual, siempre me relajaba el día de la primera función, yendo a una clase de yoga, y comiendo sano.

Así que al principio había pensado que tal vez mientras estaba en plena sesión en las colchonetas, no había oído el celular, pero no. No tenía mensajes, ni llamadas ni nada de él, que me hiciera pensar que lo había recordado.

Llevábamos unos días raros, la verdad.

Dos días casi sin escribirnos, y varios sin vernos.

Y la última vez, habíamos tenido una pequeña discusión. Algo menor.

Un entredicho por unos mensajes que le habían llegado cuando estábamos juntos. Una chica que además había conseguido mi teléfono para pedirme que cortara con él. Una ridiculez, pero que en el momento me había hecho enojar bastante.

No había tenido nada que ver, y yo me la había agarrado con él.

—Yo te amo a vos, Tati. No me voy a ir atrás de cualquier chica que me escriba. Esto de las fans que te escriben, perdón. Era un riesgo de hacer lo nuestro público. — me había dicho muy serio. —Vas a tener que acostumbrarte, porque es lo que te toca como mi novia.

¿Entienden mi enojo ahora?

Me había puesto ciega. Colérica, no es broma.

Le había dicho de todo menos bonito. ¿Así que yo me tenía que acostumbrar y adaptar a que sus fans me acosaran, pero él no hacía ni el menor intento de entender mi carrera? ¿Qué eran mis besos en ficción comparado con estas busconas que de verdad querían separarnos y me insultaban?

Si me ponía a pensar en que en uno de los ensayos que había presenciado, se

había puesto en un rincón, cruzado de brazos con cara de culo, intimidando al actor que tenía que besarme, me ponía peor. Era un desubicado.

Le había gritado que era un machista, y que quién me mandaba a mí a estar con semejante cavernícola. Ni siquiera había sido para tanto, pero yo estaba muy ofendida.

Y ahora, sola en un taxi rumbo al teatro, temía que todo hubiera sido demasiado para él, y que se hubiera asustado.

¿Y si no venía a verme?

Si no apoyaba ni aceptaba mi carrera, tenía sentido que no quisiera tener nada que ver con ella. Pero es que era tan importante para mí... Era mi vida. Era como si no me aceptara a mí.

La noche llegó y ya cambiada lista para salir a actuar, llamé a Delfi para ver si estaba con ella en el público, pero ella me dijo que estaba allí sola. Que de su hermano no sabía nada. Mierda.

No había venido.

La decepción que sentía, era tan difícil de explicar con palabras. Había actuado sacando lo mejor de mí, porque el show debe continuar, pero en el fondo era como si no lo hubiera disfrutado plenamente. Tantos meses de preparación y ensayo, para que ahora llegado su estreno, no fuera más que un trago amargo.

Estaba arruinado.

Ni el éxito que parecíamos haber tenido, ni los aplausos cuando salí a saludar, nada lo habían salvado.

Había huído del teatro con los ojos llenos de lágrimas, no podía creer que hubiera sido capaz de perderse algo que para mí significaba tanto.

Ni siquiera fui a festejar con mi equipo.

Había sido un error.

Lo sabía. Estar con él, había sido una equivocación.

Y ahora me había cargado no solo una relación, si no también una de mis mejores amistades.

No se lo perdonaría nunca. – pensé mientras con un algodón, limpiaba las manchas negras de rímel de mis mejillas.

Franco

Cuando miré en mi pasaje de vuelta la fecha en la que estábamos me quise

morir. Ahí estaba yo, en un avión, volviendo de un impulsivo viaje relámpago a Chile, sin tener cómo comunicarme con Tati para ...para disculparme.

Me golpeé la cabeza con la butaca de adelante.

¡Pero qué idiota!

Hoy era su estreno. Y yo me lo estaba perdiendo.

Tenía una sensación en el estómago muy parecida a las náuseas, y yo rara vez me enfermaba en los vuelos.

Tomé aire y lamenté no haber prestado atención al día en el que estábamos.

Y es que lo único que había podido pensar, era que tenía que solucionar este asunto antes de tener que partir al tour.

Tenía que cortar lo mío con Sofía, para hacer las cosas bien con quien quería como mi única novia. Bueno, la modelo no es que alguna vez hubiera ocupado el lugar de una novia, era una amiguita, pero me sentía mejor cerrando todas las historias anteriores, para que Tati viera que había cambiado.

Ella era la única con la que quería estar.

En esos días habíamos tenido algunas peleas, y no estaba orgulloso de cómo me había comportado. Aun me reprochaba a mi mismo lo imbécil que había sido en ese ensayo. *Como un chiquillo celoso.* – me cubrí el rostro, lleno de vergüenza.

Pensaba comprarle un enorme ramo de flores, ir a buscarla a su camerino, tenía hasta hechas reservas en un restaurante bonito. También pensaba invitar a su elenco a cenar, para demostrarle que la apoyaba y acompañaba en su trabajo.

Mierda.

Era mi plan para reparar el hecho de lo mal que había estado, porque lo único

que quería era estar bien con ella. ¿Por qué era tan difícil? Tenía ganas de darle patadas a algo. Era una suerte que no tuviera a mano mi raqueta, porque la hubiera destrozado... como en algún partido alguna vez.

Al menos la chica que había ido a ver, me había entendido y había podido arreglar aquello. Había comprendido mi situación y hasta me había deseado lo mejor.

Por supuesto también aprovechó para pedirme el teléfono de Gastón, otro tenista conocido del que yo era muy buen amigo. Su próxima víctima, seguramente...

Mierda, Tati. Qué cagada enorme acababa de mandarme.

Iba a tener que arrastrarme si la quería arreglar.

Capítulo 42

Máximo

Desbloquéé la pantalla de mi celular por tercera vez para ver lo mismo de siempre. Nada.

¿Desde cuándo me había vuelto tan dependiente del bendito aparato?

Resoplé, reclinándome en mi silla de escritorio.

Acababa de enviar el manuscrito definitivo de mi libro, y la noche anterior había terminado con los artículos para la columna, y ahora estaba jodido.

El trabajo me había mantenido un poco distraído, pero ahora que tenía tiempo para pensar, sabía que iba a comerme la cabeza.

No veía a Delfina desde que habíamos regresado de la gira, y cada vez que la llamaba o le escribía, estaba ocupada haciendo algo, o trabajando en un video.

No había que ser muy brillante para darse cuenta de que me estaba poniendo

excusas. Me estaba evitando.

Pero ¿por qué? ¿No estábamos bien acaso? ¿No teníamos algo lindo y especial? ¿No la habíamos pasado ...genial la última vez? Mierda, si me ponía a recordarlo lo pasaría peor, pero la verdad es que esa última vez había sido...

Habían pasado días. Casi dos semanas.

El viernes, su amiga Tatiana había estrenado su obra, y sabía porque lo habíamos hablado antes, que iría a verla. Es más, yo tenía pensado acompañarla, pero la fecha llegó y ni siquiera lo había mencionado.

Las cosas de habían enfriado entre nosotros.

Por ejemplo, esta mañana le había enviado un mensaje bastante cariñoso que me niego a reproducir, preguntándole qué hacía hoy por la noche, y que me moría por verla. ¿Qué me había contestado? Este si se los reproduzco:

“Esta noche imposible. La próx.”

Así. Abreviado, como a las apuradas, y sin los emojis que a ella tanto le gustaba agregar. Frialdad total.

Me pasé las manos por el cabello, considerando darme una ducha porque de tanto manosearlo, estaba ya un poco sucio y seguramente olía a cigarrillo, como mi ropa.

¿Y si se había aburrido? No era absurdo pensar que una vez que hubiera pasado la novedad, y estando de vuelta de la gira, ya en su vida normal, ella no encontrara un lugar para mí. No era la primera vez que pensaba esto...

Aunque ahora que se hacía realidad, no me gustaba ni un poco.

Estaba inquieto.

No quería molestarla, y no era mi estilo, insistir demasiado en las relaciones.

Con otras mujeres con las que había salido, todo se iba dando solo. ¿Por qué

ahora me costaba tanto esperar? ¿Por qué tenía ganas de ir derecho a su casa para verla? ¿Por qué hacía días que no hacía otra cosa que pensar en sus besos?

¿Por qué me había sorprendido ya varias veces escuchando esa canción de Soda que me recordaba a nuestra primera vez?

La echaba de menos. ¿Es que ella a mí no?

Después de haber casi convivido por meses, ahora se pasaba como si nada quince días sin verme. ¿Y no sentía nada? ¿No le faltaba nada? ¿Ya se habría hartado de mí?

¿Se habría dado cuenta de que la diferencia de edad, entre otras diferencias que nos separaban, eran demasiado para ella?

No me había pasado todo este tiempo pegado al teléfono. Tampoco.

Había estado ocupado en mis cosas, es más, en un rato, tenía que llamarme la gente de la agencia de Paul, que estaba en contacto con mi editorial para un nuevo proyecto, pero aun así... Siempre hallaba unos minutos para pensar en Delfina.

En nuestros días en el Sur.

En nosotros.

Me estaba torturando el hecho de que para ella no fuera igual.

Lo reconozco, estaba desesperado.

Me desconocía.

Delfina

Los días iban pasando y ya me estaba quedando sin excusas para darle a Max, así que cuando aquella mañana me llamó para ir a desayunar, me tomó desprevenida y había tenido que aceptar.

Me había dicho que sabía que estaba muy ocupada, y que él también lo estaba, que no me robaría más de un rato. Solo un café y no pude negarme.

Demasiada curiosidad me daba como para no acudir.

Me había costado todo mi poder de voluntad no ceder a sus otras llamadas o no derretirme con cada uno de sus mensajes amorosos. Por Dios, qué bonito escribía...

Cada vez que me enviaba algo, moría por olvidarlo todo y correr a su lado.

Pero tenía que pensar en mí.

Ser inteligente, quererme y cuidarme.

Porque si la vida me había enseñado algo, era que la relación más importante que tenemos, es con uno mismo. Y no hablo de ser egoístas, creerse el centro del universo, o que los demás no existen, no. Hablo de preservarnos y tenernos en cuenta, porque si no lo hacemos, luego no tenemos nada para darle a aquellos que también amamos y son importantes.

Tati, decía que era debido a mi aprendizaje que había podido finalmente brindarme con Max. Y justamente por eso es que me mantenía en mi postura.

Esta vez, estaba primero yo. Y yo necesitaba sanar.

Elegí el primer vestidito que vi en mi guardarropas, sin pensármelo mucho, y me até el cabello en una enorme y gruesa trenza rosada, para que no se notara que no me lo había peinado, y se enredaba como un nido de aves rapaces.

Quedamos en encontrarnos en la cafetería que estaba cerca de casa, y yo intenté ser todo lo puntual que podía, porque sabía que él también lo sería. No quería alargar nuestro encuentro.

Ingenua de mí que pensaba que cuanto menos me quedara a su lado, menos me dolería.

Muy ingenua.

Le había bastado con aparecer por la puerta del local, con esa camisa clara arremangada hasta los codos, y esa barbita de tres días sin afeitarse, para desarmarme.

Respiré profundo, mordiendo mi mejilla por dentro, y le hice señas desde la mesa en donde me había ubicado.

—Hola. – dijo cuando se acercó, dejando un beso rápido en mis labios.

Como acto reflejo miré a mi alrededor, pero nadie nos estaba prestando atención.

—Hola. – contesté con una sonrisa tirante.

—Estás preciosa. – dijo y desvió la mirada hacia mis manos, que comenzaban a temblar.

—Vos también estás muy lindo.

Silencio.

Hicimos un silencio enorme que pareció chupar el aire que quedaba en el lugar, hasta marearme.

—Delfi... – ay no. Que no me llamara así... —Te extraño, hacía semanas que no... – lo interrumpí.

—Yo también te extraño, Max. Tenemos que hablar.

—Si. – estuvo de acuerdo, sorprendiéndome. —Quería comentarte algo, por eso insistí para reunirnos. Con esto de las nuevas fechas que quedaron de la gira y tu trabajo acumulado, no sabía cuándo íbamos a volver a grabar juntos. O a vernos. – bajó un poco la vista, dejando de hablar cuando nos atendieron.

Pedimos un café los dos, de modo distraído. Dudaba que alguno fuera realmente a tomarlo.

—Estuve con mucho trabajo. Tengo todavía tantas cosas pendientes. Esas semanas en Esquel haciendo nada, fueron imperdonables en plena gira. –

sacudí la cabeza. —Me iban a pasar factura en algún momento. El libro no se está vendiendo como esperábamos.

—Pero tenés el doble de suscriptores y de visitas en el canal después de lo del aeropuerto. —sonrió pícaro. *Nuestro beso...*

—¿Te estuviste fijando? — pregunté sin poder evitarlo.

—Es también mi trabajo, cubrir el tuyo. — me recordó y asentí.

Su trabajo, si. Escribir sobre mí, como lo hacía en su cuaderno.

Eso me trajo de nuevo a la realidad como de un golpe.

—¿Qué me ibas a comentar? — pregunté tomando aire. Él frunció el ceño por un instante, como intentando descifrar mi actitud, pero al parecer por su gesto de confusión, no lo lograba.

—Ehm, si. La editorial para la que estoy trabajando va a hacer un evento en Madrid, y la gente de la agencia de Paul me quiere allá. Sería un viaje de dos meses por Europa, en donde conocería lugares en donde mi viejo trabajó y daría un par de charlas. — me había quedado muda de la impresión. —Es una oportunidad única.

—Es genial, Max. — sonreí, ahora más genuina. —Te lo mereces, es increíble.

—Es que yo tampoco lo puedo creer. —sonrió él, ilusionado. —A lo mejor es tu representante que me quiere lejos, pero igual. Conocer esos lugares...

—Vas a estar perfecto allá, hablando de tu papá, de tu libro. — me emocioné y sin querer tomé sus manos. —Es tu sueño.

Él asintió y besó mis manos, acercándose más con la silla.

Instintivamente, retrocedí y me miró raro.

—Delfi ¿qué pasa?

—Nada, quiero que sigamos hablando, hay cosas que...

—Si, lo sé. – se adelantó él. —Hay una cosa que me preocupa de mi viaje.

Vos tenés tu trabajo acá, no te podés ir y dejarlo todo tirado por dos meses. – dijo y parecía apenado. —¿Qué va a pasar con nosotros?

Lo pensé.

Juro que volví a planteármelo todo. Porque aunque había venido muy convencida y determinada, ahora, al tenerlo tan cerca donde podía tocar su piel, entrelazar sus dedos con los míos, y oler su perfume... uff...

—Lo mejor es que quede todo como está, y cuando vuelvas lo hablamos. – concluí.

Ahora menos que nunca quería dramas. Max merecía esto que le estaba pasando y tenía que hacer ese viaje porque era lo que más quería para su carrera.

No podía mezclar aquí mis sentimientos. Que no me soportara o no me quisiera, era otra cosa. Era buena gente y esto era solo fruto de su esfuerzo.

—Son meses... y tengo la impresión de que... – dijo dudando.

—¿De qué? – lo animé.

—De que me voy y quedan las cosas raras entre nosotros. Esto se enfrió desde que volvimos, y no quiero...

—Máximo. – no lo dejé seguir porque me hacía daño. Esta era la segunda vez que le mentiría. Bueno, no era una mentira, pero tampoco era toda la verdad.

—Estuve pensando y de todas formas iba a pedirte un tiempo.

—¿Ah, si? – preguntó soltándome la mano, y endureciendo la mirada.

—Si, para aclararme.

—¿Aclararte? – dijo de mala manera, frunciendo el ceño.

La chica que nos había atendido antes, me salvó por unos segundos de su mirada despiadada, mientras nos servía las tazas de café.

—De paso te estoy haciendo las cosas fáciles para que viajes. – comenté cuando la chica se fue. —No tenés que pensar en nosotros, ni en qué pasa. Es un tiempo para los dos.

—Delfina, no hace nada que estamos saliendo, y sentís que necesitas un tiempo. – negó con la cabeza. —Me habías dicho que sentías cosas por mí. –

susurró acercando su rostro al mío. —Yo también siento cosas por vos. – su mirada estaba derritiéndome.

No sabía si estaba molesto por la cantidad de pavadas que le había soltado, o solo... triste.

—Delfi. – llamó y el mentón empezó a temblarme. —No me estás haciendo las cosas fáciles como vos crees. Yo no necesito un tiempo, quiero estar con vos.

– dijo con un suspiro. Achicando los pocos centímetros que nos separaban y tomándome suavemente de las mejillas, me besó.

Me besó de un modo tan dulce, que pensé que me rompería en pedazos.

Sus labios acariciaban los míos, y su aliento cálido sobre mi piel, me hicieron más consciente que nunca de cuánto lo amaba, y cuánto lo iba a extrañar.

Respondí a ese beso sabiendo que iba a ser el último, con todo de mí.

Desahogando mis penas, desquitándome por mis enojos y también entregándole ya lo poco que quedaba de mi corazón roto. Era suyo de todas maneras, y yo no quería dejarme nada dentro que pudiera seguir doliendo. Y dolía demasiado.

—Es lo más fácil para todos. – dije cuando nos separamos. —Dos meses se

pasan rapidísimo, y los dos vamos a estar con mil cosas. Yo tengo el Click Con, y otros eventos. – enumeré sin querer mirarlo a los ojos, porque sabía, brillarían como cada vez que nos dábamos uno de esos besos.

—Está bien, si piensas que es lo mejor... – contestó resignado, separándose de mi rostro a regañadientes. —No puedo obligarte. – suspiró acomodándose en la silla.

—Mejor me voy, tengo cosas que hacer. – él asintió, y salí. Estaba a punto de cruzar la puerta, pero justo cuando pensé que podría escapar, escuché el estruendo de su silla arrastrarse precipitadamente. Sentí una de sus manos rodearme el brazo, frenándome.

—¿Qué pasó? Algo pasó. ¿Hice algo mal o dije algo que no te gustó?

Estábamos bien hasta ese día en mi casa... – parecía desesperado, y su mirada casi me dolió físicamente.

—Max, no. – negué con la cabeza, incapaz de tener esa charla ahora.

Dos meses. – me repetía a mi misma. En dos meses volvería, y lo podríamos hablar.

Necesitaba esos dos meses sin verlo.

Sin ver esos ojos pardos brillando, ni esa boca mullida –que ahora se apretaba en una línea preocupada– torcerse en sonrisas traicioneras que me fundían la razón.

—Me tengo que ir. – volví a decir, y me zafé de su agarre.

Casi salí corriendo de la cafetería. No miré atrás, pero estaba segura de que él aun me estaba mirando.

Dios.

Probablemente pensaría que estaba loca, pero así era mejor.

Él era el que solo se estaba divirtiendo en esta relación, no le sería muy

complicado esperar dos meses. No sufriría como yo, que estaba enamorada. –
me decía, aunque esas palabras me sonaron raras después de haber visto su
reacción.

El corazón me dio un vuelco.

No tenía derecho a poner esa cara de pena cuando pensaba que yo era una
estúpida. No tenía derecho a decirme que sentía cosas por mí, cuando había
escrito lo que había escrito.

Máximo

Me quedé mirando la puerta por más tiempo del que estaba dispuesto a
admitir.

¿Qué había sido eso? ¿Acabábamos de romper? ¿Me había dejado de esa
manera tan educada y fría? No parecía ella...

Dejé unos billetes sobre la mesa al lado de nuestros cafés todavía intactos, y
me paseé por las calles hasta encontrar una plaza. Estaba desierta, tal vez por
la hora del día, o porque hacía un frío cruel, y me senté en un banco con la
cabeza hecha un lío.

Era lo que venía suponiendo.

Ella necesitaba tiempo, se había aburrido.

Se estaba planteando la relación...

No se me escapó la ironía de que esto era lo que yo pretendía hacía unas
semanas. Volver a Buenos Aires, y que ella se lo pensara mejor, que entrara
en razón. Y ahora que había sucedido, yo me había quedado hecho una
mierda.

Me parecía una locura que aquellas diferencias que antes quería que viera,
realmente nos fueran a separar. Se habían vuelto irrelevantes para mí después
de aquella primera noche en su casa. O el día que habíamos pasado en la mía.

Eran más las cosas que nos habían unido. Eran mucho más especiales...

Se daría cuenta. – me dije, asintiendo como un loco. *Se daría cuenta de eso lindo que teníamos y querría volver.* – traté de convencerme.

Si, su vida no era como la mía. La de ella se movía a una velocidad de vértigo, pero es que yo podía adaptarme. Se lo había demostrado.

Conmigo ella encontraba un poco de tranquilidad entre tanto caos. *Se daría cuenta.* – repetí. Conmigo tendría estabilidad. Yo no... Yo no pensaba dejar de intentarlo. Me echaría de menos. Si.

En algún momento me va a extrañar como yo a ella.

El final

Delfina

Un mes pasó volando y yo seguía con el mismo dolor. El mismo de haber tenido el corazón tan lleno de amor, para luego romperse en pedazos.

Había terminado por fin mis estudios secundarios, y estaba planteándome seriamente el seguir una carrera universitaria. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes. Ojalá entre nosotros todavía existiera algo que me permitiera llamarlo, porque era él con el único que quería compartir todo aquello.

Por otro lado, ese viaje nos había caído del cielo. Había sido una suerte. No sabría cómo hubiera hecho si hubiera tenido que enfrentarme a él, o hacer como si nada, para seguir grabando videos a su lado. Ni siquiera yo podía disimular tanto.

La distancia era mi mejor amiga en estos momentos.

Me estaba ayudando, porque aunque no me sentía bien... el saber que estaba lejos y no tenía que cruzármelo, era una tranquilidad.

Lejos de su look tan a lo James Dean, que me encantaba... Lejos de sus abrazos, de sus besos. De ese perfume delicioso que tenía su cuello, y de ese cabello castaño sedoso, que había tenido enredado entre mis dedos tantas

veces.

Lejos de esos labios perfectos, y de esa mirada expresiva.

Sabía que podía desarmarme con una de esas.

Una como la de aquel día en la cafetería. Llena de angustia, de decepción.

Parecía tan afectado.

Pero no.

Tenía que recordar lo que había leído.

Él no estaba dolido, no.

Seguro que tanta gira y convivencia conmigo lo habían confundido al último, pero nada había cambiado. *Y en el fondo, yo seguía siendo yo, y él, no me soportaba.* – pensé amargamente. Esas palabras tan crueles con las que me había descripto...

Yo lo había forzado a estar conmigo.

Y tanto roce, tal vez hasta creía que sentía cosas por mí, pero era pura atracción. No había nada serio.

El recuerdo de aquel beso frente a los periodistas en el aeropuerto todavía me mataba.

Había sido símbolo de lo que nuestra relación había significado para él.

Increíble. Desbordaba pasión, deseo contenido y química. Pero también había sido un mensaje para otros.

Una puesta en escena para las cámaras.

Había piel, no se podía negar. Pero carecía de algo más. Algo especial. Ese algo que yo sí sentía.

Un sonido en mi ordenador me hizo reaccionar.

Tenía un mensaje de Benja, mi amigo youtuber, que me pasaba su calendario con las fechas que tendría disponibles para juntarnos.

“Hola, Fini hermosa. Quiero que colaboremos en varios videos. Tengo unas ideas geniales, te van a encantar. Además, tengo muchas ganas de verte...”

Geek Boy.

Me mordí el labio, pensativa.

Adelanto: Me hacen falta tus besos

Máximo

Habían pasado dos años. Si.

No dos meses como habíamos dicho, no.

Se habían cumplido veinticuatro meses desde que la había visto por última vez, *en persona*. Y hago esta aclaración, porque desde nuestra separación, me había hecho un usuario de YouTube para seguirla, y ver cada uno de sus videos apenas los subía. Alguna chica que había conocido en ese tiempo, había llegado a decirme que era una obsesión poco sana, o que me había vuelto uno más de sus fans, pero no me importaba.

No me perdía ninguno.

Pensar que antes me resultaba una tortura soportar los diez minutos que duraban, para la investigación que hacía antes de un artículo. Y ahora estaba allí, a algunos metros de distancia, en aquella fiesta de la editorial para la que ambos trabajábamos, y no podía estarme quieto.

Ella había lanzado un nuevo libro, que por supuesto ya había leído.

Era sobre su lucha contra la depresión y las enfermedades que había acarreado su desequilibrio alimenticio. Finalmente había tomado mi consejo, se había animado a enfrentarse a sus miedos y lo había logrado.

Estaba tan orgulloso de ella. Era una de las cosas más bonitas que había leído. Tan espontáneo, fresco, íntimo... tan sentido. Tan Delfina.

Me había agregado a las palabras de dedicatoria de una manera fría e impersonal, pero ey, al menos me había recordado. Una frase descolorida sin más.

¿Esa era la misma Delfina que había confiado en mí, a quien había elegido como amante, por primera vez? ¿La misma que tiempo atrás se había derretido entre mis brazos, diciendo mi nombre?

Parecía mentira que esa era la misma que ahora sonreía en medio del salón para todos.

Otra vez mostrando a Fini, el personaje. – pensé.

Había hecho unos pasos, la tenía más cerca.

Mierda, hasta podía sentir el aire cambiando alrededor. Su aroma siempre dulce, su cabello rosado. Se me secó la boca.

Entonces volteó, y me miró...

Todas las fachadas se habían caído. Por un segundo, tal vez menos, mientras nos mirábamos a los ojos, volvimos en el tiempo, como si no hubiera pasado ni una sola hora. Y éramos los mismos.

Los que se conocían los miedos, las inseguridades, los sueños, todo. Éramos esos que se habían llegado a conocer como a nadie.

Los mismos que se habían entregado sin reservas.

Había comenzado a sonreírle. Mi boca empezaba a formar un “hola”, que esperaba dijera todo lo que quería y no podía decirle. Pero la llamaron para tomarle fotos, y el hechizo se rompió.

Ella parpadeó dándome la espalda, todavía perturbada, y yo la vi irse una vez más.

Me tocaron el brazo.

—Amor, tu agente quiere que conozcas a unas personas de un programa de cable. Es para una entrevista. – dijo mi prometida Olivia, con una de sus sonrisas radiantes. Su cabello rubio y lacio, brillaba. Esa noche se había puesto preciosa para la ocasión.

Asentí, dándole un beso en agradecimiento, y la seguí a donde señalaba, todavía distraído, mirando cada tanto hacia atrás... buscando a la que aun después de tanto tiempo, y a pesar de todo, seguía siendo la dueña de mi corazón.

Agradecimientos:

A mis lectoras. Porque aunque me pasé una buena temporada sin publicar nada nuevo, me siguieron apoyando, y preguntando cuándo es que iba a escribirles algo para que pudieran leer.

Espero de todo corazón que disfruten de este libro y del que viene, y sientan que la espera ha valido la pena.

A mi familia, que siempre tiene que lidiar con mis altibajos en épocas poco creativas, y a los que vuelvo locos con cada una de mis ocurrencias.

A mis autoras favoritas, por –sin saberlo– darme ganas de seguir apostando por este camino, a veces tan difícil.

Gracias a todos los que llegan a este libro por casualidad, y le dan una oportunidad. Sepan que le dediqué tiempo y cariño, y espero lo lleguen a sentir entre sus páginas.

¡Nos vemos en la segunda parte!

Sobre la autora:

Soy Argentina, de la provincia de Córdoba.

Hace 10 años que escribo novelas, pero desde hace muy poco he decidido compartirlas, porque antes, lo había hecho solo para mí.

Soy autora de libros de ficción románticos, fantásticos, fan-fictions y novelas eróticas en castellano y en inglés.

Desde que tengo memoria, me obsesionó leer. Al punto de pasarme la noche entera sin dormir, para terminar un libro que estaba interesante.

Además de eso, me dedico a la moda, que es otra de mis pasiones, en donde me dedico a la producción y comunicación de marcas.

Muchas gracias por leerme y espero lo disfruten.

N. S. LUNA



Otras obras de la Autora:

Trilogía Escapándome: Disponible en Amazon

1 – ESCAPANDOME – N. S. Luna

2 – ENCONTRANDOTE – N. S. Luna

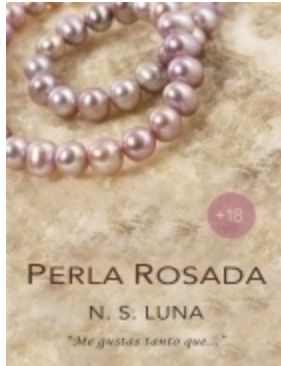
3 – ENCONTRANDONOS – N. S. Luna



Después de la Trilogía Escapándome, la historia de Mirco.

Disponible en Amazon.

Y ahora no sé cómo encontrarte



Perla rosada: Disponible en Amazon

Y el especial: Perla Rosada: San Valentín





Trilogía Fuego y Pasión: Disponible en Amazon 1 – Nueva York –Amazon

2 – Milán –Amazon

3 – París – Amazon



Divina Edición Especial: Disponible en Amazon Novela

Relato Epílogo

Y extras...

[1] Vlogging: Video Blogging.

[2] Con origen en la palabra inglesa “**relationship**”, y se entiende como la acción de relacionar románticamente a dos personas. A veces haciendo una combinación de los nombres de esas personas en uno solo.

[3] Término japonés para los ideogramas o caracteres usados en mensajes electrónicos y sitios web. El término es una palabra compuesta que significa lo siguiente: imagen (**e**, 絵) + letra (**moji**, 文字). Los emojis son utilizados como los emoticonos principalmente en conversaciones de texto a través de teléfonos inteligentes. (fuente: Wikipedia)

[4] Sesión de fotos.